

EXCESO

de HISTORIA

EXCESO **de HISTORIA**

Félix Julio Alfonso López

EDICIONES **E** *EXTRAMUROS*

La Habana, 2018

Edición: Yanelis González Leyva

Diseño de cubierta y composición: Damaris Rodríguez Cárdenas

Imagen de cubierta: *Cualquier creencia es cuestión de fe*, Arturo Montoto

© Félix Julio Alfonso López, 2018

© Sobre la presente edición,

Ediciones Extramuros, 2018

ISBN 978-959-266-451-7

EDICIONES EXTRAMUROS

Centro Provincial del Libro y la Literatura

Zanja No. 732 entre Hospital y Aramburu

La Habana, Cuba

extramuros@cpllch.cult.cu

*Si me es dado elegir,
me pondré del lado del 'exceso' de historia,
tanto más poderoso es mi terror al olvido
que el temor de tener que recordar demasiado.*

YOSEF YERUSHALMI,
"Reflexiones sobre el olvido"

DEDICATORIA

Para Iramsy, mi esposa.

Para Darío, Elizabeth y María Félix, que me iluminan.

NOTA DEL AUTOR

El presente texto es un libro de hallazgos, de iluminaciones y de pasión por la historia, Arte Mayor en el que me he formado durante años de estudio y cortejos a la musa Clío. Es un libro también de aprendizajes y visitas a otros autores, verdaderas cumbres de nuestra historiografía (Emilio Roig de Leuchsenring, Manuel Moreno Fragnals, Juan Pérez de la Riva, Pedro Deschamps Chapeaux, Julio Le Riverend, Jorge Ibarra Cuesta, Eusebio Leal, Olga Portuondo, Eduardo Torres Cuevas...), cuyas obras han constituido una fuente duradera de ilustración y sabiduría en el difícil y maravilloso camino de la investigación histórica. Por sus páginas transitan, en el largo y complejo proceso de formación de la nación, una legión de intelectuales, próceres, héroes y también algún que otro villano...

En algunos casos se trata de reseñas o apuntes de trabajos que considero imprescindibles, en otros el tono es más íntimo y personal cuando se trata de la evocación o el homenaje. En todos los textos he tratado de ponderar la trascendencia o el valor de lo investigado para la historia de Cuba y de América, sin eludir la polémica, el diálogo inteligente, la amenidad conversacional y el tono ensayístico, que tanto me seduce. Convengo plenamente con el historiador francés Paul Veyne cuando afirma: "La historia es un palacio cuya extensión nunca descubrimos enteramente [...] ese palacio es para nosotros un auténtico laberinto. La ciencia no nos entrega el plano del lugar".

PRÓCERES INOLVIDABLES

(RE) DESCUBRIENDO A MANUEL MARÍA PÉREZ Y RAMÍREZ*

Menos celebrado que sus contemporáneos, amigos y tocayos Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846) y Manuel Justo de Rubalcava (1769-1805), el tercero de los “Manueles” – como los llamó el crítico Max Henríquez Ureña –, Manuel María Pérez y Ramírez (1772-1852) ha tenido una posición marginal en las historias de la literatura insular y un lugar peregrino en la ciudad letrada cubana del siglo XIX. Tanto Henríquez Ureña, como otros comentaristas de sus versos, le atribuyen ser un poeta inferior a Zequeira y Rubalcava, y aunque se conocían fragmentos de sus obras, esta se estimaba casi perdida. El *Diccionario de Literatura Cubana*, siguiendo este erróneo parecer, considera que su lugar en la poesía cubana se lo debe a un soneto titulado “El amigo reconciliado” y en su ficha biográfica señala: “Su drama *Marco Curcio* – como la casi totalidad de sus trabajos y poemas – se ha perdido”.

En consecuencia, esta ficha solo consigna, de manera insólita, bibliografía pasiva del autor. Décadas más tarde, la *Historia de la Literatura Cubana* insiste en su figura como un “enigma para la historiografía literaria” y apunta que “es recordado sobre todo por su importante labor como profuso publicista y animador de la cultura en Santiago de Cuba”. En nota de este propio volumen se dice que el crítico y poeta Roberto Friol había encontrado poemas y artículos de Pérez los cuales arrojarían “más luz sobre la obra hasta hoy casi desconocida del poeta”. En otro momento se dice que tanto Rubalcava como Pérez y Ramírez “llegaron a la total despreocupación sobre la perdurabilidad y comunicación de sus obras poéticas”.

* Presentación del libro *Manuel María Pérez. Polígrafo cubano*, de Olga Portuondo Zúñiga, XXIV Feria Internacional del Libro, La Habana, 14 de febrero de 2015.

Por lo visto hasta aquí, parecería que Manuel María Pérez y Ramírez estaban destinados al cenáculo de los poetas “raros” y “poco conocidos”, una “incógnita” de nuestra literatura por el que pocas personas se interesaban y cuyo “enigma” parecía arduo de descifrar. Sin embargo, he aquí el hecho de que la Dra. Olga Portuondo, historiadora de la ciudad natal del vate misterioso, se ha sacado de su sombrero de investigadora acuciosa nada más y nada menos que dos gruesos volúmenes, que en su conjunto suman más de seiscientas páginas, con prácticamente todo lo que escribió y publicó Manuel María Pérez, y no solamente poesía por cierto.

Creo que pocas veces en la Historia de la Literatura Cubana se ha visto un caso como este, en que un autor considerado prácticamente ignoto, se nos revele como un escritor prolífico y diverso, lo que constituye uno de los hallazgos culturales más sorprendentes de los últimos años. Otra curiosidad radica en que el portentoso “descubrimiento” no fue obra de un poeta, investigador o crítico de literatura, sino de una historiadora profesional cuyos temas generalmente suelen ser otros, más propios de su disciplina específica.

Aquí aprovecho para decir que Olguita es una de las historiadoras cubanas con mayor capacidad analítica y conocimiento sobre su región natal, por lo que perfectamente pudo ocuparse de una cuestión tradicionalmente reservada a los literatos, aunque también las historias de la escritura, de la lectura, de la edición y el consumo de impresos, y las narrativas culturales en general, forman parte desde hace algún tiempo del ámbito académico de la historia, como han demostrado con esplendidez Peter Burke, Carlo Ginzburg, Roger Chartier y Robert Darnton, entre muchos otros.

Aclaro también que no se trata en este caso de una pretensión erudita o una vanidad intelectual, sino de una indagación mucho más amplia y compleja en la obra y la biografía de un autor, para alcanzar nuevos conocimientos sobre las mentalidades y el devenir social de Santiago de Cuba a finales del siglo XVIII e inicios del XIX. En las diamantinas palabras del prólogo, la autora defiende la noción de que, en el caso de Pérez y Ramírez estamos ante un autor excepcional, que plasmó su obra impresa durante varios decenios “con principios coherentes y una visión del mundo y de su país digna de conocerse”, y que además expresó

la identidad y el pensamiento de aquellos hombres ilustrados de tierra adentro.

Me referiré ahora a unos pocos aspectos del vigoroso y detallado estudio de Olga Portuondo que precede a la obra activa de Manuel María Pérez, compuesta de poemas, ensayos, crónicas, viñetas costumbristas, dramas, autos sacramentales y noticias aparecidas en los principales periódicos de Santiago y La Habana. Lo anterior autoriza a la historiadora, a señalarlo no solamente como poeta, sino como un verdadero polígrafo, maestro y decano de la literatura santiaguera de su tiempo.

La enorme deuda contraída por los críticos literarios con Manuel María Pérez se explica por la autora, en parte, por el hecho de que este no hubiera publicado su obra en volúmenes impresos, sin embargo, también les faltó curiosidad y paciencia a los historiadores de nuestra literatura, que prefirieron cómodamente citarse o copiarse unos a otros, en lugar de acudir a las fuentes originales de la prensa periódica, donde los copiosos textos de Pérez, y en particular su zona ensayística, estaban disponibles. Es aquí, nos dice Portuondo, donde se encuentra un rico venero de pensamientos sobre ideología y política, educación y conciencia social, salubridad y cultura, destinados a ser leídos por sus contemporáneos en la zona oriental de la Isla. Con una lectura exhaustiva, que rebasa lo descriptivo y anecdótico, Olga Portuondo encuentra en la obra de este intelectual ilustrado informaciones valiosas sobre el tránsito de la economía de haciendas a la plantación esclavista y su impacto en todos los órdenes de la vida social. Asimismo descubre los cambios culturales y de mentalidades que acompañan un dilatado y contradictorio proceso de transformaciones en la sociedad criolla.

Los datos biográficos que aporta la historiadora sobre Pérez son exhaustivos y permiten reconstruir su saga familiar y sus orígenes socioclasistas, descendiente de propietarios de vegas de tabaco e ingenios de azúcar. Este origen privilegiado le permitió estudiar en el mejor centro educativo de la época, el Seminario de San Basilio el Magno, y recibir las ideas ilustradas del Obispo Santiago Hechevarría y Elgezúa. Como era común también entre los jóvenes solteros de su clase, optó por la carrera miliar desde temprana edad. Este destino bélico también sería compartido por sus amigos poetas y tocayos Zequerira y Rubalcava, y se cuenta

que de este último recogió y conservó su papelería inédita en el momento de su deceso. La amistad con estos dos grandes poetas neoclásicos es explorada por la historiadora en sus orígenes santiagueros y da fe de la intensa comunicación literaria entre el trío de vates ilustrados.

Otro asunto de suma importancia es el referido al papel desempeñado por Manuel María Pérez en la creación de periódicos en Santiago de Cuba. En este sentido destaca su afán de información universalista, superador de los estrechos marcos del acontecer local. Entre estas empresas editoriales se cuenta *El Eco Cubense* y *Ramillete de Cuba*, donde Manuel María Pérez informaba, traducía y reseñaba para sus conciudadanos noticias de la prensa extranjera. Luego vendría *Miscelánea de Cuba*, *El Canastillo* y otros, siempre vinculado a la figura del linotipista Matías Alqueza. No pasa por alto la historiadora las calidades literarias de su poesía y su prosa, las que evidencian un profundo dominio de la cultura clásica grecolatina, y discrepa con Alejo Carpentier en el punto de la supuesta colaboración de Pérez con el maestro de música de la capilla santiaguera Esteban Salas. Del catálogo de obras dramáticas de Pérez nos enteramos que son muchas más que la siempre citada *Marco Curcio*. También se describen con envidia las facetas de apasionado periodista desde las páginas de *La Miscelánea de Cuba* en el trienio liberal, y costumbrista de talento en *El Dominguillo de Santiago de Cuba*, con un discurso satírico, irreverente y al mismo tiempo modernizador y progresista. Véase si no esa modernísima crónica sobre la necesidad de realizar ejercicios físicos y gimnásticos entre los niños y jóvenes, fechada en 1824. Entre sus juicios económicos y sociales de más valor destacan su proyecto de diversificación productiva, a favor de la agricultura y la ganadería, la crítica implícita a la esclavitud y la trata, y su demanda en pro del trabajo libre y la inmigración blanca.

Con la llegada del general Miguel Tacón al poder colonial, Manuel María Pérez se declaró partidario del gobernador oriental Manuel Lorenzo, quien sostenía posturas liberales y contrarias a la férrea censura de prensa. En aquellos días el poeta se pronunció a favor del presbítero Varela y tuvo palabras de elogio para Saco, desterrado por Tacón. Ya en la vejez fue contrario a los ademanes anexionistas, donde participaba su sobrino nieto

Pedro Santacilia, y enfatizó su identidad de cariz asimilista y regionalista.

Un elemento no despreciable en la multifacética obra de este autor, y hasta ahora desconocido, es su condición de cronista e historiador de su ciudad natal, memorias recogidas en multitud de textos aparecidos bajo el rubro de "Recuerdos históricos", con énfasis en el ordenamiento cronológico de los hechos y la exposición de las costumbres religiosas de antaño. Activo intelectualmente hasta su senectud, Pérez tuvo una ancianidad marcada por el fervor místico y la escatología, dada su profunda conexión espiritual con la Iglesia Católica. En este sentido practicó la meditación ascética y fue piadoso, terminando sus días con una vida frugal y austera.

Manuel María Pérez fue un esmerado poeta neoclásico, un patricio por su origen social y un liberal por sus actitudes políticas, y en su conjunto fue un hombre culto y sensible que trató de servir a su ciudad con su pluma y con sus obras. Heredero de una ancestral organización socioeconómica, trató de llevar la ilustración y el progreso al espacio y al tiempo histórico que le tocó vivir.

Este es el caleidoscópico y emocionante personaje que Olga Portuondo recupera y nos devuelve en su plenitud intelectual, con una sapiencia y una eficacia investigativa en archivos, bibliotecas y hemerotecas dignas de su brillante ejecutoria. Luego de la exégesis historiográfica, tienen ahora los literatos la palabra, para justipreciar sus versos y su prosa con la meditación y el rigor que esta figura merece.

PRESENCIA DE FÉLIX VARELA EN INTELLECTUALES DE LA REPÚBLICA*

Para Eduardo Torres Cuevas
A la memoria de Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal

Se me ha invitado a hablar sobre la presencia del presbítero Félix Varela en la intelectualidad de Cuba independiente, y podrán sospechar el desasosiego que supone enfrentarse a semejante desmesura, tanto en el tiempo —la República cuenta ya con más de un siglo de fundada— como en el número de autores que, con mayor o menor acuciosidad, se han acercado al inmenso universo que entraña la obra vareliana. Revisando la exhaustiva bibliografía pasiva que recoge el Dr. Eduardo Torres Cuevas en su riguroso examen biográfico e ideológico del sacerdote habanero, me refiero a su libro *Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*, nos encontramos con un dilatado corpus de autores y obras dedicadas a la exégesis vareliana a lo largo del siglo xx.

Entre los nombres de mayor relieve en esa extensa lista destacan Roberto Agramonte, Gustavo Amigó, Manuel Bisbé, Salvador Bueno, Carlos Manuel de Céspedes García Menocal, José María Chacón y Calvo, Rafael García Bárcena, Mercedes García Tudurí, Enrique Gay Calbó, Francisco González del Valle, Diego González, Manuel Gran, Ramiro Guerra, Antonio Hernández Travieso, Miguel Jorrín, Raimundo Lazo, Luis Felipe Le Roy, Félix Lizazo, Dulce María Loynaz, Jorge Mañach, Juan Marinello, Juan Luis Martín, Eduardo Martínez Dalmau, Manuel Isidro Méndez, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, Fernando Ortiz, Humberto Piñera Llera, Herminio Portell Vilá, José Antonio Portuondo, Rosario Rexach, Carlos Rafael Rodríguez, Evelio Rodríguez

* Conferencia leída en el Simposio Conmemorativo: “Del Padre Varela al Papa Francisco: una Iglesia en Salida”, celebrado en la Casa Sacerdotal “San Juan María Vianney” de La Habana, el 20 de febrero de 2016. Publicada en: *Palabra Nueva*, año XXIV, no. 258, La Habana, marzo, 2016, pp. 46-54.

Lendián, Emeterio Santovenia, Loló de la Torriente, Emilio Roig de Leuchsenring, Medardo y Cintio Vitier.¹

Como es notorio, la hermenéutica de Varela despertó el interés y la pasión de intelectuales, escritores, ensayistas, periodistas, historiadores, científicos y filósofos de todas las tendencias políticas e ideológicas, desde los marxistas hasta los liberales, pasando naturalmente por los hombres y mujeres de fe católica. Su interpretación, por tanto, ha sido tan ecuménica y diversa como lo fue su pensamiento, y ha estimulado una riqueza de visiones, perspectivas y aproximaciones solo comparable a la que ha generado su continuador y parigual en el siglo XIX, José Martí.

Por tal motivo, y para no pecar de superficial, en la presente conferencia me ceñiré solamente a una parte de ese tiempo histórico, es decir, el que transcurre de 1902 a 1958, conocido comúnmente entre nosotros como *La República*; y a algunos de los autores que en aquel periodo se acercaron, desde sus posibilidades e intereses personales o corporativos, a la figura del ilustre sacerdote habanero. Me referiré a las recepciones del maestro de San Carlos en cuatro de sus más notables estudiosos en este periodo: Roberto Agramonte, Monseñor Eduardo Martínez Dalmau, José Antonio Portuondo y Emilio Roig de Leuchsenring. Se trata de personas de ideas políticas y credos filosóficos muy diferentes, pero es importante destacar su coincidencia en no pocas de las valoraciones que realizaron de la figura del padre Félix Varela.

Los textos que reseñaré son conferencias y ensayos, escritos en la segunda mitad de los años 1930, durante la década de 1940 e inicios de la siguiente, periodo histórico que está marcado por el fin de una turbulenta revolución social y política, de 1930 a 1935, naufragada en sus propósitos de mudar el sistema económico social de Cuba, pero que dejó un importante saldo de reformas y cambios en la realidad insular.

La posrevolución de los años 30 fue una época de reajustes en las relaciones con los Estados Unidos, una vez eliminada la funesta Enmienda Platt e implementado un nuevo tratado de

¹ Eduardo Torres Cuevas: *Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997, pp. 447-468.

reciprocidad comercial; de rediseños de la arquitectura política y reacomodos de la dominación burguesa; de redefiniciones en el papel del Estado en la economía y en la solución de los conflictos entre el capital y el trabajo; y asimismo de importantes avances en la democratización del país, con el surgimiento de nuevos actores y movimientos políticos, la legalización del Partido Comunista y los sindicatos, y la promulgación de una avanzada Constitución que contenía las aspiraciones de amplios sectores sociales.

De tal modo, si bien se habían producido ya desde inicios de siglo acercamientos de gran valor a la obra vareliana, es la segunda mitad de los años 30 y sobre todo la década siguiente, la que fue particularmente pródiga en aproximaciones al pensamiento y la praxis política de Varela, muy a tono con la época posrevolucionaria y la eclosión social y democratizadora de aquellos años. Se insiste en este momento en su condición de patriota íntegro y revolucionario ejemplar, paradigma del intelectual comprometido con las mejores causas de su tiempo.

I

Entre quienes se dedicaron a escudriñar los aportes de Félix Varela al pensamiento político y social cubano del siglo XIX, destacan los trabajos del sociólogo Roberto Agramonte; significativamente los titulados “Varela y la política”, publicados en marzo de 1937 en sendos números de la revista *Mediodía*.² No comentaré ahora estos dos artículos, sino un tercer opúsculo, que Agramonte había pronunciado un mes antes, el 24 de febrero de 1937, en forma de conferencia en el Palacio Municipal de La Habana bajo el nombre de “Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar”.³

² Aquí también publica el joven Carlos Rafael Rodríguez su trabajo “Félix Varela”, en el número 47 de 1937.

³ Como sabemos, esa frase es inexacta, pues la que José de la Luz y Caballero pronunció, refiriéndose a Varela fue: “quien nos enseñó primero en pensar”. Véase Eduardo Torres Cuevas y Oscar Loyola Vega: *Historia de Cuba, 1492-1898. Formación y liberación de la nación*, Pueblo y Educación, La Habana, 2001, p. 135-137.

Dicha lectura formaba parte de la serie sobre Habaneros Ilustres, convocada por Emilito Roig, fue publicada en el número 13 de los *Cuadernos de Historia Habanera* y reproducida luego como un folleto independiente. Quisiera destacar en primer lugar el prestigio de la fecha señalada, más allá de ser la víspera del fallecimiento del presbítero, ocurrida el 25 de febrero de 1853. Es muy sugerente que Agramonte escoja el 24 de febrero, día inicial de la gesta libertadora de 1895, para disertar sobre la personalidad y el legado de Varela. Diríase que intenta establecer así un nexo de continuidad simbólica, que une el independentismo vareliano con sus continuadores prácticos en la segunda mitad del siglo XIX y de manera muy significativa con José Martí.

Entresaco varias de las ideas de Agramonte sobre quien fue llamado por *El Lugareño*, como también lo sería después Martí, el *Apóstol Varela*. El profesor de la Universidad de La Habana observa en primer lugar unicidad en la vida del sacerdote. Dice que “por haber representado un solo papel en la vida, pudo alcanzar al fin de ella, la paz interior, la concordia del alma consigo misma”.⁴ A renglón seguido define su multifacética personalidad como “recia y poemática”, dado que en él confluían el filósofo, el artista, el maestro y el político. E intuye que:

La totalidad moral que fue Varela se encuentra revelada en el sentido de la respuesta que dio a su padre—alto militar de infantería—al sugerirle al adolescente de catorce años que supiera imitarle, siguiendo la carrera de las armas. «Mi destino—contestó el joven, después de haber consultado su oráculo interior—no es matar hombres, sino salvar almas». Esta frase alcanza toda su gravedad y consecuencia, en quien vivió en perenne deber, tratando de salvar el alma colectiva de la sociedad cubana.⁵

Su fisonomía, nos dice Agramonte, es la de un hombre de mediana estatura, tez cetrina, perfil anguloso y miope en grado

⁴ Roberto Agramonte: *Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar*, Imprenta Molina y Cía., La Habana, 1937, p. 5.

⁵ *Ibidem*, pp. 5-6.

sumo, que lo obligan a usar unos espejuelos cuadrilongos. Su temperamento lo define como hipersensible, pero lo más importante es su retrato moral: "Su vida es severa y, gracias a la disciplina del cuerpo y a la subyugación de la mente ha tenido una maravillosa visión espiritual. Solo aconseja o trata de remediar; y cuando amonesta, lo hace con exquisita cortesía, con un perfecto tacto incapaz de ofender. No habla nunca sin pensar, y solo dice lo que es sensato y amable".⁶

Asimismo define su condición de filósofo basada en la humildad, la búsqueda permanente de la sabiduría y el afán de diálogo con sus discípulos, siguiendo la preceptiva socrática. Enemigo del escolasticismo, el pensador ilustrado defiende tanto los intereses científicos como la verdad, el honor y la virtud. Se define como ecléctico, según colige Agramonte, y lo llama "tan liberal en filosofía como en política".⁷

Su curiosidad científica es comparable a su preocupación por la sicología y las ideas. En educación, dice "echa los cimientos de una genuina educación liberal y democrática".⁸ En su ética humanista, recomienda ser alegre con moderación, pues "la alegría excesiva da al espíritu cierta ligereza contraria al buen juicio". La fortaleza de espíritu es una gran virtud, pero no debe ser temeraria ni falta de compasión, sino racional y estoica. En opinión de Roberto Agramonte: "Varela propugna una religión verdadera, una religión al servicio del progreso social, y de la realización plena de las capacidades del hombre".⁹ Una religión que nunca estaría al lado de la injusticia ni de la tiranía, y sí de la libertad y la virtud ciudadana. Concluye Agramonte sus discusiones sobre su pensamiento político señalando diferentes momentos, desde el temprano ademán autonomista hasta la plenitud de su independentismo, sin ocultar su correspondencia con el político anexionista Joel R. Poinsett, en la cual el sacerdote propugna que sean los Estados Unidos una nación protectora y

⁶ *Ibidem*, p. 6.

⁷ *Ibidem*, p. 10.

⁸ *Ibidem*, p. 13.

⁹ *Ibidem*, p. 16.

benefactora de Cuba, sin que esta tenga forzosamente que ser parte de aquella.

II

El Segundo Congreso Nacional de Historia se celebró en La Habana en 1943, bajo el lema de “Historia y cubanidad”. Este cónclave, organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, dirigida por Emilio Roig, invitó a Monseñor Eduardo Martínez Dalmau, para que fungiera como presidente de las sesiones de trabajo del congreso.¹⁰ En palabras de Roig en su discurso inaugural, Martínez Dalmau había sido elegido por su condición de “esclarecido cubano, historiador y sacerdote [...] miembro de nuestra Sociedad, correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba y Obispo de Cienfuegos”.¹¹

Asimismo Roig pondera el hecho de que: “Monseñor Eduardo Martínez Dalmau es autor de muy valiosos trabajos históricos llenos de hondo sentido de cubanidad que le han distinguido como patriota ilustre, liberal y progresista, que honra al epis-

¹⁰ La invitación para que Martínez Dalmau fungiera como Presidente de este Congreso, ante la renuncia por motivos de salud de Carlos M. Trelles, le fue comunicada por Roig en carta enviada el 24 de septiembre de 1943. En ella le dice Roig: “Muchísimo celebro haber podido serle útil en la preparación de su trabajo sobre el P. Varela, alto objeto de nuestra admiración”. La respuesta del Obispo de Cienfuegos a Roig, aceptando dicha propuesta, tiene fecha de 25 de septiembre, y allí escribe: “Ruégole haga saber a todos el sentimiento de mi gratitud por una designación que tanto me honra, y que haré cuanto en mis manos esté porque el Segundo Congreso Nacional de Historia sea un jalón más en el camino de la glorificación de nuestros valores históricos patrios”. Esta designación motivó que, años más tarde, en 1947, Martínez Dalmau fuera declarado Socio de Honor de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Véase Emilio Roig de Leuchsenring: *Epistolario. Libro Primero*, compilación y notas de Nancy Alonso González y Grisel Terrón Quintero, Ediciones Boloña, La Habana, 2009, pp. 299-300 y 401.

¹¹ Emilio Roig de Leuchsenring: “La cubanidad en los Congresos Nacionales de Historia”, en: *Historia y cubanidad*, Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, La Habana, 1943, p. 16.

copado y al clero católico nacional".¹² Finalmente proclama la coincidencia con el obispo en sus tesis históricas, de condena al régimen colonial español en Cuba y defensa de nuestras contiendas emancipadoras.

El tema del discurso de apertura del Congreso, pronunciado por Martínez Dalmau, fue "La posición democrática e independentista del Pbro. Félix Varela". En sus líneas iniciales leemos esta declaración: "Félix Varela fue el primer cubano que proclamó y exigió la independencia total de nuestra patria; fue el primer revolucionario, caudillo espiritual de Cuba".¹³ Tal aseveración es ampliada con los siguientes juicios:

Fue él, [...] la voz autorizada que, en los inicios del siglo XIX, se irguió frente a la metrópoli despótica y caduca para pedir con gran energía de palabras, con acentos de singular patriotismo, con todo el peso de la autoridad moral elevadísima del sacerdocio de que se hallaba investido y que honró con los fulgidos destellos de una vida inmaculada y santa y con un celo apostólico de primer orden, la total y absoluta independencia de la Isla de Cuba. El P. Varela fue, cronológicamente hablando por lo menos, el PRIMER REVOLUCIONARIO, además de ser el primer pensador y primer maestro de los cubanos. No es una exageración, sino un acto de estricta justicia, el dictado de PADRE DE LA PATRIA, que se le da en la inscripción que adorna la base del modesto monumento que se la ha erigido en la Aula Magna de nuestra universidad.¹⁴

No deja de ser reveladora la coincidencia entre Roig y Martínez Dalmau sobre la primacía vareliana como ínclito maestro en asuntos de cubanía, y la denominación, poco conocida y recordada de

¹² Ídem.

¹³ Monseñor Eduardo Martínez Dalmau: "La posición democrática e independentista del Pbro. Félix Varela", en: *Historia y cubanidad*, Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, La Habana, 1943, p.21.

¹⁴ *Ibidem*, p. 23.

“Padre de la Patria”, hoy acuñada exclusivamente para la personalidad de Carlos Manuel de Céspedes.

Uno de los aspectos de mayor interés y trascendencia dentro del discurso de Martínez Dalmau, es lo concerniente a la necesidad del influjo bienhechor que debía tener la obra del presbítero habanero en la formación de “un clero cubano, católico y patriota a la vez”, y añade: “el culto a Varela, sacerdote y maestro, no ha sido y no es aun debidamente fomentado entre los católicos cubanos [...] principalmente por la sospecha de que no se adhirió rígidamente a los cánones de la ortodoxia católica”.¹⁵ De esta inquietante afirmación pasa a otra no menos alarmante, y es cuando dice que: “La vida del eminente sacerdote cubano es, quizás por este motivo, completamente desconocida para la inmensa mayoría, por no decir la totalidad del clero alto y bajo de la iglesia católica de Cuba”. Esta sospecha de heterodoxia, constata con tristeza el obispo cienfueguero, ha “ensombrecido su pensamiento y su vida”.¹⁶

La manera de rectificar esta extraña situación, a todas luces injusta, la proclama Martínez Dalmau en su conferencia cuando sostiene: “Yo creo urgente limpiar el camino de esa insidia” y para ello se propone demostrar: “la cabal y perfecta ortodoxia filosófica y política de la totalidad del pensamiento patriótico de Varela”. Asimismo señala la necesidad de que se publique una segunda edición de la vida del noble cubano, en referencia a la obra biográfica de José Ignacio Rodríguez, aparecida en 1878, “para que sirva de ejemplo a católicos y no católicos, sacerdotes y seglares por igual”.¹⁷ Esta aspiración fue cumplida prontamente, al ser reeditada dicha obra en 1944 en la Biblioteca de Estudios Cubanos dirigida por don Fernando Ortiz, con extenso prólogo del propio Martínez Dalmau.¹⁸

¹⁵ *Ibidem*, pp. 23-24.

¹⁶ *Ibidem*, p. 24.

¹⁷ *Ídem*.

¹⁸ En carta de Emilio Roig a Martínez Dalmau, fechada el 11 de diciembre de 1943, el Historiador de La Habana le dice: “El Dr. Fernando Ortiz me ha hablado sobre la publicación de la Vida de Varela por José Ignacio Rodríguez, con prólogo y notas correctivas de usted. Conviene me envíe cuanto antes el material para darlo enseguida a la imprenta”. Véase Emilio Roig de Leuchsenring: *Epistolario. Libro*

Para demostrar su tesis de la ortodoxia de Varela, el obispo comienza por subrayar que dicho cuestionamiento no se originó en Cuba, donde aquel fue profesor del Seminario de San Carlos y discípulo predilecto del Obispo Espada, ni en los Estados Unidos “donde se le consideró entre los máximos paladines de la causa católica” y se le estimó “como un sacerdote santo y sabio a la vez”.¹⁹ En su opinión el creador de esta “insidia”, como le llama, no es otro que el erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo, quien en su libro *Heterodoxos españoles*, señaló en una nota sobre Varela que “algunas sombras de los errores políticos y filosóficos de su tiempo *anublaron su mente*”. Semejante criterio, en opinión de Martínez Dalmau no merecía ninguna consideración, pues no se podía juzgar “toda la filosofía cubana, y la producción de Varela en particular, que abarca numerosos volúmenes, cargados de doctrina, en una nota, puesta de pasada al pie de un capítulo de una obra”.²⁰

De hecho, el obispo de Cienfuegos sostiene que, tanto las simpatías de Varela por el cartesianismo, como sus ataques a la escolástica y su oposición a los regímenes absolutos “no traspasaron los límites autorizados por la Iglesia”. Para ello expone en detalle que la Iglesia Católica no condenó en bloque a los seguidores de Descartes “sino aquella parte solamente de ese sistema en que se enseñaba que la razón humana es absolutamente impotente para ilustrar con sus esfuerzos el contenido racional del dogma”. Asimismo conviene en que la crítica del cartesianismo

Primero, ob. cit., p. 307. Un año más tarde, el 14 de diciembre de 1944, el Obispo de Cienfuegos le expresa a Roig: “Ayer llegaron aquí seis enormes bultos, con 475 ejemplares de la 2da edición de la *Vida de Varela* por J. I. Rodríguez con prólogo mío. Supongo que Ortiz le dará una copia, pero yo me siento obligado a mandarle una, por ser usted campeón de la gloria de nuestro gran criollo”. El 3 de enero de 1945 la respuesta de Roig a la misiva anterior rezaba: “Con mucho placer he recibido su grata de diciembre 14, y el ejemplar que acompaña de la *Vida del presbítero don Félix Varela*. Muy interesante y oportunísimo su prólogo, del que ya le hablaré más extensamente”. Véase Emilio Roig de Leuchsenring: *Epistolario. Libro Segundo*, compilación y notas de Nancy Alonso González y Grisel Terrón Quintero, Ediciones Boloña, La Habana, 2010, pp. 241 y 245.

¹⁹ Monseñor Eduardo Martínez Dalmau: “La posición democrática e independentista del Pbro. Félix Varela”, ob. cit., p. 25.

²⁰ *Ibidem*, p. 26.

a la escolástica era de mayor trascendencia, por cuanto declaraba sin valor las explicaciones de los doctores de la iglesia en lo relativo a los misterios del dogma católico.

Bajos tales supuestos, el obispo sostiene que el cartesianismo del presbítero consistió principalmente en su adscripción el método experimental aplicado a las ciencias físicas, y por tal motivo afirma que fue un “cartesiano moderado” y de igual modo lo señala “moderado en su sensualismo”, porque su ideología partía de la sensación, y no iba más allá de lo que la sensación le ofreciera”.²¹ Sobre sus críticas a la Escolástica, expresa que estas “no se parecen en nada a la de los cartesianos. Léase su *Miscelánea filosófica* [...] y se verá cuán lejos estuvo Varela de toda exageración. Su crítica se mantuvo dentro del ámbito de lo criticable. Pero no fue un paso más allá. Reconozco que fue muy dura; pero muy bien merecida”.²²

Sobre los supuestos “errores políticos” del padre Varela, Martínez Dalmau sostiene que no existen, pues su ataque fue frontal al régimen absoluto de los reyes, y en ello debe verse al sacerdote como “modelo cavado de hombre demócrata”. Asimismo pondera la postura del presbítero habanero a favor del hecho revolucionario contra los gobiernos corruptos o despóticos, y apunta: “La legitimidad de la Revolución —no digo de todas las revoluciones— ha sido siempre reconocida por los doctores de la Santa Madre Iglesia, cuando el jefe de una nación se sirve de sus poderes para oprimir a un pueblo”.²³ En tal sentido expresa también que Varela:

Fue un político enemigo del absolutismo y de la Santa Alianza. Y estuvo en su pleno derecho. Siempre se le encontró combatiendo por el triunfo de las ideas progresistas [...] vivió de cara al porvenir, cual convenía a un pionero insigne y embajador magnifico de las libertades cubanas, sin que por esto dejara de guardar el más hondo respeto a la iglesia, a sus dogmas, y de ejercer los sagrados

²¹ *Ibidem*, pp. 27-28.

²² *Ibidem*, p. 28.

²³ *Ibidem*, p. 29.

ministerios de su vocación sacerdotal en la forma ejemplarísima en que lo hizo.²⁴

La no contradicción en el autor de las *Lecciones de filosofía* de su acendrada fe católica con su convicción patriótica, lo lleva a incluirlo junto a otros dos curas revolucionarios, Hidalgo y Morelos, como la “triada religiosa de que se enorgullece América Latina”.²⁵

Un último punto en su pensamiento político que esclarece Martínez Dalmau tiene que ver con su evolución del moderado autonomismo al independentismo radical. Semejante tránsito queda bien explicado por el fracaso de las Cortes españolas de 1823 y el retorno del absolutismo, con la consiguiente persecución de las ideas liberales y la proscripción de sus principales representantes, entre los que se encontraba desde luego Varela, sobre el que pesó desde entonces no solo el destierro forzoso, sino una condena a muerte.

Termina el obispo de Cienfuegos su discurso con estas emocionadas palabras: “Pocas repúblicas y pocos pueblos podrán gloriarse de contar en sus fastos una figura tan noble, un carácter tan levantado, un ciudadano tan completo en todos los órdenes: cívico, religioso, cultural y político. Haberlo producido Cuba, nuestra patria, es una gloria de que siempre podremos enorgullecernos, y un don que no le agradeceremos bastante al Cielo”.²⁶ Al concluir este Segundo Congreso Nacional de Historia, su Acta Final proclamó en su disposición número 39 referida a “Hombres y Hechos” lo siguiente:

Rendir tributo de excepcional veneración a la figura del gran pensador y patriota cubano Pbro. Félix Varela y Morales, proclamándolo como el primer revolucionario de Cuba, por haber sido quien expresó por primera vez en

²⁴ Monseñor Eduardo Martínez Dalmau: “La posición democrática e independentista del Pbro. Félix Varela”, en: *Historia y cubanidad*, Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, La Habana, 1943, p.30.

²⁵ Ídem.

²⁶ *Ibidem*, p. 36.

nuestra historia la necesidad de la absoluta independencia; reconocer la importancia de que su personalidad y su actuación alcance mayor reconocimiento y admiración populares, y a ese objeto encargar a la SCEHI que efectúe todas las gestiones necesarias para la publicación de una edición nacional de las *Obras Completas del Padre Félix Varela* [...] y solicitar al Gobierno de la República una emisión de sellos en que se reproduzca la efigie del insigne cubano.²⁷

III

En el campo de los estudios literarios, quizás uno de los mejores ejemplos fue el realizado por José Antonio Portuondo en 1944, bajo el rótulo de “Significación literaria de Varela”, publicado en los *Cuadernos de historia habanera* que dirigía el historiador de la ciudad Emilio Roig, y también en uno de los tomos que el Municipio de La Habana y la Oficina del Historiador consagró a homenajear su figura, con el título de *Vida y pensamiento de Varela*. Este documentado ensayo inicia con la hipótesis de que Varela es un escritor olvidado, incluso desconocido en sus dimensiones estéticas. Semejante descuido lo atribuye al hecho de que siempre se reconocen más en el sacerdote sus méritos pa-

²⁷ *Ibídem*, p. 55. Sobre la edición de unas *Obras Completas* de Varela venía trabajando ya Martínez Dalmau, como se desprende de la carta enviada a Roig con fecha 17 de junio de 1943, en que le dice: “Si tengo la suerte de conseguir que para el 1953 se publique la edición completa de las obras de Varela, será un buen recuerdo del centenario de la muerte de uno de los mejores ciudadanos de nuestra pobre patria cubana. No sé si por fin el Dr. Fernando Ortiz dará con el famoso no. 7 de *El Habanero*. Yo estoy sacando copia de todo lo que va cayendo entre mis manos. Ya tengo copia de la *Miscelánea filosófica*; de las *Observaciones sobre la constitución política de la monarquía española*. Tengo dos tomos de las *Lecciones de Filosofía*, publicadas en Filadelfia en 1841. Desde luego, las *Cartas a Elpidio*. No sé, en cambio, que paradero habrá que dar para encontrarse con la traducción de la Química. Pero hay que tener paciencia (...) más tampoco cabe dormirse demasiado, porque el centenario de la muerte de Varela se nos viene encima”. Véase Emilio Roig de Leuchsenring: *Epistolario. Libro Segundo*, ob. cit., p. 222.

trióticos o filosóficos “impidiéndonos apreciar cabalmente sus valores literarios”.²⁸

En su examen de la producción literaria del autor de la *Miscelánea filosófica*, Portuondo prescinde de sus textos en latín y asimismo de los que fueron escritos en inglés, muy elogiados estos últimos por su biógrafo José Ignacio Rodríguez. Se trata entonces de: “destacar la significación de Varela en nuestras letras, su valor como escritor cubano, el primero de nuestros ensayistas, cuyo ejemplo de apasionada sobriedad se impone con urgencia en esta hora, como la que él vivió, de transición”.²⁹

Esta última frase, Varela como “hombre de transición”, es subrayada por el escritor santiaguero, y lo sitúa en la encrucijada de los siglos XVIII “criticista y neoclásico” y XIX “apasionado y romántico”. De tal modo, conviven en él ambos espíritus seculares: “De ambas actitudes vitales hay huellas en su obra, caracterizada por un apasionado criticismo. Situado entre una edad de fríos pensadores y un tiempo de artistas apasionados, él fue un pensador apasionado”.³⁰

En consonancia con esta propuesta de análisis metodológico de la obra vareliana, Portuondo señala que su oratoria es más dieciochesca, plena de erudición, con abundancia de citas clásicas y bíblicas, cargado de latinismos, prosopopeyas y apóstrofes “destinados a conmover, y a sorprender, al beato auditorio”.³¹ Asimismo constata que, en ocasiones, los discursos de Varela abandonan el tono solemne y retórico, y se adentran en terrenos de mayor didactismo, como si, sugiere Portuondo, el maestro se impusiera al orador.

El aspecto *criticista* de la obra vareliana es ampliamente estudiado por el ensayista, quien establece aquí un paralelo con el padre Feijóo, en tanto ambos fueron acérrimos enemigos del escolasticismo y sostenedores de ideas ilustradas, aunque en su opinión el cubano fue más radical que su predecesor español. Los

²⁸ José Antonio Portuondo: “Significación literaria de Varela” [1944], en: *Ensayos sobre literatura cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2011, p. 81.

²⁹ *Ibidem*, p. 82.

³⁰ *Ídem*.

³¹ *Ibidem*, p. 83.

dos coinciden en la crítica al estilo de filosofar pedante, afectado y oscuro, y subrayan la inutilidad de las disputas escolásticas. Uno y otro sacerdote apuntaron también sus dardos intelectuales contra la impiedad, la superstición y los falsos milagros y, al decir de Portuondo: “entendieron rectamente el saber como servicio y no como motivo de femenil coquetería o acaso como máscara encubridora de vaciedad e ignorancia”.³²

A continuación, el profesor santiaguero entra en lo que denomina los “temas perdurables de la crítica” en la obra de Varela, que considera se encuentran en los siguientes aspectos: “El concepto mismo de la crítica, sobre la autoridad, el valor de la experiencia, las reglas y la imitación en el arte, la naturaleza del lenguaje [...] aquellos, en fin, que trascendiendo las preocupaciones inmediatas de su siglo, conservan a través del tiempo su frescura y entroncan con discusiones contemporáneas”.³³ El concepto de crítica elaborado por Varela aparece expuesto en sus *Cartas a Elpidio*, donde enfatiza que no es el arte de impugnar mordazmente, sino “una colección de observaciones para formar juicios de los hechos históricos, de los libros, sus diversas lecciones, sentido y autores”.³⁴

Asimismo Portuondo señala la crítica de Varela a la autoridad eclesiástica en materias filosóficas, en lo cual sigue a Feijóo y a Melchor Cano. Y anota que, lo más importante para el cubano es poner la razón y la experiencia como fundamentos del conocimiento científico. En este punto Portuondo señala que fue el sacerdote habanero quien introdujo en Cuba “la posibilidad misma de toda ciencia” y lo llama “Descartes cubano”.³⁵

Si la doctrina científica de su siglo está presente en los razonamientos varelianos, también lo está el ademán romántico, en íntima comunión con la noción de naturaleza, cuyos fenómenos es posible estudiar y comprender, pero jamás reproducir en su perfección. Sobre este asunto, apunta con gran penetración el

³² *Ibidem*, p. 87.

³³ *Ibidem*, p. 88.

³⁴ *Ídem*.

³⁵ *Ibidem*, pp. 91-92.

filósofo: “Bastante dificultad hay sin buscarla en la imitación de la naturaleza, contrayéndose solo a lo que habla al corazón, que es el remedo de las pasiones, y lo que sorprende a la imaginación, que es el hallazgo de modos siempre nuevos y siempre interesantes”.³⁶

Los certeros juicios de Varela sobre la imitación de la naturaleza por el arte, y en particular por la literatura lo llevan a exclamar juiciosamente que: “aun los más severos en la materia conocerán que la imitación de la naturaleza debe llevarse hasta donde es preciso al fin que cada uno se propone”.³⁷ Ya antes había dicho, a propósito de la música: “Cuando se dice que un profesor imita con sus instrumentos el canto de un pájaro u otro sonido de la naturaleza, solo sirve para darnos una idea de su destreza y a veces solo de su trabajo infructuoso, pues la imitación, por más que se diga, jamás será perfecta, y aunque lo fuera, para oír pájaros no se necesitan instrumentos músicos”.³⁸

En lo relacionado con el lenguaje, Portuondo encuentra en las reflexiones de Varela, en particular lo contenido en su *Miscelánea filosófica* sobre los diferentes tipos de expresiones, voces y palabras, una “teoría del origen del lenguaje, nada distante de las modernas teorías lingüísticas. Varela se aparta con ella del origen divino del lenguaje para revelarnos este como un fenómeno humano y social”.³⁹

Otras digresiones del ensayo enfatizan el ademán didáctico en la obra del sacerdote, que revela “su acendrada vocación de maestro”. Pero no se trata de un didactismo simple, sino de un sentido profundo de colaboración entre el que enseña y el que aprende, un diálogo sabio entre maestro y alumno, en el que ambos salen vigorizados en su saber. En ese maravilloso ejemplo de enseñanza moral que son las *Cartas a Elpidio*, Varela recordará el ejemplo de su prédica entre la juventud cubana, a la que consagró todo su carácter, su talento, sus ideas y su alma toda.

³⁶ José Antonio Portuondo: “Significación literaria de Varela” [1944], en: *Ensayos sobre literatura cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2011, p. 94.

³⁷ *Ibidem*, p. 96.

³⁸ *Ibidem*, p. 94.

³⁹ *Ibidem*, p. 97.

En sus conclusiones sobre la significación literaria de Varela, Portuondo lo señala como un hombre de transición, sensible y apasionado, más cerca del vehemente romanticismo que de los rigores neoclásicos. Asimismo lo califica como el primero y mejor de nuestros ensayistas y añade: “Las *Cartas a Elpidio* no son otra cosa que ensayos, y la *Miscelánea filosófica* no ha sido superada todavía entre nosotros como libro de ensayos”. Su estilo ensayístico, apunta “libre de la urgencia docente y del tono polémico, alcanza su más alta perfección, sin perjuicio de sus queridas brevedad, claridad y precisión”.⁴⁰

IV

El último comentarista de la obra vareliana que abordaré es Emilio Roig, no solo uno de los más profundos estudiosos de sus ideas políticas, sino asimismo un laborioso divulgador de sus doctrinas en artículos, folletos, conferencias, prólogos y libros dedicados a su figura. Entre sus numerosas aproximaciones aparecen los trabajos de 10 y 17 de marzo de 1935, publicados en la revista *Carteles* bajo los rótulos de “El padre Varela, maestro de revolucionarios” y “Certero juicio del padre Varela sobre los errores y defectos de los gobernantes revolucionarios de 1824”. Dos nuevos textos, de 14 y 28 de abril de 1935, dan fe de los siguientes aspectos: “Persecuciones y peligros que pasó Varela en la publicación de *El Habanero*” y “Varela quería a Cuba “tan isla política como lo es en la naturaleza”. También es de interés el comentario titulado “Varela, forjador de la evolución cultural cubana”, aparecido en *Carteles* en septiembre de 1943 y referido al libro de Antonio Hernández Travieso *Varela y la reforma filosófica en Cuba*.

Igualmente destacan el folleto titulado *Varela en el habanero, precursor de la revolución cubana*, de 1945, que originalmente fue el prólogo a la edición de *El Habanero* publicada por la Biblioteca de Autores Cubanos de la Universidad de La Habana en ese propio año. Ese mismo texto aparece en el libro *Vida y pensamien-*

⁴⁰ *Ibidem*, p. 105.

to de Varela, editado por el municipio de La Habana en 1945, y cuya primera edición pertenece a los *Cuadernos de historia habanera*, nos. 25-28, de 1944-45, donde se recopilaron en cuatro volúmenes las conferencias de un ciclo vareliano organizado por la Oficina del Historiador de la Ciudad. En 1945 Roig también publica su trabajo "El padre Varela y la monarquía española", en el número de abril de la revista habanera *Nuevas Letras*. El 30 de noviembre de 1952 aparece en *Carteles* su artículo "El centenario de la muerte de Félix Varela" y otro texto con el título de "Varela, precursor de la revolución cubana", apareció en la edición de enero-abril de 1959, de la publicación cultural *Humanismo*.

Uno de los trabajos más importantes de Roig, donde se encuentran resumidos varios de sus conceptos acerca de la trascendencia histórica del sacerdote, es el ensayo titulado "Félix Varela: precursor de la revolución libertadora cubana", publicado el 1º de marzo de 1953 en *Carteles*, y que aparece reproducido como introducción al libro *Félix Varela y Morales. Ideario cubano*, volumen 12 de la Colección Histórica Cubana y Americana, que la Oficina del Historiador de La Habana publicó en 1953, en conmemoración del centenario de la muerte del preclaro sacerdote habanero.

Este extenso glosario de la vida y las obras del autor de *Cartas a Elpidio*, comienza con una declaración de principios sobre el lugar de los intelectuales en la sociedad, y afirma en vehementes palabras:

Varela fue el primer intelectual cubano que enseñó a los intelectuales de su época y de las generaciones futuras cómo no debían aislarse criminalmente en la torre de marfil de sus especulaciones literarias, artísticas o científicas, sino que, precisamente por ser intelectuales, era mayor la obligación que tenían de ocuparse de los problemas nacionales para ilustrar y dar orientaciones a su pueblo, y fue también Varela, en este sentido, el primero de nuestros intelectuales revolucionarios.⁴¹

⁴¹ Emilio Roig de Leuchsenring: "Félix Varela: precursor de la revolución libertadora cubana", en: *Félix Varela y Morales. Ideario cubano*, Oficina del Historiador de La Ciu-

Esta noción de un pensador esencialmente revolucionario, lo lleva a manifestar a continuación que se trataba de un “revolucionario de cuerpo entero, con clara visión del medio en que operaba, del material humano con que tenía que luchar y de los fines que perseguía”. De tal suerte, Roig define al sacerdote ilustrado como un maestro en la plenitud de ese concepto: “Fue, pues, Varela, maestro de maestros, maestro de filósofos, maestro de intelectuales y maestro de revolucionarios”.⁴²

Lo que más le interesa a Roig es destacar la ideología independentista de Varela, y en particular, la que se halla contenida en *El Habanero*, revista en cuyos números se desarrolla de manera cabal el ideario político vareliano, el cual está inspirado, dice Roig “en un franco, decidido y vibrante espíritu revolucionario tendiente a lograr por ese medio la separación total de Cuba de España y la libertad y la independencia absoluta de la Isla”.⁴³

En su opúsculo, el historiador de La Habana repasa el relativo olvido en que se habían tenido las ideas políticas del presbítero en las primeras décadas republicanas, algo que comenzó a ser reparado en 1944 con la publicación por la Universidad de La Habana, en su *Biblioteca de Autores Cubanos*, de las obras políticas y filosóficas de Varela, proyecto iniciado con la transcripción de *El Habanero*. Roig se enorgullece de estar entre los primeros en haber llamado la atención sobre aquella zona preterrida de su pensamiento. Según apunta Emilio Roig:

Hojeando las páginas venerables de *El Habanero* comprobamos que es Varela, en el tiempo, el primer cubano que mantiene decididamente, sin vacilaciones de ninguna clase, la necesidad imprescindible de que, para ser feliz y próspera, para lograr libertad y justicia, tenía Cuba que romper los lazos que la esclavizaban a España. Es Varela el primer cubano intelectual que pone la pluma al servicio de la causa libertadora de su país. Y es también Varela el

dad, La Habana, 1953, p. 7.

⁴² Ídem.

⁴³ Ídem.

primer cubano intelectual que predica, porque de ello está convencido, que no es por la evolución bajo la soberanía de la Metrópoli, sino por la revolución, como Cuba puede y debe conquistar sus derechos políticos y económicos.⁴⁴

En el mapa político ideológico del sacerdote trazado por Roig, este destaca un conjunto de rasgos que lo identifican y al mismo tiempo lo diferencian del resto de sus contemporáneos. Son ellos: a) el logro de la independencia absoluta; b) esa independencia debía alcanzarse mediante una revolución; c) la independencia debían obtenerla los cubanos por sí mismos, con esfuerzo propio y sin ayudas extranjeras que comprometieran la misma; d) el acendrado cubanismo de Varela, tan celoso de la independencia absoluta de su patria, no contradice su americanismo; e) Varela no predica el odio a España ni a los españoles o europeos en general, sino al régimen despótico que aquellos representan.

Por tales razones, Roig concluye sus glosas al pensamiento político del autor de *Miscelánea filosófica* con esta afirmación: “Varela debe ser considerado, no solo maestro de revolucionarios y precursor de la revolución cubana, sino también ciudadano de América, por su desbordado amor a la gran patria continental, la exaltación de las virtudes de sus pueblos y su fervoroso y comprensivo apostolado americano”.⁴⁵

La admiración de Roig por Varela es explícita también en otros hechos de carácter patrimonial y urbanístico. Me refiero en primer lugar al traslado de un busto de mármol con pedestal de granito, costado por el Ayuntamiento de La Habana e inaugurado en 1911 en el parque de Dragones, a su nuevo emplazamiento en el parque Luz Caballero, frente al Seminario de San Carlos y San Ambrosio, hecho que ocurrió el 29 de marzo de 1936. El nuevo lugar era mucho más apropiado, desde el punto de vista simbólico y patrimonial para colocar la efigie de Varela, en cuyo frente debían quedar grabadas estas palabras, a todas luces escritas por el propio Roig: Reformador de la filosofía y del sistema de enseñanza en Cuba. Mantenedor de nuestra independencia por

⁴⁴ *Ibidem*, p. 16.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 34.

la Revolución. Evangelizador y sacerdote ejemplar. Educador, orador, diputado a cortes y periodista.

Luego está su apasionada defensa de la calle que lleva su nombre en La Habana, anteriormente llamada Belascoaín. En un artículo publicado en la revista *Carteles*, el 21 de febrero de 1954, el historiador se dolía que se mantuviera el viejo nombre de dicha arteria, cuando dice:

Pero los particulares, instituciones y organismos oficiales siguen denominando muchas calles de La Habana por sus nombres antiguos, constituyendo ello en algunos casos, desprecio intolerable para esclarecidos cubanos, ilustres personalidades extranjeras y naciones amigas de Cuba, cuyos nombres actualmente ostentan. Y no es inoportuno discurrir sobre este particular porque, precisamente, el pasado año, con motivo de la reconstrucción de una de las más importantes avenidas de nuestra capital, la Unión de Comerciantes de Belascoaín y la prensa habanera han mencionado, con alguna que otra excepción, a esa calle por su nombre antiguo, olvidando el que oficialmente ostenta desde 1911. Nos referimos a la antigua calle de Belascoaín, que desde 1911 lleva el nombre glorioso de uno de los más preclaros fundadores de nuestra nacionalidad, maestro de filósofos, maestro de maestros y maestro de libertadores, el primer cubano de letras y pensamiento que propugnó la necesidad imperiosa que Cuba tenía, para alcanzar libertad y justicia y vivir la vida del derecho, la civilización y la cultura, de independizarse de España, no por la evolución, sino por la revolución. Ese hombre excelso se llamó: Félix Varela y Morales.⁴⁶

Para terminar, me gustaría citar otra frase de un gran filósofo y educador cubano, en este caso Enrique José Varona, quien afirmó en 1911, en ocasión del regreso de los restos mortales de Félix Varela a Cuba:

⁴⁶ Emilio Roig de Leuchsenring: "Callejero de La Habana", *Carteles*, La Habana, 21 de febrero de 1954.

Hombre, representó con brillo a su patria y veló con celo ilustrado por sus capitales intereses. Anciano, ejerció desde el destierro una especie de sabia y afectuosa tutela sobre los espíritus cultivados en la isla, y fue como el mentor moral de los que trabajaban en ella por su prosperidad y engrandecimiento. Sería difícil encontrar después entre nosotros hombre tan universalmente respetado y escuchado. Ausente, se le tenía y consideraba como presente. Era el maestro que se seguía y la autoridad que se invocaba.⁴⁷

La Habana, 20 de febrero de 2016

⁴⁷ Enrique José Varona: "Varela", *El Figaro*, vol. 27, no. 47, La Habana, 1911.

VARELA: EL PRECURSOR Y SU ÉPOCA

Jorge Ramón Ibarra Cuesta es reconocido como uno de los más importantes historiadores cubanos vivos, tanto por el volumen como por la calidad indiscutible de su obra historiográfica, pletórica de aportes y discusiones al estudio del devenir insular. De ello dan fe más de una docena de títulos imprescindibles de nuestra historiografía en los últimos cincuenta años, entre los que destacan su *Historia de Cuba* (1967), *Ideología mambisa* (1971), *Nación y cultura nacional* (1981), *Un análisis psicossocial del cubano: 1898-1925* (1985), *Cuba: 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales* (1992), *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales* (1995), *Patria, etnia y nación* (2007), *Marx y la historiografía de la plantación esclavista americana* (2008) y *Encrucijadas de la guerra prolongada* (2008); el Premio Nacional de Historia, el Premio Nacional de Ciencias Sociales y múltiples premios de la crítica y reconocimientos científicos, justifican y avalan su extraordinaria trayectoria intelectual.⁴⁸

Dentro de esta copiosa obra, destaca su libro *Varela, el precursor. Un estudio de época*, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales en el año 2004, y reeditado nuevamente en el año 2008.⁴⁹ Su aproximación a Félix Varela, el virtuoso patriota y sacerdote habanero, abanderado del pensamiento independentista radical de la primera mitad del siglo XIX cubano, no constituye una biografía en el sentido tradicional del término, sino un ambicioso y logrado intento por desentrañar las claves y contradicciones de su época histórica. El propósito del historiador es aquí: “contribuir al

⁴⁸ Jorge Ibarra Cuesta: *Los variados caminos de la historia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.

⁴⁹ Jorge Ibarra Cuesta: *Varela, el precursor. Un estudio de época*, 2ª edición, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.

esclarecimiento conceptual del espacio político e ideológico por el que transitó el protagonista histórico y su trayectoria social”.

De particular interés, me parece la distinción que propone Ibarra sobre la condición vareliana de precursor del ideario independentista, en comparación con los forjadores de la nacionalidad. En este sentido apunta:

El proyecto del precursor será, por lo general, una abstracción teórica de la realidad, el del forjador será una aplicación práctica de la abstracción a la realidad. La empresa del precursor demanda una gran confianza en sí mismo, en sus convicciones y recursos espirituales [...] mientras el precursor será, con frecuencia, un incomprendido o un solitario en su época, no ocurrirá lo mismo con el forjador, pues sus ideas [...] son compartidas cada vez más por sus contemporáneos. La sensación de desgarramiento y aislamiento social será, por consiguiente, propia del precursor.

Félix Varela fue, en la historia de las ideas políticas en Cuba, un hombre que evolucionó del reformismo autonómico de sus primeros escritos, a un acendrado independentismo, en una época histórica marcada por una profunda lucha de imaginarios políticos y prácticas intelectuales en torno a cuál debía ser el futuro de la Isla: reformismo-autonomista, abolicionismo, separatismo, anexionismo e independentismo. De esta última matriz, Ibarra sugiere que se desprenden dos corrientes, la del propio Varela y José de la Luz y Caballero, que se continúa en su discipulado de jóvenes que se incorpora a la manigua en el 68; y la vertiente masónica, representada por José Morales Lemus y Francisco Agüero, que se continúa en las logias de orientación independentista de la década de 1860, fundadas por Vicente Antonio de Castro y Bermúdez, y donde maduró la conspiración del 10 de octubre en el centro y oriente de la Isla.

Ibarra se detiene también, con mano maestra, en las sutiles diferencias y matices que separan a Varela de Luz, y al sacerdote ilustrado de los Hombres del 68, distanciando a estos a su vez de los políticos anexionistas y reformistas, para los cuales la nacionalidad cubana debía ser oligárquica, racista y excluyente. Para Varela, el precursor, y para los forjadores del 68 y el 95, la na-

ción independiente debía descansar sobre preceptos de libertad política, igualdad jurídica y confraternidad étnica, por lo que su aporte no puede en modo alguno homologarse al realizado por los miembros de la intelectualidad reformista como Saco o del Monte.

Estamos pues, ante un libro de tesis, que refuta los prejuicios más arraigados en la historiografía burguesa republicana y seudo marxista del periodo revolucionario, las que bautizaron a Arango y Parreño, Saco y del Monte con los pomposos calificativos de “padres fundadores de la nacionalidad”. Es también un texto de pasión historiográfica, lúcidas contribuciones y combates por una historia desmitificadora; por eso puede afirmar que Varela fue, en última instancia, un representante de la Ideología Mambisa, un antecesor directo e ilustre de los Hombres del 68. Existe una continuidad telúrica entre su independentismo y abolicionismo radicales con el de los verdaderos forjadores de la nacionalidad. Solo los diferenció el contexto histórico en que actuaron y el papel que les tocó desempeñar: “Varela, precursor de la nacionalidad. Céspedes y Agramonte sus forjadores”.

HEREDIA: ¿LA INCOMPRENSIÓN DE SÍ MISMO?

Para Antón Arrufat

Rafael Esténger (1899-1983), abogado, periodista, diplomático y político santiaguero, fue un poeta menor dentro de la cohorte posmodernista, que se destacó por su labor como conferencista, orador, prologuista y antologador. Entre sus trabajos más conocidos están su recopilación *Cien de las mejores poesías cubanas* (1943, con varias ediciones), sus conferencias y discursos sobre Antonio Maceo pronunciados en la Cámara de Representantes, recogidos en el volumen *Homenaje a Maceo* (1945), así como sus prólogos a ediciones de la obra de José Antonio Saco, *La vagancia en Cuba* (1946) y del poeta José Manuel Poveda, *Proemios de cenáculo* (1948).

Sin embargo, lo más perdurable de su quehacer intelectual fue realizado en el campo de la biografía, con destaque para sus semblanzas de próceres e intelectuales cubanos y latinoamericanos: *Vida de Martí* (1934, con varias ediciones); *Heredia, la incomprensión de sí mismo* (1938); *Sonata patética. Vida del Dr. Argilagos* (1938); *Amores de cubanos famosos. Miniaturas biográficas* (1939); *Don Pepe, retrato de un maestro de escuela* (1940); *Hostos, biografía para niños* (1942); *Céspedes, el precursor* (1949); *El hombre de las montañas* (1954), dedicado a la figura de Antonio Maceo; *Poveda y su doble mundo* (1957) y *Recordación de Hernández Catá. Cubanidad de Hernández Catá* (s. f.).

A raíz del Bicentenario de José María Heredia, conmemorado en 2003, ha vuelto a ser publicada la biografía herediana de Esténger, esta vez con un elogioso prólogo del dramaturgo y novelista Antón Arrufat, quien no vacila en incluirla entre las tres grandes biografías cubanas del siglo xx consagradas a escritores y artistas. En su criterio, solo la biografía de Juan Clemente

Zenea, de Enrique Piñeyro,⁵⁰ y la de José Martí, de Jorge Mañach,⁵¹ se equiparan por su calidad al Heredia de Esténger. A juicio de Arrufat: “Rafael Esténger [...] sintió por José María Heredia, tanto por su condición de poeta romántico [...] como por su actividad política de revolucionario fundador de la nacionalidad, una continua devoción, devoción crítica, como son las devociones creadoras. No hay fanatismo ni santurronería en este libro, escrito con excelente prosa, de moderno dinamismo y repentina belleza, sino aproximación admirada y lúcida”.⁵²

Señala el prologuista a este volumen, que el método de escribir historias de vidas de Esténger descansaba en la brevedad, aunque sin omitir aspectos importantes, siguiendo al biógrafo inglés Lytton Strachey, autor de un volumen titulado *Victorianos eminentes* (1917). De tal modo, la narración del periodista santiaguero trata de conseguir la brevedad dramática, excluyendo citas eruditas y referencias bibliográficas. Su fuente principal para conocer la existencia de su biografiado será su papelería y su epistolario, disperso en archivos y bibliotecas, aunque se echa en falta el contraste con otros documentos personales y de sus contemporáneos, señaladamente en el caso de Domingo del Monte, cuya copiosa correspondencia comenzó a ser publicada por la Academia de la Historia de Cuba en 1923. Otros vacíos en la biografía que referimos, y que Arrufat señala con acierto, son su importante etapa matancera o sus amoríos juveniles. Más profundo es el tratamiento de la relación de Heredia con su padre y su prolongada estancia en México, etapa durante la cual se fortaleció su pensamiento democrático y republicano. Al final del volumen, se añade una cronología y una revisión literaria de Heredia, como complemento de la biografía.

La semblanza de Esténger se enmarca cronológicamente dentro de las conmemoraciones republicanas por el Centenario de su muerte, ocurrida en 1839. A tenor de ello circulan en 1938, además del citado volumen, una *Cronología herediana* firmada

⁵⁰ Enrique Piñeyro: *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea*, Garnier, París, 1901.

⁵¹ Jorge Mañach: *Martí, el apóstol*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933.

⁵² Rafael Esténger: *Heredia, la incompreensión de sí mismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, p. VIII.

por Francisco González del Valle⁵³ y un año más tarde ven la luz dos tomos de las *Poesías, discursos y cartas*⁵⁴ y los *Estudios heredianos* de José María Chacón y Calvo.⁵⁵ En 1940, Emilio Roig de Leuchsenring promovió la publicación de las *Poesías completas* de Heredia, como un homenaje del municipio habanero al centenario del poeta.⁵⁶ Esténger, además de lo citado anteriormente, colaboró con juicios sobre el autor de *Oda al Niágara* en el tomo de *Poesías, discursos y cartas* de 1939, y ese propio año publicó *Esquema de Heredia* y dictó la conferencia *Hacia un Heredia genuino*, en el Instituto “América” de Santiago de Cuba. Regresando a su estudio biográfico, Esténger declara que su propósito es:

Narrar la vida de Heredia sin proponernos una misión de rectificaciones ni hallazgos de erudición libresca. No queremos escribir un libro muerto sobre un hombre muerto, sino ofrecer la personal y libre interpretación de un cubano de hoy sobre un cubano del siglo XIX, porque su vida es para nosotros dramática cual ninguna. Tampoco escribimos esta biografía por amor a los versos del poeta que bien poco nos dice a los poetas de ahora. ¿Qué intentamos entonces? Un libro de agonía, un libro polémico, un libro de actualidad sangrante y viva.⁵⁷

¿Cuál sería en ese momento la “actualidad sangrante y viva” de Heredia?, pues Esténger lo sugiere de modo oblicuo, cuando a renglón seguido afirma: “la revelación de un hombre que sintió el hondo desengaño que muchos libertadores sintieron, por no tener fe en la virtud de los pueblos de América, siempre oscilantes,

⁵³ Francisco González del Valle: *Cronología herediana (1803-1839)*, Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1938.

⁵⁴ *Poesías, discursos y cartas de José María Heredia*, Cultural, La Habana, 1939.

⁵⁵ José María Chacón y Calvo: *Estudios heredianos*, Editorial Trópico, La Habana, 1939.

⁵⁶ José María Heredia: *Poesías completas*, Introducción de Emilio Roig de Leuchsenring, Municipio de La Habana, 2 t, La Habana, 1940-41.

⁵⁷ Rafael Esténger: *Heredia...*, ob. cit., p. 3.

como el péndulo de terrible pesadilla, entre la dictadura y el desorden".⁵⁸

A propósito de este comentario desesperanzado, no debemos olvidar que Cuba hacía pocos años había puesto fin a una terrible dictadura, la del general Gerardo Machado, en la que Esténger había participado, y que su observación sobre el autoritario militar Miguel Tacón parece querer disminuir su infamia, cuando apunta: "¿Por qué dar de Tacón la negra imagen sobada y manoseada por un siglo de enconos revolucionarios, si la "bárbara crueldad" de Tacón apenas se subraya con destierros y prisiones, cuando pudo torturar y matar como hicieron otros Capitanes Generales, a veces sin mayores pretextos ni más difíciles trances?"⁵⁹ ¿Acaso resulta que hay "grados" mejores y peores de despotismo?, ¿y qué quiere decir que el siglo XIX haya sido "de enconos revolucionarios"? Todo esto parece reflejar una táctica aversión de Esténger a las revoluciones y una no disimulada simpatía por los tiranos.

La visión pesimista y desencantada sobre la capacidad de los pueblos hispanoamericanos para alcanzar una vida próspera y democrática, lleva a Esténger al devaneo de contraponer el escepticismo de Heredia a la convicción de Martí, en sus respectivas visiones acerca de la independencia americana, despropósito que apenas alcanza a disimular con el sofisma de que: "En el fondo de nuestro drama colectivo hay un impulso de superación y mejoramiento que no se hallaría en el pantano de las colonias sumisas. No queremos que los lectores vean un giro tendencioso, de amargo derrotismo, en nuestro anhelo de presentar sin rodeos hipócritas la tragedia desea vida".⁶⁰ En resumen, lo que Esténger quiere ofrecer de Heredia es un "caso patético", "la angustia de una fe que muere", "el eclipse de un gran ideal en el fondo de un alma", y todo este arsenal pesimista le parece suficiente para "emocionar" al lector.

El Heredia juvenil se nos presenta aquí en medio de aprendizajes precoces, viajes familiares, polémicas literarias, afanes

⁵⁸ Ídem.

⁵⁹ Ídem.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 4.

presumidos y lances donjuanescos, donde aparece una y otra vez la imagen de la mujer “funesta e infiel”, Isabel Rueda Ponce de León, la “Lesbia” de tantos versos despechados y tristes. Sus primeros versos patrióticos, ya involucrado el joven bardo en el “torbellino revolucionario” de las conspiraciones separatistas, *La estrella de Cuba*, se le antojan a Esténger “una confesión desencantada”, pues “el mismo pueblo que ardía en furor al conjuro de su palabra, y que parecía dispuesto al heroísmo, lo entrega a los tiranos. Se sabe descubierto, traicionado, vendido, a merced del mandón terrible, y ya imagina, en la altura del cadalso, donde el último gemido del patriota es un voto fiero de rencor sin límite, que los rayos del sol van a secar su cabeza mártir”.⁶¹

Descubierta por una traición la conspiración de los Caballeros Racionales, a la que Heredia pertenecía, escribe una carta evasiva acerca de su participación en dicha tentativa emancipadora, que se contradice con los contenidos del viril y combativo poema. En esto el biógrafo descubre lo que denomina “la fatalidad” de Heredia, es decir: “que la realidad y la poesía se confunden, el mundo real y el ilusorio se entrelazan, como las luces y sombras del crepúsculo, sin que nadie pueda fijar sus límites exactos. La carta no se corresponde al poema. La carta es menos realista: un propósito leguleyo, una forma de alegato con que atenuar las severas ínfulas de la justicia colonial, y tal vez un intento de aliviar molestias y persecuciones a los familiares que han de quedar en Cuba”.⁶²

El destierro estadounidense de Heredia, que tan hostil fue para el poeta por el clima frío de Boston y Nueva York y sus reticencias con el idioma inglés, es suavizado por la presencia de otros proscritos, como Tomás Gener, Leonardo Santos Suárez y Félix Varela, quienes se hacían acompañar de Cristóbal Madan. Llama la atención que Esténger utiliza palabras zalameras para referirse al joven Madan, “un criollo juvenil entonces, que andando el tiempo, ya con canas de patriarca, en la intimidad de Rafael María de Mendive, conocería a un muchacho sentimental

⁶¹ *Ibidem*, p. 28.

⁶² *Ídem*, p. 30.

y corajudo que se llamó José Martí".⁶³ ¿Qué importancia puede tener este dato relacionando a Madan, heredero de un vasto imperio azucarero, con Martí? Además, si nos atenemos a la cronología, Cristóbal Madan (1807-1859)⁶⁴ tuvo muy poco tiempo para conocer a Martí, pues murió cuando este tenía apenas seis años y todavía no conocía a Mendive.

En los Estados Unidos, Heredia se aficiona al brandi para combatir el frío, dice, y se inficiona del pragmatismo norteamericano, al extremo de exclamar que de haber nacido allí, su vida sería "feliz y gloriosa".⁶⁵ Pero no debe creerse esta presunción a pie juntillas, el alma romántica de Heredia poco tenía que ver con el utilitarismo sajón, y anhela irse a las tierras donde se habla español y el clima es más cálido.

Antes, absorbe el espectáculo grandioso de las Cataratas del Niágara, inspiradoras del famoso poema. En una carta relacionada con este suceso, Heredia desliza la célebre frase:

"Me parecía ver en aquel torrente la imagen de mis pasiones y de la borrasca de mi vida. Así, así como los rápidos del Niágara, hierve mi corazón en pos de la perfección ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como empiezo a temerlos, no son más que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño?, ¡Oh! ¿Cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece la realidad?".⁶⁶

Es en esta carta minuciosa y de una sinceridad desgarradora, donde en opinión de Esténger, debe buscarse una de las claves del desencanto herediano, pues el éxtasis romántico de lo que

⁶³ *Ibidem*, p. 34.

⁶⁴ "Hijo de uno de los miembros del más poderosos clan negrero cubano de todos los tiempos, es con sus parientes Miguel Aldama y Alfonso, José Luis Alfonso García y Juan Poey Aloy, uno de los cuatro jinetes del apocalipsis sacarócrata". Manuel Moreno Friginals: *El Ingenio*, tomo III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 234.

⁶⁵ Rafael Esténger, *Heredia...*, ob. cit., p. 37.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 39.

llamó la “novela de su vida”, era en realidad su existencia verdadera, algo que el poeta no entendió al decidirse “por una realidad postiza que se afaná en buscar con afanoso raciocinio”. El biógrafo enfatiza una y otra vez en las declaraciones desilusionadas de Heredia sobre el papel que le ha tocado jugar hasta ese momento, cuando reconoce que no tiene la fama ni el valor de Aníbal, y que es tan solo un “joven ardiente, generoso e incauto, que será siempre juguete del faccioso o víctima del fuerte”.⁶⁷ Otras confesiones desengañadas aluden al pueblo con cinismo: “Los amores de la multitud son breves e infaustos. Ella no juzga del fin, sino de la fortuna, y para obtener sus aplausos es preciso atterrarla o reducirla, y engañarla siempre”.⁶⁸ Llegados a este punto, el Heredia político de Esténger será entonces, más que el conspirador prematuro y romántico, un apóstol descreído y desconfiado, que se decanta en su madurez por el legalismo, que tiembla ante la idea de la guerra civil en México.

La estadía de Heredia en suelo mexicano, Esténger la califica bajo el apelativo de “El poeta burgués”, momento de intensos trabajos periodísticos, transitoria prosperidad económica y halagadora vida intelectual, aderezada por un mejoramiento de su salud física, ostensible en el peso corporal y el semblante más vivo. Incluso siente con fruición el olvidado placer de tomarse fotografías. Allí: “el proscripto se siente desligado de las empresas revolucionarias. Ese mimo con que le trata México aduerme un poco el fuego lírico. Triste cosa, más triste acaso que la flacura quiijotesca. El poeta se hace burgués. Más exacto, se acomoda a la vida. Es Don Quijote que vuelve a la cordura, la página más terrible de Cervantes”.⁶⁹

Sin embargo, no todo fue fácil ni viable en tierras aztecas, sintió las envidias y traspies que le opuso la política mexicana, para impedir su acceso a cargos públicos bien remunerados, como el de juez de Veracruz. Allí también fue testigo y participante en las pugnas por el poder de las diferentes facciones políticas post independenciam, donde siempre abogó por el imperio de la ley y la

⁶⁷ *Ibidem*, p. 41.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 42.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 48.

justicia, frente a los excesos y la arbitrariedad de los sediciosos. Desencantado una vez más, le escribe a Tomás Gener en 1831: “La situación en este país es cada vez más triste. Los inicuos hipócritas que ocupan el Ministerio han declarado la guerra a toda libertad, y cada comandante militar es tan absoluto como Fernando VIII”.⁷⁰

¿Sería este desaliento perturbador con las pasiones humanas, lo que le llevará a concebir una reflexión filosófica sobre la Historia Universal? Nunca lo sabremos, aunque no dejan de ser significativos sus juicios sobre la historia reciente de América, con opiniones benévolas sobre el difamado Dr. Francia y juicios más severos sobre Bolívar, al que llama “desertor de la libertad”⁷¹ y le reprocha sus ambiciones de poder. Palabras irónicas en quien no tardaría en seguir a un caudillo veleidoso y ambicioso de gloria, como el general Antonio de Santa Anna, del cual llegaría a ser colaborador y amigo cercano.

Un último momento polémico en la vida de Heredia, es el de la desdichada carta que envió desde México el 1 de abril de 1836 al general Tacón, para poder regresar a su patria. En este punto vuelve el biógrafo a insistir en la desilusión del poeta para con las ideas independentistas, luego de ver el estado de anarquía política en que se debatían las nacientes repúblicas americanas. Esgrime como argumento que otros contemporáneos suyos, como Saco y Luz y Caballero, tampoco albergaban esperanzas libertarias y se pronunciaban por un moderado reformismo liberal.

El párrafo doloroso de aquella misiva, en que implora al general Tacón le permita regresar a Cuba, siquiera sea por breve tiempo para poder abrazar a su madre y a su familia, dice: “Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos, y que, por conseguirla, habría sacrificado gustoso toda mi sangre. Pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años, han modificado mucho mis opiniones, y hoy vería como un crimen cualquier tentativa de

⁷⁰ *Ibidem*, p. 63.

⁷¹ *Ibidem*, p. 66.

trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano".⁷²

La epístola surtió el efecto esperado, la "carta milagrosa", dirá a su madre, sin embargo, los amigos de ayer, señaladamente Blas Osés, Félix Tanco y su condiscípulo Domingo del Monte, le viran la espalda y lo llaman con sarcasmo "tránsfuga abatido" y "poeta sin fe".⁷³ Solo el joven José Antonio Echeverría, después de escuchar los alegatos de Heredia, lo comprende y le parece "menos terrible su falta". Pero falta en el análisis de este pasaje, la profundidad del biógrafo en la cuestión política del momento, quien prefiere resolver el desencuentro entre Heredia y Del Monte como una mezquina venganza del segundo hacia el primero, por aquella vez en que el autor de *Himno del desterrado* reprochó al mecenas literario haber aceptado del gobierno colonial un cargo de Alcalde Constitucional en Guane. "Cosas de amigos", dice Esténger, y cancela con esta frase el lacerante trauma fraternal.⁷⁴ Y al final refiere con naturalidad el encuentro del poeta con el tirano, en el Palacio de Gobierno, y dice que este lo trató con cortesía y que sostuvieron una plática amistosa.

El 7 de mayo de 1839 murió el poeta en México, antes de haber cumplido los 36 años. De ellos, apenas siete los había pasado en su patria. Para Esténger, el desarraigado y descreído bardo romántico, fue víctima de una ironía histórica, pues su tardía abjuración del ideal patriótico no lo convirtió en apóstata, todo lo contrario, el imaginario independentista se apoderó de sus versos con un fervor inquebrantable.

Fue su obra de un espíritu nacionalista inequívoco, y sus metáforas encendidas y telúricas, la que siguió alimentando el patriotismo de las generaciones posteriores, como aparece descrito en la magnífica semblanza que hizo José Martí de Heredia,

⁷² *Ibidem*, p. 92.

⁷³ "Félix Tanco a Domingo del Monte", en: *Heredia entre cubanos y españoles*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2003, p. 155.

⁷⁴ "Amadísimo Domingo [...] ilustre Bachiller, sabes que hace quince largos años que posees el primer lugar en el corazón de tu amadísimo amigo", le escribe Heredia a del Monte el 26 de noviembre de 1836 desde Matanzas, a lo que este responde: "Ángel caído siempre te quiere con caridad y cariño sin igual tu constante amigo", en: *Heredia entre cubanos y españoles*, ob. cit., p. 158.

publicada en julio de 1888 en *El Economista Americano*, y en su conmovedor discurso de homenaje pronunciado en Hardman Hall, el 30 de noviembre de 1889 y que termina con estas imágenes abrasadoras: “¿Y nosotros, culpables, cómo lo saludaremos?, ¡Danos, oh Padre, virtud suficiente para que nos lloren las mujeres de nuestro tiempo, como te lloraron a ti las mujeres del tuyo; o haznos perecer en uno de los cataclismos que tú amabas, si no hemos de saber ser dignos de ti!”.⁷⁵

⁷⁵ José Martí, “Heredia”, en: *Heredia entre cubanos y españoles*, pp. 193-194.

DOMINGO DEL MONTE EN SU TIEMPO

La biografía no ha sido un género muy favorecido en las letras insulares de las últimas décadas, si lo comparamos con la etapa republicana, cuya emblemática serie *Biografías cubanas*, de la Editorial Trópico, dirigida por Emeterio Santovenia, Félix Lizaso y Pánfilo Camacho, publicó un haz de semblanzas de destacados patriotas e intelectuales cubanos: *Ignacio Agramonte, el Bayardo de la Revolución Cubana*, por Carlos Márquez Sterling; *Máximo Gómez, el Generalísimo*, por Benigno Souza; *Antonio Maceo, análisis bacteriológico*, por Leonardo Griñán Peralta; *Arango y Parreño, el estadista colonial*, por Francisco J. Ponte Domínguez; *Varrona, maestro de juventudes*, por Medardo Vitier; *Gaspar Betancourt Cisneros, El Lugareño*, por Federico Córdova; *Heredia, la incompreensión de sí mismo*, por Rafael Esténger; *Estrada Palma, el gobernante honrado*, por Pánfilo D. Camacho; *Nicolás Azcárate, el reformista*, por Rafael Azcárate y Rosell; *Gertrudis Gómez de Avellaneda, la peregrina*, por Rafael Marquina; *Eduardo Machado, el legislador trashumante*, por Pánfilo Camacho, entre otras.

Esta vocación por la biografía, tan necesaria para la comprensión de las actitudes humanas y sus circunstancias, al decir orteguiano, ha sido continuada por el prolífico investigador y ensayista matancero Urbano Martínez Carmenate, a cuya pluma se deben ya algunas de las más relevantes historias de vidas publicadas en los últimos años en Cuba: *José Jacinto Milanes* (1989), *Domingo del Monte y su tiempo* (1996), *Nicolás Heredia* (1999), *Bonifacio Byrne* (1999), *García Lorca y Cuba* (2002). Además mantiene inédita una biografía de Alejo Carpentier titulada *Carpentier y la otra novela*.

La biografía de Del Monte fue un libro afortunado desde que era un proyecto de investigación, pues recibió el Premio Razón de Ser de la Fundación Alejo Carpentier, el Premio de Biografía Enrique Piñeyro de la UNEAC, el Premio Anual de Investigaciones

del MINCULT, el Premio de la Academia de Ciencias de Cuba y el Premio de la Crítica. Aparecido originalmente en 1996, en una tirada de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, tuvo su primera edición cubana al año siguiente por Ediciones Unión, y doce años más tarde ha vuelto a ser publicada por Ediciones Matanzas,⁷⁶ en un volumen compacto de 541 páginas, que no vacilo en catalogar como una verdadera hazaña para una editora provincial, tanto por su inusual grosor como por el cuidado y belleza del trabajo de diseño editorial y tipográfico.

Destacan en el libro la reproducción de numerosas ilustraciones que enriquecen y apoyan el contenido del texto, incluyendo facsímiles de la edición príncipe de sus cartas, documentos, inmuebles, portadas de libros y revistas de su ámbito intelectual, tres retratos de Domingo del Monte en momentos diferentes de su vida y una imagen de la casa matancera, en la calle Gelabert (actual Milanés), donde nació su célebre tertulia literaria. Además se actualiza la bibliografía delmontina y sobre su época histórica, aparecida en los lustros posteriores a la publicación inicial. En el pórtico del volumen, aparece una dedicatoria al erudito historiógrafo Vidal Morales y Morales, pionero entre los estudiosos de la vida y trabajos de Del Monte, y a quien Urbano Martínez rinde tributo con el título de su obra.

Como es conocido, la vida de este destacado intelectual matancero estuvo marcada por signos paradójales, por la ambigüedad de su trayectoria política y por el relativo olvido de su obra en las generaciones que lo sucedieron en el siglo XIX. Aun así, Martí alcanzó a definirlo como “el más útil de los cubanos de su tiempo”, una aseveración que hace justicia a quien mayor influjo tuvo en la vida literaria de la colonia en la primera mitad del siglo XIX, fue alumno de Varela en el Seminario de San Carlos, disfrutó la amistad de Heredia, Luz, Saco y Azcárate, y bajo cuyos auspicios se reunieron escritores de la valía de Ramón de Palma, Cirilo Villaverde, José Antonio Echeverría, José Zacarías

⁷⁶ Urbano Martínez Carmenate: *Domingo del Monte y su tiempo*, Ediciones Matanzas, Matanzas, 2009.

González del Valle, José Jacinto Milanés, Anselmo Suárez y Romero y Félix Tanco Bosmeniel.

En esta biografía de Urbano Martínez Carmenate aparece un Del Monte interpretado desde sus circunstancias históricas, el Occidente de Cuba en la primera mitad del siglo XIX, escenario de conspiraciones liberales masónicas, gobiernos corruptos y tiránicos, trata ilegal, revueltas de esclavos y feroces represiones; explorado en su sicología de intelectual muy cercano a las élites azucareras esclavistas de la Isla, y expuesto en sus vacilaciones y dudas, sin alardes retóricos ni pueriles ditirambos.

El biógrafo hace gala de una prosa erudita e inteligente, combina con acierto las más diversas fuentes históricas, literarias y documentales para estructurar una narración ágil y amena, casi novelada, y no escamotea las zonas más polémicas de su biografiado, que podemos resumir en su antiesclavismo literario (fue a instancias suyas que Anselmo Suárez y Romero escribió la novela *Francisco*) y su menosprecio por la población no blanca de Cuba, y en su aborrecimiento al despotismo español y su temor a promover una revolución política que cambiara el orden social de la colonia.

Si algo echo en falta en este pormenorizado relato de la vida delmontina, sería una más profunda caracterización socioeconómica del clan familiar Aldama-del Monte-Alfonso, y una explicación más plausible del biógrafo a las razones por las que del Monte evitó a toda costa encontrarse con su gran amigo Heredia en 1836, a pesar de que en las cartas cruzadas entre ambos manifiesta el deseo de verse con él.

Quizás lo más íntimo de su pensamiento queda reflejado en la carta dirigida al Capitán General Leopoldo O'Donnell, con fecha 30 de abril de 1845, escrita con el objetivo de lograr su absolución en los hechos conspirativos de La Escalera, en la que afirma sin recato que:

Nunca he formado ni en idea planes de trastornos violentos, que acabarían con mi fortuna y con la de los míos; ni he tenido nunca tratos ni comunicaciones íntimas con gente menuda, inferior a mi clase con este ni otros objetos subversivos. Mis opiniones políticas respecto a la Isla de Cuba son las que profesan todas las personas que tienen

que perder en ese país, y conocen las consecuencias funestas que les traería una revolución cualquiera que fuese el pretexto o motivo con que se haga. Unión a España, tranquilidad imperturbable, seguridad, orden y fomento interior son los bienes que deseo para mi patria. Estas han sido siempre mis ideas, no las que me achacan mis enemigos.⁷⁷

Culto y miope, poeta menor, de hablar parco y sereno, casado con la hija de uno de los más ricos hacendados de la Isla, dueño de una de las mejores bibliotecas cubanas de su época, amante de las ediciones raras y las revistas literarias, mecenas distinguido, suspicaz y tornadizo en sus acciones públicas, enfrentado junto con Saco a las veleidades anexionistas, desencantado al final de su vida como le confiesa a Nicolás Azcárate, del Monte muere el 4 de noviembre de 1853 en Madrid. Muere desterrado al igual que Heredia, y como apunta José Antonio Fernández de Castro, “del total fracaso de sus sueños e ideales, de sus desesperanzas”.⁷⁸

Deja de existir en el mismo año que expira Varela, su mentor de juventud y paladín del pensamiento independentista, y que nace José Martí, que llevará sobre sus hombros lo mejor de todas las tradiciones literarias y políticas del siglo XIX cubano. Este el personaje controversial y sensible que Urbano Martínez Carmenate nos entrega, con afán de justicia historiográfica, tocando con acierto sus fibras más íntimas.

⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 451-452.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 512.

JOSÉ ANTONIO SACO EN LA ENCRUCIJADA*

Saludo la feliz iniciativa del Instituto de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello” y de su director, el fraterno compañero Fernando Martínez Heredia, de conmemorar los 50 años de la primera edición de *El ingenio*, una obra maestra de la historiografía revolucionaria cubana y latinoamericana, que ha resistido sin fisuras el paso del tiempo y se yergue todavía como un paradigma, poco frecuente entre nosotros, de investigación rigurosa en las fuentes primarias, aplicación creadora e inteligente del marxismo a las circunstancias de la plantación esclavista de azúcar en Cuba y constituye además un modelo narrativo por su prosa culta, atractiva y polémica.

Estamos conmemorando también los 40 años del prólogo a la segunda edición, fechado en febrero de 1974, aunque el libro no se publicó en tres tomos hasta 1978, donde Moreno daba cuenta de cuáles eran los móviles de su investigación sobre la plantación azucarera, en tanto su perspectiva aspiraba a ser totalizadora, mirando la sociedad insular desde la atalaya que consideraba su eje productivo fundamental: el ingenio de azúcar.

La tarea que Moreno se propuso en *El ingenio*, con el apoyo de la Universidad Central de las Villas, fue reconstruir en sus más mínimos detalles la gran maquinaria de la plantación azucarera del occidente de Cuba, y sus interrelaciones profundas con la cultura material y la ideología de las clases dominantes en el siglo XIX cubano. Lo novedoso de su enfoque marxista, influido

* Ponencia presentada en el taller *La historia como arma. En el 50 aniversario de El Ingenio de Manuel Moreno Fraginals*, celebrado del 14 al 16 de octubre en el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello. Con el título de “Manuel Moreno Fraginals y su desafío historiográfico a José Antonio Saco”, fue publicado en *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, año XII, no 703, La Habana, 1-7 de noviembre de 2014.

por el estructuralismo pero alejado del economicismo determinista, radica en que, como nos advierte desde el inicio:

Esta obra [...] pretende seguir las huellas que arrancan del azúcar y se manifiestan en la instauración de una cátedra universitaria, o en un decreto sobre diezmos, o en la forma característica del complejo arquitectónico urbano, o en los efectos terribles del arrasamiento de los bosques y la erosión. Y hemos ido hacia esta investigación porque estamos plenamente convencidos de que sin un estudio exhaustivo de la economía cubana no hay posibilidad alguna de interpretar correctamente su historia.⁷⁹

Además, el autor de esta cardinal monografía no ocultaba la función social que la misma debía cumplir, en el sentido de reconocer que se trataba de una obra “analítica y densa”, pero con la convicción de que “la Revolución necesita estudios básicos, con firmeza en los métodos empleados y en las fuentes de investigación”.⁸⁰ Es decir, se trataba de alcanzar un momento de madurez, no tanto en el orden ideológico como en las herramientas teóricas en el campo de la historia, mucho más útil al proyecto revolucionario que obras declaradamente marxistas pero de escasos valores heurísticos y ninguna trascendencia historiográfica. Entiendo que fue, además de un libro escrito con un rigor científico y una elegancia expositiva poco comunes, un alegato contra el dogmatismo y el empobrecimiento teórico que predominó en las ciencias sociales cubanas durante la primera mitad de los años 70, y es por ello que la fecha del prólogo a su edición definitiva no puede resultar más reveladora: 1974.

Cuatro años antes de la versión primigenia de *El ingenio*, Manuel Moreno Fraginals, influido desde su juventud por las ideas socialistas y por historiadores del calibre de Elías Entralgo, Herminio Portell Vilá y el mexicano Silvio Zabala, con una consistente formación como historiador en el Colegio de México

⁷⁹ Manuel Moreno Fraginals: *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, t. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 9-10.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 10.

durante el bienio de 1946-47, había presentado sus credenciales como investigador histórico en su minucioso estudio bibliográfico sobre José Antonio Saco.⁸¹ En el panorama de la producción historiográfica cubana de inicios de los 60, este era un libro singular y radicalmente diferente a los numerosos discursos, ensayos y exégesis de Saco producidas hasta la fecha, y la lectura de su prólogo pronto revelaba en qué consistía esa esencial divergencia.

En rigor, aunque el libro vio la luz en 1960, en el nuevo plan de publicaciones que Samuel Feijoo impulsaba desde la Universidad Central, su autor expresa en la "Pequeña aclaración" que antecede al volumen, que su origen era muy anterior, y se remontaba a las clases de Historiografía que recibió en el Colegio de México con el profesor Silvio Zabala en 1946. Lo que originalmente debió ser un trabajo de curso se convirtió en el esfuerzo investigativo más serio y erudito sobre la vida y obra de José Antonio Saco de cuantos se habían hecho hasta entonces, y el manuscrito estuvo listo en 1948, aunque no se publicó hasta doce años más tarde, por azares de la propia biografía de su autor. Es decir, por su fecha de redacción puede ser considerada obra de juventud, no así por la de su publicación, cuando Moreno contaba ya cuarenta años y estaba inmerso en las investigaciones que lo llevaría a redactar el primer tomo de *El ingenio* en 1964. De hecho, este ensayo de tesis sobre Saco y su época histórica puede leerse como una suerte de introducción desde la historia de las ideas a esa obra mayor.

Prácticamente toda la bibliografía activa y pasiva de Saco hasta esa fecha fue literalmente devorada y digerida, con el objetivo no solo de comprender a quien Moreno llama "la figura más definitivamente incomprendida de nuestra historia",⁸² sino también de saldar una deuda historiográfica con Saco, aquejado de "una penosísima falta de investigación". Ninguno de cuántos habían escrito alguna línea sobre el abogado bayamés sale ileso de la andanada de crítica historiográfica que les inflige Moreno,

⁸¹ Manuel Moreno Friginals: *José A. Saco. Estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, Santa Clara, 1960, pp. 8-9.

⁸² *Ibidem*, p. 6

salvo quizás Ramiro Guerra. Incluso autores tan cercanos e influyentes en la obra de Moreno como Raúl Cepero Bonilla no salen bien parados en su exégesis de Saco, al considerarlo Cepero como un “vocero de los hacendados”, opinión que Moreno contradice y argumenta, parafraseando a Eric Williams, cuando afirma que “el azúcar derrotó a Saco”.⁸³

Con su proverbial ironía, Moreno se burla de los eruditos aficionados que citaban obras de Saco que jamás habían leído y ni siquiera estaban disponibles en bibliotecas cubanas, u otros que apenas se habían tomado el trabajo de cotejar las sucesivas adiciones y enmiendas que Saco introducía en cada nueva edición de sus obras. Era tanto el desconocimiento, que la obra capital del bayamés, su *Historia de la esclavitud*, “seis gruesos volúmenes de pensamiento político cubano disfrazados de falsa erudición histórica” —acota Moreno, apenas contaba con un “discreto prólogo” de Fernando Ortiz y el ditirambo de Vidal Morales.

Pero Moreno no se contenta en este ensayo con estudiar y analizar la obra bibliográfica de Saco y visitar su figura histórica, sino que va más allá, su propósito es más ambicioso todavía y adquiere la categoría de una tesis historiográfica revisionista en toda la extensión de la palabra: “En las página de este libro intentamos, no solo una correcta valoración de José Antonio Saco, sino que pretendemos esbozar una nueva interpretación de nuestra historia”.⁸⁴ Eso eran ya palabras mayores y anticipaban sin duda la obra que vendría pocos años más tarde.

Es decir, la figura de Saco le sirve a Moreno como un recurso legítimo para demostrar su hipótesis revolucionaria de que la historia nacional había sido escrita hasta entonces por y para la burguesía de Cuba: “Nuestros historiadores han escrito casi siempre con mentalidad azucarera. Nuestras fuentes historiográficas son fuentes viciadas por hacendados y negreros”.⁸⁵ Y más adelante declara abiertamente: “Los biógrafos de Saco han escrito con mentalidad de sacarócratas”.⁸⁶

⁸³ Ídem.

⁸⁴ Ibídem, p. 10.

⁸⁵ Ibídem, pp. 8-9.

⁸⁶ Ibídem, p. 9.

Quizás es en este trabajo donde por primera vez Moreno utiliza ese concepto metáfora de llamar a los ideólogos de la plantación esclavista azucarera como miembros de una “sacarocracia”, palabra que aparece originalmente en la obra de José de Frías y que utilice también la definición, que tanto apreciaba, de la “historia como arma” con que abre el libro, idea que desarrollará luego con otros matices en textos posteriores con idéntico título.

La obra se compone de dos partes muy bien diferenciadas: el estudio sobre Saco, que comprende apenas 76 páginas de tesis, intuiciones y enunciados brillantes y definitivos, a veces demasiado categóricos y otras con más imaginación que argumentos, más las notas que también suelen ser pequeñas tesis, y la exquisita bibliografía comentada que comprende más de cien cuartillas y 129 asientos de una erudición pasmosa.

Entre las ideas más sugerentes extraigo una de las que inician el libro, y es la que refiere que la obra capital de Saco, su *Historia de la esclavitud*, fue una obra de “frustración política” porque su autor la publicó a destiempo, cuando ya la esclavitud había sido abolida por las armas de la guerra y por las leyes coloniales. El corolario de lo anterior es que Saco era y escribía como un político bajo un disfraz de historiador, y de ahí el doble anacronismo de su ensayo sobre la esclavitud: político respecto a Cuba e historiográfico con relación a Europa. También está el hecho de que Moreno considera a Saco un historiador de la esclavitud que utiliza el pasado para referirse a su presente, no es un arqueólogo de la servidumbre humana sino un comentarista contemporáneo de sus males y por ello, afirma “sobre su imagen del Partenón y el Coliseo se refleja la sombra de la Catedral habanera, los ingenios cubanos y el látigo de nuestros mayores”.⁸⁷

Otra idea de largo aliento, que se expende por todo el ensayo, es la de la negrofobia de Saco, de quien dice Moreno que “fue esclavista, pero no por convicción intelectual, sino por

⁸⁷ Manuel Moreno Friginals: *José A. Saco. Estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, Santa Clara, 1960, pp. 25.

odio y desprecio al negro⁸⁸ y de ahí sus reiterados llamados al blanqueamiento de la Isla, la extinción de la trata y la sustitución del trabajo esclavo por trabajo asalariado.

En estas páginas, Moreno introduce también la noción, no por discutible menos interesante, de que Saco es un hombre de transición entre el viejo patriciado criollo de las oligarquías municipales, ganaderas y tabacaleras del siglo XVIII y la pujante y ambiciosa burguesía esclavista plantacionista. En este sentido, Saco estaría más cerca ideológicamente del presbítero Caballero y de Arrate que de Arango y Parreño, pese a que muchos historiadores habían querido trazar un hilo genealógico entre Arango y Saco, que a Moreno se le antoja imposible, pues “bastaría su prédica contra la trata y sus ideas económicas sobre los ingenios para demostrar su oposición a la sacarocracia”.⁸⁹

Los burgueses esclavistas y Saco, afirma Moreno, compartían prejuicios similares frente a la población negra: miedo, aversión y certeza de que no formaban parte de su nacionalidad blanca, excluyente y racista, pero diferían en la forma de juzgar los beneficios económicos y los perjuicios sociales que reportaban. De tal modo “Para los hacendados fue siempre más importante el azúcar que la nación, y cuando Saco les propuso un medio de producirla a mayor costo, pero con menos peligro patrio, naturalmente no lo tomaron en cuenta”.⁹⁰ Este sería el motivo esencial de la lapidaria sentencia del bayamés, en su batalla contra los anexionistas, cuando afirmó que los plantadores no tenían más patria que sus ingenios ni más compatriotas que sus esclavos. El dilema de Saco era, explica Moreno, que al mismo tiempo que criticaba la esclavitud como un mal económico y social, también creía en la inferioridad del hombre negro, mentalidad compartida con muchos criollos cultos de su época, los mismos que fueron abolicionistas de salón y crearon una novela romántica antiesclavista plagada de negros buenos y radicalmente falsos.

Otra cuestión de gran peso en Saco es su pensamiento anti-tratista, no antiesclavista, que buscaba en última instancia fre-

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 30.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 35.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 36.

nar el aumento de la población negra, iniciar el paulatino blanqueamiento de la Isla por cruces sucesivos o por inmigración europea, y todo ello conllevaría a un escenario futuro de cambios radicales en la estructura social, donde podría verificarse el fin del trabajo esclavo y la posibilidad de la población blanca de pedir reformas políticas, eliminado el peligro negro. Todo el tiempo se produce en el pensamiento de Saco un juego de cálculo social, probabilidades lógicas y razonamientos teóricos que la propia realidad se encarga de desmentir una y otra vez, pues lo que ocurre en vida de Saco es todo lo contrario, el auge de la trata ilegal y la expansión de la plantación, y eso es lo que lleva a Moreno a afirmar repetidas veces la fórmula retórica de que “el azúcar derrotó a Saco”.

Curiosamente, el férreo opositor de la trata no fue abolicionista convencido nunca, pues dentro de su proyecto el negro no debía formar parte de la nación, y de lo que se trataba era de impedir que entrasen más africanos a la Isla. A Saco no le interesa la conversión del esclavo negro en liberto asalariado, sino la sustitución de la población negra, sea cual fuere su condición, por jornaleros y obreros blancos. Para Saco, en última instancia, y este es uno de los aspectos más negativos de su pensamiento, el negro libre se entregaría a la vagancia, la inmoralidad, el robo, el asesinato y otros crímenes, y jamás postula su plena capacidad para incorporarse a la vida “civilizada”.⁹¹ En su opinión, expulsar los negros de Cuba era como limpiar su tierra de malezas. Y el corolario de esta afirmación tan peyorativa era la formación de una nacionalidad étnicamente blanca, de raíz criolla o europea, sin esclavos, pero también sin negros.

Un último elemento que se destaca en este ensayo es el conocido antianexionismo de Saco, so pretexto de la defensa de la nacionalidad blanca criolla. Moreno restablece, para explicar este punto, la pretendida genealogía de Saco como un ideólogo del hombre de la tierra adentro, heredero de un imaginario criollo afincado en la autonomía civil de los cabildos y la riqueza autárquica, patrones socioeconómicos dinamitados por la burguesía

⁹¹ *Ibidem*, p. 51.

negrera y que reconoce el peligro real para su proyecto de nacionalidad blanca de la anexión al sur esclavista de los Estados Unidos. En última instancia, deduce Moreno, con el anexionismo al sur se salvaba la esclavitud y con la unión al norte se perdía la nación con la que Saco soñaba.

Entonces el abogado bayamés se encontraba en un callejón sin salida, enfrentado a los hacendados en el combate a la trata y a los anexionistas en oposición a su carácter esclavista o antinacional, nada podía contra unos ni contra otros, y tampoco se decidió a adoptar posturas más radicales, como las que lo hubieran conducido al separatismo independentista. Por el contrario, es asombrosa la rigidez política reformista de Saco durante más de cuarenta años, en los que perseveró como el ideólogo brillante de una minoría intelectual y social, enfrentado a los grandes intereses dominantes peninsulares y criollos y alejado de las clases dominadas del pueblo.

Las páginas finales del ensayo tienen un matiz más psicológico, y enfatizan en la incomprensión, la soledad y el anacronismo de Saco en una sociedad que lo negaba constantemente. Moreno insiste mucho en su condición de pensador idealista, solitario, vencido, inadaptado al ritmo de la época y con sucesivas muertes políticas en las numerosas polémicas que se vio envuelto, después de su prematura brillantez en la década de 1830. Paradójicamente, en los párrafos finales asoma un destello de simpatía por este Ángel caído del reformismo insular, este patricio incomprendido, cuando Moreno habla de su “fe cubanísima en nuestro destino” y en su “sentido nacional más allá de la venta de azúcar”, frases extrañamente elogiosas y contradictorias con el recorrido biográfico que se acaba de exponer con tanta lucidez y apasionamiento.

Pero así era también Manuel Moreno Fraginals, brillante, lúcido, apasionado y controvertido, quien a pesar de considerar en 1989, en entrevista concedida a la periodista italiana Alessandra Riccio, que había “superado totalmente” la interpretación de Saco que proponía en dicho texto, todavía su ensayo, con las lógicas actualizaciones o reinterpretaciones que sean pertinentes, no deja de ser una lectura provechosa y de alto vuelo para quienes se inician en la aventura intelectual de estudiar el reformismo cubano del siglo XIX, sus contradicciones y en especial la

figura, siempre atrayente y polémica de José Antonio Saco. En cuanto a la bibliografía comentada, sigue siendo la mejor guía crítica que conozco de toda la producción escrita y publicada de Saco, está organizada de una manera metodológicamente satisfactoria y sigue ahorrándonos a los historiadores la angustiosa búsqueda en los catálogos de las bibliotecas. Y solo por eso ya el libro hubiera sido útil, lo cual no es poco, tratándose de un escritor de la talla intelectual de José Antonio Saco.

PRÓCERES INOLVIDABLES POR CUBA LIBRE*

El culto a los héroes y próceres es de antigua data en la historiografía universal, y en el caso cubano también sucede así. Sobre todo en lo relativo a aquellos hombres que empuñaron las armas en la segunda mitad del siglo XIX para liberar a Cuba del dominio colonial. Innumerables biografías, ensayos y folletos se han escrito sobre los que, parafraseando a Vidal Morales, pudiéramos llamar iniciadores y primeros mártires de las revoluciones cubanas del 68 y el 95.

La producción historiográfica durante la República de y sobre los protagonistas de las tres contiendas bélicas decimonónicas fue muy nutrida, y la de la Revolución también ha sido profusa, sobre todo a partir de la Conmemoración en 1968 del Centenario del alzamiento cespedita en Demajagua. Muchos cuadros también se han pintado y no pocas esculturas se han tallado para que no olvidemos los rostros de los libertadores y sus acciones combativas, y muchas menos películas se han filmado para recordarnos la epopeya.

Y aunque el tema de los héroes pueda parecer reiterativo, sobre todo en su vertiente anecdótica y de narrativa positivista, queda aún mucho por escribir sobre los hombres de carne y hueso y sus circunstancias históricas, aquellas en las que se lanzaron a pelear, pasando muchas veces sobre sus propias limitaciones y orígenes clasistas, para convertir a Cuba en un país libre del despotismo colonial español, sin esclavitud y con la mayor cuota de justicia posible.

* Presentación de *Hacia Cuba libre: próceres inolvidables*, de Pedro Pablo Rodríguez, XXII Feria del Libro de La Habana, 16 de febrero de 2013. Publicado en: *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, año XI, no 615, La Habana, 16 al 22 de febrero de 2013.

De algunos de estos patriotas ilustres trata el admirable libro de Pedro Pablo Rodríguez titulado *Hacia Cuba libre: próceres inolvidables*, una selección de los trabajos escritos, con rigor de historiador y pasión de periodista, para la revista *Bohemia*, entre los años 1975 y 1980. Esto quiere decir que los redactó entre sus veintinueve y treinta y cuatro años, un momento de juventud para el autor, pero en el que ya revela una madurez de pensamiento, dotes de comunicador y oficio de escritor, que lo singularizan como uno de los grandes historiadores cubanos de las últimas décadas.

El periodismo de estas páginas es una labor de verdadera pasión creadora, que penetra en las esencias de los fenómenos y no se queda en lo meramente anecdótico o descriptivo; son semblanzas, retratos y crónicas de héroes diversos por sus orígenes clasistas y los lugares que ocuparon en las revoluciones cubanas del siglo XIX, que van más allá de lo biográfico y evitan regodearse en la apología, para devolvernos a los personajes en sus reales dimensiones de seres humanos, con virtudes y defectos, aciertos y contradicciones, méritos y fracasos.

Y más allá de esto, asombra como en breves cuartillas, el autor logra análisis muy rigurosos del contexto político, social y económico, del imaginario cultural, de las luchas de clases y de las ideologías que movían a estos hombres. Como bien dice Pedro Pablo en la introducción, no se trató de actos ingenuos de la escritura histórica o de complacencia intelectual, sino que estos trabajos formaron parte de una cruzada nacionalista de *Bohemia*, en defensa y preservación del magnífico legado de luchas del pueblo cubano. Y para hacerlo desde una perspectiva auténticamente marxista y liberadora, Pedro Pablo no podía quedarse en versiones más o menos seráficas de sus personajes, sino que tenía que escarbar como el viejo topo, en las particularidades del momento histórico en que vivieron sus biografiados: Francisco Vicente Aguilera, Bartolomé Masó, Eduardo Machado, Antonio y José Maceo.

Al final de cada texto, hay un pequeño resumen ético de cada una de las trayectorias. Aguilera nació en cuna rica y murió en la miseria: "jamás antepuso su orgullo personal ante el cumplimiento de cualquier tarea patriótica". Bartolomé Masó, hijo de un comerciante catalán y una cubana de Bayamo, fue antiim-

perialista y “digno representante de la burguesía patriótica y nacionalista”. Eduardo Machado, joven villareño culto y políglota, fue abolicionista, republicano y antiaexionista, y trató de legislar con hidalguía para la República en Armas. El general Antonio es vislumbrado en dos momentos cenitales de su vida: la Protesta de Baraguá y la Guerra Chiquita “primer intento orgánico de los sectores populares por hacer y dirigir la Revolución”, y en ambas primó su respeto al ideal de unidad y a la disciplina militar.

Su claridad meridiana en temas políticos y su audacia combativa, justifican el aserto martiano de que era tan poderoso su brazo como su mente. Cierra el volumen una conmovedora página sobre José Maceo, a quien Gómez llamó “todo verdad y por eso para muchos parecía amargo”. Toda la vida de José fue de combate y sacrificio, desde su bautismo inicial en octubre de 1868 hasta su muerte heroica en la Loma del Gato, el 5 de julio de 1896. Por el medio quedaron innumerables combates, su crecimiento personal como soldado de la Revolución y de sus ideas, sus fugas espectaculares de los presidios coloniales, sus trabajos del exilio, su lealtad al Titán de Bronce, la amargura de sus últimos días.

Este nuevo libro de Pedro Pablo Rodríguez ratifica su solidez como historiador y sus virtudes como periodista, lo acerca al público de todas las edades, ávido de conocer sobre sus libertadores y su gesta, y de manera muy especial lo recomiendo a los estudiantes, jóvenes y adolescentes, para que la memoria histórica de los próceres no se borre y siga siendo parte esencial de nuestras vidas y comportamientos cotidianos.

AH! LA REPÚBLICA

**EMILIO ROIG DE LEUCHSENING
Y LA ESTATUA DE CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES
EN LA PLAZA DE ARMAS**

Es tradición de la Oficina del Historiador de La Habana, iniciada por Emilio Roig y continuada por su sucesor Eusebio Leal, la de homenajear al Padre de la Patria, en vísperas de la efeméride del glorioso alzamiento en su ingenio Damajagua, en la plaza que lleva su nombre en el Centro Histórico y al pie de la escultura que lo muestra, altivo y desafiante, frente al poder colonial español. Hombre de grandes pasiones, su vida estuvo colmada de sucesos trepidantes, avatares románticos y sueños libertarios, y fue su sino aquel que luego llamaría Martí “el placer del sacrificio y la ingratitude probable de los hombres”.

Céspedes escribió una obra de teatro sobre un héroe escocés, un poeta rebelde como él, que por sus luchas patrióticas perdió sus bienes y murió proscrito, anticipando en la literatura dramática su propio destino. Personaje literario el mismo, en los últimos años han aparecido un par de buenas novelas históricas¹ que recorren su biografía y tratan de devolvernos a aquel coloso que, al decir de Martí, se echó un pueblo sobre los hombros, sin más armas que un bastón de carey con puño de oro, para quitarle a España su más preciada posesión, como quien quita a una tigre su último cachorro.

En los próximos años, conmemoraremos el sesquicentenario del inicio por Céspedes de la gesta independentista de 1868, y el bicentenario de su natalicio en Bayamo, el 18 de abril de 1819. Como exordio a tales hechos, quisiera dedicar este texto a recordar la historia del monumento que fue consagrado a su

¹ Me refiero a: Raúl Eduardo Chao: *Contramaestre*, Dupont Circle Editions, Washington, London, Sydney, 2007 y Evelio Traba: *El camino de la desobediencia*, Madrid, Verbum, 2016 y Ediciones Boloña, La Habana, 2017.

memoria en la Plaza de Armas, y a uno de sus máximos promotores, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.²

Desde los albores republicanos existió el deseo popular de colocar sendas estatuas de Céspedes y Martí en dos de las más importantes plazas públicas de la ciudad. La de Martí en el Parque Central y la de Céspedes en la antigua Plaza de Armas. Ambas esculturas formaban parte de un mismo proyecto, pues desde 1900 existía una Asociación pro Monumentos Martí-Céspedes, con la misión de levantar idénticos homenajes, solo que la cuestionación popular no fue suficiente para lograr su objetivo y, en un gesto de notable altruismo patriótico, un grupo de manzanilleros que recaudaba fondos para la estatua de Céspedes, decidieron donarlos al monumento a Martí. Como sabemos, la estatua del apóstol fue inaugurado el 24 de febrero de 1905, con la presencia del generalísimo Máximo Gómez y del presidente Tomás Estrada Palma, en el espacio que ocupó la reina Isabel II, retirada de su pedestal en 1899. Pero hubo que esperar medio siglo para que la escultura del Padre de la Patria llegara a su destino en el corazón de La Habana antigua.

En 1919, al cumplirse el primer centenario del libertador bayamés, el coronel Cosme de la Torriente presentó al Senado un proyecto de ley para festejar la efemérides, el cual fue aprobado y sancionado por el presidente Mario García Menocal, entre cuyos contenidos estaba la erección de un monumento a Céspedes, mediante la convocatoria a un concurso internacional de artistas y con un presupuesto de 175 mil pesos. Décadas más tarde, el anciano mambí, en un discurso pronunciado en la Academia de la Historia el 10 de octubre de 1946, titulado *Carlos Manuel de Céspedes el gran demócrata cubano*, recordaría con dolor como, luego de sancionada la ley y publicada oficialmente, ningún gobierno republicano había demostrado interés en hacerla cumplir.

En ese lapso de tiempo, el espacio urbano de la Plaza de Armas había sido rebautizado como Plaza Carlos Manuel de Cés-

² La fuente fundamental en que se basa este artículo, es la publicación de Emilio Roig de Leuchsenring titulada *Biografía de la primera estatua de Carlos Manuel de Céspedes erigida en la ciudad de La Habana (27 de febrero de 1955)*, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1956, Municipio de La Habana, 168 pp.

pedes en 1923, a iniciativa de la importante revista *Cuba contemporánea*, desde cuyas páginas uno de sus fundadores, Carlos de Velasco, había clamado por un monumento al Mártir de San Lorenzo y el cambio de nombre de dicha plaza.³

Esto se hizo realidad el 8 de enero de 1923, cuando el concejal y literato Ruy de Lugo Viña presentó la moción al ayuntamiento, la que fue aprobada y puesta en vigor el 24 de febrero de ese propio año, en una ceremonia pública que contó con la asistencia del vicepresidente de la república, general Francisco Carrillo y en la que hizo uso de la palabra el hijo del prócer, Carlos Manuel de Céspedes y Quesada. Pero de nuevo quedaba pendiente la estatua, la cual estaría colocada figurativamente en el mismo eje central urbano de la de Martí en el Parque Central, entre las calles de Obispo y O'Reilly, como símbolo de la continuidad histórica entre ambos libertadores.

Durante la dictadura de Gerardo Machado, surgieron otras variantes para realizar una escultura al Padre de la Patria, entre ellas una que proponía colocarla en el paseo de Carlos III, y en la Plaza Carlos Manuel de Céspedes levantar un monolito de piedra de sesenta metros de altura, con mármoles y rocas de todas las provincias de la Isla. Distintas ideas proponían situar la escultura en la Avenida de los Presidentes, o en el paseo marítimo que se ejecutaba en aquel momento desde el castillo de La Punta hasta La Fuerza. Nada se hizo entonces, aunque al ser nombrado Emilio Roig Historiador de La Habana en 1935, logró que se bautizara el tramo de la avenida entre la capitanía del Puerto y La Punta con el nombre de Carlos Manuel de Céspedes.

Iniciativas similares para erigir el monumento fueron retomadas en la década de 1940 por intelectuales como Rene Lufriú, Julio Villoldo, Herminio Portell Vilá y el perseverante Emilio Roig, quien documentó ampliamente al ayuntamiento sobre tal menester, a los que se sumaron con nuevos bríos en el I Congreso Nacional de Historia, celebrado en 1942, Manuel Isidro Méndez y José Antonio Portuondo con una petición al cabildo habanero. La moción fue aprobada y se acordó comunicarla a la

³ Emilio Roig de Leuchsenring: *La Plaza de Armas*, Cuadernos de Historia Habanera 2, Municipio de La Habana, 1935.

alcaldía municipal, y en cada uno de los congresos de historia siguientes el proyecto fue aprobado por el pleno de sus miembros.

También lo ratificaron la Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros, la Junta Nacional de Arqueología y Etnología y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, instituciones todas donde la palabra de Roig tenía gran predicamento. Como un paso más en la dirección de colocar la estatua de Céspedes en la plaza que llevaba su nombre en el Centro Histórico, La Junta Nacional de Arqueología y Etnología la declaró monumento nacional en 1944. Se excluía de esta declaratoria, desde luego, a la ominosa estatua de Fernando VII.

La Ley Torriente de 1919 fue actualizada en 1945 por iniciativa de un grupo del Senado, entre los que se encontraba el historiador Emeterio Santovenia, a fin de dotarla del presupuesto necesario para su ejecución, con cargo al sobrante de Rentas Públicas o a los sobrantes cuya existencia comprobase el Tribunal de Cuentas. Sin embargo, el momento favorable para llevar a la práctica el antiguo proyecto, ocurrió en uno de los períodos más amargos de la vida republicana, consumado el golpe de estado de marzo de 1952.

Como parte de las celebraciones por el cincuentenario de la República, fue convocado en 1953 un concurso para elegir la escultura que honraría a Céspedes, a cuyo fin se presentaron nombres ilustres como Teodoro Ramos Blanco, Jilma Madera, Tony López y Florencio Gelabert. El jurado encargado de premiar las maquetas se decidió por la del escultor y profesor Sergio López Mesa, autor de una numerosa iconografía patriótica, porque representaba "la arrogante figura del líder que encarnó la jornada gloriosa de octubre de 1868".

Finalmente, dos años más tarde, el monumento a Céspedes estuvo listo y fue situado en el centro de la plaza que lleva su nombre, no sin antes tener Roig que refutar ciertas críticas que de manera oportunista y mediocre se formularon en su contra, entre ellas relacionadas con el tamaño de la escultura o que rompía la armonía de la plaza. A todos respondió el historiador con elocuencia, erudición e hidalguía. La Academia de la Historia

y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales acogieron con beneplácito el hecho, y así lo hicieron también numerosas instituciones y asociaciones republicanas.

El 27 de febrero de 1955 la escultura de Céspedes fue develada, más de ocho décadas después de su supremo sacrificio por la patria. Como se observa en las fotografías, Emilio Roig aparece de pie observando el momento en que la estatua del rey español es retirada de su pedestal y se coloca la figura de Céspedes. Fue un domingo y la estatua se inauguró a las once de la mañana, con una salva de artillería de 21 cañonazos lanzados desde La Cabaña. Una gran bandera cubana cubría la figura de mármol, la que fue recogida simbólicamente por cuatro niños y niñas de las escuelas municipales, blancos y negros, como símbolo de la lucha del pueblo cubano por su absoluta libertad. En sus palabras de homenaje, Emilio Roig apuntó con justicia:

Carlos Manuel de Céspedes se alza a la admiración, el respeto y el amor de los cubanos, la estatua del Padre de la Patria, el Libertador de los esclavos, el Primer Presidente de la República, el Mártir de San Lorenzo, como símbolo sagrado que recuerde a las presentes y a las futuras generaciones, la impar significación que tiene en nuestra historia su esclarecida personalidad, y para que cuántos hijos de esta tierra crucen frente a este monumento se detengan unos instantes y exclamen, con el mismo fervor con que Martí lo hizo para exaltar a su predecesor excelso: “Sé bendito, hombre de mármol”.

10 de octubre de 2017

TRILOGÍA DE LA REPÚBLICA

Deseo comenzar mis palabras agradeciendo a mi coterráneo y colega Rolando Rodríguez por la generosa invitación a participar en este coloquio de homenaje a su dilatada y reconocida obra historiográfica. Asimismo debo confesar que, cuando el historiador y condiscípulo Elier Ramírez, me sugirió que debía referirme a las obras de Rolando que abarcan el periodo histórico que va desde la primera ocupación hasta el gobierno de Alfredo Zayas, es decir, el primer cuarto de la joven, esperanzada y al mismo tiempo desdichada república cubana, sentí un comprensible desasosiego.

Como seguramente ya conocen los lectores de Rolando, esto tiene que ver con el hecho, verdaderamente notable, de que se me pedía glosar en breves minutos una trilogía de libros formada por *Cuba: las máscaras y las sombras. La primera ocupación* (2007), *República de corcho* (2010) y *República rigurosamente vigilada* (2012), que en su conjunto suman 6 gruesos volúmenes y 3266 páginas. Como comprenderán, es absolutamente imposible abordar con un mínimo de rigor esta obra monumental en un puñado de cuartillas, por lo que me limitaré a una somera exégesis de dichos títulos, con la indulgencia del autor y la paciencia del auditorio.

Considero oportuno recordar cuál fue la génesis de esta ambiciosa empresa intelectual en que Rolando ha venido bregando en los últimos lustros, nada menos que reconstruir sobre nuevas, dispersas y pródigas fuentes el conjunto de la historia de Cuba desde fines del siglo XVIII hasta el triunfo de la Revolución Cubana. Creo que desde las obras ya clásicas de Ramiro Guerra, Hugh Thomas y Leví Marrero, ningún historiador había emprendido en solitario tan titánica encomienda. El propio Rolando ha declarado que el origen de su revisión historiográfica arranca, paradójicamente, de un texto de ficción: su novela de

los años 30 titulada felizmente *República angelical*. La necesidad del autor de explicarse el problemático y contradictorio proceso de fragua de la nacionalidad en el siglo XIX lo llevó a escribir *Cuba: la forja de una nación*, y luego, la vasta información recopilada en archivos cubanos, españoles y estadounidenses, lo motivó a proseguir su extenso y pormenorizado relato en las décadas republicanas, con el resultado de los tomos ya mencionados y otros que verán la luz en esta Feria.

Entrando en materia, *Cuba: las máscaras y las sombras* abarca cronológicamente desde los agitados y agrios debates de la Constituyente de 1901, hasta el angustioso parto de la República del 20 de mayo, con sus grandes esperanzas y graves desilusiones. Las acaloradas discusiones de los asambleístas, sus indecisiones, incertidumbres y también su defensa de la soberanía nacional, están expuestas con una minuciosidad benedictina, acompañada con multitud de datos y detalles del devenir político cotidiano, extraídos de la prensa, una copiosa bibliografía y documentos primarios que incluyen cartas y discursos, anécdotas y obras literarias, reportes oficiales y documentos diplomáticos, una buena parte de estos últimos provenientes de archivos y bibliotecas estadounidenses y reveladores en alto grado de la conjura sombría de los interventores contra la nación cubana.

Llegado a este punto, no puedo pasar por alto, y esto es válido para todo el conjunto de su obra, el uso que hace Rolando en su discurso historiográfico de un lenguaje desenfadado y muchas veces retozón y travieso. Esto no es frecuente en los libros de historia, más apegados a un enunciado neutro o convencionalmente académico, pero en el relato de Rolando abundan los cubanismos, los fraseologismos, los refranes y no pocas locuciones del habla popular. De igual modo expresiones irónicas, sarcásticas o jocosas son usadas para referirse a asuntos muy serios, como ejemplos de la gracia y el choteo que forman parte de nuestro ser nacional, y donde sobrevuela el Ángel de la Jiribilla de Raúl Roa García. Citaré solo algunos ejemplos tomados de epígrafes de las obras en cuestión: "Tomasito el cicatero", para poner en solfa la pretendida honradez de Estrada Palma; "juega la Dama Blanca", alusiva a los temas de la penetración económica sobre el azúcar; "El tira y afloja sobre Isla de Pinos", acerca de las pretensiones yanquis de limitar la soberanía cu-

vana sobre la isla vecina; “Vulcano bajo Tiburón”, que alude al movimiento obrero en tiempos de José Miguel Gómez; “Menocalbrú se fue a la guerra”, para graficar la entrada de Cuba en la I Guerra Mundial; “Hoover le tira un salvavidas a Zayas” en un empréstito o “Por fin parió Catana”, expresión para señalar el reconocimiento por los Estados Unidos de la soberanía cubana sobre la Isla de Pinos.

Tan polémico como el uso coloquial o insólito del lenguaje puede resultar también el severo juicio que Rolando realiza de algunos personajes de aquella historia, señaladamente en los casos del general Julio Sanguily Garritte, Tomás Estrada Palma y Gonzalo de Quesada y Aróstegui, pero más allá de la íntima convicción del autor acerca del proceder deshonesto y equívoco de los mismos, a contrapelo de lo que podrían afirmar otras fuentes, también es cierto que no pocas evidencias testimoniales y documentos los señalan en actitudes innobles y flaquezas ideológicas. Para decirlo con las propias palabras de Rolando, el historiador tiene siempre el deber de decir la verdad, por dura que esta sea.

Otro tema de interés, esta vez de carácter teórico, tiene que ver con la propuesta de Rolando de sustituir el término “protectorado”, asignado por algunos autores a estos años iniciales de la sujeción neocolonial, y a la que el historiador prefiere definir bajo el concepto de “república colonial de carácter burgués”. Yo, por mi parte, evitaría el adjetivo “colonial” en este caso, y lo sustituiría por el más pertinente de república burguesa neocolonial, lo cual nos daría las dos grandes claves de la dominación en ese periodo, la clasista nacional y la transnacional imperialista.

Los dos tomos consagrados a los gobiernos de Estrada Palma y José Miguel Gómez, con el paréntesis de la segunda intervención, fueron colocados bajo el título *República de corcho*, una metáfora que, en mi opinión, trata de expresar la alarmante dualidad de una clase burguesa dominante/dominada, que aspiraba a mantenerse en el poder republicano a toda costa, como fuente de legitimación de su hegemonía clasista y garantía de su riqueza, aunque ello implicaba poner en riesgo la soberanía, entregar una parte sustancial de la economía y subordinarse peligrosamente a intereses foráneos. En otro lugar Rolando refiere que fue por la capacidad de José Miguel Gómez de “poner a flote”

a una República, que parecía hundirse fatalmente en el pantano de sus males, que utilizó la frase de marras.

Desde el punto de vista historiográfico, Rolando prosigue la narración pormenorizada de sucesos y acontecimientos, intercala momentos del devenir económico, de la vida social y las mentalidades de la época, aunque es el relato de los procesos políticos los que guían el análisis del historiador, con agudas observaciones sobre los intereses mezquinos, ambiciones políticas y actitudes deshonestas manifestadas por los grupos en el poder, divididos y enfrentados los libertadores, y las intrigas continuadas de los agentes estadounidenses que debían defender sus intereses en la Isla. Quizás uno de los mejores ejemplos de esta condición trágica fue que a la muerte de Máximo Gómez, el ministro Squiers escribiera que su desaparición eliminaba al mayor enemigo del régimen estradista, porque era “el único líder del pueblo y probablemente el único hombre que podía poner de manifiesto su enérgica oposición al gobierno”.

Otro mérito de estos volúmenes radica en que ofrecen una visión panorámica de lo que está sucediendo en diferentes escenarios de la Isla, y no solo en La Habana, como suele ocurrir con demasiada frecuencia en las historias nacionales de largo aliento. También se escuchan en el relato las voces de innumerables actores sociales, desde los políticos cubanos y norteños hasta los obreros y líderes del movimiento de color, pasando por las prostitutas o los comerciantes, lo que crea en el libro una notable sinfonía de voces diversas y contrapuestas. La narración de los sucesos relacionados con el movimiento político de negros y mulatos que llevó a la insurrección de 1912 y la subsiguiente masacre racista, que ocupa buena parte del tomo segundo, fue reelaborada y publicada en libro aparte bajo el título de *La conspiración de los iguales* en el año 2010.

Una virtud, esta vez editorial, reside en que para esta obra las citas, notas y referencias, numerosísimas e imprescindibles, fueron situadas a pie de página y no al final, lo cual facilita eficazmente la lectura y la inmediata contrastación con las fuentes utilizadas. Es de lamentar que no se siguiera igual método en la última obra que comentaré: *República rigurosamente vigilada*, que comprende el decenio largo de los dos gobiernos del general Mario García Menocal (1913-1921) y el de Alfredo Zayas

(1921-1925). La presidencia de Menocal fue turbulenta y conoció de grandes favores al capital estadounidense en el azúcar, la violencia política se acrecentó, se creó la moneda nacional y se dictó la ley del divorcio.

Su afán reeleccionista nuevamente trajo la discordia entre los partidos, zanjada de manera cruenta con la llamada guerrita de 1917 o de La Chambelona y, a diferencia de la guerrita anterior, el candidato oficial conservó la silla presidencial, no sin la injerencia extraña que paradójicamente debía preservar la virtud doméstica. Salpican nuevamente la narración de este periodo las grandes luchas obreras y los cotilleos de la vida cotidiana, la afición por el cine, las grandes revistas, la moda, los clubes sociales, el juego, la prostitución, la inmigración antillana y las novelas que reflejan el drama nacional que transitó velozmente de las vacas gordas a las rumiantes flacas.

Zayas continuó en algunos casos y acentuó en otros los males y vicios de Cuba republicana, según la afortunada expresión de Emilito Roig, pero su sumisión a los dictados de Washington no tenía precedentes, y ese fue el principio del fin de aquella primera república no angelical, que vería nacer en su seno al Grupo Minorista, a Mella fundando la FEU y al movimiento obrero organizándose y también la gestación de un nuevo gobierno oligárquico presidido por el general Gerardo Machado, que acabaría convertido en una odiada y sangrienta dictadura. Pero ese es el asunto de otro libro, seguramente no menos tentador, polémico y caudaloso que los que acabo de reseñar.

AVATARES DE LA DOMINACIÓN EN CUBA EN LOS AÑOS 50*

Si es verdad, como quiere el saber popular, que “hijo de gato caza ratón” entonces Jorge Renato Ibarra Guitart tenía todas las “papeletas sacadas” para ser historiador. Hijo de uno de los clásicos de la historiografía cubana del siglo xx, Jorge Ibarra Cuesta, Ibarra Jr. (como le dicen sus amigos) nació en Santiago de Cuba en 1959 y veintisiete años después ya andaba con un título de Licenciado en Historia bajo el brazo, Título de Oro mediante. Sin embargo, a pesar de la ilustre prosapia paterna, el joven discípulo de Clío decidió labrar su propio camino y el día que lo conocí, el 29 de mayo de 1994, su ficha biográfica reseñaba a un joven profesor de Historia de la Revolución Cubana, que trabajaba en el Instituto Superior de Cultura Física Manuel Fajardo y tenía en preparación una biografía del mártir moncadista Renato Guitart Rosell.

Recuerdo que ese fue el día que nos vimos por primera vez, porque es la fecha al pie de la dedicatoria que estampó en la página de su primer libro, y que dice, generosamente: “Para Félix, esperando que estas reflexiones puedan serte útiles y puedas también producir tu obra”. Siempre he interpretado las dedicatorias de los libros, según quería Borges, como una suerte de actos mágicos, y entonces el aspirante a historiador que yo era, con veintidós años no cumplidos, estaba lejos de imaginar que tendría el orgullo de presentar aquel mismo volumen, ahora en su versión íntegra, de quien es ya uno de los investigadores de mayor prestigio en nuestro país.

Ha transcurrido casi una década desde que leí aquel prometededor texto de apenas 85 páginas, que vio la luz por la Editorial

* Texto leído en la presentación del libro *Sociedad de Amigos de la República. Historia de una mediación, 1952 - 1958*, de Jorge Ibarra Guitart, en el centro Juan Marinello, el 26 de enero de 2004.

de Ciencias Sociales en el debut de su Colección Pinos Nuevos, bellamente ilustrados en su cubierta con obras de autores cubanos. El jurado encargado de escoger las obras era excepcionalmente brillante, uniendo los nombres de Cintio Vitier, Fernando Martínez Heredia y Max Figueroa, pero el espacio le jugaba en contra a estos autores inéditos, y es el caso de Ibarra, quien solo pudo publicar entonces una síntesis de la obra original, que fuera presentada en su momento como Trabajo de Diploma para optar al título de Licenciado en Historia.

¿Qué ha ocurrido, entretanto, en la vida profesional de Jorge Ibarra Guitart? Pues sucedió que nuestro joven colega ha alcanzado una solidez en el oficio, generalmente tardío, de historiador y un éxito editorial poco comunes en las circunstancias de la Cuba actual, avalado su rendimiento por diversos premios, entre ellos el de biografía 26 de julio de las FAR, dos veces el del Concurso Julio que convoca la Editora Política y ahora el Premio Anual de Investigación Cultural 2001, que otorgó el Centro Juan Marinello a la obra que hoy presentamos bajo el título de *Sociedad de Amigos de la República. Historia de una mediación, 1952-1958*. En resumen, seis tomos, si contamos la versión primaria de este, varios artículos y una enorme pasión por la historia auguran a Ibarra Guitart un brillante destino, que esperamos seguir compartiendo todos los que nos dedicamos al viejo oficio de Tucídides.

Antes de pasar a comentar brevemente algunos aspectos que me parecen de interés en esta búsqueda, permítanme ubicarlo cronológicamente dentro del proyecto mayor al que pertenece, aunque los azares editoriales hayan determinado otra cosa. En rigor, esta investigación tiene un antecedente y un epílogo, que se titulan respectivamente: *La mediación del 33. Ocaso del machadato* (1999) y *El fracaso de los moderados en Cuba. Las alternativas reformistas de 1957 a 1958* (2000). En todos los casos hay una palabra clave que se repite: Mediación, vocablo que remite a otros como conciliación, diplomacia, astucia, disimulo, intervención, arbitraje, interposición, moderación... ¿De qué trata en realidad este libro?

Un lector sagaz podría sacar la conclusión, apoyándose en su subtítulo, de que es una crónica de un suceso puntual en la historia cubana de los años 50, relacionado con una sociedad

cívico-cultural, llamada “de Amigos de la República”, cuyo nombre inevitablemente recuerda otra similar surgida a fines del siglo XVIII llamada “de Amigos del País”, y las gestiones que realizó para obtener del dictador Fulgencio Batista una salida “democrática” a su régimen inconstitucional, impopular y represivo. Pero el lector debe estar preparado para comprender este fenómeno, típico de un sector burgués desplazado del poder de manera violenta, en un continuo histórico de mayor amplitud y que tiene que ver con una de las obsesiones de la burguesía cubana del siglo XX: impedir una salida revolucionaria radical a las dos grandes crisis de gobernabilidad que tuvo que enfrentar la dominación entre 1930 y 1933 primero, y entre 1952 y 1958 después.

Ibarra nos cuenta en este libro la historia de un doble fracaso. El de un sector de los dominantes cubanos incapaces de promover por medios pacíficos la vuelta a la “normalidad constitucional” burguesa, usurpada por un gobierno autoritario y espurio, y el del propio sistema de dominación vigente en la Isla, que prefirió y toleró a Batista antes que encabezar un proyecto nacionalista de la burguesía cubana. Entrampada en una doble y angustiada encrucijada, la de su propia inconsistencia como clase nacional, siempre a la zaga del fatalismo geográfico de los Estados Unidos, y presionada por la historia de un pueblo con un enorme acumulado de rebeldías y luchas, a los “Amigos de la República” no les quedaba mucho margen de maniobra. Una vez más es necesario repensar la historia de Cuba, como ha insistido Fernando Martínez, en los términos de las luchas de clases⁴ y usar creativamente la categoría propuesta por Gramsci de Hegemonía, en el sentido de la dominación ejercida combinando la coerción y el consenso. Ibarra logra hacer una interpretación ejemplar de este concepto, para demostrar que los “amigos republicanos” quisieron restaurar el consenso sin sobresaltos, hacer viable de nuevo la dominación, rediseñar la hegemonía para que volviera a ser funcional al sistema.

⁴ Entre otros véase su “Nación y Sociedad en Cuba”, en Fernando Martínez Heredia: *En el horno de los noventa*, Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 1999, pp. 66 – 75.

El papel de la SAR a mediados de los años 50, como bien explica el autor, se limitaba a evitar que el país entrase en una nueva fase revolucionaria, impidiendo así la repetición de las jornadas del verano de 1933. Su estrategia siempre fue la de ganar tiempo frente a las fuerzas potencialmente hostiles a la dictadura, distraendo su atención con promesas de diálogos cívicos y concertaciones políticas. Sin embargo, no debe verse en este juego reformista, solo el cinismo o la perversión de un grupo antirrevolucionario. En verdad, muchos de ellos pensaban que era posible regenerar el sistema sobre sus bases del libre juego de los partidos políticos, con la poca lucidez quizás de no haber advertido que los límites del modelo habían sido tensados de manera violenta, y la deslegitimación de la política tradicional cubana, hemipléjica ante el golpe de estado, era creciente y erosionaba todo el sistema de valores y creencias en la democracia burguesa tradicional. Aun así apostaron por una salida negociada entre “los de arriba”, creyendo poder alejar la posibilidad de una fractura del sistema por los subalternos.

Sin embargo, tras dilatadas y bizantinas discusiones entre la oposición y la dictadura, que no rebasaron cuestiones legalistas y formales, el único compromiso que pudieron arrancarle al régimen fue una inaceptable convocatoria a una nueva Asamblea Constituyente, en lugar de las elecciones generales inmediatas, que era el reclamo unánime de los partidos opositores y de las fuerzas más radicales. El joven Fidel Castro, muy al tanto de estas maniobras inútiles, en varias ocasiones conminó irónicamente a Batista para que cediera la presidencia al anciano Don Cosme de la Torriente, figura pública por excelencia de la SAR.

Digo irónicamente porque todo el mundo sabía que tras el disfraz cívico del viejo coronel mambí había un personaje conservador, de ideas dependentistas y con fuertes simpatías por los Estados Unidos, las que dejó bien claras en sus declaraciones a la prensa en octubre de 1898, cuando era un reciente oficial de veintiséis años: “Los americanos han intervenido en Cuba en nombre de la humanidad [...] es indudable que nos llevan bien; y aunque nos lleven de la mano debemos seguir, ya que nos conducen con acierto [...] la unión más estrecha debe existir entre los que han estado con la revolución o en contra de ella, sin distinción de opiniones o partidos, ya sean cubanos o espa-

ñosles".⁵ Casi seis décadas después, en un delicioso diálogo entre dos ancianos veteranos, Cosme y Loynaz del Castillo, el primero se lamenta del apoyo de Washington a las dictaduras latinoamericanas. ¿Desearía nuevamente la intervención del embajador estadounidense nuestro viejo diplomático plattista?

No es de dudar, pues como hemos visto Cosme de la Torriente era mediacionista de raíz, pero ya no eran los tiempos de 1898 ni de 1933. Las luchas sociales y políticas de los cubanos durante media centuria habían logrado desencajar aquella visión subordinada y determinista que veía al coloso norteño como "garante" de libertades y justicia. En cuanto al líder del Moncada sus verdaderas convicciones eran otras, como quedó expresado en el texto de la Carta de México, firmada junto al líder de la FEU José A. Echeverría: "... es hora de que los partidos políticos y la SAR cesen ya en el inútil esfuerzo de implorar soluciones amigables en una actitud que en otros momentos pudo parecer patriótica pero que, después de cuatro años de rechazo, desprecio y negativas, puede ser infame".⁶

Finalmente, entre gestiones estériles, exhortaciones y terceras vías, la SAR se agotaba en un círculo vicioso al que no logró encontrar una salida ventajosa. Severamente lesionada en su credibilidad, la SAR terminó siendo acusada por el gobierno de no haber hecho suficiente para detener la insurrección puesta en marcha por el 26 de julio. Y en esto se equivocaba el Dictador, pues todo lo que había hecho la Sociedad era precisamente para impedir la desobediencia al orden. En aquellos días finales de diciembre de 1956, mientras Don Cosme agonizaba, convertido en verdadera reliquia del pasado, y clamaba en su testamento porque se siguieran reuniendo, se acordaran de él y lo dejaran descansar en paz, un pequeño grupo de hombres iniciaba la guerra de liberación nacional, a la que tanto habían temido, pero que era ya indetenible.

⁵ Cosme de la Torriente: *Cuarenta años de mi vida*, Imprenta "El Siglo XX", La Habana, 1939, pp. 8-9.

⁶ "Carta de México", en Juan Nuiry Sánchez: *Presente*, Ciencias Sociales, La Habana, 1988, p. 209.

Creo que este libro, a riesgo de reiterar una frase hecha, realmente viene a llenar un vacío notable en nuestra historiografía sobre los años anteriores a 1959, en la que por razones lógicas ha predominado el prisma y la exaltación de la gesta revolucionaria. Conocer también las ópticas, estrategias y prácticas de la burguesía cubana para impedir una transformación radical del orden neocolonial, es un momento ineludible para comprender muchas de las cosas que sucedieron entonces y otras que estaban por ocurrir, pues buena parte de los líderes de la SAR, como Tony Varona, Miró Cardona y otros, serían los adalides políticos de la contrarrevolución durante la década de los 60. Pero seguir la pista de los dirigentes de la SAR tras el triunfo de enero de 1959 es otra historia que Jorge Ibarra Guitart quizás quiera contar algún día.

JULIO LE RIVEREND Y LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ANTIIMPERIALISTA EN LA REPÚBLICA*

Julio Le Riverend Brusone (1912–1998) es uno de los principales historiógrafos cubanos de la segunda mitad del siglo xx, y tal condición quizás haga pensar que su nombre y su obra son bastante conocidos entre nosotros y no necesitan presentación. Y esto es cierto, si pensamos por ejemplo en sus grandes obras como *La Habana: biografía de una provincia* (1960) y su segunda edición bajo el título de *La Habana: espacio y vida* (1992). O en la contribución realizada a los capítulos económicos de la obra colectiva *Historia de la Nación Cubana* (10Vols. 1952), luego recogidos en libro aparte bajo el título de *Historia Económica de Cuba* (1971). Incluso en obras de menor volumen o dedicadas a la divulgación, como son los casos de *La República: dependencia y revolución* (1966) o *Breve historia de Cuba* (1978), la maestría de Julio Le Riverend lo convierten en un clásico de la literatura histórica cubana y latinoamericana.

Sin embargo, en este nuevo libro (póstumo) del Dr. Le Riverend, cuidadosamente antologado y prologado por la profesora e investigadora Josefina Suárez, el tema es uno de los menos conocidos y valorados dentro de la vasta producción del autor, aunque paradójicamente resulta central en su pensamiento: la historia de las ideas antiimperialistas en nuestra patria. Esta materia, que quizás hoy pudiera no parecer demasiado en boga dentro de las ciencias sociales, tiene un riquísimo legado en la cultura de las ideas emancipadoras y libertarias de la Nación cubana, y su trascendencia, por supuesto, superó los ambientes académicos para convertirse en acción política y denuncia de la

* Presentación del libro Julio Le Riverend y la historia del pensamiento antiimperialista cubano, Ciencias Sociales, La Habana, 2005, en la XVI Feria del Libro, Colón, Matanzas, marzo de 2007.

injerencia de los Estados Unidos en los asuntos cubanos durante la república burguesa neocolonial.

El propio autor, desde su temprana militancia de izquierda en los partidos comunistas de Cuba y Francia, su lucha antimachadista que le valió la prisión y el exilio, su oposición a la dictadura batistiana y su compromiso militante con la Revolución cubana, a la que consagró buena parte de sus desvelos intelectuales e incluso el sacrificio de la obra personal, fue también un luchador antiimperialista. En este sentido, su biografía da fe de que en Julio Le Riverend las palabras iban acompañadas de los actos, y que podía hablar con la autoridad del sabio y el compromiso del hombre público sobre un tema tan sensible en la historia de Cuba como el de sus problemáticas relaciones con el vecino del Norte. Queda así demostrada su sagaz afirmación de que “la historiografía es, en definitiva, un campo específico de la política”.

La originalidad y el mayor aporte realizado por Julio Le Riverend en estos trabajos, como demuestra Josefina en sus palabras introductorias, es haber dado cuenta de lo temprano que se forja en un grupo de intelectuales cubanos, desde los albores mismos de la república, una conciencia y un deber de poner al desnudo la verdadera naturaleza deletérea de la intervención norteamericana en la historia reciente de Cuba. Peligro nefasto que ya había denunciado con claridad el apóstol José Martí en fulgurantes cartas y discursos, en propiedad el iniciador de esta corriente de pensamiento antiimperialista.

Radicales pensadores e historiadores como Enrique Collazo, autor del anticipador estudio *Los americanos en Cuba* (1905); Julio César Gandarilla, a cuya pluma se debe la apasionada prosa de *Contra el yanqui* (1913) y el gran Emilio Roig de Leuchsenring, cuya *Historia de la Enmienda Platt* (1935) constituye un monumento a la investigación erudita en función de exponer la verdad histórica, desfilan por estos prólogos, artículos y ensayos de Le Riverend, escritos en diversos momentos y por circunstancias también diversas, pero que reunidos en un solo haz, nos devuelven el señorío y la reciedumbre de un pensamiento coherente en sus hipótesis principales, pero capaz de transmitir con audacia las interrogantes para nuevas investigaciones.

Si algo debo reprochar a este texto, por otro lado editado con sobriedad y ponderación por un profesional avezado como Luis M. de las Traviesas —quien además introduce una nota acerca de las relaciones de trabajo desempeñadas por el autor con la Editorial de Ciencias Sociales—, es su lamentable diseño de cubierta, donde es difícil discernir el mensaje que nos quiere transmitir esa imagen borrosa y lo tenebroso del color hace arduo descifrar una parte del título y hasta el nombre de la antologadora. No debemos descuidar esto, pues un libro, además de una fuente de sabiduría, debe constituir también un placer estético, donde belleza e inteligencia anden de la mano.

Quedan, pues, a disposición de sus renovados lectores, estas páginas rebosantes de cubanía, escritas con una prosa limpia y fluida, despojada de cualquier artificio retórico o científicista, y que la generosidad de Josefina Suárez ha rescatado de fuentes publicísticas hoy de difícil acceso o de libros editados hace muchos años, como una contribución personal que ella también realiza, dentro de una línea de investigación que ha trabajado durante décadas, al conocimiento y la difusión de las mejores tradiciones antiimperialistas de nuestro pueblo.

1934: EL AÑO INAUGURAL DE LA REVISTA UNIVERSIDAD DE LA HABANA*

A la memoria del Dr. Delio Juan Carreras Cuevas

A inicios del año 1934 surgió una nueva revista en el poblado panorama de las publicaciones seriadas cubanas de la República. Se trataba de *Universidad de La Habana*, órgano de dicha corporación educativa de nivel superior con carácter bimestral,⁷ cuyo propósito declarado era el estudio y análisis, con plena libertad de enjuiciamiento, de los “grandes problemas que constituyen los intereses espirituales de la Universidad”, y hacía explícito que “no admitiría artículos de cariz partidarista o personalista, ni podrá ser utilizada como instrumento de ningún fin extra cultural”. Se exponía asimismo el ambicioso proyecto de la revista en su línea editorial de: “Dotar de unidad y vida al naciente pensamiento cubano, tanto en lo tocante al aspecto investigativo científico como al cultural y técnico, potenciando la tradición legada por Varela, Luz y Caballero, Saco, Conde de Pozos Dulces, Martí, Finlay, Varona y tantos otros egregios aportadores de valores”.⁸

* Publicado en: *Universidad de La Habana*, no. 277, enero-junio, 2014, pp. 15-25. Ampliado para la presente edición.

⁷ Antecedentes de esta revista fueron la *Revista Universitaria* (1891-92) que adoptó el nombre de *Seminario Científico, Artístico y Literario* en 1892, la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, fundada en 1905 y la *Revista de la Universidad de La Habana*, (1929-30). Véase Arnaldo Rivero Verdecia: *La revista Universidad de La Habana en la cultura cubana*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2004, pp. 27-32.

⁸ Textos tomados del Editorial del primer número. La revista aparecía en fascículos de aproximadamente 150 páginas, con una cubierta combinada en tonos blanco y azul, los colores simbólicos de la Universidad. Se aceptaban colaboraciones de profesores universitarios, ayudantes, estudiantes y graduados, sin otra limitación que la calidad y originalidad de las contribuciones. Desde el punto de vista económico, no dependía de subvenciones de institutos oficiales ni de particulares, y se financiaba con el presupuesto de la universidad autónoma y la suscripción de profesores y alumnos. El costo de la suscripción anual importaba 2.50 pesos y el precio del ejemplar suelto era de 50 centavos.

Aunque fue recibida con cierta indiferencia por la intelectualidad al inicio, destacaban en la publicación, al decir de un joven académico: “El formato novedoso, las páginas limpias y los tipos recientes; el gesto democrático de admitir en sus páginas toda colaboración valiosa, porque la Universidad no es un recinto, sino un camino abierto al pensamiento cubano; las firmas que ayer eran solemnes, mondas hoy de todo título, predisponen a acogerla”.⁹

Su primer director fue el Dr. José Antonio Presno Bastiony, rector del *Alma Mater Havanensis* y distinguido profesor de clínica quirúrgica,¹⁰ y ejercía como secretario el Dr. Roberto Agramonte, catedrático de sociología y psicología. El Consejo Editor lo componían un nutrido grupo de prestigiosos docentes universitarios, donde descollaban el pedagogo Alfredo Miguel Aguayo, el jurista Alberto Blanco, el catedrático de literatura italiana Aurelio Boza Masvidal, el profesor de Derecho Romano Ernesto Dihigo, el físico Manuel F. Gran, los patólogos Federico Granda y José Martínez Cañas, el profesor de Historia del Arte Luis de Soto y el catedrático de Historia de la Arquitectura Joaquín Weiss.¹¹

⁹ Antonio Sanchez de Bustamante y Montoro, “Misión universitaria”, en *Ironía y generación. Ensayos*, La Habana, 1937, p. 211. Este autor, sin embargo, le reprochaba a la revista carecer de un programa y cierta desvinculación del momento histórico que vivía el país, pp. 212 y ss.

¹⁰ José Antonio Presno Bastiony era profesor titular de Anatomía Topográfica y Terapéutica Quirúrgica de la Facultad de Medicina, Socio Honorario del Colegio Americano de Cirugía, Miembro Correspondiente de la Sociedad de Cirugía de París y Miembro del Comité de la Sociedad Internacional de Cirugía. Dirigió la revista desde su fundación hasta 1953. Véase: Arnaldo Rivero Verdecia, pp. 34-36.

¹¹ Al mismo tiempo, la revista *Universidad de La Habana* formó parte de un numeroso conjunto de publicaciones editadas por diversas facultades y dirigidas por acreditados profesores universitarios. Es el caso de la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, liderada por el profesor de lingüística Juan Manuel Dihigo y que contaba entre sus redactores al antropólogo Aristides Mestre y al historiador del arte Luis de Soto; las *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural* era el órgano oficial del Museo Felipe Poey y su director era el afamado naturalista Carlos de la Torre. Las revistas médicas eran varias, con protagonismo para la *Revista Médica Cubana*, dirigida por el obstetra Alberto Sánchez de Bustamante; la *Revista de Medicina y Cirugía de La Habana* fundada por el Dr. Presno Bastiony; El *Boletín de la Sociedad Cubana de Dermatología y Sifilografía*, órgano oficial de la cátedra de enfermedades

La revista *Universidad de La Habana* debe verse como un resultado intelectual de las luchas estudiantiles y revolucionarias en las décadas de 1920-1930, de las cuales el Alto Centro de Estudios había sido uno de los epicentros fundamentales.¹² Aquella oleada de rebeldía arrancó en enero de 1923 al estallar el movimiento de la Reforma Universitaria capitaneada por Julio Antonio Mella, y tuvo a finales de aquel año resultados visibles con la celebración del Primer Congreso Nacional de Estudiantes y la apertura de la Universidad Popular José Martí. En abril de 1926, desde su exilio mexicano, Mella había publicado el artículo "El asno con garras", en protesta por el otorgamiento del Doctorado Honoris Causa al presidente Gerardo Machado y un año más tarde se constituyó el Directorio Estudiantil Universitario contra la prórroga de poderes. El 30 de septiembre de 1930, una manifestación estudiantil se opuso a la decisión rectoral de posponer el inicio del curso, y en batalla campal con la policía resultó herido Pablo de la Torriente Brau y muerto a consecuencia de los disparos recibidos el estudiante de derecho Rafael Trejo.

Meses más tarde el DEU se radicaliza y en 1931 surge el Ala Izquierda Estudiantil. Ese propio año varios estudiantes, entre los que estaban Raúl Roa y Pablo de la Torriente, fueron enviados presos al Castillo del Príncipe acusados de conspirar contra Machado. En diciembre de 1931 fue asesinado el estudiante de veterinaria y miembro del DEU Félix Ernesto Alpízar y en 1933 resultaron ultimados los hermanos Valdés Daussá. Tras la caída de Machado, el Consejo Universitario declaró nulas las expulsiones de estudiantes en 1927 y 1928. A fines de 1933, la Asamblea General de Estudiantes de la Universidad de La Habana creó el Tribunal Depurador Estudiantil y la Comisión Mixta Depuradora

de la piel y la sífilis; los *Archivos de Medicina Infantil*, publicación trimestral del Hospital Universitario dirigida por el profesor Clemente Inclán y la *Revista de Cirugía Ortopédica y Traumatología*. También existían dos revistas de cariz jurídico: la *Revista Cubana de Derecho* y la *Revista de Derecho Internacional*, dirigida esta última por Antonio Sánchez de Bustamante y cuyo jefe de redacción era el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.

¹² Un excelente resumen de este tema, con abundante información factual y documental, puede verse en: *Las luchas estudiantiles universitarias 1923-1934*, compilación de Olga Cabrera y Carmen Almodóvar, Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

Universitaria, integrada por alumnos y profesores, que inician el proceso de expulsión de los profesores machadistas de las aulas universitarias, las que continuaron durante todo el año 1934.¹³ También en ese período se suceden numerosas acciones del movimiento estudiantil universitario contra el régimen de Carlos Mendieta y de apoyo a huelgas obreras, lo que permite afirmar que: “el movimiento estudiantil trasciende el plano intrauniversitario –dominante en los objetivos de la “renovación”– y asume una posición violentamente crítica al sistema de gobierno”.¹⁴

La revista surgió en un momento infausto de la Revolución de los años 30, marcado por el fin del gobierno reformista de los Cien Días, derrocado por un golpe militar en enero de 1934, y el ascenso al poder de un régimen contrarrevolucionario con el coronel Fulgencio Batista, fiel aliado de los intereses estadounidenses, como regente de la política cubana. La reformulación de la hegemonía entre las clases dominantes cubanas y los sectores subalternos iniciaba su complejo proceso de reacomodos y consensos, y ello implicaba rediseñar la arquitectura política de la República y redefinir la naturaleza de las relaciones con los Estados Unidos.¹⁵

¹³ Niurka Pérez Rojas: *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 42 y ss.

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 63-72.

¹⁵ “Dadas las “impotencias” de los que se habían enfrentado durante 1933-1935 para obtener una victoria completa y los cambios tan profundos que sucedieron en el seno de las fuerzas de la dominación, las negociaciones y las concesiones mutuas fueron indispensables. La clase dominante tuvo que rehacerse y admitir incluso que un arribista de clase baja ejerciera el control del país; negoció e hizo concesiones porque solo así podía reconstruir su hegemonía y reformular la dominación burguesa neocolonial. Los representantes de los dominados negociaron y concedieron para paliar su reciente derrota, mediante la presión que ejercían sus reservas de potencial rebeldía y teniendo a favor suyo las medidas aprobadas por el Gobierno Provisional de septiembre de 1933 y algunas posteriores, además de los cambios que se operaron en la conciencia social durante la Revolución. De ese modo obtuvieron numerosas demandas sociales y políticas que fueron institucionalizadas durante la reformulación del sistema de dominación”. Fernando Martínez Heredia, “Nacionalizando la nación. Reformulación de la hegemonía en la segunda república cubana”, en *Andando en la historia*, ICIC Juan Marinello/Ruth Casa Editorial, La Habana, 2009, pp. 159-160.

A lo largo del año 1934 varios sucesos marcaron el ascenso de diversas fuerzas políticas y tendencias ideológicas; en febrero se fundó el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) por Ramón Grau San Martín; en abril Antonio Guiteras publicó en *Bohemia* su artículo "Septembrismo" y fundó la TNT; ese propio mes el Partido Comunista realizó su segundo congreso y resultó electo secretario Blas Roca y como consecuencia de la firma de un Tratado de Relaciones con Estados Unidos quedó derogada la Enmienda Platt y se refrendó un nuevo Tratado de Reciprocidad Comercial. En el verano de 1934 fueron asesinados los estudiantes Rodolfo Rodríguez e Ivo Fernández Sánchez y en septiembre Guiteras fundó la organización revolucionaria *Joven Cuba*, cuyo programa declaraba de manera explícita su adhesión al socialismo como solución orgánica a los males de la Nación cubana.

En este contexto de flujo y reflujó revolucionario, la revista iniciaba su vida académica con el poderoso estímulo de la Universidad reabierta luego de tres años de clausura por el machadato y el éxito conquistado de la autonomía universitaria,¹⁶ una medida firmada por el presidente Ramón Grau San Martín y el Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes Manuel Costales Latatú, que otorgaba amplias prerrogativas al Alma Mater. El decreto de autonomía ponía en manos de la dirección universitaria las cuestiones relativas al gobierno interno de la institución, la planificación académica y docente, la formación y ejecución del presupuesto, la administración de todos sus bienes muebles e inmuebles, el mantenimiento del orden y en su artículo XIII expresaba que: "Dada la amplia competencia y capacidad que por este decreto se reconocen a la Universidad de La Habana para realizar sus fines, la acción del Estado sobre la misma se limitará a velar por el cumplimiento de la Constitución, de los tratados, de las leyes y de los estatutos que la rijan..."¹⁷

¹⁶ Fue durante el gobierno emergido tras el 4 de septiembre de 1933 que se otorgó por primera vez la autonomía a la Universidad de La Habana, mediante el decreto-ley de 6 de octubre de 1933, que le adjudicaba a la universidad el hospital docente Calixto García. Niurka Pérez Rojas: ob. cit., p. 19

¹⁷ *Universidad de La Habana*, no. 1, enero-febrero, 1934, p. 192.

El primer número de la publicación correspondió al bimestre enero-febrero de 1934 y se inicia con la oración pronunciada por el profesor Presno Bastiony en el Aula Magna al asumir la rectoría por el sufragio unánime del claustro. El discurso se produjo al calor de la reanudación de las actividades docentes y tuvo palabras de exaltación a la rebeldía universitaria en sus luchas contra Machado y de recuerdo a los mártires estudiantiles, a los cuales la Universidad se prometía levantar:

“En el sitio más visible de esta colina sobre la cual se asienta, un monumento para perpetuar su recuerdo, y, al propio tiempo para que sirva de lección en las luchas cívicas del porvenir, por el mantenimiento de los principios que estamos obligados a defender, y advierta a los gobernantes del mañana [...] como reaccionan ante la injusticia y el abuso de la fuerza los ciudadanos amantes de la libertad”.¹⁸

En sus apasionadas palabras, el rector Presno Bastiony señalaba cuál debía ser el camino de la Universidad Cubana en los años porvenir, inspirada en sus concepciones académicas y vocación social por el paradigma universitario del filósofo argentino José Ingenieros:

“El laboratorio donde se plasma la ideología social, recogiendo todas las experiencias, auscultando y elaborando todos sus ideales” y enfatizaba que su misión “no puede limitarse solo a la enseñanza de las profesiones intelectuales y a la investigación científica y educación de nuevos hombres de ciencia. Porque su misión educacional debe ser la enseñanza de la cultura, la transmisión de cultura, como tarea fundamental”.¹⁹

En esa propia línea renovadora y de fuerte acento cultural, el discurso rechazó la enseñanza enciclopédica y memorística, y

¹⁸ *Ibíd.*, p. 7.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 8. Lo subrayado es del autor.

abogó por la flexibilidad en los programas de estudio y la síntesis en los contenidos de las asignaturas. Promovió el envío de jóvenes graduados y profesores a los grandes centros intelectuales y científicos del extranjero, para que absorbieran lo mejor de acervo universal. Asimismo promulgó la necesidad de ofrecer conferencias nocturnas y cursos libres que sirvieran para la transmisión de saberes, la institución del Día del Estudiante y la organización y custodia de la Casa Universitaria por los propios educandos. Como expresión práctica de tales cambios, a partir de enero de 1934 se aprobó la matrícula gratis para estudiantes pobres en algunas carreras de la Universidad.

A continuación de la palabra rectora, el sumario de este primer número recogió trabajos de autores cubanos y extranjeros. La mayoría de los textos publicados corresponden al ramo de las humanidades y sus autores eran notorios profesores que pertenecían al claustro universitario, como son los casos del ensayo sobre la danza como expresión artística del historiador del arte Luis de Soto; un texto sobre ideas pedagógicas y su relación con el desarrollo industrial de Alfredo Miguel Aguayo; un estudio acerca del arte dramático de Bernard Shaw y Luigi Pirandello debido a la pluma de Aurelio Boza Masvidal; un acercamiento al tema del resentimiento en la lírica griega escrito por Manuel Bisbé y un ensayo sobre Catulo y Clodia de Ernesto Dihigo. En la rama de la medicina y las ciencias naturales se destaca un homenaje a Carlos Juan Finlay en su Centenario, de la autoría de Presno Bastiony y un artículo del físico Manuel Gran sobre la enseñanza de las ciencias físico-matemáticas en el aula y el laboratorio. En la historia de las ideas se incluye el trabajo de José Pérez Cubillas sobre el pensamiento de Simón Bolívar.

La sección Vida Universitaria incluía entre sus eventos destacados el discurso del rector saliente Dr. Ricardo Gómez Murillo y reproducía íntegro el decreto presidencial que ponía en vigor la Autonomía Universitaria. También se incluyeron las bases y reglamentos del Segundo Congreso Nacional de Estudiantes, que se declaraba continuador y complemento del realizado por Mella en 1923. Como un hecho notable, destaca la amplia información que recoge importantes modificaciones a los planes de estudio en varias facultades, escuelas y carreras. Entre ellos está la reforma propuesta en la Escuela de Filosofía y Letras, en

su sección de Estudios Históricos, donde se volvió a introducir la enseñanza de la Historia de Cuba que había sido llevada a la Escuela de Pedagogía, y en la sección de Estudios Filosóficos se añadieron las asignaturas Teoría del Conocimiento, Lógica, Historia de la Filosofía, Estética, Sociología Cubana y Cívica Superior. Asimismo se propusieron nuevos planes de estudio para las Escuelas de Pedagogía, de Ciencias (incluyendo el doctorado en Ciencias Físico-Químicas y en Ciencias Naturales), de Ingenieros, Electricistas y Arquitectos y la de Ingenieros Agrónomos y Azucareros. También como un dato novedoso en el currículo universitario, se informa que en la Facultad de Ciencias Sociales se introduciría el Plan Pérez Cubillas con un Doctorado en Ciencias Políticas, Sociales y Económicas.

Cierra este primer número de la revista una laudatoria nota sobre el Lyceum habanero, destacado como una institución que realizaba labores de extensión universitaria y cuyo objetivo se enfocaba a “crear una universidad libre de la mujer cubana contemporánea, donde se ponga al día en arte, literatura, ciencia y política, recogiendo las últimas vibraciones del ambiente local y universal, para desenvolver una cultura prístina y propia, en que se armonicen la femineidad y el feminismo, la tradición y el futuro”.²⁰

La segunda entrega correspondió al periodo de marzo-abril, y se trató de un volumen monográfico consagrado a homenajear al destacado intelectual y profesor universitario Enrique José Varona, fallecido el 19 de noviembre de 1933. Varona, graduado como doctor en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana en 1893, fue el artífice de la modernización de la enseñanza superior en los albores republicanos con su célebre Plan Varona, asimismo se desempeñó como profesor titular de las cátedras de Lógica, Psicología, Ética y Sociología y en 1918 fue nombrado Catedrático Honorario de la Alta Casa de Estudios habanera. En 1923, Varona estuvo presente en la Asamblea Magna de estudiantes universitarios celebrada el 12 de enero en el Aula Magna, hecho que fue destacado por Mella cuando dijo: “El mayor placer que podíamos experimentar hoy, el mayor orgullo que podíamos sentir los estudiantes universitarios, era ver

²⁰ *Ibidem*, p. 238.

reunido aquí con nosotros, a pesar de sus años y sus achaques, a uno de nuestros científicos más ilustres, al Dr. Enrique José Varona".²¹ Años más tarde, en 1927, los estudiantes acudieron en manifestación a la casa del anciano filósofo para protestar contra la maniobra que prorrogaba en el poder a Machado y su camarilla, ocasión en que la policía arremetió contra los estudiantes y ultrajó al egregio pensador.

Esta evocación de Varona se proponía contribuir al rescate de su figura, promover la publicación de una Edición Nacional de sus Obras, que se pondría al cuidado del entonces Ministro de Educación Jorge Mañach y lograr con ello "echar un batiente de luz sobre la egregia figura del gran cubano desaparecido, y vincularla a los estados espirituales del presente".²² Conforman el *corpus* de este homenaje contribuciones diversas de José Varela Zequeira, Juan Marinello, Raúl Roa, Medardo Vitier, Salvador Salazar, Alfredo Miguel Aguayo, Roberto Agramonte, Antonio Sanchez de Bustamante y Montoro y Fermín Peraza Sarauza, a los que se unieron los poetas Eugenio Florit, Emilio Ballagas y Manuel Navarro Luna. En su elogio de Varona, el verbo candente de Raúl Roa, quien había sido orador en su sepelio a nombre de los estudiantes,²³ lo define cabalmente como "el último gran vehículo del pensamiento liberal cubano, que tuvo en Jose Martí su otro insigne exponente. La ideología democrática ha perdido en Varona el único vocero que durante treinta oscuros años de factoría azucarera yanqui, no enturbió jamás sus esencias teóricas. No hizo nunca de la política cheque ni trampolín. Tuvo por sus principios una lealtad inusitada".²⁴ Con un ademán trascendentalista, Medardo Vitier señala en Varona su recia personalidad moral y profetiza que su obra deberá tener una acción fecundante en numerosos ámbitos, desde su Camagüey natal hasta la Universidad de La Habana "donde vertió sus enseñanzas", y en Cuba toda "que necesita creer en la seriedad de la vida".²⁵

²¹ Julio Antonio Mella, *Documentos y artículos*, La Habana, IHMCRS, 1975, p. 41.

²² *Universidad de La Habana*, no. 2, marzo-abril, 1934, p. 5.

²³ Roa se graduó de Doctor en Derecho Civil y Derecho Público en agosto de 1934.

²⁴ *Universidad de La Habana*, no. 2, marzo-abril, 1934, p. 23.

²⁵ *Ibidem*, p. 61.

El tercer número correspondió a los meses de mayo-junio, y en su entrega recogió trabajos de variados temas y autores, como son los casos de un texto sobre arquitectura moderna de Joaquín Weiss, otro sobre el carácter cubano del historiador Elías Entralgo; un acercamiento a la diplomacia martiana del también historiador Herminio Portell Vilá, un estudio de la música afrocubana del etnólogo Fernando Ortiz y publicó además poemas de Mariano Brull, Emilio Ballagas y Nicolás Guillén, en el caso de este último su célebre soneto de temática racial “El abuelo”. Curiosamente, al lado de estas plumas poderosas de la cultura cubana, se introduce un texto anómalo en el perfil democrático de la revista, nada menos que “Concepción y doctrina del fascismo”, de Benito Mussolini, traducido del italiano por el estudiante Giuseppe Fávole.

La sección Vida Universitaria destaca el hecho de la recaudación de más de cuatro millones de pesos para el proyectado Monumento a los Mártires Universitarios caídos en la lucha antimachadista. Para su levantamiento, se formó una comisión integrada por el rector Presno Bastiony como presidente, el Dr. Aurelio Boza, secretario de la Universidad y el Dr. Manuel B. Rojas, presidente en ese momento del Miramar Yatch Club. Asimismo se promueve un homenaje al eminente naturalista y exrector Carlos de la Torre y Huerta por sus bodas de oro con la Universidad de La Habana, para lo cual se imprimiría un Libro Jubilar.

En el cuarto volumen de la revista, correspondiente a los meses de julio-agosto, se amplían los miembros del Consejo Editorial con nuevos nombres, entre los que destacan profesores de varias generaciones y tendencias ideológicas como Luis A. Baralt, Elías Entralgo, Sergio García Marruz, Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro y Carlos de la Torre. Comienza el número una arenga flamígera de Roa por la reconquista de la autonomía universitaria, quebrantada en ese momento por el gobierno Caffery-Batista-Mendieta. En su alegato, Roa expone un programa básico de transformaciones al interior de la Alma Mater y clama por una universidad:

Totalmente distinta a la que hasta ahora hemos tenido, de fisonomía y contenidos nuevos [...] Una universidad

que tenga como directrices cardinales la compenetración docente y científica de alumnos y profesores y la corresponsabilidad de ambos elementos en el gobierno universitario; una universidad en la que la libertad científica tenga calor de hogar; en que no haya ni discriminación política, ni social, ni étnica; en la que la más rigurosa investigación científica se hermane a la más alta dispensación de conocimientos técnicos y profesionales. Una universidad, en suma, digna de llamarse así.²⁶

Como novedad editorial, el sumario del cuarto número muestra una más eficaz distribución de los textos por áreas del conocimiento, divididas en secciones: Filosofía y Sociología, Literatura, Filología y Medicina, y como cierre un llamativo artículo sobre el problema agrario mexicano por Manuel Ruiz Miyar. En la sección Vida Universitaria se destacan los acuerdos del Consejo Universitario sobre la depuración profesoral, donde quedan establecidos las pruebas de eficiencia teórica a las que se someterían los docentes para la permanencia en sus respectivas cátedras y se delimitan los exámenes para la provisión de cátedras en base al mérito profesional demostrado por el aspirante. Asimismo se reseña la creación, por decreto rectoral, de un laboratorio de psicología experimental con el nombre de Padre Varela, anexo a la Escuela de Filosofía y Letras y se presenta un proyecto para la creación de una Escuela de Asistencia Social en la Universidad de La Habana, la que tendría entre sus objetivos proveer de una formación técnica a los funcionarios públicos dedicados al mejoramiento del medio social. Dicha escuela también perseguía propiciar el desarrollo de formas más modernas de asistencia social y el perfeccionamiento de los servicios de índole benéfico.

Otro asunto importante fue la organización del Primer Congreso Nacional de Trabajadores de la Enseñanza, que tendría como sede a Santiago de Cuba con una amplia representación del profesorado y los trabajadores de los diferentes niveles de enseñanza: catedráticos de educación superior y secundaria,

²⁶ *Universidad de La Habana*, no. 4, julio-agosto, 1934, pp. 7-8.

maestros, empleados de oficina, conserjes, inspectores escolares, en representación de la universidad nacional, escuelas normales, institutos, escuelas industriales, de comercio, de artes y oficios, primarias y kindergarten. La plataforma teórica del congreso permite ver cuáles eran las principales problemáticas a debatir en el cónclave: reivindicaciones clasistas, salariales, en defensa del niño y por la reforma integral de la enseñanza. Se destacaba la petición del 25% del presupuesto nacional para fines educativos, la necesidad de brindar atención médica a los niños, la protección al estudiante pobre y de ingresos medios, la educación cívica, la redacción de nuevos libros de texto, entre otras muchas cuestiones.

El penúltimo número del año 1934 trajo la primicia de contar con varias colaboraciones de autores extranjeros de renombre, como son los casos del profesor de filosofía de la Universidad de Princeton Warner Fite, con un ensayo sobre la obra de Miguel de Unamuno, un texto del polígrafo español Gregorio Marañón acerca de Benjamin Constant y un artículo sobre la crisis de las élites del profesor e historiador inglés R. B. Mowat, traducido por Enrique Gay Calbo. Entre los artículos de autores cubanos sobresale “Crítica y colonización” de José María Chacón y Calvo; “Una interpretación de Norteamérica” de José Antonio Ramos y “Los grandes geógrafos contemporáneos”, por Salvador Massip, fundador de dicha disciplina en la Universidad de La Habana.²⁷ El texto de Chacón y Calvo formaba parte de las conferencias impartidas en el Lyceum sobre la conquista y colonización española en América, mientras que el artículo de Ramos es un fragmento de un libro titulado *Panorama de la Literatura Norteamericana*, publicado en México en 1935.²⁸

²⁷ Salvador Massip fue designado en 1924 por oposición Profesor Auxiliar de la Cátedra de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana. En 1927 fundó oficialmente la enseñanza de la geografía como disciplina, incluida en los planes de estudio de las Escuelas de Pedagogía y de Filosofía y Letras. Integró la cátedra titular de geografía en esta última y además ostentó el cargo de decano de esa facultad, por elección del claustro en 1949. Declarado cesante en 1930 por su oposición a la dictadura machadista, en el período 1933-1934 fue embajador de Cuba en México. En ese país se desarrolló como profesor de geografía en la Universidad Nacional Autónoma de México, de 1935 a 1937.

²⁸ A propósito de José Antonio Ramos, y como un justo reconocimiento a su figura,

Cierra el año 1934, y con ello el primer ciclo anual de la revista,²⁹ un número de marcado carácter latinoamericanista que se dedica al 124 aniversario de la Independencia de México. En esa dirección, abre sus páginas con la convocatoria a un concurso histórico y literario de la embajada de México en la Isla. La mayoría de los trabajos versan sobre aspectos de la historia contemporánea de México, como los de Antonio Sobrino Plascencia y un sintético estudio de la Revolución Mexicana de 1910; un poema de Andrés de Piedra Bueno dedicado a la amistad cubano-mexicana y un artículo de Francisco José Ponte Domínguez sobre derecho constitucional mexicano, con énfasis en las conquistas políticas de la revolución, quien señala que la Constitución de 1917 “resulta el antecedente de mayor significación de las modernas tendencias constitucionales, por ser el primero del mundo que da cabida al problema social”.³⁰

Unido a los anteriores, destacan dos ensayos del matrimonio formado por los profesores Salvador Massip y Sarah Ysalgué, muy reveladores sobre temas económicos y sociales del proceso revolucionario en el país azteca. Massip, que en ese momento se desempeñaba como embajador en la patria de Juárez, centra su atención en el programa de gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, hace notar con agudeza que el Plan Sexenal era un “ensayo de economía dirigida en un país que no es comunista” y define a dicho propósito como “el punto culminante de la Revolución Mexicana que empezó en 1910”.³¹ Sarah Ysalgué de Massip estudia el proceso de la Revolución Mexicana en su problemática social, argumenta la existencia de un “socialismo mexicano” y afirma convencida que: “México es, actualmente, la escuela de socialismo más cabal que existe en el mundo. Los

los editores recuerdan que al momento del cierre de la Universidad por Machado, el autor de *Coaybay* se encontraba en el recinto universitario impartiendo un ciclo de conferencias sobre temas de literatura norteamericana y que además su padre, el Dr. Jose Eduardo Ramos y Machado había sido un antiguo y querido profesor del Alma Mater.

²⁹ En este número desaparecen los nombres del director, secretario y editores, y son sustituidos por un comité editor integrado por diecinueve miembros.

³⁰ *Universidad de La Habana*, no. 6, noviembre-diciembre, 1934, p. 179.

³¹ *Ibidem*, pp. 127-128.

experimentos que se llevan a cabo en México, ilustrarán sobre la eficacia de la solución socialista de los problemas planteados a la humanidad, desde que el maquinismo favoreció la organización capitalista como sistema económico hasta su agudización monstruosa de la posguerra”.³²

Los esposos Massig se encontraban entonces muy cercanos geográficamente al fenómeno político del Cardenismo y no es extraño que manifestaran entusiasmo por él, toda vez que se liberó de inmediato a los comunistas encarcelados, se legalizó su periódico, se dio mayor protagonismo a los obreros en la renta nacional y se reunificó a los asalariados en la Central de Trabajadores Mexicanos; de igual modo se profundizó la reforma agraria y se liquidó el poderío rural de la oligarquía porfirista, se nacionalizó el petróleo que estaba en manos de compañías estadounidenses y británicas, y México adoptó una política exterior progresista, de solidaridad con la República Española y contraria al eje fascista.³³ De ahí la confianza, presente en dichos artículos, en la posibilidad de realizar en el México de Lázaro Cárdenas un ensayo de socialismo latinoamericano, agrario, democrático y revolucionario, diferente al régimen autoritario que por entonces llevaba adelante Stalin en la URSS.

Así culmina el primer año de existencia de la revista *Universidad de La Habana*. Durante estos doce meses, varios de los más brillantes profesores del claustro y algunos extranjeros prestigiaron sus páginas, se hicieron homenajes a grandes figuras de la cultura cubana y las problemáticas corporativas, con la defensa de la Autonomía Universitaria en primer plano, estuvieron a la orden del día, junto a la necesidad siempre renovada de realizar reformas de mayor hondura en las estructuras académicas e institucionales, en pos de hacer realidad las palabras luminosas y proféticas de Julio Antonio Mella: “La revolución universitaria despertará las almas. Y de la conmoción que a ese despertar sucede, surgirá, fúlgido como un sol, el porvenir de nuestra América”.³⁴

³² *Ibidem*, p. 169.

³³ Alberto Prieto Rozos: *Visión íntegra de América*, Ciencias Sociales, La Habana, 2012, pp. 350-351.

³⁴ Julio Antonio Mella: *ob. cit.*, p. 137.

EL DEBATE SOBRE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN CUBA Y LOS ORÍGENES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL “MARTA ABREU” DE LAS VILLAS (1948-1962)

Para Ana Cairo Ballester, maestra y amiga

Durante más de doscientos años, los estudios de Educación Superior en Cuba fueron el privilegio de una sola universidad: la llamada sucesivamente Real y Pontificia, Real y Literaria y Universidad Nacional de La Habana. Esta situación, típica del subdesarrollo, que privilegiaba mayoritariamente a los estudiantes de la capital, o a aquellos que contaran con los recursos necesarios para poder vivir en La Habana durante el periodo que durara la carrera, empezó a cambiar a finales de los años 40 del pasado siglo, con la creación de dos nuevas universidades: la de Oriente en Santiago de Cuba, que inició sus labores docentes en 1947³⁵ y la “Marta Abreu” de las Villas, en Santa Clara, inaugurada públicamente en 1948, pero cuyo primer curso no comenzó hasta el 30 de noviembre de 1952.

Ambos procesos deben verse como resultado de los cambios operados en la realidad cubana después de la revolución de los años 30, en que diferentes grupos de la sociedad civil y sectores del trabajo organizados, exigieron una institucionalidad que garantizara la profundización de la democracia y un sistema político más avanzado, amplios derechos sociales y más intervención estatal en los problemas sociales y económicos. Una parte de estas peticiones quedaron plasmadas en el texto constitucional de 1940 y otras, como la Reforma Agraria, siguieron formando parte del imaginario de luchas y reivindicaciones del pueblo cubano. En este contexto de la pos revolución de los años 30, la creación de nuevas universidades debía responder a la demanda de formar más y mejores profesionales, en diferentes

³⁵ Sobre los orígenes de la Universidad de Oriente véase: Israel Escalona Chádez y Manuel Fernández Carcassés (Coordinadores), *Universidad de Oriente. Páginas de su historia*, Ediciones UO, Santiago de Cuba, 2017.

campos del saber, capaces de enfrentar los retos del progreso social y el desarrollo económico en sus respectivas regiones.

Una de las meditaciones más hondas en este sentido, la produjo el eminente pedagogo y ensayista don Medardo Vitier y Guanche, en un haz de valoraciones tituladas “Sobre las nuevas universidades cubanas”, donde proponía un modelo de universidad para Cuba, moderna en su sistema de enseñanza y conectada a las realidades de su tiempo. El sabio profesor de Historia de la Filosofía consideraba que: “A tiempo están las nacientes universidades cubanas, la de Oriente que ya funciona, y la de Santa Clara, que pronto se organizará, para que no comiencen con vicios de origen. Lo primero ha de ser el conocimiento de los antecedentes a este respecto: libros sobre la materia, realidad universitaria cubana hasta ahora, aciertos y errores anotados ya como experiencia, aquí y en otros países”.³⁶

Un conjunto de cuestiones eran básicas, en opinión de don Medardo, para poder iniciar una renovación de la universidad cubana, y en entre estas contaba: los planes de estudio, la calidad del profesorado y la retribución del mismo, los métodos de trabajo, la adquisición de bibliografía actualizada, la contratación frecuente de profesores extranjeros eminentes, el uso por los estudiantes de lo que denomina “libros fuertes”, es decir, clásicos de sus respectivas disciplinas, la limitación al mínimo de los resúmenes escritos dados por el profesor, y de manera esencial la “vinculación de la universidad con las realidades de la vida del país para estudiarlas con espíritu científico”, y unido a lo anterior “acentuación de lo humano universal, sobre todo en las disciplinas llamadas humanísticas”.³⁷

En la reflexión del autor de *La filosofía en Cuba*, no se trataba de multiplicar arbitrariamente el número de universidades, sino que “aparezca un nuevo espíritu, una orientación moderna”. Sobre la corporación habanera opinaba: “la Universidad de La Habana, en parte viciada por viejas y compli-

³⁶ Medardo Vitier: “Sobre las nuevas universidades cubanas”, *Valoraciones*, tomo I, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, Santa Clara, 1960, p. 158.

³⁷ *Ibidem*, pp. 158-159

cadass causas, cuenta, no obstante, con profesores idóneos, cuyo consejo deberán aprovechar los nuevos centros que se organizan". Ello era sí, porque, añade: "Donde hay tradición se hallan siempre notas y contenidos bien ideados y aplicados, aunque sea forzoso desechar otros, por anacrónicos o por deficientes".³⁸

Retomando las ideas expuestas por Ortega y Gasset en su clásica obra "Misión de la Universidad" (1930), don Medardo comulga con la necesidad de que el estudiante universitario reciba un conjunto de disciplinas culturales que le ofrezcan una visión integral del mundo físico y del mundo histórico. Entre ellas menciona la física, la biología, la historia, la sociología y la filosofía, las que deberían impartirse también como parte de los currículos de las diferentes carreras. Más adelante ahonda en la idea de que las universidades deben "vivificar sus programas con un criterio unitario del mundo", y advertía sobre los peligros de que los académicos vivieran encerrados en sus torres de marfil, aislándose de las realidades universales.

Entre las grandes ausencias de los estudios universitarios cubanos, señala por ejemplo los temas sociales, como el de la vagancia, apenas esbozado por Saco, o el del bandolerismo, en el caso de Varona, pero subraya que se trató de investigadores solitarios, y no de una agenda de investigaciones al interior de los centros docentes. Debía llevarse a las aulas universitarias además la noción no solo de la ciencia pura, que revoluciona el pensamiento, sino de la ciencia aplicada, que es la que cambia la vida cotidiana de las personas. En el plano de la axiología, el educador discurre en que no basta explicar los valores, sino que lo que se necesita es consagrarlos; luego, siguiendo la doctrina ciceroniana, no basta solo con el "buen decir", es necesario el "buen obrar".³⁹

En lo relacionado con el claustro de profesores, Medardo les reclamaba nivel académico, voluntad de trabajo, honradez y humildad. Y también salarios decorosos "que no lo será si baja de trescientos pesos como inicio", a lo que agrega que: "En este último punto, lo material es moral, aunque entre nosotros hay

³⁸ *Ibidem*, p. 159.

³⁹ *Ibidem*, p. 164.

un falso criterio sobre ello”.⁴⁰ Un profesorado apto y dignamente retribuido era, en su opinión, una de las claves fundamentales de la nueva universidad cubana.

Curiosamente, se manifiesta contrario a los ejercicios de oposición como medio para lograr la calidad del claustro, aunque señala que no deben tener los profesores alumnos en demasía, y que quizás en algunas materias fuera necesario, por su amplitud y complejidad, emplear más de un docente. En aquel momento, Vitier era partidario de que los profesores cubanos se formaran en el extranjero, y que docentes foráneos vinieran a enseñar a Cuba, y exclama con sorprendente optimismo: “Que fiesta intelectual, tener un día a Ortega y Gasset o Alfonso Reyes o Américo Castro en Santa Clara o en Santiago”.⁴¹ La biblioteca, rica y diversa, nutrida con los mejores libros contemporáneos, era otra de las debilidades que las universidades cubanas debían superar, pues: “sin obras de alta crítica y de problemas, el estudio bajará a cauces de rutina”.⁴²

Las dificultades para enfrentar una renovación universitaria eran enormes en aquel momento, y así lo reconoce Vitier en el propio ambiente político y social del país, la preparación deficiente de los bachilleres, la escasez de recursos económicos, la “prisa con que se busca el título en tiempos de inseguridad material, y un largo etcétera. Y terminaba diciendo: “Pero si nos atenemos al cuadro sombrío, no haremos nada. Y si algo hacemos ha de ser poniendo delante el cuadro de la obra universitaria bien ideada y cumplida”.⁴³ El modelo de Vitier, además estaba formulado, con esta pizca de honda cubanía: “No se contenten con universidades “modesticas”, sino con centros que nazcan con aliento y señorío. Cuba lo merece”.⁴⁴

En las páginas que siguen, me propongo ver en qué medida estos presupuestos teóricos enunciados por Medardo Vitier, pudieron ser aplicados o no en el caso de la que se llamó

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 165.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 166.

⁴² *Ibíd.*, p. 169.

⁴³ *Ídem.*

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 167.

originalmente Universidad Central de Santa Clara, inaugurada de manera simbólica la noche del 10 de Octubre de 1948, en el Salón de Actos del antiguo Gobierno Provincial de Las Villas — actual Biblioteca Martí— con la presencia de la mayoría de los miembros del Consejo Directivo, encabezado por su presidente y futuro primer rector, el Dr. Pedro Martín Camps i Camps.

Poco sabemos de la vida del Dr. Camps i Camps, abogado y notario público, quien se desempeñaba como director del Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara, y tenía entre sus antecedentes como estudiante de bachillerato, la creación de en una revista estudiantil con el nombre de *Bola Negra*, donde plasmó la idea de crear una “Universidad de Villa Clara”. Pero no nos interesa ahora la biografía de este singular personaje, que escribía, como Juan Ramón Jiménez, sin el uso de la letra “y”, sino su discurso inaugural, pues en él se plasman muchas de las representaciones más progresistas del imaginario sobre las universidades en aquel momento, como ya hemos visto en el caso de Vitier.

En su alegato, Camps i Camps se declara partidario de “una nueva, popular y científica estructuración universitaria, verdadera fuente de cultura, de educación i de investigación, de acuerdo con nuestras necesidades, i orientada pedagógicamente hacia las ideas más modernas i de total cubanización”. También defendía la idea de una universidad que no fuera mera “fábrica de profesionales” ni un “centro burocrático”, sino que constituyera:

Un crisol del pensamiento humano, centro real i positivamente orientador hacia objetivos vitales que sirvan de instrumento al progreso colectivo: una Universidad sin dogmatismos, que resuelva los problemas que se plantee aunque no los abarque todos, dando mayor alcance a la utilidad social de sus disciplinas, en franco divorcio con el racionalismo verbalista, de manera que sea la experiencia más que las palabras el fundamento de su enseñanza.⁴⁵

⁴⁵ Pedro Martín Camps i Camps, “Discurso de apertura”, *Memoria Inaugural de la Universidad Central de Santa Clara*, La Habana, Editorial Selecta, [1948], pp. 7-14.

En este sentido, el futuro rector proponían crear dos grandes facultades: Ciencias y Letras. La primera tendría las Escuelas de Ingeniería (Agrónomos, Químicos-Industriales, Mecánicos Electricistas y Minas), Ciencias Comerciales, Auxiliares de Médico, Auxiliares Prácticos de Farmacéutico, Meteorología y un Instituto (Laboratorios) de Investigaciones Científicas. La Facultad de Letras incorporaba las Escuelas de Filosofía y Letras, Pedagogía, Idiomas, Administración Pública y una Escuela de Educación Física.

Un mes más tarde, la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas fue creada oficialmente por la Ley 16 del 22 de noviembre de 1948. En esta ley se hace referencia por primera vez a la Universidad de Las Villas añadiendo el nombre de la destacada patriota y benefactora santaclareña Marta Abreu. Se rendía así un merecidísimo homenaje a la digna mujer que tanto contribuyó al engrandecimiento público y moral de su ciudad natal, y que con el mismo fervor apoyó la causa independentista de los cubanos contra España, usando el seudónimo de Ignacio Agramonte. El presupuesto para la ejecución de las obras fue establecido por el Reglamento para la cobranza, fiscalización y distribución de los aumentos a los impuestos sobre utilidades y suntuarios, con fecha 1º de agosto de 1950, al tiempo que el Reglamento del Ministerio de Educación para las Universidades de Oriente y Las Villas promulgado el 4 de noviembre de 1951, terminaba de conformar el cuerpo jurídico que otorgaba plena validez legal a ambas instituciones.

El presidente Carlos Prío, que había sido en un primer momento reticente al proyecto universitario, colocó la primera piedra el 11 de febrero de 1952, pero el golpe de estado de Batista un mes más tarde, no lo dejó ver el final de esta historia, que ocurrió el domingo 30 de noviembre de ese propio año con la apertura del primer curso académico, contando para ello con un solo edificio terminado: el de Humanidades-Educación. En el acto, que comenzó a las 11 de la mañana, hicieron uso de la palabra el rector Pedro Martín Camps i Camps, el Secretario General Pineda y el Dr. Felipe Salcines, rector de la Universidad de Oriente. En nombre de los profesores habló el destacado pedagogo Medardo Vitier Guanche.

De las carreras previstas iniciaron sus actividades docentes las de Ingeniería Química-Industrial, Ingeniería Agronómica,

Perito Químico-Azucarero, Ciencias Comerciales, Filosofía y Letras, Pedagogía y Profesor de Idioma Inglés; la matrícula importaba el pago de 60.00 pesos anuales que se cubrían en tres plazos bimestrales de 20.00 pesos cada uno. Los primeros 615 alumnos que tuvo la Universidad se distribuían por carreras de la forma siguiente: Pedagogía (287), Ciencias Comerciales (146), Idioma Inglés (85), Filosofía y Letras (29), Ingeniería Química Industrial (27), Perito Químico Azucarero (25) e Ingeniería Agronómica (16). Su escudo universitario representaba una antorcha iluminadora que surgía del centro de la Isla, con el lema del gran pensador José de la Luz y Caballero: *la verdad solo nos pondrá la toga viril*. En términos estadísticos, era básicamente una universidad humanista y pedagógica, con un bajo perfil técnico y científico.

Y si bien es cierto que no vino Ortega y Gasset a Santa Clara, como le hubiera gustado a Medardo Vitier, si lo hizo don Federico de Onís, invitado para dirigir el Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad Central de las Villas en el bienio 1957-1958. Onís, como es conocido, fue un eminente filólogo y crítico literario, discípulo predilecto de don Miguel de Unamuno. También fue profesor el novelista José Lezama Lima, de literaturas romances, y el hijo de Medardo, Cintio, ya una figura reconocida de la poesía cubana como integrante del grupo Orígenes.

Entre los hechos más significativos de esta etapa estuvo la entrega de los primeros títulos de Doctor *Honoris Causa* a sólidos pilares de nuestra mejor tradición intelectual, como el sabio antropólogo Fernando Ortiz Fernández, el profesor de filosofía Medardo Vitier Guanche y el historiador Ramiro Guerra Sánchez. A este último el doctorado que se le entregó correspondía a la escuela de Ciencias Comerciales; en su discurso de agradecimiento, pronunciado el 30 de junio de 1956, el Dr. Guerra Sánchez se refirió a lo que consideraba el “deber ser” de la universidad villareña, y en particular de la escuela que lo homenajeaba “en cuanto a promover el desarrollo económico de la provincia, que tiene en el comercio una importantísima fuente de vida”. Lo anterior era aplicable también a las carreras de perfil agrícola, pues en opinión de Guerra no solo era las Villas entonces una gran provincia azucarera, sino “una de las que contaba

con una economía más diversificada y mejor balanceada de toda la República". Por tal motivo, concluía diciendo:

Con una visión comprensiva y exacta de lo que es y de lo que debe ser la provincia villareña, dado sus riquezas naturales de todas clases, esta Universidad Central de Las Villas, además de cultivar las artes y las letras, con una apreciación certera de la influencia fundamental de unas y de otras, en el campo de la cultura, ya que el espíritu es la fuerza suprema del hombre, presta cuidadosa atención al desarrollo de las ciencias aplicadas a la industria, el comercio y la agricultura, fuentes de bienestar de las comunidades humanas en todos los tiempos, y por consiguiente, factores decisivos de civilización.⁴⁶

Fernando Ortiz, en sus palabras de gratitud al recibir la condición de Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras, se refirió a los que denominó los tres próceres de Las Villas: El Padre las Casas, Alejandro de Humboldt y Marta Abreu. Esta trilogía, supuestamente incomparable, tenía en opinión de Ortiz un mismo denominador, y era la condición de forjadores de utopías. La del sacerdote dominico fue la primera utopía moral y teológica del continente americano, contraria a la brutal explotación de los aborígenes; la de Humboldt fue una utopía científica, plena de romanticismo, ilustración y anti esclavismo; mientras que la utopía de Marta Abreu será la de la función social de la mujer y el servicio cívico de la riqueza.⁴⁷

Ortiz pide encarecidamente a la Universidad que, amén de estudiar con esmero la obra de Humboldt, se le erigiera en sus predios un busto al gran sabio alemán, con estas palabras sentenciosas: "Y una humboldtiana cabeza de bronce, en un claustro universitario cubano, solo por la simple evocación visual de su genio, puede ser más inspiradora de altas y trascendentes

⁴⁶ Ramiro Guerra y Sánchez: "La provincia de Las Villas", *Islas*, Santa Clara, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. I, no. 1, septiembre-diciembre, 1958, p. 86.

⁴⁷ Fernando Ortiz: "Los tres próceres de Las Villas", *La nueva democracia*, Nueva York, octubre, 1956, pp. 28-38.

ideas que cualquier cabeza viva de una coterránea vulgaridad".⁴⁸ Las primacías de Las Casas son varias según Ortiz, entre ellas las de primer gran apóstol de la libertad, primer historiador y primer antropólogo de Cuba. Solicitaba a la Universidad que se creara en ella una cátedra de antropología social o de economía política con el nombre lascasiano, y prometía regresar para su inauguración.⁴⁹ Sobre Marta Abreu la digresión orticiana es amplia y apasionante, con una anticipadora vocación feminista:

La figura de Marta de los Angeles puede servirnos para dos orientaciones más, que podrían ser, entre otras más genéricas, las singulares características de vuestra universidad. Una de ellas es la *función social de la mujer*. Claro está que Marta Abreu no fue la única hija de Cuba que puso sus posibilidades al servicio de su pueblo. Todo buen cubano tuvo siempre a su lado una cubana buena, para ahínco en el deber, auxilio en el esfuerzo, consuelo en el sufrimiento y premio en la victoria. Pero así como la morena Mariana Grajales ha devenido en Cuba el símbolo de la madre socialmente humilde que espontáneamente empinaba a sus hijos hasta las cumbres del deber patrio; Marta Abreu se recuerda como la madre socialmente empinada ya por su cuna, que voluntariamente bajó a su pueblo para cooperar en la obra colectiva por la necesidad y el ideal de los hijos de todos. Esta nueva edad a la que hemos entrado se distingue de las anteriores por la participación plenaria de la mujer en la vida social, económica, cultural y política; y, no habiendo ni debiendo haber en Cuba una universidad exclusivamente femenina, ésta de Marta Abreu, por sugestión de la femineidad de su propio nombre y por conveniencia nacional de la división del trabajo educativo superior, acaso podría especializarse en la cultura de la mujer y su integración en la vida social.⁵⁰

⁴⁸ *Ibidem*, p. 33.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 37.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 30.

Muy al contrario de las ideas ecuménicas y luminosas que habían propuesto Ramiro Guerra y Fernando Ortiz, en el contexto universitario se habían producido graves deformaciones en su dirección y en el manejo de sus recursos, con prácticas de nepotismo y autoritarismo muy alejadas del espíritu de sus fundadores. Para poner fin al asfixiante ambiente de corrupción y arbitrariedad entronizado por el secretario general Pineda, un grupo de profesores honestos liderados por el rector Agustín Anido Artiles decide llevar adelante una reforma con el fin de democratizar las estructuras universitarias.

El rector Anido Artiles había desplegado, desde sus años como Rector, esfuerzos para adecuar la enseñanza universitaria a las necesidades del país, y así lo había plasmado en varios discursos y conferencias, entre ellas la que pronunció en junio de 1954 en la Escuela de Idiomas, donde afirmó: “Es necesario que las universidades sean faros permanentes y siempre encendidos que lleven a todos los ámbitos los claros destellos de la cultura y que así también sean fraguas candentes donde se forjan las conciencias ciudadanas”.⁵¹ En sus palabras pronunciadas en el I Fórum en Defensa de la Ganadería Nacional y de sus Industrias Derivadas, celebrado en la Universidad Central, en mayo de 1955, apuntó: “Entendemos que a las universidades, y a la nuestra por consiguiente, corresponde una labor urgente y patriótica que realizar, la que solo podrá obtenerse atendiendo a la educación integral de nuestras juventudes”.⁵² Y en el primer claustro de la Escuela de Filosofía y Letras, correspondiente al curso 1956-57 dijo, refiriéndose al papel del profesorado: “El estudiantado, constituido por grupos en constante renovación, tiene un carácter de transitoriedad indiscutible. Por el contrario, el profesorado posee un cierto carácter permanente, de estabilidad. Constituye y representa la parte perdurable de la universidad [...] es por ello que afirmamos rotundamente que una universidad valdrá lo que vale su profesorado”.⁵³

⁵¹ Agustín Anido Artiles: “Sobre la Reforma de la Enseñanza Universitaria”, *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. III, no. 1, septiembre-diciembre, Santa Clara, 1960, p. 79.

⁵² *Ibidem*, p. 80.

⁵³ *Ibidem*, pp. 83-84.

Formaron parte de este movimiento renovador, entre otros, los profesores Mariano Rodríguez Solveira, Manuel Angulo Monteaugado y José Manuel Ruiz Miyar. En la práctica se realizó una reforma de los Estatutos, se reconoció el derecho de las escuelas a organizarse y a integrar la FEU Central, se aumentó el sueldo de los profesores y se redujeron las gratificaciones a decanos y a secretarios de las escuelas. Asimismo se modificaron los egresos del presupuesto y se suprimieron varios departamentos, entre ellos el Instituto de Planificación, principal intermediario del punto IV con la Universidad. En relación con el Punto IV el nuevo Consejo Universitario determinó una revisión de los proyectos a realizar, haciendo una reducción del presupuesto asignado al mismo.⁵⁴ Como consecuencia de la Reforma, el Consejo Universitario para el trienio de octubre de 1957 a octubre de 1960 quedó conformado por el rector Mariano Rodríguez Solveira, vicerrector José Manuel Ruiz Miyar y secretario general José Antonio Rojas Montero.⁵⁵

También como resultado de la distribución de los gastos se aprobó el presupuesto para la creación de la Escuela de Ciencias, se determinó construir el Edificio de la Biblioteca General y la Imprenta Universitaria. Se aprobó la organización y fomento del Jardín Botánico, la creación de la revista universitaria y la publicación de libros de autores cubanos. La revista universitaria *Islas*, bajo la dirección del prestigioso intelectual villareño Samuel Feijóo, comenzó a publicarse en el último cuatrimestre de 1958. En sus palabras de bienvenida a esta publicación, el rector Mariano Rodríguez Solveira expresaba:

De una institución joven nace y a una vida muy larga aspira. Producto de un intenso esfuerzo por esparcir luz desde el centro de la Isla – Cubanacán, corazón de Cuba,

⁵⁴ Sobre el punto IV véase el artículo de Alicia Acosta Olalde, “Impacto local de la política hegemónica norteamericana: el punto IV de Truman en la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas”, en Hernán Venegas Delgado, Alicia Acosta Olalde y Edgar Solano Muñoz (ed. y comp.), *La región, pasado y actualidad*, Editorial Nuevas Perspectivas, San José, Costa Rica, 2016, pp. 39-48.

⁵⁵ José Manuel Ruiz Miyar: *Génesis y realidad de la Reforma Universitaria*, Santa Clara, 1957.

los indios a esta región llamaron—pretende volcarse hacia afuera, especialmente por los pueblos hermanos de la América Hispana. Quiere, con generosa ambición, servir los ideales de progreso, libertad y justicia que inspiraron, y en su cuna mecieron, el nacimiento de nuestra nacionalidad; ideales que tuvieron en Martí su más grandioso y dramático vocero. Para las hermanas universidades oficiales de Cuba, la gloriosa bicentenario de La Habana y la nueva y pujante de Oriente, nuestro saludo emocionado en días tristes de dolor común y de comunes esperanzas.⁵⁶

El nuevo plan de publicaciones previsto por la Reforma comenzó ese propio año y en su catálogo se publicaron más de un centenar de libros de autores de reconocido mérito, entre ellos el propio Feijóo, José Lezama Lima, Medardo Vitier, Enrique Labrador Ruiz, Cintio Vitier, Onelio Jorge Cardoso, Alcides Iznaga, Roberto Fernández Retamar, Gaspar Jorge García Galló, Lorenzo García Vega, Manuel Moreno Fragnals, Fernando Ortiz, Manuel Pedro González, Juan Marinello, Nicolás Guillén y Raúl Roa.

Tras el triunfo de la revolución en enero de 1959, numerosos sucesos trascendentales marcaron la vida universitaria. Ese mismo año el rector Rodríguez Solveira había dicho, en el editorial del número 3 de *Islas*: “La revolución obliga a la Universidad a un severo examen de conciencia. Al plantearse el pueblo, en un dramático momento de su historia, sus más hondos problemas, sacándolos a público debate, penetrando en sus causas y buscando soluciones valientes, las instituciones de alta cultura tienen el deber de autoanalizarse con implacable espíritu crítico y hallar la mejor forma de cumplir su destino”. Y reconoce, en fecha tan temprana, el apoyo del Gobierno revolucionario a las universidades “como nunca antes se ha visto en la Historia de Cuba, lo cual parece un sueño después de haber padecido siempre, en nuestro país, este centro de Alta Cultura un profundo

⁵⁶ Mariano Rodríguez Solveira: “Nota”, *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. I, no. 1, septiembre-diciembre, Santa Clara, 1958, p. 3.

olvido, cuando no un doloroso menosprecio".⁵⁷ En su mensaje a la Tercera Asamblea General de Universidades de América Latina, Rodríguez Solveira había presagiado: "Las universidades oficiales cubanas, vinculadas a la Revolución, luchan por ella y con ella se juegan su destino".⁵⁸

Entre muchos hechos memorables acaecidos en la Universidad Central en 1959, el primero fue la visita del Comandante en Jefe Fidel Castro, el 16 de marzo, con el propósito de inaugurar el edificio de la Biblioteca General. Fidel fue recibido por una multitudinaria concentración de personas, reunidas frente al edificio de Ciencias y después del acto de apertura de la Biblioteca habló a los estudiantes y profesores en el Auditorium. Allí expresó la idea de construir una verdadera Ciudad Universitaria, para la cual se otorgarían dos millones y medio de pesos, solo para empezar, pues el Gobierno Revolucionario concedería atención especial a los centros docentes del país. Apenas dos años después, en 1961, la ciudad universitaria Abel Santamaría Cuadrado era un sueño hecho realidad, con varias edificaciones que servirían de sede a las nuevas escuelas y carreras, además de otras obras de beneficio público.⁵⁹ El nombre de Abel venía a sumarse a la tradición universitaria junto al de Marta Abreu, como parte de los mejores valores villareños de lealtad y la abnegación en la lucha por la liberación de su patria, pagada en el caso de Abel Santamaría al precio de su joven y valiosa vida.

El otro hecho que marcó profundamente el devenir universitario fue el acto de investidura del comandante Ernesto Che Guevara con el título de Doctor *Honoris Causa* de la Escuela de Pedagogía, el 28 de diciembre de 1959. En su inolvidable discurso de agradecimiento, el Che complementó las ideas de Fidel en torno a la Educación Superior y echó las bases teóricas y prácticas de lo que sería luego la reforma universitaria, es

⁵⁷ Mariano Rodríguez Solveira: "Nota", *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. I, no. 3, mayo-agosto, Santa Clara, 1959, p. 455.

⁵⁸ Mariano Rodríguez Solveira: "A la Tercera Asamblea General de Universidades de América Latina", *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. II, no. 1, septiembre-diciembre, Santa Clara, 1959, p. 6

⁵⁹ Guido de Armas Bermúdez: *La ciudad universitaria Abel Santamaría de Las Villas avanza...*, Dpto. de Publicidad, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1961.

decir, lograr una efectiva, real y definitiva democratización de las universidades, así como su identificación con los planes del desarrollo económico-social del país. La esencia de las palabras pronunciadas por el Che pueden ser sintetizadas en la famosa frase: “Y qué tengo que decirle a la Universidad como artículo primero, como función especial de su vida en esta Cuba nueva, le tengo que decir que se pinte de negro, que se pinte de mulato, no solo entre los alumnos, sino también entre los profesores; que se pinte de obrero y de campesino, que se pinte de pueblo, porque la Universidad no es patrimonio de nadie y pertenece al pueblo de Cuba”.⁶⁰

En febrero de 1960, el ex rector Agustín Anido Artiles, hacia un análisis detallado de las necesidades de una Reforma Universitaria integral y concluía pidiendo una discusión sobre los problemas que planteaba la enseñanza superior en Cuba, tanto desde el ángulo de la formación pedagógica “como desde el punto de vista de la demanda profesional que exige el vasto programa que ha de emprender el gobierno de la Revolución y que incluye, entre otras cosas, la culturización de todos los sectores integrantes de nuestra nacionalidad, la tecnificación de la agricultura y la industrialización del país”.⁶¹

Es un hecho que la Universidad Central “Marta Abreu” se sumó rápidamente al torrente de cambios culturales, sociales y económicos que promovía la revolución, y fue protagonista de muchos de ellos, como la campaña de alfabetización y contribuyó también de manera decisiva a la creación de nuevos centros de educación superior en el país. En el editorial de la revista *Islas*, correspondiente a enero-abril de 1961, el entonces rector Silvio de la Torre afirmaba:

Y porque es su deber insoslayable, porque faltaría a su propia razón de ser y al profundo sentido de su misión so-

⁶⁰ *Discursos pronunciados por el comandante Ernesto Ché Guevara en las universidades de La Habana, Las Villas y Oriente. 1959-1960*, Santa Clara, Imprenta Universitaria, [s/a], p. 12. También en: Ernesto Guevara de la Serna, *Que se pinte de pueblo*, Editorial Feijóo, Santa Clara, 1997, p. 13.

⁶¹ Agustín Anido Artiles: “Sobre la Reforma de la Enseñanza Universitaria”, ob. cit., p. 98.

cial y docente en caso contrario, la Universidad Central de las Villas — íntimamente hermanada a las restantes universidades oficiales cubanas — reitera su integración al movimiento renovador que hace de Cuba una gran Universidad de la Dignidad para todos los pueblos subdesarrollados y colonizados del orbe, y hace suyo el programa de justicia social, independencia económica y plena soberanía política, que continúa y plasma, en la realidad de nuestros tiempos, los ideales y los sueños que en el pasado siglo inspiraron los esfuerzos y los sacrificios de nuestros legendarios mambises.⁶²

Un año más tarde, en 1962, el año de la Reforma Universitaria, ya la Universidad Central había dado un viraje radical en todos sus proyectos, tanto docentes y de investigación, como de índole económica y administrativa. Los edificios de becas eran ya una hermosa realidad, y junto a ellos se alzaban o estaban en fase de terminación lecherías, silos, tanques para mieles, un gimnasio con sus taquillas, una piscina olímpica, el edificio de tecnología, el edificio de la escuela de ingeniería agronómica, una plana piloto, el edificio de ciencias comerciales, una granja avícola y un laboratorio sicopedagógico. Era visible entre los estudiantes de nuevo ingreso el interés por matricular nuevas carreras técnicas como las ingenierías química, eléctrica y mecánica. Iniciarían también en ese momento su labor las escuelas de letras e historia, la facultad obrera, la escuela de veterinaria, la imprenta universitaria, el estadio universitario, el depósito de libros de la biblioteca y una estación meteorológica. En total, el monto de inversiones en aquel año rondaba los dos millones de pesos.⁶³

Nuevamente volvería el Che a la Universidad Central, en esta ocasión para la apertura del curso 1962-63, primero que se iniciaba bajo los auspicios de la Reforma Universitaria. Allí, reconocía los dramáticos cambios experimentados por la Casa de

⁶² Silvio de la Torre: "Nota", *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. III, no. 2, enero-abril, Santa Clara, 1961, p. 5.

⁶³ "Informe de la Junta de Gobierno Universitario", *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. IV, no. 2, enero-junio, Santa Clara, 1962, pp.7-28.

Estudios desde sus primeras visitas en 1959, pero argumentaba que estaba todavía lejos de alcanzar los propósitos que demandaba la sociedad de la universidad. Enfatizaba el papel que debían tener las carreras técnicas en los campos de la metalurgia, la electrónica y la química azucarera, para impulsar el desarrollo del país, sin descuidar las demás, y defendía con pasión el vínculo de la teoría con la práctica en las carreras universitarias.⁶⁴ Hoy podemos decir, sin temor a equivocarnos, que las reflexiones del Che en aquel discurso han sido cumplidas con creces, y sería imposible resumir en breves cuartillas el gigantesco aporte realizado por la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas en estos años de Revolución, al desarrollo económico, social, cultural y humano de la región central del país y de Cuba.

30 de Noviembre de 2017

⁶⁴ Ernesto Guevara: “Discurso en la apertura del curso 1962-63”, *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. X, no. 2, abril-junio, Santa Clara, 1968, pp. 5-11.

SUITE PARA CLÍO

LAS CARTAS DE EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING*

La gran tradición epistolar de la cultura cubana, desde Heredia, Luz, Saco y Del Monte, pasando por las cartas de Amor de la Avellaneda, Ignacio Agramonte y Juana Borrero, hasta llegar al copioso epistolario martiano, se ha visto enriquecida con la publicación del primer volumen de cartas del ilustre historiador habanero Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964).¹ Coincidiendo con los ciento veinte años de su natalicio, las Ediciones Boloña de la Oficina del Historiador de la Ciudad han honrado la memoria de su fundador con este primoroso libro, en el que se recoge una muestra representativa de la extensa correspondencia que Emilito sostuvo con los más importantes intelectuales cubanos de su tiempo.

El voluminoso archivo de Roig se compone de cerca de catorce mil misivas, de ellas unas cinco mil son de su autoría y responden a disímiles circunstancias. La labor benedictina de selección de las cartas y búsqueda de información sobre muchos de los destinatarios, estuvo a cargo de dos fervorosas colaboradoras del Doctor Eusebio Leal, la escritora Nancy Alonso González y la bibliógrafa Grisel Terrón Quintero. A este primer libro, centrado en la labor de Roig como intelectual e historiador de la ciudad, le seguirán otros tres volúmenes donde se recogerán sus valoraciones sobre la historia y sus protagonistas, el rescate del patrimonio cultural y las luchas, dentro y fuera de Cuba, de las que Roig fue testigo o participante.

La primera carta del libro está fechada en 1899, cuando Roig contaba con diez años de edad y le fue enviada por su padre,

* Publicado en: *La gaceta de Cuba*, no. 1, enero-febrero, La Habana, 2010, pp. 56-57.

¹ Emilio Roig de Leuchsenring: *Epistolario. Libro Primero* (compilación y notas de Nancy Alonso González y Grisel Terrón Quintero). Ediciones Boloña, La Habana, 2009, p. 11. En lo adelante solo se citará la página en el texto.

Emilio Roig y Forte-Saavedra, con varios consejos sobre su comportamiento y disciplina en el colegio jesuita de Belén. Allí le sugiere, entre otras cuestiones, tratar de ser siempre el primero en todos los asuntos de su vida estudiantil, darse a respetar ante los demás niños, decir siempre la verdad y no ser jamás cobarde “porque el niño cobarde luego es hombre cobarde” (p. 11). Las dos epístolas que cierran el volumen dan fe del prestigio y el respeto alcanzado por Emilio Roig al frente de la Oficina del Historiador durante casi tres décadas. En una de ellas el gran martiano Manuel Isidro Méndez lo saluda por su “labor cubanísima de cultura y civismo”. En la otra, la viuda de un obrero cigarrero, fundador del Partido Comunista, le entrega dos botones de enorme simbolismo: uno con el emblema del Partido, regalo de Julio Antonio Mella, y otro con el retrato del propio Mella manchado de sangre, testimonio de la represión policial durante los actos de recibimiento de las cenizas del joven asesinado en México.

Entre las personalidades que sostuvieron correspondencia con Roig aparecen aquí nombres de la talla del filósofo Enrique José Varona; los historiadores Fernando Ortiz, Ramiro Guerra, Gerardo Castellanos, Jenaro Artilles, Emeterio Santovenia, Herminio Portell Vilá, Enrique Gay-Calbó, Antonio Hernández Travieso, Francisco González del Valle, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, Elías Entralgo, Rafael Soto Paz y Julio Le Riverend; los bibliógrafos Francisco de Paula Coronado, Fermín Peraza y el archivista Joaquín Llaverías; los ensayistas José María Chacón y Calvo, Mario Guiral Moreno, Juan J. Remos, Jorge Mañach y Félix Lizaso; los escritores José Antonio Ramos y Luis Felipe Rodríguez; los poetas Mariano Brull, Ángel Augier, Nicolás Guillén y Roberto Fernández Retamar; el caricaturista Conrado Massaguer; el escultor Juan José Sicre; el arquitecto José M. Bens Arrarte; el intelectual dominicano y gran amigo de Martí Federico Henríquez y Carvajal y los revolucionarios Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa García.

De los cientos de mensajes que conforman este libro, merece citarse una carta conmovedora que le remite Pablo de la Torriente Brau desde el Presidio Modelo, agradeciendo el envío de un libro sobre la niñez de Martí (p. 133), algo que también hizo Gonzalo de Quesada y Miranda reconociendo en Roig a un martiano “de

la vieja guardia" (p. 135). Una carta memorable por la hondura de sus contenidos y el léxico chispeante es la de Raúl Roa, fechada en el exilio de New York en julio de 1935, la cual da fe de una comunión de creencias y afectos, que le permite a Roa reconocer en el estudio de Roig sobre el antiimperialismo martiano un texto escrito desde la izquierda, sin infantilismos especulativos, pues "Un Martí marxista sería tan monstruoso como un Lenin burgués" (p. 151). Otra esquela que permite calibrar las posturas ideológicas del autor de *Historia de la Enmienda Platt* es la que remite a Portell Vilá, en enero de 1938, y le narra su desencuentro con Pepín Rivero, director del *Diario de la Marina*, a propósito de la Guerra Civil Española.

Un verdadero ejemplo de la honestidad intelectual de Roig es la misiva que le envía a Emeterio Santovenia, Joaquín Llaverías y Gonzalo de Quesada, fechada en abril de 1940, invitándolos a pertenecer a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, sin menoscabo de su adhesión a la Academia de la Historia. En opinión de Roig, la Sociedad podría desarrollar "en forma, tono y tendencias mucho más amplios" la labor de la Academia, por ser esta una corporación oficial y aquella una sociedad particular. Según Roig "Lejos de hallarse en pugna la Academia y la Sociedad, pueden convivir sin rozamientos de ninguna clase, y hasta ayudarse mutuamente, sobre todo la Sociedad a la Academia, demandando para esta, de los poderes públicos [...] la debida protección económica y de toda índole, para que pueda cumplir cabalmente sus funciones" (p. 196).

Las cartas relacionadas con los congresos nacionales de historia, feliz iniciativa de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, dan cuenta tanto del entusiasmo de sus promotores por el desarrollo de las investigaciones históricas como del abandono oficial a este proyecto. Así por ejemplo, el congreso que debía realizarse en Matanzas en 1943 tuvo que ser trasladado para La Habana y algo similar sucedió en 1945 con el congreso de Santiago de Cuba, al no poder obtenerse medios de transporte adecuados para trasladar los historiadores a la urbe oriental.

En dichos cónclaves no solo se reunieron los más importantes investigadores e historiadores cubanos de la época, sino que Roig invitó a protagonistas de la gesta libertadora

y a personalidades relevantes de la historiografía de América Latina. Otras epístolas revelan las diversas gestiones para obtener valiosas reliquias de nuestra historia para su exposición y custodia en el Museo de la Oficina del Historiador. Entre las donaciones hechas a la Oficina destaca, después de 1959, la realizada por el poeta Nicolás Guillén de fragmentos de las bombas arrojadas en la Sierra Maestra por la aviación de Batista.

Por último, revisten gran interés las invitaciones cursadas al Che, Fidel y Roa, al congreso nacional de historia a celebrarse en 1960, que estaría consagrado al examen de la etapa republicana. El Che respondió que no podría asistir pero le pedía apoyo para un estudio sobre la Revolución cubana. La carta a Fidel va encabezada por un tono de afecto personal: "Mi muy distinguido amigo", y le expresa la convicción de que: "Su presencia y su palabra serán el mejor espaldarazo para este congreso que reanuda bajo tan felices auspicios como los que hoy sonríen a toda Cuba" (p. 539).

Cierra este volumen una breve pero valiosa iconografía del Dr. Emilio Roig, con fotografías de su niñez y adolescencia, retratos con amigos e intelectuales, y parte de su labor al frente de la Oficina del Historiador. Uno de los retratos lo muestra caminando por una calle habanera, con un elegante traje oscuro y tocado con un fino sombrero, del brazo de su querida esposa María Benítez. Fue ella la que entregó hace cuarenta años las cartas de Roig al entonces joven Eusebio Leal, quien las guardó celosamente y hoy las ofrece a los lectores, como un testimonio más de sus combates por la memoria de la patria.

MANUEL MORENO FRAGINALS *IN MEMORIAM**

Lejos del magnífico Ingenio, fábrica portentosa y lugar de transculturación y explotación por antonomasia en el Caribe de los cañaverales interminables y las legiones de esclavos, a cuya comprensión y estudio dedicó toda una vida de creación lúcida y combates por la historia, ha muerto en la ciudad de Miami, a los 80 años, el gran historiador cubano Manuel Moreno Friginals.

Autor quizás de la más brillante monografía histórica del siglo xx en el vasto ámbito caribeño y latinoamericano: *El Ingenio, el complejo económico social cubano del azúcar* (1964 y 1978) y de una obra ya clásica, donde se incluyen títulos imprescindibles como *José Antonio Saco. Estudio y Bibliografía* (1960), *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones* (1983), *Guerra, migración y muerte* (1993) y *Cuba / España, España / Cuba. Historia Común* (1995), fue Moreno Friginals uno de los mejores exponentes entre nosotros de una pasión singular por la Historia con mayúsculas, esa ciencia de larga data en Cuba, pero que en su pluma exquisita y culta alcanzó dimensiones insospechadas, desmontó anquilosados prejuicios y creencias, decapitó interpretaciones voluntaristas o ramplonas y propuso nuevos caminos y transitó por ellos.

Moreno frecuentó los saberes de la antropología, la sociología, la geografía histórica, la lingüística, las mentalidades, la historia social y la economía política, cuando casi nadie hablaba de transdisciplinariedad y era moneda corriente en algunos medios historiográficos una explicación simplista, lineal y retórica

* Publicado en: *Espacios*, Arquidiócesis de La Habana, Tercer Trimestre, no.3, julio - septiembre, 2001, pp. 3 - 6.

del pasado de la Isla, cuando no reproduciendo de manera inconsciente la versión insostenible y edulcorada creada por los amos de esclavos y patricios durante casi dos siglos.

No es este el lugar ni el momento para valorar, con meditación, serenidad y rigor una obra como la suya, compuesta además por diversos ensayos y folletos de carácter bibliográfico, donde también fue un precursor del análisis pormenorizado e inteligente de las fuentes, resultado de su sólida formación en el Colegio de México junto al maestro Silvio Zavala; pequeñas joyas de coleccionista como el estudio histórico-numismático en torno al *token* azucarero cubano, prólogos desmitificadores, como los que escribió para la obra de Arrate y de Ramiro Guerra y numerosos artículos dispersos en las más importantes revistas de Ciencias Sociales de Cuba, América Latina y los Estados Unidos. Prefiero tan solo apuntar estos tópicos como pretexto para futuras y más prolifas aproximaciones.

Historiador que convirtió el método de Marx en brújula de sus indagaciones, fue además deudor de las más importantes tradiciones intelectuales del occidente moderno, de Max Weber y Freud, pasando por la Escuela de los *Annales* y la historia económica norteamericana, hasta los más recientes hallazgos de las mentalidades y los estudios culturales; ello nos permite comprender su legado en toda su compleja y riquísima dimensión integradora, con una dinámica original y sin oportunismos ni modas de última hora.

Si alguna vez habló con pasión de la historia como arma, fue la suya un afilado estoque contra la mediocridad y el desinterés frente a una ciencia que enalteció y dignificó con su trabajo de investigador sin tregua, amén de la visión descolonizadora y francamente comprometida con los humildes de muchas de sus mejores páginas. No es posible ocultar su simpatía por el proceso revolucionario cubano iniciado en 1959 y que el grueso de sus escritos lleva la impronta epocal de aquel hecho, sea cual fuere su posición posterior, que lo llevaría al proceloso sendero del exilio.

Personalmente, nunca conocí a Moreno Fraginals y solo le vi una vez de cerca, en una conferencia en el Gran Teatro García Lorca, convocada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en el año de conmemoraciones y fastos de 1992. Recuerdo

su imponente figura y su voz tronante en la sala, amplificadas por los ecos de un torrencial aguacero. Luego supe que se había marchado a Miami, leí su último libro, excelente síntesis que no alcanza la estatura de obra maestra que algunos han querido hacer ver y las separatas en *El País* con motivo del centenario de 1898. Aun así, sus últimos escritos publicados todavía conservan un antiguo esplendor, como diría su amigo el poeta Eliseo Diego, y una dignidad íntima y un amor por Cuba y sus destinos, imposibles de ignorar.

En Cuba, que perdió quizás a uno de sus grandes sabios, no se hablaba mucho del tema, salvo algunos comentarios del gremio y los ecos tardíos de las acusaciones lanzadas por el historiador norteamericano Roland T. Ely, con relación a los papeles de Julio Lobo y que Moreno rebatió con aplomo. Conocía que trabajaba en un proyecto para realizar una obra colectiva que tributaría a una Enciclopedia Cubana y que impartía conferencias en universidades de España y los Estados Unidos, donde permaneció hasta que lo sorprendió la muerte en medio de una enfermedad devastadora.

Como las viejas paredes de los ingenios derruidos, con sus altas torres y atalayas solitarias como palmas, sólidas estructuras que se niegan a desaparecer como testigos del tiempo, así la obra de Manuel Moreno Fraguas perdurará y será leída con devoción por nuevos estudiosos e investigadores, que encontrarán en ella no solo una prueba ejemplar de profesionalidad y sabiduría, sino también una de las parcelas más fecundas, originales y provocadoras de la cultura cubana.

MANUEL MORENO FRAGINALS EN SU ÓRBITA DE FUEGO*

La palabra latina “órbita” define siempre una trayectoria, ya sea de un cuerpo celeste sometido a la atracción gravitatoria de otros astros, o de un electrón alrededor del núcleo de un átomo. Imagino que semejante concepto no hubiera desagradado al gran historiador cubano Manuel Moreno Fragnals (1920-2001), siempre enamorado de la ciencia, a la hora de dar título a un libro suyo. Solo que este volumen, nombrado *Órbita de Manuel Moreno Fragnals*, es un homenaje póstumo a la fecunda trayectoria científica del autor de *El Ingenio*.

La idea de incluir a Moreno Fragnals dentro de la prestigiosa colección de libros publicados por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en su colección *Órbita*, me parece un acierto significativo en el orden editorial y un acto de justicia intelectual para con uno de los más grandes historiadores cubanos del siglo xx. Como es conocido, Moreno abandonó la Isla en la década de 1990, exactamente en 1994, uno de los peores años de la crisis económica, y sus últimas declaraciones en los Estados Unidos lo distanciaron del proceso revolucionario en el que trabajó la mayor parte de su vida académica y al que dedicó muchas de sus mejores páginas. Ello no obsta para que reconozcamos su legado historiográfico, integrado por un puñado de libros esenciales donde brilla con luz propia *El Ingenio*, como patrimonio de la nación cubana; y como tal promovamos su mayor conocimiento y divulgación, sobre todo en las jóvenes promociones de científicos sociales que no lo conocieron personalmente o han tenido una escasa relación con su obra.

El volumen ha sido cuidadosamente preparado por otro eminente historiador cubano, Oscar Zanetti Lecuona, con la

* Publicado en: *La Siempreviva. Revista literaria*, no. 13, La Habana, 2012, pp. 80-81.

ayuda de Alfredo Prieto en la edición y de la doctora Beatriz Moreno Masó, perseverante depositaria de la papelería y la biblioteca de su padre. El prólogo de Zanetti constituye un lúcido y penetrante ensayo acerca de la obra polémica y revolucionaria de Friginals y sus contextos historiográficos, que lo llevan a afirmar como el rasgo más característico de este autor la inquietud:

“Moreno Friginals fue, ante todo, un hombre inquieto en el más amplio sentido de la palabra. Nos referimos tanto a la inquietud intelectual que impulsaba su insaciable afán de saber, aquella que alimentaba de dudas e inconformidades un acerado espíritu crítico, como a la de orden existencial, esa suerte de desasosiego que colmó su vida de alternativas y continuos emprendimientos”.²

Los textos seleccionados para esta edición incluyen artículos muy conocidos y polémicos en su momento, como es el caso de “La historia como arma”, publicado originalmente en la revista *Casa* en 1966, donde llamaba apasionadamente a destruir los mitos historiográficos contruidos por la burguesía cubana, y también dentro de una perspectiva revisionista de la historia oficial de la esclavitud el ensayo titulado “Aportes culturales y deculturación”, que apareció en el volumen colectivo *África en América Latina*, en 1977.

De igual modo se reproducen fragmentos de obras mayores, como *El Ingenio* o *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, este último toda una rareza bibliográfica, como también lo es el estudio sobre el *token* azucarero cubano. Asimismo se transcriben otros textos dispersos en publicaciones periódicas de gran valor epistemológico sobre la esclavitud y el mundo de la plantación, como es el caso de “Peculiaridades de la esclavitud en Cuba”, publicado en la revista *Islas* de la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas; o de una sustantiva carga conceptual, y pienso en este sentido en “Hacia una historia de la cultura cubana”, que vio la luz en su momento en la revista de la Universidad de la Habana.

² *Orbita de Manuel Moreno Friginals*: Selección y prólogo de Oscar Zanetti Lecuona, Ediciones Unión, La Habana, 2009, p. 8.

Alguna vez escribí sobre la manera integral en que Moreno solía abordar los fenómenos históricos, y particularmente de la enorme importancia que le concedía a los procesos de la cultura material y espiritual producidos en una sociedad dada. De lo anterior pueden encontrarse en esta *Órbita* varios ejemplos sobresalientes, entre ellos el temprano estudio sobre el novelista Anselmo Suárez y Romero, quien vivió la agónica contradicción de ser “amo de esclavos por obligación ineludible y antiesclavista por amplio espíritu cristiano”;³ la sutil exploración ideológica en *El conde Alarcos*, de José Jacinto Milanés y sus relaciones con el mundo espiritual de la oligarquía criolla; la indagación en el barroco como filosofía, lenguaje y arte imperiales, así como el ensayo dedicado a *Espejo de paciencia* o el poco conocido prólogo de Moreno a la novela *Oppiano Licario*, de José Lezama Lima, donde hacía afirmaciones tan deliciosas e irónicas como esta: “Quienes tuvimos la dicha de conversar años enteros con Lezama sabemos hasta qué punto podía describirnos, aun en los detalles más íntimos, el submundo político social cubano que nunca llevó a su poesía y solo por momentos surge en su novela. En este sentido creo que, por exclusión, Lezama Lima es uno de los escritores más realistas de la literatura cubana”.⁴

El volumen se enriquece también con otros artículos de temas menos conocidos o inéditos de Moreno, significativamente sus enjundiosos ensayos de interpretación de las sociedades caribeñas (“Tres tristes plantaciones”, Explotación/deculturación. Ensayo de interpretación del Caribe insular” y “Economías y sociedades de plantaciones en el caribe español (1860-1900)”), así como otros tópicos presentes en sus últimas obras, como la vida cotidiana de negros y mulatos, las migraciones armadas o las repercusiones para Cuba y España de la guerra de 1898.

Finalmente, la edición cierra con una cronología, bibliografía y testimonio gráfico del autor, así como un haz de breves valoraciones de la obra de Moreno Friginals debidas a prestigiosos historiadores e intelectuales cubanos (Alejandro de la Fuente, Iván de la Nuez, Joel James, Eusebio Leal, Carmelo Mesa Lago,

³ *Ibidem*, p. 39.

⁴ *Ibidem*, pp. 294-295.

Olga Portuondo, Pedro Pablo Rodríguez, Fernando Rojas, Rafael Rojas, Hernán Venegas), estadounidenses (Stanley Engerman, Herbert S. Klein, Franklin W. Knight, Sidney W. Mintz) y españoles (Joseph Fradera, Nicolás Sánchez Albornoz).

De todas ellas selecciono una que no fue escrita por ningún historiador, pero que creo conserva hoy toda su vigencia. Al terminar de leer la primera edición de *El Ingenio*, el comandante Ernesto Guevara le escribió a Moreno: "Hace poco terminé su última página y quisiera dejarle constancia de que no recuerdo haber leído un libro latinoamericano en el cual se conjugara el riguroso método marxista de análisis, la escrupulosidad histórica y el apasionamiento".⁵

⁵ *Ibidem*, p. 452.

LA HISTORIA DE LA GENTE SIN HISTORIA (REVISITADA)

A María del Carmen Barcia Zequeira

Para nadie es un secreto hoy que, entre las nociones que revolucionaron la historiografía cubana de la década de 1960, ocupa un lugar central el de “historia de la gente sin historia”, definición de una amplia zona de estudios entonces vírgenes, relativos a las clases no privilegiadas por el discurso historiográfico tradicional, y sin el cual resultaba imposible una comprensión cabal del complejo tejido social cubano del siglo XIX, y de sus tramas de resistencias y desafíos al poder colonial desde los sectores más humildes. Por supuesto que semejante propuesta estaba muy influida por la época histórica en que se gestó y obtuvo sus mayores logros investigativos. Se vivían entonces en Cuba los vivificantes aires de una revolución profunda en todos los órdenes de la vida política, económica, social y cultural, y a la subversión de la realidad debían acompañarla nuevas y desmitificadoras visiones del pasado de la Isla.

Sin embargo, no sería acertado decir que las nuevas interpretaciones de la historia nacional fueran producto directo de la revolución cubana. Ya desde el año 1948 el joven marxista Raúl Cepero Bonilla había dado inicio a una corriente historiográfica revisionista, la cual cuestionaba el papel jugado por las élites cubanas en el proceso de consolidación nacional y de las luchas libertarias del siglo XIX, con la publicación de su penetrante estudio *Azúcar y Abolición*.⁶

Un poco antes el periodista Rafael Soto Paz había proclamado la “falsa cubanidad de Saco, Luz y del Monte”⁷ y para 1960

⁶ Raúl Cepero Bonilla: *Azúcar y abolición*, Editorial Cenit, La Habana, 1948; 2ª edición: Editorial Echevarría, La Habana, 1959.

⁷ Rafael Soto Paz: *La falsa cubanidad de Saco, Luz y del Monte*, Editorial Alfa, La Habana, 1941.

el ya maduro investigador Manuel Moreno Fragnals presentaría su estudio bio-bibliográfico sobre Saco, iniciado durante su etapa de estudios en el Colegio de México (1946-47), donde se reconocían sus posturas negrófobas y racistas, y se pregonaba abiertamente que la historia nacional había sido escrita por y para la burguesía de Cuba: “Nuestros historiadores han escrito casi siempre con mentalidad azucarera. Nuestras fuentes historiográficas son fuentes viciadas por hacendados y negreros”.⁸

Romper con semejante esquema, no ya desde la perspectiva de las clases ilustradas y sus genealogías políticas, sino desde las vidas de las personas comunes y corrientes, cuyas biografías habían permanecido invisibles durante siglos, aun cuando habían sido protagonistas indiscutibles de la historia nacional, fue la tarea que comenzaron los investigadores Juan Pérez de la Riva y Pedro Deschamps Chapeaux. El término elaborado para tratar el mundo de las clases *marginadas* (al margen de la vida real y al margen también de la historiografía) fue el de “historia de la gente sin historia”, a partir de los textos que bajo dicho rótulo ambos comenzaron a publicar en la *Revista de la Biblioteca Nacional* entre 1963 y 1971, y que reunidos fueron divulgados en el volumen *Contribución a la historia de la gente sin historia*.⁹

¿Quiénes eran estos dos autores, que daban un nombre tan singular y a la vez inquietante a sus indagaciones históricas? En realidad eran personas muy diferentes, tanto desde el punto de vista de su formación académica como de sus herramientas interpretativas del pasado, pero algunos azares biográficos los unían. Entre estos últimos el año de nacimiento, 1913; el hecho de no haberse dedicado con sistematicidad a los estudios históricos y, por último, el encontrar un lugar para desarrollar sus monografías en la Biblioteca Nacional de La Habana, sede de una importante tertulia cultural durante los años 60.

En el capítulo de las diferencias era notable la solidez profesional de Pérez de La Riva, que abarcaba distintos campos del

⁸ Manuel Moreno Fragnals: *José A. Saco. Estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1960, pp. 8-9.

⁹ Pedro Deschamps Chapeaux y Juan Pérez de la Riva: *Contribución a la historia de la gente sin historia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

saber, desde la geografía y la demografía hasta la economía, la sociología y la historia. Por otro lado, su deuda intelectual era notable con la gran tradición francesa de los *Annales*, principalmente con Bloch en la labor heurística y con Alfred Sauvy en las técnicas de análisis demográfico.¹⁰ Deschamps, por su parte, graduado de químico industrial en la Escuela Superior de Artes y Oficios, llegó a la investigación historiográfica con una trayectoria marcada por el periodismo, y comenzó sus trabajos en el Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba. Por último, ninguno había publicado libro antes de 1959.

Tanto Deschamps como Pérez de la Riva seleccionaron sus temas de investigación de la sociedad colonial cubana y acotaron sus límites al siglo XIX. En el caso de Deschamps privilegió los acercamientos a la población de negros libres urbanos que conformaron en la primera mitad de aquel siglo una embrionaria pequeña burguesía, dedicada a los oficios manuales y servicios diversos, mientras que de la Riva se movió en un arco más amplio de intereses, desde la disección de una institución represiva típica de la plantación esclavista: El Barracón, hasta el tópico de la presencia asiática en Cuba, principalmente en su etapa de inmigración forzosa para suplir los déficit de mano de obra africana. En cuanto al modo hacer la historia de ambos autores, es preciso decir que el uso de las fuentes era mucho más eficiente en el caso de Pérez de la Riva, quien unía a su amplio aparato de citas y referencias en varios idiomas, un depurado estilo literario en la redacción de sus textos, rigurosos y amenos, con matices que refuerzan el vuelo intelectual; al tiempo que Deschamps se mueve con una prosa más llana, con gran economía de recursos expresivos y sin el ademán retórico de su colega. Finalmente, los desenlaces de ambas búsquedas difieren, pues mientras uno apuesta por enfatizar la importancia de las clases urbanas negras y mulatas en la sociedad decimonónica habanera, el otro sobrevuela la sociedad en su conjunto, proponiendo tesis y generalizaciones de mayor alcance que las de su compañero en la aventura historiográfica.

¹⁰ Ramón de Armas: "Prólogo", en Juan Pérez de la Riva: *El Barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

Veamos ahora algunos aspectos del volumen que hemos citado antes, y donde se recogen un grupo de textos representativos de la saga de los “sin historia”. Lo primero que llama la atención cuando abrimos sus páginas introductorias es la “Nota del editor”, pues la misma no se ocupa de ofrecer datos sobre los ensayistas o de trazar un breve mapa del libro, sino de prevenir al lector sobre determinados deslices en que incurren los autores, tales como el “acento poético y dramatismo” de Pérez de la Riva, al que le reprocha además “darle un carácter demasiado literario a la presentación del documento”. Deschamps tampoco escapa a la inquisidora mirada editorial, que ve en los tipos descritos apenas un esbozo y no “toda su condición humana”, solo visibles por su “sencillez y colorido”.¹¹ La fecha en que está firmada la nota, octubre de 1973, explica en parte una recepción tan simplificadora y poco seria de estos textos, devenidos con el tiempo dignos precursores de los estudios de historia social en Cuba. A nuestro juicio, los errores son más bien de los editores (en este caso se trata de una editora), como indicaremos más adelante.

Como hemos dicho antes, se agrupan aquí un conjunto de artículos que se publicaron originalmente (excepto uno) entre enero de 1963 y agosto de 1971 en la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Cierra el volumen un útil apéndice donde se ordenan en número del 1 al 94 los tomos del *British parliamentary papers on slave trade*. De los trece textos recopilados, siete son de la autoría de Deschamps y los otros 6 pertenecen a Pérez de la Riva. Por su orden de aparición en el libro, siguiendo su filiación cronológica, estos son:

-“El funerario Félix Barbosa y la burguesía de color” (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. 57, no. 4, octubre-diciembre de 1966, pp. 87-96).

-“Agustín Ceballos, capataz de muelle”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. 59, no. 1, enero-abril de 1968, pp. 53-59).

¹¹ “Nota del Editor”, en Pedro Deschamps Chapeaux y Juan Pérez de la Riva: *Contribución a la historia de la gente sin historia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 1-2.

-“Cimarrones urbanos”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. 60, no. 2, mayo-junio de 1969, pp. 145-164).

-“Las comadronas o parteras”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, no. 3, septiembre-diciembre de 1970, pp. 49-72).

-“Flebotomianos y dentistas”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, no.1, enero -abril de 1971, pp. 75-86).

-“Testamentarías de pardos y morenos libres en La Habana del siglo XIX”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. 62, no. 2, mayo-agosto de 1972, pp. 45-54).

-“Los culíes chinos y los comienzos de la inmigración contratada en Cuba (1844-1847)”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. V, no. 1-4, enero-diciembre de 1963, pp. 35-76).

-“Antiguos esclavos cubanos que regresan a Lagos”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. VI, no. 1, enero-marzo de 1964, pp. 27-52).

-“El viaje a Cuba de los culíes chinos”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a.VI, no. 3-4, julio-diciembre de 1964, pp. 47-71).

-“El tráfico de culíes chinos”, (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. VI, no. 2, abril-junio de 1964, pp. 75 -90).

-“El chinito Pablo. Los primeros chinos que se liberaron”, (en *Separata de Les Cahiers du Monde Hispanique et Lusobrésilien*, Caravelle 16, 1971, pp. 20-32).

-“1860, un diplomático inglés informa sobre la trata clandestina en Cuba”, (Con Aurelio Cortés, en *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, a. 63, no. 1, enero-abril de 1972, pp. 85-107).

Lo primero que queremos apuntar es que, a pesar de tratar temáticas similares en tiempo y espacio, las especificidades de ambos estudios quizás ameritaban ser organizados en libros aparte, y no amalgamados en un solo volumen, algo que le resta personalidad al epítome. Por otro lado, resulta evidente el desconcierto que supuso para la editorial la clasificación de estos textos, ya que tratándose de estudios históricos en toda la línea, si bien de una historia diferente y renovadora, no encontraron otro rótulo para los mismos que los de “sociología”. Quizás en este equívoco radique una pista para comprender que se trataba en realidad de historia, pero no política, económica o de la cultura, sino de la sociedad en su sentido más literal y moderno.

En los siete capítulos que desarrolla Deschamps es notable la huella de un libro suyo anterior: *El negro en la economía habanera del siglo XIX*,¹² pues con la excepción del ensayo dedicado a los cimarrones urbanos, el resto constituyen versiones ampliadas de las biografías esbozadas en el libro premiado por la UNEAC en 1970, entre ellas las del funerario Barbosa, el capataz Ceballos y el sastre Uribe. En cuanto a Pérez de la Riva, sus textos son en su mayoría avances de una investigación mayor en curso sobre la trata de chinos hacia Cuba, que su autor dejara inédita y solo sería publicada mucho después de su muerte.¹³ No es nuestro propósito glosar aquí cada uno de estos trabajos, por lo que optamos por seleccionar en este caso un artículo representativo, a fin de realizar algunos comentarios sobre su originalidad y valor trascendente para la historiografía cubana. En tal sentido, consideraremos el ensayo “Cimarrones urbanos” de Deschamps Chapeaux.

Quizás el mayor mérito de “Cimarrones urbanos” sea su condición innovadora en los estudios de un fenómeno tan complejo como el del cimarronaje de los esclavos africanos, tradicionalmente asociado a las rebeliones, individuales o colectivas, en las zonas agrícolas de la plantación, y a la creación de palenques

¹² Pedro Deschamps Chapeaux: *El Negro en la economía habanera del siglo XIX*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971. (Premio de Ensayo UNEAC 1970)

¹³ Juan Pérez de la Riva: *Los Culíes chinos en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.

en lugares intrincados de las montañas: Limones, El Frijol, Bomba y tantos otros. Contando con una amplia información de la prensa habanera de la primera mitad del siglo XIX, una fuente que permite la secuencia y que Deschamps conocía muy bien, el autor reseña numerosas notas referidas a las fugas de esclavos urbanos, lo que le lleva a afirmar: “pero no solo fue cimarrón el esclavo de ingenios y cafetales; también el esclavo urbano, dedicado a las tareas domésticas, buscó en la fuga el camino de la libertad”.¹⁴

Aunque autores como José Luciano Franco y Julio Le Rive- rend ya se habían referido a los depósitos de cimarrones en diferentes puntos de la ciudad, Deschamps prefiere eludir la cita bibliográfica y trabajar todo el tema en base a fuentes primarias, básicamente los diarios *Gaceta de La Habana*, *Diario de La Habana*, *El Triunfo* y *Noticioso Mercantil*. De tal modo estructura el argumento en subíndices titulados, cuyo contenido se corresponde con las notas de prensa que reflejan los castigos infligidos a los cimarrones, la ubicación de los depósitos, la descripción física minuciosa de los rasgos somáticos de los esclavos fugados, sus nombres, marcas tribales, vestuarios y oficios, por lo que de hecho este estudio rebasa su importancia en tanto reconstrucción histórica para devenir en valioso texto antropológico.

Entre las cuestiones que Deschamps quiere desmentir está el supuesto de que los esclavos urbanos estaban sometidos a un régimen de castigos muy inferior al de sus congéneres de la plantación, esgrimiendo que los siervos de la ciudad tenían tras de sí un dispositivo de control y represión conformado por individuos y establecimientos dedicados “a la corrección de los insumisos”.¹⁵ Del “trabajo correctivo” en canteras y fosos solían escaparse los esclavos domésticos, refugiándose en los barrios de intramuros y en los caseríos de extramuros, acechados por los comisarios de barrios y capitanes pedáneos. De hecho, llegó a ser tan elevado el número de siervos escondidos en la barrio

¹⁴ Pedro Deschamps Chapeaux y Juan Pérez de la Riva: “Cimarrones urbanos”, *Contribución a la historia de la gente sin historia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 29.

¹⁵ Ídem.

de San Lázaro bajo falsas licencias de sus amos, que el Capitán General Tacón ordenó que las mismas solo podían ser expedidas por los comisarios de barrios y capitanes de extramuros.¹⁶

Este aspecto y muchos otros de la vida social de los esclavos urbanos, pocas veces tratados por la historiografía cubana sobre la servidumbre, nos pone ante un apasionante y fértil campo de estudio, que las generaciones futuras de historiadores tendrán que afrontar, con la misma pasión que lo hizo Pedro Deschamps Chapeaux.

¹⁶ *Ibidem*, p. 32.

EUSEBIO LEAL: UNA VIDA CONSAGRADA AL SERVICIO DE CUBA*

Itinerarios vitales como los del Dr. Eusebio Leal Spengler, de una magnitud e intensidad poco comunes, es difícil aprehenderlos en una semblanza, un discurso o una biografía. Incontables hechos, datos, fechas y acontecimientos, muchos de ellos de gran trascendencia dentro de la cultura cubana, disponen el acontecer diario de este brillante intelectual, que llena con su fecunda labor más de cuarenta años en el devenir de la Oficina del Historiador de La Habana, que él rescató de las *oscuras manos del olvido*, la refundó y la proyectó hacia horizontes insospechados por su creador, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.

Reunir todos esos pormenores biográficos y sus corolarios intelectuales, organizarlos, darles un sentido cronológico coherente y totalizador, es una obra de paciencia y esmero, que solo almas cultas y sensibles pueden cumplir. Tal es el caso de la *Bio-bibliografía de Eusebio Leal Spengler*,¹⁷ preparada con devoción y maestría por la decana de los bibliógrafos cubanos, la Dra. Araceli García Carranza, con la colaboración de su hermana Josefina. Ha querido una feliz coincidencia que Araceli también haya realizado una obra similar consagrada a Emilito Roig¹⁸, con lo cual se completa un ciclo bio-bibliográfico dedicado a enaltecer a estas dos figuras supremas de nuestra historiografía, unidos en el destino común de haber sido hombres de pensamiento y cultura, y ejercer ambos como Historiadores de La Habana.

* Presentación del libro *Bio-bibliografía de Eusebio Leal Spengler*, de Araceli García Carranza y Josefina García Carranza, Ediciones Boloña, La Habana, 2012-2014, 5 t. XXIV Feria Internacional del Libro, La Habana, 17 de febrero de 2015.

¹⁷ Araceli García Carranza y Josefina García Carranza: *Bio-bibliografía de Eusebio Leal Spengler*, Ediciones Boloña, La Habana, 2012-2014, 5 t.

¹⁸ Araceli García Carranza: *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*, Biblioteca Nacional José Martí, 1986 y Ediciones Boloña, La Habana, 2007, 2 t.

Como expresa la autora al inicio del primer volumen, que comprende los primeros cincuenta y cinco años de vida de Leal, desde 1942 hasta 1997, se trata de enhebrar la “trayectoria de una rica y laboriosa vida que parece describir la obra de varios hombres abrazados a la pasión de la historia de Cuba, y de América”, y añade que su bibliografía activa en libros, folletos, publicaciones periódicas y otros documentos “no aprehende en su justa dimensión la excelencia de su oratoria”, la cual ha respondido “a la urgencia de su tiempo, sin negarle, por supuesto, autoridad, erudición y reflexión”.¹⁹

Desde este primer tomo, y en los sucesivos, la “Trayectoria vital” ocupa un gran espacio, como corresponde a un hombre público de amplia ejecutoria como conferencista histórico, orador en innumerables actos académicos y celebraciones patrióticas, promotor, curador, gestor del patrimonio y animador cultural por excelencia. Días, meses y años transcurren ante nuestros ojos colmados de actividades diversas, para dar fe un apostolado por la cultura pocas veces visto. La segunda sección entra de lleno en la producción escrita de Leal, donde destacan libros de gran valor como *Verba Volant* (1990), *El diario perdido* de Carlos Manuel de Céspedes (1992) y *La luz sobre el espejo* (1996). Completan esta bibliografía numerosos folletos, conferencias, artículos y discursos sobre diversos temas de historia de Cuba y América, turismo, arte, patrimonio, conservación y restauración de La Habana, tradiciones y costumbres, y junto a ellos un copioso grupo de entrevistas, declaraciones y conferencias de prensa.

Los siguientes tres volúmenes aparecen consignados como “suplementos” a la obra original y en ellos se sigue una misma metodología de organización y presentación de la información. En la trayectoria vital del periodo de cinco años que abarca de 1997 a 2002, profusamente descrita, se incluyen también las apariciones de Leal en la prensa, radio, televisión y cine, con destaque particular para el emblemático espacio *Andar La Habana*, así como también se reseñan el recibimiento de condecoraciones, distinciones y homenajes. En esta nueva etapa tiene especial re-

¹⁹ Araceli García Carranza y Josefina García Carranza: *Bio-bibliografía de Eusebio Leal Spengler*, ob. cit., t. 1, p. 7.

lieve el libro que inicia la serie *Para no olvidar* (2000), un espléndido testimonio de la restauración de La Habana Vieja, junto a compendios de carácter artístico y literario al estilo de *Poesía y palabra* (2001), bellamente ilustrado o *Fundada esperanza* (2003), una antología de discursos y conferencias sobre las raíces de la cubanía y el patrimonio habanero.

El volumen tercero de la *Bio-bibliografía* comprende un espacio temporal similar al del tomo precedente, esta vez de 2002 a 2006, y está dedicado a Josefina García Carranza, coautora de los dos primeros libros. En su presentación, Araceli señala que la obra integra en orden cronológico un “necesario banco de datos que futuros biógrafos utilizarán como punto de partida para dar a conocer el quehacer profesional de una de las personalidades más destacadas de la cultura cubana del siglo xx”. Asimismo reconoce que “este volumen se inicia en el año 2002, aunque el anterior termine en ese año, ya que la inmediatez de la publicación mutila información de interés, que es posible rescatar en un nuevo suplemento”.²⁰

El cuarto tomo de la serie comprende los años de 2007 a 2010, y llama la atención que, pese a ser uno de los que menos tiempo ocupa en la cronología, es el de mayor extensión en número de páginas, lo que indica con certeza que el cúmulo de actividades prácticas, responsabilidades cívicas y tareas intelectuales de Eusebio se han acrecentado con el paso de los años. Como el gran sabio humanista que es, un número cada vez mayor de personas quieren entrevistarle, escuchar su oratoria, acompañarlo en su prédica o ser recibidos por el artífice máximo de la revitalización integral del Centro Histórico de La Habana.

Cerca de tres mil (es cantidad aproximada) descripciones bibliográficas recogidas en los primeros cuatro volúmenes dan fe de esa sostenida, penetrante y caudalosa obra, cuya brújula ha sido la defensa de los valores culturales más auténticos y trascendentes de la Nación cubana. Los libros de Leal recogidos en este prontuario, primorosamente editados y cuidados por las Ediciones Boloña, entre los que señalo *Patria amada* (2005), *Para*

²⁰ Araceli García Carranza: *Bio-bibliografía de Eusebio Leal Spengler*, ob. cit., t. 3, p. 9.

no olvidar (libros II y III, 2005 y 2010) y *Legado y memoria* (2009), dan fe de esa pasión inagotable por la historia de Cuba y el amor a La Habana que distinguen una obra y una vida virtuosas.

Finalmente, acaba de ver la luz un último (por el momento) tomo de esta saga intelectual que es el repertorio bibliográfico, descriptivo, anotado, comentado y crítico de la obra del Dr. Eusebio Leal. Nuevamente los años se acortan, esta vez son apenas dos (2011-2012) pero las obras se multiplican como los panes y peces bíblicos. Los temas más variados aparecen en rápida sucesión de discursos y conferencias: la historia, el patrimonio, la educación, el arte, la cultura culinaria, el tabaco, la religión, los problemas raciales, la globalización, etc. Nada humano le es ajeno, y pareciera que hay un *horror vacui* en su existencia, un temor al vacío que se justifica con renovadas energías en el actuar práctico y el deber intelectual. Un alcance al año 2013, anunciador del próximo volumen, nos informa de un precioso libro, titulado con una frase justiciera: *Hijo de mi tiempo*. Debemos agradecer a las hermanas García Carranza, y en especial a Araceli, haber iniciado y continuado esta magnífica obra de sistematización bio-bibliográfica del Dr. Eusebio Leal, hecha con un rigor y una distinción ejemplares; y solo nos queda esperar que su lectura nos fortalezca la convicción de algo que ya sabíamos: la de Eusebio ha sido una vida consagrada al servicio de Cuba.

HOMENAJE A OLGA PORTUODO ZÚNIGA

Olga Sarina Portuondo Zúñiga, tal es su nombre con resonancias de princesa eslava, nació el 27 de mayo de 1944 en Camagüey, pero muy pronto, a los dieciocho meses, fue a residir a Santiago de Cuba, capital de Oriente y del Caribe, donde se produjo su formación intelectual y humana. De niña, ha confesado, le sedujo la historia de su patria y la remembranza de Martí o Maceo “desde la verdad y con palabras sentidas”, le acrecentaron su amor por Cuba. Estudió en el Colegio Juan Bautista Sagarra y luego en la Universidad de Oriente, dos semilleros de cubanía. En su época de juventud fue una muchacha alegre, salía a los carnavales e incluso participaba en la organización de las verbenas y descargas. En la sala de su casa me contó una vez cómo escuchó, en la madrugada de carnaval, los disparos aurales del 26 de julio de 1953, y luego fue testigo de la valerosa lucha clandestina en las calles de Santiago contra la dictadura.

Ahí estaba, quizás, en la devoción por las tradiciones patrióticas orientales y en el deseo de conocer su gesta, la génesis de la futura profesora, ensayista e investigadora, que en 1967 se licenció en Historia y con el tiempo alcanzaría el grado de doctora en Ciencias Históricas, Profesora Titular de la Universidad de Oriente, Investigadora Titular de la Academia de Ciencias de Cuba, Investigadora de la Casa del Caribe, Académica de Número de la Academia de la Historia de Cuba y el título que quizás más la afane: el de historiadora de Santiago de Cuba. A los méritos antes señalados, deben sumarse su condición de Premio Nacional de Historia en 2005, Premio Nacional de Investigación en 2006 y Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas en 2010, junto a otros importantes galardones como la Distinción por la Cultura Nacional y múltiples medallas, placas y reconocimientos que realzan su trayectoria

como intelectual orgánica de su patria chica. Su santiaguera visceral se demuestra cuando responde a un periodista que:

Solo el trabajo en otros archivos y las bibliotecas es lo único que me saca de Santiago de Cuba. He dedicado toda mi vida a investigar y a escribir sobre ella. Me ha tomado años escribir un libro. A veces tengo que salir a buscar la información no solamente en La Habana sino en bibliotecas españolas en las cuales no dejo de deslumbrarme ante las maravillas que encuentro de la historia santiaguera y del oriente. Pero siempre vuelvo. Creo que ya no me es fácil dejar la ciudad. No solo por el marco de la naturaleza y del ambiente urbano sino también por ese ambiente humano, tan importante para las personas.²¹

Olga Portuondo es, además de una reconocida y prestigiosa intelectual, una mujer sencilla y humilde. Como santiaguera nunca ha perdido contacto con el folclor, la trova, el bolero, la conga, el carnaval, los rituales mágico- religiosos, y es precisamente esa particular sensibilidad hacia los fenómenos sincréticos de la cultura popular, lo que la llevó a escribir ese monumento de la cultura cubana que es su libro sobre la Virgen de la Caridad del Cobre. Varias veces la he escuchado contar con orgullo, el homenaje que le prodigaron las tradicionales congas santiagueras de los Hoyos y San Agustín, donde esta última incluyó su imagen en una capa de carnaval. También he sido testigo de su condición humana excepcional, que no ha reclamado otros honores y privilegios que el de servir a su ciudad y a su patria, careciendo muchas veces de un medio digno de transporte o de prebendas oficiales.

Olga pertenece a una cohorte ilustre de historiadoras cubanas que, siguiendo los pasos de la maestra Hortensia Pichardo, ha contado con figuras prestigiosas como María del Carmen Barcia, Gloria García, Fe Iglesias, Mildred de la Torre, Ana Cairo o Mercedes García por solo mencionar algunas. Estas mujeres transformaron el trabajo del historiador en Cuba, de una condición eminentemente masculina, en una tarea que también podía

ser desempeñada con profesionalidad y rigor por las féminas, quienes aportaron a la historiografía nacional visiones novedosas y una sensibilidad diferente a la hora de acercarse a los hechos históricos. Por ello puede afirmar que: “La mujer es capaz de captar elementos aparentemente intrascendentes y transmitirlos dentro de la visión generalizadora de los usos domésticos, en las relaciones familiares”,²² por contraposición a aquellas visiones más tradicionales, que privilegian las cuestiones políticas, bélicas o económicas en la explicación del devenir histórico.

Muchas veces robándole tiempo a la casa, a los hijos o al esposo, las historiadoras cubanas, y Olga no es una excepción, han construido un sólido conocimiento sobre nuestro pasado, por lo que este homenaje es también un tributo al sacrificio de cientos, quizás miles de horas de fatigoso laboreo en archivos y bibliotecas, para luego atender el hogar y la familia. Y puedo dar fe de que Olga ha sido una madre amatísima y una cocinera exquisita, que elabora delicados dulces –enseñanzas de su madre camagüeyana–, sin menoscabo de la talentosa y fructífera vida intelectual que todos conocemos.

Algo que no deja de asombrarnos es la exuberante producción científica de Olguita, pues posee una vasta y diversa obra historiográfica, que en su conjunto sobrepasa el centenar de libros y artículos, definida por la novedad y originalidad de sus temas. En su quehacer historiográfico ha tratado con rigor y profundidad poco comunes numerosas facetas, procesos, instituciones y personajes de la historia regional y local. Significativa ha sido también su presencia en la cultura oriental a través del ejercicio de la docencia universitaria y el rescate del patrimonio histórico – cultural de Santiago de Cuba desde la Oficina de la Historiadora de la Ciudad.

Sus primeras obras dan fe de su práctica docente como profesora de Historia Antigua, una afición que trasladó a nombres de familiares y mascotas, como su sobrina llamada Gizeh o el perro bautizado Espartaco, y que se expresó en libros de texto

²²Reinaldo Cedeño Pineda: *Olga Portuondo: no hay que temer nunca a la verdad*, en <http://laislaylaespina.blogspot.com/2015/02/olga-portuondo-no-hay-que-temer-nunca.html>

que hoy son verdaderas rarezas bibliográficas, como son los casos de los volúmenes titulados *El imperio chino* y *El Egipto antiguo*, publicados ambos por la Universidad de Oriente en 1984 y 1985 respectivamente.

Al año siguiente, 1986, vio la luz un texto que marcaría una nueva etapa en la investigación científica de Olga, y es su compilación e introducción a las obras de Nicolás Joseph de Ribera, publicadas en la Colección Palabra de Cuba de la Editorial de Ciencias Sociales. Allí la historiadora descubre, en su enjundioso estudio biográfico, los presupuestos ideológicos de este miembro del patriciado santiaguero, y ve en él un exponente destacado del sentimiento de criollismo de tierra adentro, muy relacionado con las formas económicas patriarcales, con patrones de autoconsumo diversificado y vinculado a un regular y activo comercio con otras islas del Caribe. Conservo un manoseado ejemplar de aquella primera impresión encuadernada en negro, profusamente anotada y que suelo utilizar en mis clases de cultura cubana, aunque naturalmente he vuelto a comprarlo en la bella edición del 2014, que no difiere sustancialmente de la anterior.

Una década más tarde, en 1996, la Editorial Oriente, dio a conocer su monografía *Santiago de Cuba. Desde su fundación hasta la guerra de los Diez Años*, un cardinal ensayo de interpretación de los primeros siglos de historia santiaguera, en la que se ofrece un panorama abarcador e integrado de la formación de la comunidad más importante de la región oriental, desde la invasión europea hasta el desarrollo de la economía de plantación. Fue una obra ya de madurez intelectual, apoyada en numerosas fuentes primarias y al mismo tiempo un competente ejercicio de síntesis histórica.

Sin embargo, considero que su obra de mayor aliento en los años 90 fue su magistral ensayo sobre la Patrona de Cuba, *La Virgen de la Caridad del Cobre. Símbolo de cubanía*, publicado inicialmente en 1995 y con sucesivas reediciones, en las que ha sido prologado por intelectuales de la talla de Jorge Ibarra y Monseñor Carlos Manuel de Céspedes y García Menocal. La génesis de esta incursión en el mayor mito de la religiosidad popular cubana, la encuentra Olga en su declaración inicial de que se trata de un “trabajo para el historiador”, toda vez que existe una estrecha relación entre la devoción mariana, los orígenes del

criollísimo relato de su aparición en la bahía de Nipe y la historia colonial de los primeros siglos en el Oriente de Cuba.

Por ello asevera con lucidez: “Como historiadora y, desde esta perspectiva, intento llegar al meollo del origen y progreso del culto popular a la virgen morena, la Cachita, involucrada en la conquista de nuestra autoconciencia nacional”.²³ Siguiendo al maestro Fernando Ortiz, Olga declara que es “el tema cubano lo que nos interesa, no el eclesiástico; más bien el del imaginario popular y el de la historia social, y no las disquisiciones conceptuales y apologéticas”.²⁴ En otro momento cenital afirma: “La creencia en la Virgen del Cobre [...] es la más temprana y hermosa realización poética en que se simboliza el esfuerzo del hombre mestizo de amarillo, de blanco y de negro por aprehender la Isla. Concertados hombres de tres continentes en tierra cubana, dieron lugar a una concepción religiosa que, en su esencia, expresa la maravillosa gestación de una cultura propia”.²⁵ Espléndida lección de sagacidad historiográfica y probidad científica.

No podría dejar de mencionar sus aportes a la obra colectiva de Historia de Cuba pensada por el Instituto de Historia de Cuba en 1994 y su trabajo de tesis doctoral titulado *Una derrota británica en Cuba*, prologado por Julio Le Riverend y publicado en el año 2000, donde se analizan episodios poco conocidos de las ambiciones imperiales británicas en el oriente insular en el verano de 1841, veinte años antes de la toma de la Habana por los ingleses, y donde: “durante el avance británico sobre Santiago de Cuba, el patriotismo de los criollos de la jurisdicción había alcanzado su mayor expresión y el gobernador del Departamento Oriental había hecho un magnífico empleo marcial del amor paisano a la tierra. El propio Cajigal de la Vega había reconocido que esa energía constituía su mayor defensa en mar y tierra contra las fuerzas de Edward Vernon”.²⁶

²³ Olga Portuondo Zúñiga: *La virgen de la Caridad del Cobre. Símbolo de cubanía*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2014, p. 34.

²⁴ Ídem.

²⁵ *Ibidem*, p. 39.

²⁶ Olga Portuondo Zúñiga: *Una derrota británica en Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2000, p. 184.

Su concienzudo estudio sobre las diferentes etapas del liberalismo español en la península y la azarosa aplicación de sus postulados en la colonia, proceso en el cual Santiago de Cuba tuvo un especial protagonismo bajo el mando del general Manuel Lorenzo en el otoño de 1836, es otra de las investigaciones fundamentales para conocer las especificidades y diferencias del devenir histórico oriental en comparación con otras regiones de la Isla y en particular con la zona occidental de la plantación azucarera esclavista. No menos importante en este sentido, es la extensa recopilación de fuentes primarias titulada *El Departamento Oriental en documentos*, con dos volúmenes que abarcan desde 1510 hasta 1868, una obra de enorme valor referencial y metodológico para los estudiosos de las problemáticas políticas, militares, económicas, sociales, demográficas, raciales y culturales del vasto territorio del este de Cuba, y que demuestra además la extrema generosidad de la autora, al compilar cronológicamente y poner al servicio de otros investigadores, una ingente masa documental dispersa en archivos y bibliotecas cubanas y extranjeras.

Un libro para mi particularmente querible, es la monografía dedicada a estudiar la compleja personalidad del bayamés José Antonio Saco, quizás el más influyente de los pensadores criollos antes de la Guerra Grande, y a quien Olga adjudica el sobrenombre de “eternamente polémico”, entre otras razones porque, como alega la autora con sutileza: “No pretendo que la diversidad de opiniones sobre José Antonio Saco termine con este libro, porque estoy segura que nuestro biografiado siempre conservará su condición de paradigma medidor de la identidad y de la virtud cubanas, aquel desde cuyos dictámenes se juzga la intensidad de los problemas sociales y políticos esenciales y además, de nuestra capacidad para solucionarlos”.²⁷

Entre esclavos y libres de Cuba colonial, texto publicado inicialmente en 2003, y ahora también reeditado, es un hermoso volumen dedicado al inolvidable Joel James y a la Casa del Caribe, que orienta sus ensayos a desentrañar los trabajos, la vida, la sociedad y la cultura de los sectores negros y mestizos de la

²⁷ Olga Portuondo Zúñiga: *José Antonio Saco. Eternamente polémico*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 22.

sociedad santiaguera, desde la exposición de prácticas inhumanas, como es el caso de las marcas con hierro caliente sobre la piel de los esclavos para denotar quién era su dueño, hasta el estudio de los cabildos santiagueros, la ascendencia paterna de Antonio Maceo, demostrada por ella fehacientemente su origen cubano, y de las prácticas sociales de la población libre de color en Santiago de Cuba.

En su condición de estudiosa de la historiografía cubana, Olga Portuondo ha señalado la persistencia de una visión machista y de un criterio liberal burgués en muchas de las obras que se realizan actualmente con sus corolarios reduccionistas, folcloristas y discriminatorios; ha insistido a las insuficiencias en cuanto al tratamiento novedoso y multidisciplinar de ciertas épocas históricas, como son los caso de los siglos *xvi* al *xvii*, y ha abogado por un mayor examen de los modos de reproducción de la vida social ajenos a la plantación esclavista.

La propia Olga ha sido ejemplo de actualización permanente y renovación constante del arsenal teórico y epistemológico de su producción científica, como se puede comprobar en el giro novedoso que ha concedido a sus intereses historiográficos, ahora más enfocados a aspectos disímiles de la historia social y cultural, como es notorio en sus ensayos sobre el costumbrismo y los imaginarios sobre los terremotos en Santiago de Cuba, y los acercamientos biográficos a poetas del calibre de Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, Manuel Justo de Rubalcava y Manuel María Pérez. En este último caso, uno de los más importantes intelectuales santiagueros de la primera mitad del siglo *xix*, prácticamente desconocido, Olga realiza una indagación amplia y compleja en la obra y biografía de este autor, para alcanzar nuevos conocimientos sobre las mentalidades y el devenir social de Santiago de Cuba a finales del siglo *xviii* e inicios del siglo *xix*. En sus reflexiones, la autora defiende la noción de que, en el caso de Pérez y Ramírez estamos ante un escrito excepcional, que plasmó su obra impresa durante varios decenios “con principios coherentes y una visión del mundo y de su país digna de conocerse”, y que además expresó la identidad y el pensamiento de aquellos hombres ilustrados de tierra adentro.

Otros libros recientes de su autoría, que brota incesante como un manantial de conocimientos y erudición, son su galería

de homenaje a distintas figuras de Santiago o vinculadas a su historia, titulado *Pensar y existir en cubano*; su colección de ensayos sobre *Francia y Haití en la cultura cubana*, naciones que dejaron una importante huella en la conformación de la identidad cultural, los imaginarios urbanos y los paisajes económicos de la séptima villa y otra compilación de estudio titulada *Caribe, raza e identidad*, donde la ciudad anfiteatro se inserta en los avatares históricos del área geográfica y cultural que llamamos Caribe, y sus seculares luchas entre imperios y revoluciones anticoloniales, junto a temas relacionados con el papel de negros y mulatos en las luchas emancipadoras, con destaque lógico para la figura de los Maceo o cuestiones concernientes a la compleja construcción de una identidad regional y local.

Eusebio Leal, Historiador de La Habana, ha escrito de su colega y amiga Olga Portuondo unas hermosas palabras, que me siento tentado a reproducir casi íntegramente:

Lugar especial ocupa Olga Portuondo, a quien llamo afectuosamente Olguita. Tenaz como pocas en la rigurosa tarea de investigar e indagar acerca de la «verdad histórica» [...] sus trabajos han iluminado el conocimiento sobre la historia de Cuba, y otorgan un matiz a la historiografía nacional y, en particular, a la del Oriente cubano.

Más que andante, ha ido peregrina a los lugares donde se han erigido monumentos o donde perdura, a veces varada, la historia de las heroínas cubanas, particularmente la de la insigne Mariana Grajales, madre de los Maceo. Cuando existe duda o polémica sobre cualquier aspecto de aquellas vidas sin par, se pide criterio a la historiadora, amada y respetada por sus alumnos. Muchos de ellos han llegado a ser sus discípulos en una escuela de pensamiento que muy tempranamente tuvo su ámbito en el Real Colegio Seminario San Basilio el Magno, en los círculos refinados de la cultura y en los no menos cenáculos del sentir popular.

Por todo ello merece elogio la Dra. Portuondo, por su vida y por su obra, que tanto prometen todavía. Deposito ante ella el tributo rendido de un amigo, que es mucho

decir cuando es palabra sincera y consecuente; cuando no, triste huella de precedera hipocresía.²⁸

Por mi parte desearía concluir estos breves apuntes de elogio, evocando ahora el sabor perdurable de un flan de calabaza, preparado pacientemente por Olga y servido pródigamente después de un succulento banquete, en el umbroso patio de su morada del Reparto Sueño, exactamente en el número 103 de la calle K entre 3ra y Avenida de Céspedes, donde vive modestamente con su pequeño estudio atestado de libros y documentos, acompañada por los cuadros de pintores santiagueros que adornan las paredes.

Cumplidos ya los setenta años de una vida útil y activa, Olga descansa de la investigación en los suaves movimientos del *taichi* en las tardes, que además le ayudan a conservar un espíritu sosegado y un andar sereno. Hasta su humilde casa, que es un santuario de la vocación por la historia, peregrino cada vez que voy a Santiago, con la certeza de repetir el milagro de encontrarme con esta dama bondadosa, alegre y sensible que se llama Olga Portuondo Zúñiga.

²⁸Eusebio Leal Spengler: *Aeterna sapientia*, "A Olga Portuondo", Ediciones Boloña, La Habana, 2015, p. 193.

LA AVENTURA DEL PENSAR EN LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE EDUARDO TORRES CUEVAS

I

Intentar un acercamiento valorativo a la producción historiográfica del Dr. Eduardo Torres Cuevas, es una labor que sobrepasa con creces los límites de un ensayo. En las páginas que siguen esbozaré las que considero líneas maestras de su quehacer intelectual, con breves comentarios de algunas de sus obras fundamentales, como tributo al profesor ejemplar y al sabio virtuoso. Torres Cuevas es una de las cumbres historiográficas no solo de Cuba, sino de Latinoamérica, y pocos historiadores pueden hacer gala de una obra tan vasta, inteligente e intensa como la suya, escrita además con una prosa sugerente y culta, a menudo infrecuente entre quienes cultivan la parcela de la musa Clío. No es casual entonces que Eduardo sea miembro de las dos más importantes academias cubanas: la Academia de la Historia, que dirige desde su refundación, y la Academia Cubana de la Lengua; además de conducir otras dos importantísimas instituciones culturales: la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y la Biblioteca Nacional José Martí.

Debo comenzar diciendo que Eduardo Torres Cuevas ha sido un eminente profesor de historia, pensamiento y cultura cubanos. Esa labor docente la ha desplegado, durante más de medio siglo, en las aulas universitarias de numerosas casas de altos estudios nacionales y extranjeras (Alemania, Francia, España, Estados Unidos, México), sin embargo, esa señalada faena pedagógica no estaría completa sin el concurso de su sobresaliente obra de investigador y divulgador de las raíces más hondas de la cubanía.

Destacan, en sus más de tres decenas de libros publicados, sus profundas meditaciones y penetrantes juicios sobre asuntos medulares para entender la génesis de la nacionalidad y la nación en Cuba, como son los temas de la formación de

la conciencia criolla,²⁹ los orígenes del pensamiento cubano³⁰ o el desarrollo económico-social de la plantación esclavista. Del mismo modo, sobresalen sus estudios biográficos sobre figuras de la estatura moral, intelectual y patriótica del Obispo Espada, Félix Varela, José Antonio Saco, Felipe Poey, Vicente Antonio de Castro, Diego Vicente Tejera y Antonio Maceo, y son verdaderamente reveladores sus aportes al conocimiento de dos de las más fecundas corporaciones en el devenir de nuestra historia: la Iglesia Católica³¹ y la masonería cubana.³²

Considero que una de las contribuciones de mayor trascendencia de Torres Cuevas a la historia de Cuba, entre muchas que podríamos citar, es su cavilación sobre la historia del proceso de formación nacional y consolidación del pensamiento criollo ilustrado, que permitió avanzar hacia una reflexión autóctona y original sobre los destinos de la Isla. Por las páginas de sus libros transitan una pléyade de notorios intelectuales y valerosos patriotas, que se dedicaron a pensar, imaginar, soñar y hacer de Cuba una nación, en la búsqueda incesante de una utopía insular.³³ Como resultado de lo anterior, en su obra encontramos una minuciosa exploración en el tejido social, las condiciones sociales, la lucha de imaginarios culturales y los avatares ideológicos del siglo XIX cubano, un país que a pesar de su condición subalterna de colonia de plantación, tuvo algunas de las mentes más deslumbrantes de aquel tiempo en todo el imperio español, dígase un filósofo como José Agustín Caballero, un economista

²⁹ Son esenciales en este sentido los trabajos contenidos en su libro: *En busca de la cubanidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, 2 tomos.

³⁰ Véase al respecto: *Historia del Pensamiento Cubano*, vol. I "Formación y liberación del pensamiento cubano (1510-1867)" y vol. 2 "Del liberalismo esclavista al liberalismo abolicionista (1790-1867)", Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

³¹ *Historia de la Iglesia Católica en Cuba. La iglesia en las patrias de los criollos (1516-1789)*, Tomo I. (En colaboración con Edelberto Leiva Lajara), Editorial Boloña, La Habana, 2007.

³² *Historia de la masonería cubana. Seis ensayos*, Tercera Edición, corregida y aumentada, Imagen Contemporánea, La Habana, 2013.

³³ Véase los capítulos I al V de su libro: *Historia de Cuba. 1492-1898. Formación y liberación de la nación*. (En colaboración con Oscar Loyola Vega), Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2001.

como Francisco de Arango y Parreño, un médico como Tomás Romay, un literato como Cirilo Villaverde y un mecenas como Domingo del Monte.³⁴

Seguidor y heredero de la gran tradición erudita de la historiografía cubana, que tiene en Fernando Ortiz su mentor espiritual, Eduardo Torres Cuevas ha asumido además la gigantesca empresa cultural de reeditar o en ocasiones imprimir por primera vez, las obras completas de los grandes pensadores cubanos de la Colonia. La *Biblioteca de Clásicos Cubanos*, en sus formatos impreso y digital, ha tenido no solo su guía académica y su cuidado editorial, sino que además ha sido el prologuista de varios de sus copiosos volúmenes. De manera paralela a esta ingente labor de difusión de las obras y autores emblemáticos de los que, para decirlo con sus palabras, “pensaron a Cuba”, Eduardo ha desarrollado otra aventura intelectual no menos impresionante. Me refiero a la elaboración, diseño científico y artístico de los cursos “Cuba: el sueño de lo posible. Historia de la formación y liberación del pueblo y la nación cubanos” y “Los que pensaron a Cuba”, transmitidos con notable acierto por el Canal Educativo de la Televisión Cubana en el espacio *Universidad para Todos*.

Otra pasión erudita, tan importante como las anteriores, ha sido su labor como promotor y director de significativos proyectos editoriales y revistas de historia y cultura cubanas. En el primer caso destaca las *Ediciones Imagen Contemporánea*, con un sólido y extenso catálogo de libros ya publicados, incluyendo los de la Colección de Clásicos Cubanos, y en el segundo su labor al frente de las revistas *Debates americanos* y *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Asimismo ha sido promotor y participante en innumerables congresos, eventos, simposios, conferencias, talleres y espacios de reflexión y debate académico, de los cuales también han emergido valiosas obras, como las recogidas bajo el título de *Memorias de la revolución*.³⁵

³⁴ Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba. La Colonia, evolución socioeconómica y formación nacional desde los orígenes hasta 1867*, Editora Política, La Habana, 1994 (capítulos VII “La sociedad esclavista y sus contradicciones”; VIII “De la Ilustración reformista al reformismo liberal” y X “El debilitamiento de las relaciones sociales esclavistas. Del reformismo liberal a la Revolución independentista”).

³⁵ *Memorias de la Revolución*. (Coordinadores Enrique Oltuski, Héctor Rodríguez

II

Antes de dedicarse por entero a la investigación historiográfica, la indagación filosófica ocupó una parte de los desvelos juveniles de Torres Cuevas. Es por ello que el primer tomo que se consigna en su bibliografía activa es una *Antología del pensamiento medieval* (1975),³⁶ obra de compilación con propósitos docentes, donde su joven autor y prologuista demuestra ya sus capacidades para la reflexión ideológica y el análisis de una zona muy influyente del pensamiento occidental, que luego serían muy útiles en su trayectoria futura, cuando analice a los pensadores cubanos de la Ilustración reformista criolla. Señalo aquí dos virtudes de aquel compendio, aparecido en pleno *quinquenio gris* de la cultura cubana: de un lado su alejamiento de cualquier dogmatismo y su apego a las fuentes originales para el estudio de la tradición escolástica; y del otro algo que todo historiador debe cultivar: la honradez de pensar por sí mismo.

Sigue a este libro la aparición de un extenso volumen que recopila un conjunto de textos sobre la esclavitud y su historia, de la autoría del intelectual bayamés José Antonio Saco.³⁷ En el enjundioso prólogo (escrito en colaboración con el también profesor Arturo Sorhegui) Torres Cuevas expone dos de las grandes pasiones que lo han caracterizado en el oficio de historiador: explicar la trayectoria vital de un cubano ilustre del siglo XIX y analizar su compleja relación con el sistema de producción esclavista, que forjó una civilización material opulenta y anómala en las condiciones del capitalismo decimonónico, y cuya perversa condición fue una de las causas que retrasó en más de medio siglo la independencia insular. Como expresa en las palabras introductorias, la burguesía criolla “cual Prometeo caribeño, había robado el

Llompart y Eduardo Torres-Cuevas; Introducción Eduardo Torres-Cuevas), 2 tomos, Editorial Imagen Contemporánea, La Habana, 2008.

³⁶ *Antología del pensamiento medieval*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

³⁷ José Antonio Saco. *Acerca de la esclavitud y su historia*. (Selección e introducción de Eduardo Torres Cuevas y Arturo Sorhegui), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982. (Colección Palabra de Cuba)

fuego y había quedado encadenada, en la mayor de las islas antillanas, con las cadenas de sus esclavos".³⁸

El personaje que da origen a este vademécum, el brillante y polémico abogado José Antonio Saco, es analizado en sus numerosos estudios sobre la servidumbre y en particular en su obra cumbre, la *Historia de la esclavitud...* La reivindicación de Saco como historiógrafo de la institución esclavista, se aborda como parte de la totalidad de su pensamiento político reformista, del cual el examen de aquella era una parte fundamental. Se trata entonces de comprender la complejidad del devenir político saquista con una visión holística de sus ideas, en cuyo universo es imposible obviar dos principios cardinales: "la historia para Saco fue una formidable arma política" y "Si su obra histórica fue profundamente política, su obra política es profundamente histórica".³⁹ De la misma forma se introduce una reflexión de gran trascendencia epistémica en los estudios sobre el autor de *Memooria sobre la vagancia en Cuba*, y es lo referido a su reconocimiento como "nuestro primer historiador moderno; porque escribe desde y para su tiempo, con un claro sentido del valor social y político del quehacer histórico".⁴⁰

Si bien la figura de José Antonio Saco contaba ya con significativos estudios previos, como los realizados sobre diversos aspectos de su obra por Ramiro Guerra, Fernando Ortiz, Julio Le Riverend y Manuel Moreno Fragnals, es notable en este ensayo el acercamiento biográfico, el análisis detallado de su ideología y la interpretación cabal de su monumental obra historiográfica sobre la esclavitud, explicada desde la perspectiva clasista y sociológica: "que permite estudiar en toda su magnitud la coherencia lógica de su pensamiento, el más lógico y el más coherente de su tiempo, interrelacionado con su época, a la problemática que esta plantea".⁴¹

³⁸ *Ibidem*, p. 4.

³⁹ *Ídem*.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 4-5.

⁴¹ Una obra posterior sobre este mismo asunto lo es *La polémica de la esclavitud. José Antonio Saco*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

III

La *Historia de la Universidad de La Habana*, obra colectiva en dos tomos, desarrollada por Torres Cuevas junto a los profesores Ana Cairo y Ramón de Armas, fue un homenaje al devenir de dicha Casa de Altos Estudios, al cumplirse los 250 años de su fundación como Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana en 1728. Torres Cuevas asumió la redacción de las dos primeras partes de la investigación, correspondientes al periodo de la universidad católica (1728-1842) y secularizada como Real y Literaria Universidad de La Habana (1842-1899) y también colaboró con de Armas en la escritura de la tercera parte, referida a la etapa de la republica burguesa neocolonial.

Torres Cuevas desglosa el periodo formativo de esta institución académica, y expone con acierto su carácter dual de *Real* y *Pontificia*, pero su indagación rebasa los aspectos fenoménicos de la corporación para hurgar en las motivaciones económicas y sociales de la sociedad criolla encaminadas a promover este tipo de enseñanza superior. En su opinión, fue precisamente el desarrollo económico alcanzado por el occidente insular en los finales del siglo xvii, lo que condicionó a los terratenientes y comerciantes habaneros “a encarar la necesidad ya apremiante de eliminar las deficiencias de carácter social y cultural, y en general espirituales, que se habían hecho demasiado ostensibles a lo largo de los siglos anteriores”.⁴²

Asimismo expone los dilatados problemas derivados de los conflictos entre las órdenes religiosas, con un marcado acento criollo, y la jerarquía católica peninsular, lo que explica el interés de los dominicos por fundar una universidad, con la ayuda del cabildo de la ciudad y la contumaz oposición del obispo. De tal suerte “la fundación de la Universidad de La Habana fue un proyecto concebido por habaneros para habaneros, dentro del decursar de la pugna religiosa, y cuando su creación era una necesidad para estos”.⁴³

⁴² *Historia de la Universidad de La Habana. 1728-1929.* (En colaboración con Ramón de Armas y Ana Cairo Ballester), Volumen 1, p. 25 Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

⁴³ *Ibidem*, p. 28.

El ensayista señala con justicia los avatares ideológicos y pedagógicos de la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo, devenida bastión de la escolástica y sujeta a una rígida estructura de gobierno, lo que la llevó a cierto distanciamiento de los métodos progresistas de la cultura insular a finales del siglo xviii; sin embargo también pondera que en su seno se formaron hombres como el padre Caballero, Varela o Romay, los que “puestos en contacto con las nuevas ideas científicas y corrientes ideológicas de su época, promovieron cambios importantes en todos los campos del conocimiento de su tiempo [...] el mal no estaba en la calidad de los profesores sino en la inmovible estructura de gobierno y en el sistema de enseñanza”.⁴⁴

Observa el historiador con agudeza como la transformación de la universidad dominica en una institución laica, proceso encabezado por la elite económica habanera, buscaba tanto la modernización de su obsoleta concepción académica, como resartarle la posibilidad de convertirse en un escenario para realizar cambios sociales. En tal sentido apunta: “En las condiciones de la colonia, la laicización implicó un fuerte y sutil forcejeo entre los cubanos y los peninsulares residentes en la Isla”.⁴⁵ Esta lucha de intereses económicos e imaginarios culturales desembocó en una contradicción entre las autoridades coloniales rectoras de la universidad y su claustro mayoritariamente formado por maestros y doctores criollos, que la siguieron manteniendo “como una institución habanera dentro de la estructura de poder española”.⁴⁶ Tampoco debe olvidarse que allí se formaron varios de los prohombres de la nacionalidad cubana, y de su seno saldrían no pocos de los protagonistas de la insurrección anticolonial de 1868, entre ellos Rafael Morales y González, Luis Victoriano Betancourt, Antonio Zambrana, José María Aguirre y muchos otros.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 71.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 89.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 90.

IV

La historia de la esclavitud es retomada por Torres Cuevas en un proyecto conjunto con Eusebio Reyes bajo el título de *Esclavitud y Sociedad. Notas y documentos para la Historia de la esclavitud negra en Cuba*, publicado en 1986, año del centenario de la abolición de la servidumbre en la Isla. Se trata de un valioso compendio de documentos relacionados con la esclavitud, desde sus orígenes hasta su abolición, precedidos de estudios introductorios en cada uno de los casos. El texto que introduce al volumen, titulado “Prolegómenos a la historia de la esclavitud en Cuba”, es de carácter conceptual y define las características de la esclavitud antillana en el contexto capitalista mundial, basado en gran parte en las ideas del marxismo originario sobre la cuestión.

En tal sentido se apunta que la plantación esclavista americana responde a una concepción del modo de producción capitalista y sus promotores constituyen “una burguesía esclavista *sui generis* por presentarse como anomalía del sistema capitalista de relaciones de producción”.⁴⁷ De lo anterior se desprende el corolario de que “la plantación y la esclavitud a ella asociada, no son más que medios de acumulación originaria correspondientes a la fase mercantil-manufacturera del capitalismo, pero nunca con la fase industrial [...] la plantación y su esclavitud no constituyen partes integrantes de la sociedad industrial capitalista, sino que son formas que adquieren el capital para capitalizarse en su fase de formación”.⁴⁸

Luego se desarrollan los tópicos del despliegue esclavista en la Isla desde los tiempos de la conquista española, con su copioso instrumental legal y normativo de la condición servil, en su fase doméstico patriarcal de explotación. La segunda parte explora los condicionamientos y el auge de la esclavitud plantacionista del siglo XIX, intensiva y masiva, lo cual modificó sustancialmente las dinámicas económicas, los patrones demográficos, las rela-

⁴⁷ *Esclavitud y Sociedad. Notas y documentos para la historia de la esclavitud negra en Cuba.* (En colaboración con Eusebio Reyes Fernández), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 19.

⁴⁸ Ídem.

ciones sociales, los imaginarios culturales y transformó también el paisaje natural de la Isla.

Esta indagación reconfigura los territorios de la plantación esclavista cubana y los define en un conjunto de regiones o "países", nomenclatura utilizada por Juan Pérez de la Riva, y en cada uno de ellos se reflejan sus condiciones naturales, las tradiciones culturales, la demografía y la fuerza de trabajo esclava. La región más dinámica y de mayor impacto de la plantación fue el "país de La Habana", con una espectacular cifra de esclavos introducidos y un florecimiento sin precedentes de los ingenios azucareros. Una rápida descripción clasista de este escenario plantacionista nos muestra, en un extremo a 500 familias habaneras formadas por hacendados y comerciantes, que explotan el trabajo de 60 000 esclavos en la plantación, 77 000 sitieros y estancieros y 24 000 esclavos domésticos.

Sin embargo, el historiador nos previene que estos dos polos opuestos no constituyen todo el tejido social, pues amplios y diversos sectores blancos, negros y mulatos urbanos dan a la sociedad cubana decimonona ese carácter singular de "compleja amalgama de formas productivas interrelacionadas e interaccionadas entre sí [...] en la propia existencia de artesanos y otros tipos de trabajadores provenientes de los negros y mulatos libres y esclavos, así como la existencia de una masa de blancos sin empleo fijo, tendremos los gérmenes de la sociedad cubana posterior".⁴⁹

Otro elemento de gran importancia en este análisis de la sociedad esclavista cubana lo es la subversión de los valores y preceptos de la sociedad patriarcal. La plantación arrasó los bosques con la misma violencia que atacó las estructuras económicas semifeudales y generó una ideología burguesa anómala. En este contexto se redefinen conceptos y sentidos de pertenencia, como sucede con la complejización del sentido de *patria* y sus usos políticos y sociales, antecedentes del sentimiento de nacionalidad, y sus corolarios subjetivos expresados en el nacionalismo y el patriotismo.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 85.

En este sentido el investigador sugiere con gran agudeza que: “la historia de la nacionalidad cubana hasta 1868, es la historia de los sucesivos pasos que llevan al predominio de los elementos burgueses en el pensamiento cubano”.⁵⁰ Estos elementos, naturalmente, no fueron homogéneos ni actuaron de manera orgánica en todos los casos, pues en su magma ideológico encontramos figuras tan deslumbrantes y contradictorias como Arango, del Monte y Saco, junto a otras de parigual lucidez y maneras diferentes de enfrentar los dilemas cubanos como fueron Heredia, Luz y Varela. Asimismo se verificaron diferentes opciones políticas de los heterogéneos grupos, capas y sectores sociales para encontrar una salida a la dominación colonial.

V

La indagación en los padres fundadores de la nacionalidad cubana alcanza un momento de particular interés con la publicación, en 1990, de los *Papeles* del Obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, reproducidos luego en el volumen 4 de la Biblioteca de Clásicos Cubanos. Esta descollante personalidad de nuestra historia contaba ya con algunos acercamientos de valor a su biografía, como los realizados por Francisco González del Valle⁵¹ y César García Pons⁵², pero es con el enjundioso estudio introductorio de Torres Cuevas a la papelería del prelado vasco, que se fijan con nitidez los conceptos esenciales de su trayectoria eclesiástica y social en la Isla. Para comenzar, Torres Cuevas realiza una afirmación de enorme trascendencia para la cultura cubana del siglo XIX, y es cuando identifica a Espada como “el productor de esa corriente modernista e ilustrada, abiertamente antiesclavista, antifeudal, defensora de los pequeños productores, enemiga sin freno de la trata negra [y]

⁵⁰ *Ibidem*, p. 89.

⁵¹ Francisco González del Valle: *El obispo Espada*, Archipiélago, La Habana, 1928.

⁵² Cesar García Pons: *El obispo Espada y su influencia en la cultura cubana*, Ministerio de Educación, La Habana, 1951.

catalizadora del más importante movimiento cultural de toda la época colonial—si excluimos el excepcional valor del movimiento independentista de finales del siglo XIX—”.⁵³

La apasionante figura del obispo Espada es valorada aquí como el gran sacerdote ilustrado, dotado de singular tenacidad y fuerza de carácter, que emprendió un ambicioso proyecto modernizador y de reforma social de la realidad insular. En tal sentido el historiador expresa: “no hubo en la historia eclesiástica de Cuba, ni antes ni después, quien librara una batalla tan desigual por el pueblo humilde. Ni tampoco, durante los primeros siglos quien, con un proyecto coherente y moderno, efectuara en la esfera cultural una obra de tal magnitud como la suya”.⁵⁴

El extenso episcopado del dignatario vasco, de más de tres décadas, fue contemporáneo del momento de mayor auge de la plantación esclavista, un propósito también modernizador capitalista de las élites oligárquicas, que convertía a la Isla en una gigantesca fábrica de azúcar para el mercado mundial con mano de obra esclava. En esas durísimas circunstancias históricas desplegó Espada toda su inteligencia y talento para tratar de encontrar un equilibrio social sobre bases más justas, y además superar el oscurantismo intelectual heredado de seculares tradiciones feudales y escolásticas.

En este punto la empresa ilustrada del obispo alavés representaba una crítica social profunda a la ideología misma y a la estructura socioeconómica de la plantación. Quien impulsaba esta reforma era, en palabras de Torres Cuevas: “un obispo con dotes de mando de un general, con la formación filosófica-política de un iluminista, con plena conciencia de sus objetivos y la capacidad comprensiva para vislumbrar los intereses de la isla de Cuba, cercenados por la mezquina óptica de la oligarquía y el poder colonial”.⁵⁵

El ensayo demuestra como el favorable plan de reformas del obispo cruzaba transversalmente la sociedad cubana. Sus

⁵³ *Obispo de Espada. Papeles*. (Ensayo introductorio, selección y notas Eduardo Torres-Cuevas), Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1999, pp. 2-3

⁵⁴ *Ibidem*, p. 3.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 27.

proyectos iluministas tocaban los más diversos ámbitos, desde el religioso y de las costumbres hasta el político, económico y social. En su frente interno, el de la Iglesia, promovió la modernización de los rituales y el adecentamiento de las prácticas religiosas, como lo demuestran su edicto de campanas o su mandato contra los matrimonios clandestinos, la condena a la superstición y la beatería, y la crítica a las costumbres disipadas y la corrupción del clero. En los asuntos mundanos, el obispo era contrario a la economía de plantación esclavista, a la trata y a la esclavitud misma como sujeto económico, y su proyecto de desarrollo agrícola concebía una reforma democratizadora de la tenencia de tierras bajo el influjo de las ideas fisiócratas.

Torres Cuevas recorre los diseños de carácter progresista contenidos en la construcción del Cementerio Universal de La Habana, que abolía la desfavorable práctica de los enterramientos en las iglesias y conventos; la reforma del sistema de asistencia social y beneficencia, que agrupó a la Casa de Beneficencia, la de Expósitos y la de Recogidas, e impulsó además la construcción de un asilo para dementes. Asimismo destaca como su accionar desde la Sociedad Económica de Amigos del País, fue decisivo en la impulsión de numerosos proyectos que buscaban modernizar los presupuestos de la salud pública de la colonia, uno de cuyos mayores éxitos fue la introducción de la vacuna contra la viruela.

El historiador destaca como, junto con las numerosas empresas de índole educativa y cultural suscitadas por Espada, uno de sus mayores logros fue la promoción de un luminoso grupo de colaboradores y discípulos criollos, animados por la creencia común en el progreso ilustrado, nucleados en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio. José Agustín Caballero, Juan Bernardo O'Gavan, Félix Varela, José Antonio Saco, Francisco Ruiz, Tomás Romay, Nicolás Escobedo y José Agustín Govantes, son algunos de esas figuras ilustres que crecieron intelectualmente bajo la mirada protectora del obispo. Esta destacadísima presencia de Espada en los orígenes de la cultura cubana, promotor de una profunda reforma de los estudios filosóficos y científicos, demolidor del vetusto edificio de la escolástica criolla e impulsor de proyectos tan renovadores como la Academia de Pintura de

San Alejandro o el Jardín Botánico de La Habana, hacen exclamar a Torres Cuevas estas vibrantes y justicieras palabras:

Hombre de una época difícil y convulsa, se puso al lado de los pobres y defendió las ideas más avanzadas de su época [...] En Cuba se preserva el recuerdo de la obra de Espada como el más brillante momento del catolicismo insular. Allí, en los orígenes mismos de la cultura cubana, está su mano, su obra, su pensamiento. Porque la primera expresión intelectual de esa cultura tiene la huella indeleble del vasco que durante 30 años vivió como cubano y sirvió a nuestra patria hasta que esta tierra cálida lo acogió en su seno. Hay hombres que son como su época, nacen y mueren sobre el lecho de un volcán.⁵⁶

VI

Un proyecto de largo aliento en la producción historiográfica de Torres Cuevas fue el volumen *Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*, —aparecido en 1995, reimpresso en 1997 y con una segunda edición en 2002. Esta es en mi opinión su obra maestra, y uno de los libros de historia intelectual más extraordinarios jamás escritos en Cuba. Es un volumen que dialoga y se enriquece en el tiempo con otros proyectos de inspiración vareliana, como sucede con la recopilación de las obras del sacerdote habanero tituladas *Félix Varela. Obras. El que nos enseñó primero en pensar*, publicadas en tres tomos en 1997, con introducción de Eduardo Torres Cuevas e investigación, compilación y notas de Eduardo Torres Cuevas, Jorge Ibarra y Mercedes García; las Memorias del Coloquio Internacional *Félix Varela. Ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana*, celebrado en La Habana en 1997 y publicadas en forma de libro en 1999 o con el trabajo dedicado al presbítero titulado “De Félix Varela a la Historia me Absolverá”, compilado en el volumen colectivo *Dos siglos de pensamiento de liberación cubano*, aparecido en 2003.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 134.

De este modo, Eduardo Torres Cuevas se consolida como el más importante estudioso de la obra vareliana en los últimos cincuenta años, y sus contribuciones a su biografía intelectual y a la comprensión de su reflexión filosófica, científica y patriótica lo llevan a considerarlo el creador del pensamiento de la liberación cubana en las primeras décadas del siglo XIX. La exégesis vareliana de Torres Cuevas, del mismo modo que había hecho antes con Saco y Espada, recorre tanto los avatares de su biografía individual como los complejos procesos sociales, económicos y políticos de su época histórica. Esboza con precisión sus años iniciáticos al lado del sacerdote irlandés Miguel O'Reilly, hombre de claro patriotismo y exquisita sensibilidad, cualidades que supo cultivar en el joven habanero. Destaca su importante etapa formativa en el Colegio de San Carlos y San Ambrosio, bajo la guía espiritual y docente del obispo Espada y de José Agustín Caballero. Los aires de renovación y reforma que Espada había introducido en el Seminario de San Carlos en todos sus espacios, educativos, filosóficos, científicos, y en las ideas sociales y políticas, hacen afirmar a Torres Cuevas que fue Varela "fruto genuino, el más auténtico, de ese movimiento trascendental en la historia del pensamiento cubano y será, a la vez, su figura de mayor dimensión y más consecuente, aun en contra de las circunstancias".⁵⁷

Los dos grandes ámbitos de la gnoseología y la praxis de Félix Varela son analizados por separado en este libro. El primero se refiere a su periodo filosófico y el segundo a sus ideas políticas, aunque esta división es solo con el propósito de hacer inteligibles sus doctrinas, pues como demuestran las *Lecciones de filosofía*, en Varela ciencia y conciencia formaban un todo indivisible. El eclecticismo fue el método filosófico del sacerdote, aquel que tenía por norma la razón y la experiencia, permitiendo aprender de todas las escuelas sin adherirse con pertinacia a ninguna. Esta vía rechaza abiertamente la escolástica y asume que la autoridad de los Santos Padres en materia filosófica era la misma que la de los filósofos que ellos seguían. A la par de

⁵⁷ Félix Varela. *Los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997, p. 105.

la reforma en la enseñanza de la filosofía, Varela se involucra en el estudio de las ideas políticas y ello lo conduce a impartir docencia sobre Derecho Constitucional. En resumen, nos dice Torres Cuevas:

El sentido pedagógico que tuvo Varela para la enseñanza de la filosofía, puede considerarse uno de los rasgos más importantes de su obra. Las cosas más significativas que escribió en estas materias tenían por objetivo enseñar primero *en pensar*. Por ello rompió con todos los esquemas tradicionales de la pedagogía escolástica; por ello inició un método de enseñanza activa que expulsaba de su aula la rígida dogmática de una clase preconcebida, rígidamente estructurada y absurdamente impartida. En esto estuvo su triunfo.⁵⁸

Torres Cuevas transita con autoridad y elocuencia reflexiva por toda la producción filosófica del presbítero. En las *Lecciones de Filosofía* descubre la cumbre de la reflexión vareliana sobre temas docentes en dicha materia. En ellas se enseña la actitud del intelectual ante el conocimiento, con la verdad y la virtud como guías inseparables en la búsqueda de la sabiduría. La gnoseología expresada en sus páginas buscaba formar pensadores capaces de entender la naturaleza física y social, y actuar frente a ella con ademan científico pero también patriótico. En la *Miscelánea filosófica* se concentra lo esencial de su pensamiento especulativo y se incluye además la lección del patriotismo. La maduración de este ideario entronca con una visión humanista y redentora que lleva al historiador a afirmar que “los derechos del hombre, sublimados como derechos de la humanidad, y sobre todo, la elaboración que llevaron a cabo del ideal de libertad patria, constituyen el hallazgo político que dentro de la filosofía realiza Félix Varela”.⁵⁹

Otra meditación de gran hondura es la que conduce a la afirmación del carácter autóctono del pensamiento de Félix

⁵⁸ *Ibidem*, p. 147.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 155.

Varela. Esta autoctonía reconoce la fusión creadora de elementos culturales múltiples, la autenticidad de las ideas y el sedimento pedagógico de las mismas. Igualmente destacan su sentido de originalidad, utilidad y preferencia del bien social sobre el bien individual. Todo ello, en opinión del historiador, consolida una profunda conciencia de libertad para elegir en filosofía y también para defender lo que se piensa con una ética emancipadora. En Varela, nos dice Torres Cuevas con claridad, la política tiene sus raíces más hondas en su reflexión ilustrada y liberadora, que se expresa de modo transparente en su defensa del patriotismo. Este sentimiento consiste en “el amor que tiene todo hombre al país en que ha nacido y el interés que toma en su prosperidad”.⁶⁰

A lo largo del ensayo advertimos como Varela, iniciado en las lides políticas con la cátedra de constitución del Seminario y las prédicas de Espada, creció y maduró hacia concepciones mucho más avanzadas, de carácter emancipatorio, cuyos dos ejes fundamentales fueron las nociones de libertad y soberanía, las cuales eran incompatibles tanto con el despotismo colonial como con la servidumbre esclavista. En este sentido el pensamiento de Varela aspira al ejercicio pleno de las facultades del individuo, a la igualdad y al derecho soberano del pueblo para formar su gobierno. Torres Cuevas explica, con elegancia metodológica, el sentido táctico y estratégico del pensamiento político vareliano, lo que permite superar la visión maniquea y reduccionista de un Varela sucesivamente reformista, autonomista, independentista y nuevamente reformista. El ensayista explora su quehacer como diputado a Cortes, sus batallas ideológicas contra la burguesía esclavista y su profunda fe en el mejoramiento de las condiciones políticas de su patria, en medio de las complejas realidades del liberalismo español. El regreso del absolutismo significó un golpe mortal para sus ideas, y lo obligó a vivir expatriado durante los últimos treinta años de su vida. En las páginas batalladoras de *El Habanero* y en las efusivas *Cartas a Elpidio*, dejó escrito su legado patriótico y moral a la juventud cubana.

En una excelente síntesis del pensamiento y la praxis política del eximio sacerdote habanero, Torres Cuevas nos señala que

⁶⁰ *Ibidem*, p. 242.

su vida fue un estoico combatir, desde las ideas y los hechos, contra los límites de lo que era posible realizar en su tiempo y en sus circunstancias históricas concretas. No fue un romántico idealista, sino un convencido del cambio social, pero desde la perspectiva dialéctica de *hacer solo lo que es posible hacer* en cada momento:

Las concepciones políticas de Varela implicaron un corte epistemológico que trazó objetivos, estrategia, métodos y tácticas para remover los males sociales de su época y promover una sociedad verdaderamente cubana. En sus ideas, el pensamiento antiesclavista independentista cubano encuentra su pasado teórico. Varela siempre promovió estas ideas y ellas implicaban una concepción revolucionaria, aunque sus tácticas no siempre se correspondieran con ella. Si se observan sus distintas etapas se verá que solo dijo o hizo lo que pudo decir y hacer para lograr su objetivo.⁶¹

VII

La otra gran biografía intelectual de Torres Cuevas fue consagrada al héroe epónimo de nuestras guerras de independencia: Antonio Maceo. Militar de brillantísima hoja de servicios y singular perspicacia política, como lo demostró en la protesta de Baraguá, el Maceo de Torres Cuevas es ante todo un héroe cívico, un hombre de pensamiento e ideas muy avanzadas para su época, y uno de los símbolos más conspicuos de la emancipación cubana. En tal sentido, el título de la obra, —publicada en su versión original en 1995 y notablemente actualizada en su edición de 2012—, *Antonio Maceo: las ideas que sostienen el arma* resulta revelador de los propósitos de Torres Cuevas con este trabajo: “Esta no es una empresa biográfica del general Antonio; tampoco [...] el relato pormenorizado de los hechos brillantes de su vida”.

⁶¹ *Ibidem*, p. 369.

En su lugar el historiador busca desentrañar: “como se formó esa personalidad excepcional, el vasto sistema de ideas que dio luz a la revolución cubana de 1868 —continuada y profundizada en la del 95, y cuya presencia vino a impregnar todo el siglo xx cubano— así como el conjunto ideológico que diera coherencia al pensamiento y la acción de Antonio Maceo”.⁶²

Desde tales presupuestos epistemológicos, el libro recorre la formación familiar e intelectual del joven Maceo, la manera en que influyó en la forja de su personalidad el contexto histórico social de Santiago de Cuba al mediar el siglo xix, y sobre todo la huella miliar de sus padres y maestros. Desde muy temprano, el ámbito familiar fue decisivo en la formación de un carácter en el cual “la higiene, el vestir adecuado, el sentido de la dignidad, el orden en la vida, la disciplina, la rectitud elevada al extremo de no mentir bajo ningún concepto, y la obligación del trabajo son fundamentos que marcaron definitivamente la personalidad de Antonio Maceo”.⁶³

En el plano ideológico, fue decisiva su relación con su padrino Asencio, quien lo inició en la fraternidad masónica y le instruyó en las concepciones políticas y sociales que animaban al Gran Oriente de Cuba y las Antillas (GOCA), una organización irregular masónica cuyos propósitos inspiraron a los hombres que iniciaron la Guerra de los Diez Años. El examen detallado de las ideas que animaban al GOCA, revela sus profundas convicciones liberales, fraternales, igualitarias y patrióticas, expresadas según su fundador Vicente Antonio de Castro, como un sistema de “pedagogía social”. En ese fermento ideológico, donde se promovían los conceptos de ciencia, conciencia y virtud, y se llamaba a “pelear con las armas en la mano para defender la virtud, la inocencia o la patria”, se moldearon los ideales del que llegaría a ser el más importante paladín del oriente cubano.

Las representaciones sociales y políticas de los hombres del 68, con sus limitaciones y contradicciones, así como su gigantesca epopeya para liberar a Cuba del colonialismo español, ocu-

⁶² Antonio Maceo. *Las ideas que sostienen el arma*, segunda edición, corregida y aumentada, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2012, p. 1.

⁶³ *Ibidem*, p. 25.

pan valiosas páginas en este ensayo, encaminado a insertar dentro de este contexto libertario el pensamiento y la praxis política de Antonio Maceo. El “obrero de la libertad”, como lo llama Torres Cuevas en una hermosa metáfora, combina el acendrado patriotismo con una rara inteligencia, modales afables y discretos, un ademán sereno y reflexivo, no exento de romanticismo ni delicadeza. Aquel guerrero portentoso, sobreviviente de innumerables combates y mortales heridas, gustaba de la poesía y rechazaba la vulgaridad, con la misma energía que castigaba la indisciplina o la traición. Sus principios éticos eran inflexibles y su sentir moral era parte inalienable de sus actos.

Con gran lucidez y tacto, el historiador introduce el tema racial en las circunstancias de las luchas que protagonizó el prócer. Nos dice que Maceo no solo luchó por la dignidad de todos los cubanos, por su progreso, justicia y felicidad, sino que también lo hizo por los hombres de su raza, colocados muchas veces en el último peldaño de la escala social, explotados y discriminados sin cuento, pero rechazó con fuerza la idea de que la independencia fuera puesta bajo la bandera indigna de una pretendida “guerra de razas”. Para el héroe de Baraguá, la idea de soberanía nacional era inalienable de la independencia absoluta de España; asimismo previó los peligros que significarían para la nación someterse a la civilización anglosajona y alertó contra la intervención militar estadounidense en los destinos de Cuba.

Contrariando a los que suponen en Maceo un ideario militarista a ultranza, el historiador dedica espacio al conocimiento de su concepción republicana, que expresaba un fuerte contenido democrático y popular; en su pensamiento político, la independencia abriría el camino para fines ulteriores más amplios de libertad y justicia. Uno de los mayores aportes conceptuales de este libro, es que Maceo aparece valorado sin visiones edulcoradas ni candorosas mitificaciones, sino como lo que en realidad fue: un héroe popular de inmenso prestigio, un luchador infatigable por la libertad y soberanía plenas de Cuba, un adalid de los trabajadores, marginados y discriminados. Y algo tan esencial como lo anterior, que Torres Cuevas revela con acierto utilizando el aparato conceptual gramsciano. Maceo fue un “intelectual orgánico de la Revolución Cubana, que se convirtió en el primero de sus generales por ser, en lo más íntimo de su pensamiento,

[...] un obrero de la libertad, un ciudadano que vistió el traje de guerrero”.¹

Desde mi perspectiva de análisis, en estos breves apuntes dedicados a reseñar una parte de su extensa obra, Eduardo Torres Cuevas ha sido también un intelectual orgánico de su patria, un historiador prudente y reflexivo; un hombre comprometido con los mejores valores de su tiempo, un formador de generaciones y un cubano ejemplar. Su trabajo quedará como un legado perdurable del mejor quehacer historiográfico cubano y patrimonio de nuestra cultura. Su vocación humanista y enciclopedista, iluminará a nuevos historiadores y científicos sociales, en el largo y maravilloso camino de pensar la historia de Cuba.

La Habana, 23 de abril de 2016

¹ *Ibidem*, p. 205.

NARRATIVAS HISTÓRICAS

BREVE INVITACIÓN A UNA PROBLEMATIZACIÓN (NACIONAL) DE LOS PLACERES*

La primera vez que leí algo del historiador y narrador Francisco García González, (Franky), fue un cuento premiado por la revista *Revolución y cultura* que se titulaba “Con la Maruca”. En aquel relato delicioso, se narra el encuentro inefable de una prostituta y un combatiente rebelde en la Sierra Maestra, que trata sin éxito de redimirla de su antiquísimo y erótico quehacer. Las peripecias y el ingenio de aquel cuento me revelaron a un narrador con oficio, dotado de una corrosiva ironía y empeñado en contarnos, como gusta decir el amigo Ricardo Quiza, “el cuento al revés”.

Es decir, la sustancia heroica de la historia, sus épicas memorables, es trasmutada por Franky en una masa de acontecimientos equívocos y apenas reconocibles, escondida tras los sucesos que abruman al hombre (y a la mujer) de carne y hueso, donde se suelen dar cita sus instintos más primarios. Sus personajes renuncian a toda gloria o mérito, y viven sus vidas anónimas en territorios simbólicos más cercanos a Rulfo y a Reinaldo Arenas que a García Márquez o Carpentier, hastiados y sin grandes esperanzas. En el centro de su discurso gravitan, como un diablillo provocador y recurrente, las obsesiones, angustias y fantasías sexuales de sus protagonistas. Seres que nacen, viven y gozan de un sibaritismo descomunal, cuando no deambulan acosados por una misteriosa tristeza.

De esta extraña materia están hechos los relatos de Franky, un historiador devenido escritor de ficción, que maneja con acierto la ironía, la intertextualidad y el humor, y que ha creado un mundo de individuos crepusculares, que buscan su pequeño espacio bajo el sol para sobrevivir e intentar ser felices. He

* Publicado en: *El caimán barbudo*, año 40, edición 338, La Habana, enero-febrero, 2007, p. 30.

comenzado citando aquel relato de la prostituta y el rebelde, porque me parece un claro antecedente, quizás un hermano mayor de los cuentos aquí reunidos bajo el “académico” título de *Historia sexual de la nación*, juego de espejos y homenaje al mismo tiempo al Michel Foucault de *Historia de la sexualidad*, texto memorable en que el pensador francés confiesa con una sonrisa pícaro en los labios que, en última instancia, de lo que se trata es de que “las relaciones de poder penetran en los cuerpos”. Quizás, inspirado en este conocimiento, Franky escriba algún relato sobre la “penetración” imperialista en la historia de Cuba y su incidencia resultante en el machismo exacerbado de los cubanos, pero esto es solo una conjetura.

Dejando a Foucault, y sin pretender Franky fatigar sus textos con artificios filosóficos, detengámonos en el autor de uno de los exergos que adornan el pórtico de este volumen. Pertenece nada menos que a Emile Cioran, convicto de tantos silogismos de amargura, desgarraduras y breviaros de podredumbre. Desde esta perspectiva pudiera parecer que son pocos los puntos en común entre la escritura heterodoxa, picaresca y, digámoslo de una vez, jodedora de Franky, con las angustias del rumano desencantado. Sin embargo, me permitiré citar aquí dos definiciones de Cioran que atañen al espíritu de este volumen, es decir, al Sexo y a la Historia, y tratar de hallar algunas afinidades y diferencias con el contenido de sus páginas.

Sobre la sexualidad, Cioran opinaba, siguiendo a Céline, que era algo así como el infinito puesto al alcance de un perro, es decir, el éxtasis sexual va siempre acompañado de una subsiguiente e inevitable decepción. En este sentido sería una inmensa impostura, una gran mentira que incesantemente se renueva y cuyo deseo es imposible de resistir o erradicar. No creo que sea esta idea aburrida y autocompasiva la visión que Franky ofrece sobre el sexo en sus relatos, donde el placer no se plantea nunca desde el pecado o la culpa, y sí muchas veces desde el placer mismo, ese erotismo atroz y diverso que rinde culto al oscuro infinito de la carne.

Veamos ahora su definición de la Historia, a quien se refiere en uno de sus últimos libros como la “abominable Clío”. En su opinión era mejor no prestarle demasiada atención a la Historia, pues daba muestras de un cinismo insuperable. Para Cioran el

desarrollo histórico es grotesco, pues siempre triunfan lo fatal, lo falso, lo arbitrario, y muchas veces las cosas ocurren sin piedad. En última instancia, la historia podía compararse a la vida rutinaria de cualquier persona normal que nace, crece y la final degenera y muere. Es decir, la Historia suele mostrarse como una sucesión de pequeñas catástrofes que desembocan en una catástrofe final.

Aquí si considero, sin exagerar ni tocar extremos, que hay un poco de Cioran en los cuentos que componen la primera "crónica sexual" de la nación cubana, en el sentido de sustraerse a la Historia con mayúscula, de renegar de sus epopeyas y relatos grandiosos, y en cambio merodear en sus márgenes, traficar con sus imágenes, desdramatizarla o simplemente tirarla un poco a relajo, como sucede con la fábulas del agraviado bombero de Bayamo, el insaciable Felo y su amante del contingente, con los muchachos que celebran la llegada del primer cubano al cosmos en una orgía de zoofilia, o con los vetustos mambises que dilapidan sus recuerdos en un prostíbulo llamado patrióticamente "El bohío libertador"...

Llegados a este punto, recomiendo leer con avidez este libro y degustar sus inefables e históricos placeres. Les suplico, eso sí, que no se dejen llevar por la lujuria, que es una enfermedad del cuerpo y no una mala voluntad del alma, según nos recuerdan las sabias palabras de Platón en el *Timeo*.

UNA AVENTURA INTELECTUAL EN LA MANIGUA CUBANA DE 1895*

A la memoria de Francisco Pérez Guzmán

¿Qué tienen en común las teorías de Carlos Marx, Max Weber, Antonio Gramsci y Michel Foucault con las prácticas políticas de los próceres cubanos que a fines del siglo XIX lucharon por la independencia de Cuba frente a España? A primera vista podría parecer una presunción intelectual o un descuido metodológico analizar la guerra emancipadora cubana de 1895-98 bajo tales premisas filosóficas y sociológicas, concebidas en otras latitudes y motivadas por otras circunstancias históricas. Sin embargo, lo verdaderamente sorprendente era que no se hubiera emprendido un estudio teórico de las revoluciones cubanas del siglo XIX, con mayor sistematicidad y hondura, más allá de los acercamientos puntuales y ciertamente valiosos de Jorge Ibarra,² Ramón de Armas,³ Francisco Pérez Guzmán⁴ o Fernando Martínez Heredia.⁵

Esta ha sido la tarea emprendida por el doctor Antonio Álvarez Pitaluga, profesor del Departamento de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana y autor de una estimable biografía familiar del prócer dominicano Máximo Gómez.⁶ Desde el inicio, el título de su investigación es inquietante, pues se

* Una versión abreviada fue publicada en *Cuban studies*, University of Piitsburg Press, 2015, pp. 227-228.

² Jorge Ibarra: *Ideología mambisa*, Instituto del Libro, La Habana, 1972.

³ Ramón de Armas: *La revolución pospuesta*, CEM, La Habana, 2002.

⁴ Francisco Pérez Guzmán: *Radiografía del Ejército Libertador, 1895-98*, Ciencias Sociales, La Habana, 2005.

⁵ Fernando Martínez Heredia: "Nacionalismo, razas y clases en la Revolución del 95 y la primera república cubana", en su *Andando en la historia*, Ruth Casa Editorial e ICIC Juan Marinello, La Habana, 2009.

⁶ Antonio Álvarez Pitaluga: *La familia de Máximo Gómez*, Editora Política, La Habana, 2008.

compone de tres conceptos clásicos de la teoría política contemporánea expuestos en orden escalonado: *Revolución, hegemonía y poder*, y a continuación un subtítulo revelador: *Cuba, 1895-1898*.⁷ Es decir, no se trata de una elucubración teórica más acerca de las problemáticas relaciones del poder y la hegemonía al interior de las revoluciones, sino de su aplicación a un contexto histórico específico: el de la guerra de independencia de Cuba a fines del siglo XIX.

Los comienzos de este libro hay que buscarlos en la pasión investigadora de Antonio sobre los conflictos bélicos del siglo XIX y su vocación por entenderlos más allá de su carácter descriptivo o fenoménico, y numerosos indicios de esta relación entre historia y teoría aparecen en algunas entrevistas, artículos y reseñas que su autor había publicado previamente en revistas especializadas o en órganos periódicos, que sin dudas le fueron aportando nuevas conjeturas para llegar a este resultado, que originalmente fue defendido como tesis doctoral en ciencias históricas.

En la introducción el autor deja explícitos cuales son los presupuestos teóricos y metodológicos que gobiernan su mediación historiográfica, y que atañen fundamentalmente al ejercicio de la hegemonía cultural y el poder consustancial a dicha hegemonía, al interior de un proceso de cambio social profundo como sin duda fue la Revolución iniciada el 24 de febrero de 1895. Es decir, se trata de revelar los complejos y muchas veces velados mecanismos, mediante los cuales las clases dirigentes de la revolución, reprodujeron su hegemonía cultural como parte sustantiva de las relaciones sociales, políticas y militares establecidas en la manigua mambisa. La tesis fundamental de Antonio descansa entonces en el siguiente enunciado: “La revolución de 1895 fue diluida mediante un complejo proceso de reproducción de una hegemonía cultural, sustentadora del estatus dominante de la burguesía azucarera y del Estado colonial, proceso ocurrido no en una institución, dirigente o escenario específicos, sino a través del conjunto general de los mismos a lo largo de la epopeya. A su vez, el desarrollo de disputas internas

⁷ Antonio Álvarez Pitaluga: *Revolución, hegemonía y poder. Cuba: 1895-1898*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2012.

por el poder político constituyó el otro factor que permitió dicha dilución” y como corolario nefasto de lo anterior: “Este proceso limitó la expansión del programa martiano en el interior de la revolución y encauzó solo la liberación nacional como meta a alcanzar”.⁸ Autores claves dentro de la historia del pensamiento social y político del fuste de Carlos Marx, Max Weber, Antonio Gramsci, Vladimir Ilich Lenin y Michel Foucault alimentan el cuerpo teórico de la investigación, aunque en mi opinión son Gramsci y Foucault quienes, desde sus respectivas formulaciones sobre la complejidad de la hegemonía burguesa y el carácter capilar del poder, alcanzan un mayor protagonismo.

El capítulo 2 se propone un recorrido epocal que contextualiza a las revoluciones cubanas dentro del gran ciclo revolucionario americano del siglo XIX, con énfasis en la articulación de una hegemonía burguesa en la Isla desde fines del siglo XVIII, que integró su destino económico al de la plantación azucarera esclavista y prefirió no ser una clase nacional ante el peligro real de ver destruida su riqueza. El drama de esa burguesía dominante/dominada, quedó reflejado en sus diversos y fracasados proyectos reformistas, anexionistas y autonomistas a lo largo del siglo. La ruptura del 68 modificó sustancialmente las percepciones que las clases dominantes burguesas habían tenido sobre la opción separatista y radicalizó el discurso político de las clases y sectores no vinculados al occidente plantacionista. La Guerra de los Diez Años fue una revolución definitivamente moderna en sus proyecciones jurídicas y en su pensamiento emancipador. Tras su incierto final, la modernización de la Isla en numerosos aspectos económicos, políticos y sociales fueron las concesiones que la hegemonía colonial tuvo que realizar para conservar sus privilegios e impedir una nueva ruptura del orden. Entre estas modernizaciones ocupó un lugar relevante la manumisión de los siervos, la creación de partidos políticos legales y una relativa liberalización de la vida civil.

Sin embargo, el reformismo autonomista no logró sus propósitos de un albedrío ultramarino ampliado y sus bases políticas siempre fueron endebles, en la misma medida que no lograban

⁸ *Ibidem*, p. 16.

modificar sustancialmente el estatuto colonial, y no debe extrañar que varios de sus miembros se sumaran al contingente independentista que surgía nuevamente, al calor de la prédica infatigable y apostólica de José Martí en la emigración. Pero la guerra del 95 no fue la revolución breve y necesaria proyectada por Martí, sino un complejo proceso de retos y desafíos al poder colonial que tuvo que bregar con no pocas barreras y contradicciones en su desarrollo interno. Antonio apunta varias de esas quiebras interiores: la compleja y difícil relación del poder civil y el poder militar, las contradicciones entre las dirigencias populares y los mandos burgueses, la muerte física de importantes figuras del mambisado, empezando por el propio Martí, Maceo, Serafín Sánchez, etc.

El tercer capítulo es propiamente una de las *Pièce de résistance* del ensayo, pues se analizan las relaciones entre hegemonía, poder e intelectuales en el Ejército Libertador, con aproximaciones al variopinto *corpus* de la literatura de campaña (testimonios, crónicas, apuntes, memorias, diarios, autobiografías...), donde al decir del autor “se pierden los límites entre la épica heroica y el andar cotidiano de miles de mambises” y fue en esta construcción letrada donde “la revolución legitimó a sus héroes, su mitología y su razón de ser, típico de todas las revoluciones”.⁹ La búsqueda del historiador rastrea las posibles huellas de la ideología martiana en esta montaña de papeles, sin embargo, como un dato de enorme relevancia, aunque abundan las referencias puntuales a Martí, es notable la ausencia en estos textos del pensamiento martiano. La poesía también recogió el legado martiano, pero lo hizo desde el duelo provocado por su caída o la apología de su figura trascendente. Algo semejante sucede en la producción musical o en los versos populares. La prensa revolucionaria editada en la manigua es objeto de un pormenorizado análisis, con la conclusión de que en la misma se arraigó “un enfoque de corte liberal burgués que poco se acercó a los profundos cambios sociales de amplios beneficios populares” y tampoco “promovió aquellas transformaciones estructurales

⁹ *Ibidem*, p. 66-67.

que Martí deseó”,¹⁰ concentrando su atención en la publicación de leyes, decretos y otros documentos emitidos por los Consejos de Gobierno. Tampoco parece que los periódicos de la emigración, significativamente *Patria*, hayan tenido suficiente circulación y consumo entre las huestes mambisas.

Otro asunto polémico es lo relativo al otorgamiento de grados militares en el Ejército Libertador. Como es conocido, existía una tendencia en la dirigencia mambisa a otorgar nombramientos en función de los niveles educativos y orígenes clasistas de sus integrantes, algo que lesionaba la meritocracia de quienes provenían de sectores humildes y legitimaba la hegemonía cultural y clasista de dichos jefes. Ello no solo fue potestad del Consejo de Gobierno, sino que el propio General en Jefe los otorgó a civiles con niveles intelectuales altos, en opinión de Pitaluga, por una necesidad pragmática: “Para el Viejo era necesaria la creación de una red de oficiales productora de relaciones de poder que respondiese a los intereses de los sectores y dirigencia que el representaba y que no poseía en ese momento”,¹¹ aunque con ello estaba reproduciendo una hegemonía cultural que normalizaba que el saber y el poder son un privilegio de los dominantes. También Maceo estableció tácticas parecidas con grandes propietarios en Pinar del Río y en la realidad cotidiana la mayoría de los grandes jefes mambises no fueron ajenos a dicha práctica.

Otras conductas “impropias” o políticamente “incorrectas” del mambisado quedan explícitas con ejemplos documentales, como es el caso de permitir durante la contienda el comercio con productos prohibidos, a contrapelo de lo que establecían con rigor las leyes de la Revolución, lo que lleva a Pitaluga una vez más a sospechar de que en ese forcejeo por burlar la legalidad, amén de la obtención de recursos necesarios y avituallamiento, se dirimían también espacios de poder: “Es esta la cuota ideológica que la práctica del comercio dentro del ejército –autorizado o no– quizás aportó a la reproducción objetiva de una racionalidad formal dentro de la revolución”.¹²

¹⁰ *Ibidem*, p. 81.

¹¹ *Ibidem*, p. 93.

¹² *Ibidem*, p. 107.

Otros rasgos negativos de esta racionalidad reproductora de una hegemonía no revolucionaria, la encuentra el historiador en el denso tejido de redes clientelares, compromisos, tráficos de influencias y privilegios derivados del poder que se adueñaron de buena parte de la manigua cubana. Las clientelas aseguraban el ascenso en la jerarquía militar a cambio de la fidelidad absoluta al jefe, y prohijaba en su seno el nepotismo, los abusos de poder y autoridad y otras anomalías como las “recomendaciones”, “solicitudes” y el tráfico de grados, cargos y puestos. Múltiples ejemplos de oficiales cercanos a Antonio Maceo, Gómez, Serafín Sanchez, Calixto García o José Miguel Gómez así lo atestiguan.

Para Pitaluga esta lotería de grados militares, favores y prerrogativas oficiaba en la práctica como una “patente de corso” que proporcionaba legitimidad y poder. Es en este sentido que afirma: “Redes, tráficos de influencias, beneficios y privilegios se fueron estructurando como mecanismos sociales, formales e informales, para ejercer el poder —según el nivel jerárquico— y reproducir objetivamente el pensamiento y las prácticas del esquema social que se aspiraba a superar”.¹³ Las familias y sus redes propias también jugaron un papel destacado en esta urdimbre de afinidades basadas no solo en el ideal independentista, sino en las correlaciones de solidaridad existentes entre padres, hijos, hermanos, tíos, sobrinos, padrinos, mujeres, amantes, etc. Baste citar los apellidos García Menocal, Pina Marín, Vivanco Hernández, Carrillo, Portuondo Tamayo, Castillo, García y muchos otros para dar fe de estas redes familiares que especularon o se beneficiaron con cargos y posiciones dentro del mambisado.

El capítulo 4 está consagrado al análisis de un complejo organismo de la Revolución, el Consejo de Gobierno, el cual expresaba el poder político y civil de la Insurrección. En esta corporación radicaba el presidente de la República en Armas, un cuerpo legislativo, un vicepresidente, secretarías (ministerios), subsecretarías y la cancillería. En general la composición clasista de este Consejo, integrado por militares, intelectuales, abogados, periodistas y médicos derivó hacia posturas conservadoras, lo que se expresó con particular énfasis en el aparato

¹³ *Ibidem.*, p. 120.

legislativo que produjeron. Si bien está probada la hostilidad de este organismo hacia las huestes castrenses, también es cierto que reprodujeron en su interior no pocas disidencias generacionales, clasistas, por ambiciones personales y cuotas de poder. La burocratización del poder revolucionario, ejemplificado entre otros en la transición del carácter de contraloría a órgano indiciario instrumentalizado por la Inspección General del Ejército, fue otro factor que limitó los radicalismos del proyecto emancipador. Como afirma Pitaluga, una exuberante burocracia propiciaba “el descontrol, los abusos de poder, la total inexistencia de estructuras en zonas intrincadas, así como las contradicciones entre civiles y militares para delimitar sus espacios de poder y actuación” y “caracterizaron en buena medida la vida de estas instituciones y sus funcionarios”.¹⁴ Del mismo modo la burocracia generó fenómenos negativos como el nepotismo, el padrinzago y la empleomanía, aunque sin una definida especialización, lo que explica su debilidad y carácter endeble.

El análisis de lo que Pitaluga denomina la “arquitectura jurídica de la Revolución” confirma los derroteros conservadores y antirrevolucionarios que llevaron a “reproducir una hegemonía cultural para el control y apropiación de la revolución”.¹⁵ Así, es posible rastrearlo en leyes como la de organización militar, la ley penal o la ley de matrimonio, aunque esta última introdujo una novedad desconocida en la propia metrópoli: la posibilidad de diluir el vínculo matrimonial a través del divorcio. En resumen: “La arquitectura jurídica desarrolló un sentido liberal y modernizador sobre la vida pública y privada de los participantes en la revolución. Se legitimó un poder regulador y excluyente de carácter racional, basado en leyes contractuales a la usanza del estado burgués [...] Generó un saber jurídico para conducir conductas, establecer patrones y normas sociales sin alterar la relación binaria dominador–dominado”.¹⁶

El quinto y último capítulo pone el dedo en la llaga de las amargas disputas por el poder entre los revolucionarios del 95,

¹⁴ Antonio Álvarez Pitaluga: *Revolución, hegemonía y poder. Cuba: 1895-1898*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2012, p. 164.

¹⁵ *Ibidem*, p. 168.

¹⁶ *Ibidem*, p. 176.

explicadas de manera ejemplar por las conductas equivocadas del Consejo de Gobierno y sus conflictos con Máximo Gómez, aunque las dirigencias militares diseñaron sus propias estrategias de contrapeso al aparato burocrático de dirección mambisa. Las continuadas tensiones entre militares y civiles llenaron numerosa páginas en los diarios y las actas oficiales. La invasión a Occidente no logró rematar aquel gigantesco esfuerzo militar con una voluntad de radicalización, por lo que prevalecieron los dictados constitucionales y el orden jurídico, en detrimento de las dirigencias populares. Las discordias, ambigüedades y ataques personales mancillaron la ejecutoria de no pocos dirigentes políticos y militares, minando la necesaria unidad de las fuerza revolucionarias, deteriorando su operatividad y capacidad para generar consensos al interior del mambisado y lastimando seriamente su prestigio.

En tal sentido, la sensación de amargura, confusión, incertidumbre y extrañeza que debió embargar a no pocos de los libertadores en el escenario del verano de 1898 y el colofón de la guerra, con la injerencia extraña cebándose en las debilidades propias, condujo a un final en el que la dilución de la Revolución del 95, afirma Pitaluga, fue un producto multicausal y hasta cierto punto esperable, en tanto “fue un proceso dialectico de deconstrucción revolucionaria que conjugó un grupo de factores objetivos y subjetivos para desmontarla de adentro hacia afuera y viceversa”.¹⁷

Llegados a este punto, no faltarán quienes puedan diferir con el autor en algunas de sus hipótesis, tesis o conclusiones, toda vez que se aparta de convencionalismos historiográficos y prejuicios morales, y propone una visión innovadora y revisionista de nuestro pasado. Su lectura podrá y deberá ser polémica. Pero lo mejor de este ensayo es su condición visceral, que no dejará a ningún lector indiferente por su sinceridad, erudición y honestidad intelectual y que no teme poner en su justa dimensión a los hombres que hicieron la revolución, con sus grandezas y miserias, pero sobre todo con sus condicionantes ideológicas y

¹⁷ *Ibidem*, p. 219.

clasisistas, de las que era muy difícil sustraerse. Y todo esto está respaldado por una voluntad de trabajo con las extensas fuentes primarias consultadas, una rigurosa capacidad analítica de la bibliografía disponible, una singular inteligencia de los conflictos por el poder político y una pasión por la verdad histórica, que ojalá contagie como ejemplo de buena práctica profesional a nuestros historiadores.

ESCRITURAS DEL TIEMPO*

Las alas son velas. El viento, que sopla desde el Paraíso, está en ellas.

WALTER BENJAMÍN,
Interpretación del Angelus Novus de Paul Klee.

El primer libro que leí del Dr. Oscar Zanetti Lecuona, hace más de veinte años, cuando estudiaba el segundo curso de la licenciatura en historia en la Universidad de La Habana, me atrajo en primera instancia por el título, de indudable sabor literario, pues parecía el rótulo de una novela de aventuras: *Los cautivos de la reciprocidad*. Conocer quiénes eran aquellos cautivos y qué extraña reciprocidad los sujetaba, me introdujo de manera seria en un tema particularmente sensible para la naciente república cubana, me refiero al Primer Tratado de Reciprocidad Comercial con Estados Unidos, cuyos nefastos colorarios en el orden de la dependencia y el subdesarrollo lastraron la economía insular durante décadas. Aquel libro, deplorablemente impreso,¹⁸ tenía su origen en la tesis doctoral de Zanetti y estaba muy bien escrito, con una prosa elegante y precisa, superior a los estándares narrativos con que habitualmente se hacía, y en buena medida todavía se hace, la historia económica en nuestro país.

Al año siguiente frecuenté las páginas de un manual de metodología de la investigación histórica escrito por Zanetti, Aleida Plasencia y Alejandro García,¹⁹ muy sugerente por la manera diáfana en que nos enseñaba las artes de la pesquisa historiográfica a los bisoños estudiantes, en particular el capítulo siete (uno de los escritos por Zanetti) dedicado al proceso de la investigación histórica. Aunque después he leído muchos otros manuales de metodología, no dejo de recordar con cariño aquel volumen, que todavía conservo con numerosas anotaciones en mi biblioteca.

* Publicado en: *La gaceta de Cuba*, no. 5, septiembre-octubre, La Habana, 2015, pp. 51-53.

¹⁸ Afortunadamente existe una edición posterior, notablemente mejor impresa, revisada por el autor y publicada por la Editorial de Ciencias Sociales en 2003.

¹⁹ *Metodología de la investigación histórica*, ENPSES, la Habana, s/f, aquí Zanetti es el autor de dos secciones del capítulo 1 y de los capítulos 6 y 7.

Ambos campos han marcado la mayor parte de la carrera profesional de Zanetti: de un lado, el cultivo de la historia económico-social de los periodos colonial y republicano, con énfasis en los procesos relacionados con la producción y lo que pudiéramos llamar la civilización azucarera en las Antillas hispanas;²⁰ y del otro, sus reflexiones de orden teórico y epistemológico sobre la ciencia histórica, y en particular sobre la historiografía, entendida como discurso, es decir, las diferentes maneras y modos de investigar y escribir la historia a lo largo del tiempo, por sucesivas generaciones de historiadores.

Una incursión sistematizada del autor en este último asunto, —al que por lo general los historiadores profesionales no suelen prestar suficiente atención, pues lo consideran un ejercicio erudito o que los desvía de sus investigaciones específicas—, fue el libro titulado *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo xx*, publicado por Ediciones Unión en su Colección Clío en 2005.²¹ Allí Zanetti demostró, en apenas 90 cuartillas, su profundo dominio de la producción escrita por los más relevantes historiógrafos de la pasada centuria, y en una síntesis magistral nos ofreció una exhaustiva cartografía, no solo de los valores e insuficiencias de los textos y autores analizados, sino que también ilustró sus circunstancias particulares de producción intelectual, dentro de los complejos procesos sociales, políticos y culturales de Cuba en aquel siglo preñado de acontecimientos.

A diferencia del volumen citado, estructurado de manera orgánica como libro, este que reseñamos titulado *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*, nuevamente publicado por Unión en su colección de obras históricas, es una antología de ensayos, conferencias y entrevistas con reflexiones comunes al quehacer historiográfico, y que su autor ha publicado en revistas o pronunciado en eventos científicos durante los últimos años. Pese al origen diverso de los textos, estos logran

²⁰ *Las manos en el dulce*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, la Habana, 2004; *Economía azucarera cubana. Estudios históricos*, Editorial de Ciencias Sociales, la Habana, 2009 y *Esplendor y decadencia del azúcar en las Antillas hispanas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales y Ruth Casa Editorial, la Habana, 2012.

²¹ *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo xx*, La Habana, Ediciones Unión, la Habana, 2005.

una admirable unicidad dentro del *corpus* del libro, y su lectura es posible realizarla de manera coherente y holística. En un panorama editorial donde las ilustraciones de los libros no suelen ser muy apreciadas, es de agradecer la imagen seleccionada para la cubierta, el *Ángelus Novus* del pintor suizo Paul Klee, una obra que perteneció al filósofo y crítico literario alemán de origen judío Walter Benjamin (1892-1940), y sobre la cual construyó su teoría sobre el “Ángel de la historia” en su célebre ensayo *Tesis sobre la filosofía de la historia*.²²

La obra se divide en tres secciones, agrupadas bajo las denominaciones genéricas de El Tiempo, Las Palabras y Los Hombres, en cuyos apartados reúne trece textos relacionados con el tiempo como categoría epistémica para el conocimiento de la historia, el ensayo y sus problemáticas como género historiográfico, los avatares de la historia social y económica en Cuba y Latinoamérica, una revisión de la historiografía nacional en la etapa posterior a 1959 y un conjunto de ensayos dedicados a figuras cimeras del oficio de historiador en Cuba: Julio Le Riverend (1912-1998), Raúl Cepero Bonilla (1920-1962), Manuel Moreno Fragnals (1920-2001), Juan Pérez de la Riva (1913-1976) y Francisco Pérez Guzmán (1940-2006). Se trata de nombres imprescindibles de nuestra historiografía contemporánea, y sus obras son examinadas con objetividad y rigor, valorando sus numerosos aportes y enseñanzas, y señalando también sus limitaciones y objeciones, siempre con el acertado juicio de considerar sus méritos mucho más trascendentes que sus faltas. Valga como ejemplo esta perspicaz

²² “Hay un cuadro de Klee que se titula *Angelus Novus*. Se ve en él un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso”. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, edición electrónica y traducción de Bolívar Echeverría, disponible en: <http://www.boliva-re.unam.mx/traduccion.html>

opinión sobre la creación intelectual del autor de *El ingenio*: "...el perenne cuestionamiento que la caracteriza, la propuesta a veces rotunda de sus hipótesis, sus calificativos de tono irreverente, harán que la obra de Moreno ofrezca por mucho tiempo materia para la controversia, única manera de mantenerla viva".²³

Quisiera referirme de manera breve, a algunas de las trascendentes cuestiones que Zanetti aborda, y que remiten directamente al corazón de la historia como ejercicio intelectual. La cuestión del tiempo histórico en absoluto es un asunto menor, y ello ha conllevado dilatados debates y querellas entre historiadores, antropólogos y sociólogos, y quizás el más formidable de sus expositores fue el gran historiador francés Fernand Braudel (1902-1985) con su famosa teoría de las duraciones históricas: la del tiempo breve, el de la vida de los individuos; el tiempo intermedio de la coyuntura o tiempo oscilante y el tiempo largo de las estructuras profundas, no sujetas a los cambios que suelen ocurrir en la superficie de los hechos.²⁴

Zanetti participa en la polémica desde una postura más sosegada, con la convicción de que el tiempo es una de las dimensiones claves de la creación historiográfica, distanciándose de interpretaciones mecanicistas, esencialistas o anacrónicas, y desde una perspectiva integradora de la cronología, los procesos de cambio y la periodización, postula que: "Estamos condicionados por el tiempo vivido y por las experiencias adquiridas en una sociedad organizada sobre pautas temporales, pero somos también constructores del tiempo, tanto al aceptar los valores temporales impuestos como cuando optamos por proyectar futuros distintos".²⁵

Las reflexiones de Zanetti sobre el tiempo, incluyendo las del estudio titulado con reminiscencia proustiana "Recobrar el tiempo, pensar históricamente", me hicieron evocar aquel hermoso ensayo de la escritora belga Marguerite Yourcenar, titulado "El tiempo, gran escultor", donde la autora de las célebres

²³ *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*, cap. V "La larga duración", Ediciones Unión, La Habana, 2014, pp. 174-175.

²⁴ Fernand Braudel: *Las ambiciones de la historia*, Crítica, Barcelona, 2002, .

²⁵ *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*, pp. 19-20.

Memorias de Adriano nos recuerda el *fatum* que parece marcar el devenir de los hombres y de las sociedades, esa duración creadora y devastadora a la vez:

El día en que una estatua está terminada, su vida, en cierto sentido, empieza. Se ha salvado la primera etapa que, mediante los cuidados del escultor, la ha llevado desde el bloque hasta la forma humana. Una segunda etapa, en el transcurso de los siglos, a través de alternativas de adoración, de admiración, de amor, de desprecio o de indiferencia, por grados sucesivos de erosión o desgaste, la ira devolviendo poco a poco al estado de mineral informe al que la había sustraído su escultor [...] Estos duros objetos [...] han padecido a su manera lo equivalente al cansancio, al envejecimiento, a la desgracia. Han cambiado igual que el tiempo nos cambia a nosotros.²⁶

Otro asunto de gran interés radica en el sustrato o fundamento narrativo de la historia, y su capacidad para evocar o reconstruir en un texto versiones del pasado. No podemos olvidar que el historiador es también un arquitecto de los hechos que selecciona, analiza o describe, y que de esa manera los trae al conocimiento social bajo la forma de narraciones históricas. Son estos relatos, (re) construidos por el historiador sobre numerosas fuentes, los que en buena medida nos explican y nos permiten comprender el pasado, que de otro modo permanecería ignorado, excepto por vagas y azarasas informaciones conservadas por la memoria o la tradición. En ese sentido coincido con el historiador polaco Jerzy Topolsky, uno de los clásicos estudiosos de la metodología de la historia, cuando afirma que: "Todo trabajo histórico, tanto si reconstruye hechos históricos que eran desconocidos, como si arroja una luz nueva y diferente sobre hechos que ya se conocen, no solo describe el pasado, sino que lo crea".²⁷

No puedo entrar aquí en los detalles de la polémica entre "narrativistas" y "anti narrativistas", positivistas y neopositivistas

²⁶ Marguerite Yourcenar: *El tiempo, gran escultor* [1983], Barcelona, Alfaguara, 1999.

²⁷ Jerzy Topolski: *Metodología de la historia*, Cátedra, Madrid, 1992, pp. 465 y ss.

lógicos, pero si puedo afirmar que esta *creación* historiográfica no tiene nada que ver con explicaciones ficticias, idealistas o nihilistas del hecho histórico, como la sustentada por Roland Barthes cuando aseveró que no existía nada que pudiéramos llamar pasado fuera del discurso.²⁸ En otras palabras, la historia se construye y expresa con lenguajes formales y adopta representaciones narrativas diversas, pero sus límites, a diferencia de las obras de ficción, no son los de la incredulidad, sino al contrario. Sus afirmaciones todas deben y pueden ser verificadas y contrastadas por métodos científicos, es decir, como nos apunta Zanetti: “El historiador expone los resultados de su indagación mediante una expresión organizada, articulada en partes y jerarquizada, con la cual transmite una proposición sobre los acontecimientos o procesos históricos, una explicación de estos o, simplemente, su descripción. Se trata de una representación por medio de un lenguaje que, en el caso de la ciencia, da cuenta de forma *comprobable* del aspecto de la realidad que se estudia”.²⁹

Termino con una cita del historiador británico Eric Hobsbawm (1917-2012), certeramente estudiado en este libro por Zanetti, en su doble sentido de historiador y hombre universal. Hobsbawm ha sido considerado el más trascendente de los historiadores marxistas del siglo xx, es autor de una prolífica y monumental obra de síntesis sobre la historia moderna y contemporánea del mundo occidental, y uno de los ensayistas más exquisitos e inteligentes de su generación. En una penetrante charla titulada “El sentido del pasado y la historia”, organizada en 1970 por la prestigiosa revista británica *Past and Present* y publicada dos años más tarde, el autor de *Rebeldes primitivos* concluía: “Cuesta menos formular preguntas que dar respuestas [...] sin embargo, quizás el hecho de hacer preguntas [...] no resulte una ocupación inútil. Estamos inmersos en el pasado como un

²⁸ “El discurso de la historia”, ensayo publicado originalmente por Roland Barthes en *Information sur les sciences sociales* (1967), se propuso deconstruir las tipologías tradicionales de los discursos, haciendo énfasis en la difuminación de las fronteras entre el relato ficticio y el relato histórico.

²⁹ *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea*, p. 63.

pez lo está en al agua, y no podemos escapar de él. Pero nuestra forma de vivir y movernos en este medio hacen necesario el análisis y el debate".³⁰

Creo que este nuevo texto de Oscar Zanetti, en el que como todo buen libro, he aprendido muchas cosas que antes no sabía, cumple a cabalidad ambos propósitos.

³⁰ Eric Hobsbawm: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2014, p. 37.

DILEMAS AMERICANOS

REPENSAR LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA LATINA DESDE EL CARIBE

En una lúcida reflexión sobre el proceso de conmemoración de los bicentenarios de la independencia de América Latina, el filósofo mexicano Enrique Dussel ha dicho:

A los gobiernos que les toque ejercer el poder en nuestro continente, hacia el 2010, les cabrá la responsabilidad de la “celebración” del Segundo Centenario de la Emancipación (1810-2010). El primer centenario fue “celebrado” en toda América Latina por las élites criollas, blancos nacidos en estas tierras, oligarquías que todavía estaban en el poder, aunque en México la Revolución de 1910 les recordará que todo podía cambiar. Pero, en la realidad, poco cambió. Siguieron en el poder más o menos los mismos actores que ya lo venían ejerciendo desde el siglo XIX al servicio de los nuevos imperios de turno (de Inglaterra, de Francia o de los Estados Unidos).[...] Estoy sosteniendo, entonces, que no se trataría de un mero “celebrar”, sino de un “enjuiciar” la Emancipación. Habría que deslindar claramente, como sucedió en el caso mexicano, entre los caudillos de los indígenas y esclavos, del pueblo propiamente dicho, como Miguel Hidalgo o José María Morelos, de los Primo Verdad (criollo) o Iturbide. Debemos recordar que hubo en aquel proceso tres protagonistas: uno salió victorioso, dos fueron derrotados; uno en justicia y el otro clamando todavía justicia.¹

¹ Enrique Dussel[et.al.]: “Hacia el 2010: a dos siglos del proceso de la emancipación. ¿Un nuevo encubrimiento del otro?”, *América Latina hacia su segunda independencia: Memoria y autoafirmación*, compilado por Hugo E. Biagini y Arturo Andrés Roig, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, Buenos Aires, 2007, p. 50

Atendiendo al reclamo de Dussel, el imperativo metodológico, teórico y político de este bicentenario es precisamente superar la frivolidad de los fastos y las evocaciones, devolviéndole la voz y el protagonismo a las grandes masas populares que hicieron la emancipación y han sido silenciadas por la historiografía y los discursos hegemónicos. Un eje motivacional importante para ello sería el escenario favorable a los proyectos integradores y progresistas que vive hoy el continente, en los ejemplos de Venezuela, Brasil, Bolivia y Ecuador. Numerosos problemas teóricos quedan todavía pendientes de elucidar en esta perspectiva, como sucede con las propias definiciones de independencia, emancipación, liberalismo, republicanism y democracia bajo las que se produjeron los procesos políticos de separación de la metrópoli. En este sentido, el filósofo argentino Hugo Biagini ha sostenido que:

Puede entenderse por independencia a un proceso de liberación de individuos o grupos sociales que alcanzan su autodeterminación y gozan de garantías para detentar los derechos a la vida, al trabajo, a la educación y a otros beneficios similares. De igual manera, el mismo concepto supone la posibilidad de que una nación o Estado dispongan de la capacidad para actuar por cuenta propia o para integrar una alianza con otros países, sin subordinarse a instancias que impidan tales propósitos. Diversas reservas en cuanto a la satisfacción parcial o total de esos requisitos han llevado a sostener que en Latinoamérica, como en otras regiones del planeta, no ha existido sino una independencia trunca o incompleta, y que deben encontrarse distintas salidas a esa situación deficitaria.²

Este ha sido, pues, como ha dicho el historiador cubano Sergio Guerra, el dilema de la independencia, su lógica profunda entre una revolución “política” promovida desde, por y para las élites criollas y los sectores dominantes de la sociedad latinoamericana, y una revolución “social” protagonizada por los humildes,

² Hugo E. Biagini: “Introducción”, en Enrique Dussel, ob. cit., pp. 15-16.

“los de abajo”, los excluidos y subalternos.³ O para decirlo con las palabras luminosas del prócer cubano José Martí: “El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”. En opinión del profesor Guerra, la independencia del siglo XIX fue un proceso inacabado y muchas de sus tareas históricas quedaron inconclusas o fueron pospuestas, entre ellas temas tan sensibles como el de la democratización efectiva de las estructuras políticas o del régimen de propiedad de la tierra, con las excepciones de Haití y Paraguay, dos países que a la postre tuvieron que pagar muy caro sus profundas transformaciones del orden vigente: “De esta forma, la posibilidad histórica de transformar la independencia, mediante el empuje de las masas, en una profunda revolución social, fue bloqueada por la aristocracia criolla, que preparó las condiciones para el retroceso posterior”.⁴

No obstante, las revoluciones burguesas en que desembocaron aquellos procesos libertadores se tradujo en algunas conquistas históricas de gran alcance, relacionadas con los proyectos de formación nacional, la desaparición de formas retrógradas de explotación, la abolición de la esclavitud y el establecimiento de democracias formales de tipo republicano, con la excepción de Brasil, muy superiores en el orden político a la decadente monarquía semifeudal ibérica. Asimismo se eliminaron los privilegios feudales, monopolios comerciales, títulos nobiliarios y el régimen de castas, y se abrió paso a modelos de modernización anclados a las nuevas metrópolis neocoloniales. De tal suerte, las independencias pueden catalogarse como trayectorias largas y difíciles de las naciones latinoamericanas para acabar con el tutelaje español casi siempre por la vía armada, afirmar sus soberanías frente a intentos de reconquista y vasallaje ulteriores de otras potencias, buscando profundizar los cambios burgueses y modernizar sus sociedades, y protagonizando en su seno prolongados conflictos políticos y sociales por afirmar la hegemonía y el control político del estado.

³ Sergio Guerra Vilaboy: *El dilema de la independencia*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2000, p. 26.

⁴ *Ibidem*, pp. 330-331.

Para contribuir al tan necesario debate historiográfico en torno a las cuestiones apuntadas, ve la luz el volumen colectivo *Repensar la independencia de América Latina desde el Caribe*, coordinado por los historiadores Sergio Guerra Vilaboy (cubano) y Emilio Cordero Michel (dominicano) y publicado en La Habana por la Editorial de Ciencias Sociales en 2009. En rigor, se recogen aquí las contribuciones realizadas por un nutrido y prestigioso grupo de historiadores latinoamericanos y caribeños durante un encuentro académico celebrado en la República Dominicana en octubre de 2008.

Este libro parte del principio rector de que la independencia de América Latina, precedida solo por la de los Estados Unidos, se inició en el Caribe con el proceso de la Revolución Haitiana de 1790 a 1804. Por el Caribe venezolano desembarcó Miranda en 1806, en la Vela de Coro, y con la expulsión de los franceses de la parte oriental de Santo Domingo se alcanzó parcialmente la liberación de aquel territorio. Es innegable el apoyo brindado por los generales haitianos a Bolívar, y fue en Jamaica, en 1815, que escribió su célebre proclama conocida como Carta de Jamaica. Aunque sabemos que las islas de Cuba y Puerto Rico no se adhirieron al proceso independentista, tras el fracaso del movimiento juntista de La Habana en 1808 y la adhesión de la burguesía esclavista criolla al poder metropolitano, desde 1809 y hasta 1812 hay conspiraciones y revueltas de esclavos por toda Cuba, que fracasan al ser capturados, desterrados y ejecutados sus principales líderes: Román de la Luz, Joaquín Infante, Juan Francisco Basave y José Antonio Aponte. Años más tarde, nuevas conspiraciones vinculadas a logias masónicas como la de los Soles y Rayos de Bolívar y la Gran Legión del Águila Negra, tratarían de propiciar la independencia de España y la anexión de Cuba a la Gran Colombia y a México, respectivamente.

Entre los trabajos de mayor alcance dentro del libro está el análisis que realiza el historiador dominicano Frank Moya Pons sobre el impacto en las Antillas de las crisis monárquicas en Francia y España después de 1789 y hasta 1823, el cual no fue solo ideológico, sino sobre todo geopolítico, pues Francia, España e Inglaterra contendieron tanto en el continente como en las islas bajo su dominio para rediseñar lo que Juan Bosch llamó las “fronteras imperiales”, uno de cuyos principales campos de batalla fue

la isla de la Española. Sirva como ejemplo lo sucedido en la actual República Dominicana, gobernada por los franceses desde 1802 y donde las noticias de la invasión napoleónica a España desataron un proceso de reconquista de la Isla por las élites criollas, encabezadas por el ganadero Juan Sánchez Ramírez, quienes la devolvieron a la soberanía española en 1809.

En opinión de Moya Pons, esta aparente anomalía de regresar al *status quo* colonial debe ser explicado en tanto “no fue un evento atípico separado de la historia hispanoamericana, ya que ante la crisis de la monarquía española, lo que se debatía en el seno de las élites coloniales en aquellos momentos (1808-1809) era decidir entre apoyar al régimen invasor francés en España o mantenerse fieles a la monarquía [...] en 1808 y 1809, ninguno de estos grupos había madurado lo suficiente para lanzarse a la lucha abierta por la emancipación de sus colonias en pos de constituir naciones independientes” (p. 31). No obstante, la llamada España boba dominicana tuvo varios intentos posteriores inspirados por el ideal independentista entre 1810 y 1812, como fueron las conspiraciones de Manuel del Monte y Don Fermín, la llamada “Revolución de los Italianos” o la liderada por Pedro Seda, José Leocadio y Pedro Henríquez, todas descubiertas y aniquiladas (pp. 36-37). No fue hasta 1821 que la República Dominicana pudo liberarse del yugo español, a través del golpe de estado que el teniente de gobernador José Núñez de Cáceres le infligió al gobernador Pascual del Real.

Otro texto de gran relevancia es el que dedica el historiador cubano Wilfredo Padrón Iglesias a la figura precursora de Francisco de Miranda, de quien traza una enjundiosa biografía desde su llegada a España en 1771 para seguir la carrera de las armas, valora la consolidación de su ideario independentista a través de sus experiencias en la guerra de independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa y su estancia en varias cortes europeas y asiáticas, así como su estancia de tres años en La Habana, hasta llegar a su madurez como revolucionario y político en Venezuela entre 1810 y 1812. El dramático destino de esta gran figura puede sintetizarse en que:

Intentó provocar el estallido independentista a través de sus esfuerzos personales. Organizó dos expediciones,

escribió sendas misivas a notables criollos y redactó e imprimió un considerable volumen de documentos. Pero el mensaje del precursor se adelantó a sus contemporáneos. Por ese motivo no fue esperado en las costas de Venezuela en 1806, sus proclamas fueron condenadas por la inquisición ese mismo año y sus cartas fueron entregadas a las autoridades españolas en 1808. Pero ni aun esta amarga indiferencia lo obligó a cejar en sus empeños. En los momentos en que la primera señal de insurrección criolla apareció en el horizonte, Francisco de Miranda se alistó entre sus protagonistas. En la primera república de Venezuela enarboló victorias y asumió derrotas, pero tuvo el placer de desempeñarse, de manera decisiva, entre los iniciadores de la independencia (p. 69).

La profesora cubana Aurea Matilde Muñiz explica con amabilidad y rigor el complejo entramado de contradicciones que vive la sociedad española tras la invasión napoleónica, y sus repercusiones en el ámbito americano. Estas contradicciones pueden resumirse en: el estado centralizado y el regionalismo; la tradición católica española y el ateísmo francés; el absolutismo monárquico y el liberalismo burgués; la opresión colonial y la independencia de las colonias americanas. En tal sentido, la realidad española tras el fin de la dominación francesa dejaba resultados tan paradójales como la restauración del absolutismo y el predominio ideológico de la Iglesia, la persecución de los liberales y la reconquista de América, la toma de partido de los más humildes por el Rey y la supresión de la constitución gaditana, todo lo cual no solo repercutió desfavorablemente en el proceso emancipador latinoamericano, sino en el transcurso de la revolución burguesa y la modernización de la propia España.

Sergio Guerra Vilaboy, por su parte, centra su análisis en el año 1808 y su repercusión en la independencia hispanoamericana, toda vez que ese fue el año de la invasión francesa a España y el primer germen de los movimientos juntistas, que con el tiempo abandonarían sus premisas autonomistas y adoptarían posiciones proclives a la independencia. Pioneras en el movimiento de juntas locales en sustitución del poder metropolitano fueron México, La Habana y Caracas, abortadas estas dos

últimas por la resistencia de los peninsulares. Al año siguiente las juntas de Chuquisaca y La Paz fueron aplastadas por los realistas y un tercer momento, en el año 1810, extiende este movimiento a Cartagena, Buenos Aires, Bogotá, Quito, Santiago y Asunción, en las que se rechazaba la imposición de la soberanía francesa, demandaban reformas comerciales e igualdad de derechos de criollos y españoles, sin hacer explícitos aun ademanes separatistas.

La excepción en este momento la representó el grito insurgente de Hidalgo en México, nutrido de peones mestizos e indígenas, que igualmente dio vivas a Fernando VII y a la religión católica, y muerte al mal gobierno. De tal suerte, no fue hasta 1811 en Venezuela, con el joven Simón Bolívar a la cabeza y bajo el liderazgo espiritual de Francisco de Miranda, quien proclamó que no se podía ser leal a Fernando VII y al mismo tiempo pretender ser reconocidos y respetados por otras potencias que se harían efectivas las primeras propuestas claramente independentistas.

En esta misma dirección, el mexicano José Herrera Peña reclama la necesidad de nuevas versiones historiográficas sobre la América después de 1808. Herrera cuestiona el uso de conceptos como "imperio español", "colonias americanas", "naciones" o "movimientos precursores", y explica en cada caso la impropiedad de los mismos, acuñados por el uso pero escasamente teorizados. En su opinión, no exenta de polémica, las entidades políticas americanas, fueses virreinos o capitanías generales, eran bastante independientes entre si y con relación al poder metropolitano, por lo que no buscaron en 1808 lo que ya tenían, sino lo contrario: "seguir formando parte de la monarquía de España y de las Indias, siempre y cuando esta permaneciera bajo la autoridad soberana de los borbones". (p. 167)

Otras ponencias recogidas en este libro tratan las especificidades del inicio de la independencia en Nueva Granada (1810-1812), por Amparo Murillo Posada; el Caribe neogranadino (1808-1820), por Jorge Elías Caro; en Santo Domingo (1808-1821), por Américo Moreta Castillo y en La Habana, por Arturo Sorhegui, ciudad esta última donde mayor apoyo tuvieron las autoridades coloniales, representadas por el marqués de Someruelos, del grupo de la oligarquía criolla encabezado

por Francisco de Arango y Parreño, vocero de los plantadores esclavistas, y sus instituciones. De tal modo, la restauración fernandina significó para los grupos de las élites criollas en Cuba una “luna de miel” con el poder metropolitano, negociando un pacto colonial en el cual sus intereses económicos y comerciales serán favorecidos, a cambio de mantenerse fieles a la corona española.

En resumen, *Repensar...* es un libro valioso, tanto por la novedad y diversidad de sus enfoques, como por la riqueza y originalidad de sus análisis, lo que lo convierte en una referencia obligada para todos los que, ya sean profesionales de la historia o público interesado, quieran conocer y profundizar en los polémicos orígenes de nuestras independencias.

LA SOMBRA MEMORIOSA DE UN CONFLICTO ARMADO*

Para Alberto Prieto Rozos

El libro ganador del Premio Casa de las Américas 2013 en el género Testimonio, titulado *La sombra del Tío* del escritor, ensayista, periodista y luchador social argentino Nicolás Doljanin, es un texto extraño y desconcertante por muchas razones, aunque el argumento de su trama, la lucha guerrillera en El Salvador entre 1980 y 1992, es bastante conocido y ha sido tratado con rigor en la historiografía y las ciencias sociales recientes de América Latina.⁵ Doljanin, tras desertar del ejército en 1974, vivió exiliado en México en los años de la última dictadura militar argentina, y desde allí realizó reportajes de guerra en los frentes guerrilleros de El Salvador, experiencia que le valió para publicar su primer libro *Chalatenango, la guerra descalza*. Luego estuvo vinculado a Radio Farabundo Martí⁶ hasta la firma de los acuerdos de paz y posteriormente ha sido un activo protagonista de las luchas sociales en su país, con relieve por su labor al frente de *Locas de la Plaza*, órgano del movimiento de Madres de Plaza de Mayo. Entre sus libros destacan *La razón de las masas*

* Publicado en: *Casa de las Américas*, La Habana, no. 275, abril-junio, 2014, pp. 129-134.

⁵ Véase entre otros: Alberto Prieto Rozos, *Centroamérica en revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987; Carlos Figueroa Ibarra, "Centroamérica: entre la crisis y la esperanza (1978-1990)", en *Historia General de Centroamérica*, vol. 6, San José, FLACSO, 1993; Comisión de la Verdad, *De la locura a la esperanza: La guerra de 12 años en El Salvador*. San José, DEL, 1993; Ignacio Martín-Baró, "Violencia política y guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador", en *Psicología social de la guerra*, San Salvador, UCA Editores, 2000; James Dunkerley, "El Salvador desde 1930", en *Historia de América Latina*, tomo 14, (América Central desde 1930), Editorial Crítica, Barcelona, 2001.

⁶ Esta era una de las dos emisoras de radio de la guerrilla, la "Farabundo Martí" de las FPL, fundada el 22 de enero de 1982 que operó desde Chalatenango. La Radio Venceremos operó desde Morazán y fue convertida más tarde en la "Voz Oficial del FMLN".

(2002) *Pakito Arriarán, de Arrasate a Chalatenango* (2007) y *La plaza en Ojotas* (2011).

Su relato testimonial se desarrolla en un momento de particular violencia política en Centroamérica, donde a lo largo de los años 80 se vertebraron tres grandes escenarios de confrontación bélica revolucionaria. Dos de ellos entre grupos guerrilleros y ejércitos que representaban a gobiernos oligárquicos, como en los casos de Guatemala y El Salvador, y un tercero enfrentaba a la joven revolución sandinista con grupos opositores armados y financiados por los Estados Unidos. Así lo afirma Doljanin en las páginas de su libro cuando escribe:

La crisis revolucionaria había estallado entre los pueblos centroamericanos y las oligarquías con la caída de Somoza en 1979. [...] A muy corta distancia de Nicaragua, el pueblo de El Salvador bailaba por aquellos días con la más fea en casi todos los aspectos superestructurales de cualquier movimiento que haya apostado su redención social a la lucha de masas, pues ninguna clase dominante cae dos veces en el mismo pozo. Lo excepcional en el interior del país eran su arzobispo y las fogueadas organizaciones populares; levantadas, caídas y vueltas a levantar por la propia a lo largo de unos cincuenta años. Tal es la larga crónica ignorada de una de las historias de lucha más inteligentes de los pobres de Nuestra América. (p.35)

Una diferencia esencial entre los casos nicaragüense y salvadoreño aparece en boca del personaje del Panadero, en la vida real Salvador Cayetano Carpio (su nombre de guerra era comandante Marcial), fundador del FPL y coordinador general del FMLN, quien distingue con perspicacia que: “En Nicaragua, Somoza fue el dueño de todas las vacas. En El Salvador [...] los títeres sucesivos no han podido formar una dinastía. Se desplazan unos a otros y en el breve período que les toca matar y robar, engordan hasta reventar”.(p.40)

En el caso salvadoreño, al momento de organizarse en octubre de 1980 el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)—un conjunto de organizaciones progresistas que se nuclearon en un ejército guerrillero, con el fin de transformar

la estructura socioeconómica y política mediante la toma del poder —, el país se encontraba gobernado por una Junta Democris­tiana Militar que intensificaba la represión y cuyo punto culminante fue el asesinato de monseñor Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador, el 24 de marzo de 1980, mientras oficiaba misa en un hospital para enfermos de cáncer.

A partir de este momento se desató una cruenta guerra popular revolucionaria que, en la misma medida que la guerrilla lograba consolidarse y dominar extensos territorios de la geografía salvadoreña, se intensificaban los asesinatos y masacres de la población como estrategia contrainsurgente del ejército, apoyado con cuantiosos recursos materiales y financieros por el gobierno estadounidense a lo largo de todo el período bélico. Se trató, pues, según confesó Doljanin en una entrevista a propósito del Premio Casa 2013: “desde su inicio de una guerra popular de autodefensa contra el genocidio y la intervención político-militar gringa en lo que nunca debió meterse. La lección le costó cara al Pentágono”.⁷

La guerrilla, por su parte, tuvo además que enfrentar y superar sus propias contradicciones y divisiones internas, señaladas por el comandante sandinista Tomás Borge cuando expresó en 1985: “los revolucionarios salvadoreños han avanzado notablemente en el terreno de la unidad pero no han logrado superar por completo sus tristes e inútiles contradicciones, y mientras esa unidad no sea total, mientras no haya un esfuerzo conjunto, mientras no se refugien en un mismo pozo de tirador y disparen con el mismo fusil, la victoria estará extraviada entre la niebla y la sangre”.⁸

⁷ Lucrecia Cuesta: “Este Premio es el Nobel de mis compañeros”, en: <http://www.laorejaquepiensa.com.ar/node/822#.U5Xlo1L4Zdg>

⁸ Alberto Prieto Rozos: ob. cit., pp. 228-229. Aquí Borges reprocha sin mencionar los graves sucesos acaecidos en abril de 1983, en que la guerrilla salvadoreña sufrió su peor crisis interna cuando murieron en Managua los dos máximos jefes de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), la mayor de las cinco organizaciones que integraban el FMLN. En ese desdichado suceso la comandante Ana María (Mélida Anaya Montes, de 52 años) fue brutalmente asesinada por un comando dirigido por Rogelio Bazaglia (comandante Marcelo), otro de los jefes guerrilleros. Al este confesar que había recibido la orden del comandante Marcial (Cayetano Carpio, de 63 años), este se suicidó en circunstancias

Los primeros intentos de encontrar una salida negociada a la guerra ocurrieron en 1984 bajo el gobierno democristiano de José Napoleón Duarte, duramente rechazado por la ultraderecha salvadoreña. En 1987, los mandatarios centroamericanos firmaron el acuerdo de Esquipulas II, donde se contemplaba la creación de comisiones de reconciliación nacionales en cada país, aunque la declaración de una Ley de Amnistía para Alcanzar la Reconciliación Nacional fue denunciada por las organizaciones populares, por dejar en la impunidad a quienes hubiesen cometido toda clase de atentados contra los derechos humanos.

A finales de 1989 se recrudecieron los enfrentamientos armados, esta vez con una denominada *ofensiva final* por parte de la guerrilla que alcanzó a la capital y obligó al gobierno a decretar el estado de excepción, con un significativo aumento de los bombardeos a las poblaciones campesinas, las detenciones arbitrarias, torturas, asesinatos y desapariciones. En medio de esta ofensiva se produjo el asesinato de seis sacerdotes jesuitas en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, el 16 de noviembre de 1989.

La imposibilidad de alcanzar una victoria militar definitiva por ninguna de las partes llevó a inicios de los 90 a restablecer la búsqueda de una paz negociada, que contó con el respaldo del entonces secretario general de la ONU Javier Pérez de Cuéllar, como mediador entre la guerrilla y el gobierno, lo que finalmente llevó a la firma de los tratados de paz de Chapultepec, México, en febrero de 1992 y la conversión del FMLN en partido político, capaz de convertirse en la principal fuerza contendiente del partido derechista ARENA. De hecho, desde 2009 a la fecha ha sido el FMLN el partido ganador de los comicios presidenciales salvadoreños con los candidatos Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén.

El testimonio de Doljanin sobre la vida guerrillera en El Salvador está construido a la manera de un gran rompecabezas o caleidoscopio textual. Desde el comienzo el estilo literario es múltiple, complicado y diverso.

Podríamos decir que además de un testimonio, se trata de

un ejercicio deliberado de experimentación con el tiempo y con el lenguaje. Estamos en presencia de un exorcismo literario que dinamita la tradicional acepción del testimonio, concebido como aquel relato que se realiza en primera persona para dar cuenta de una experiencia imperiosa, y se desborda en un río serpenteante de recuerdos y un torrente caudaloso de pensamientos y evocaciones. El texto resultante es sumamente complejo, tanto en su lenguaje como en su estructura. No hay una linealidad temporal ni espacial (los escenarios están en Argentina, México, El Salvador, Nicaragua), y en la narración se entrecruzan numerosas voces que van dando cuenta de sucesos, historias personales, notas o apuntes filosóficos, narraciones de emigraciones y exilios, incertidumbres ideológicas y afanes de luchas que describen un proceso preñado de contradicciones.

En cursiva dentro del texto aparecen interpolaciones que remiten a una especie de soliloquios o flujos de conciencia, donde se entrecruzan lo filosófico, lo alucinado y lo irónico, como cuando el autor escribe: *El muro cayó. La sangre derramada solo sirve para hacer morcillas. Guevara estaba enamorado de la muerte. Las guerrillas también mataban. El Hombre Nuevo no existe: es una ilusión antropológica. Vos hacé la tuya.* (p. 15) En no pocas páginas, el tono del discurso se vuelve sentencioso y en ocasiones críptico, sin que falte una explícita preocupación social y política: “la perplejidad del dolor social nos sigue de por vida y no es tan mala conservarla lo más fresca posible”. (p. 19)

Como parte de la hibridez del texto se incluyen también cartas de amor, donde Julia, la novia guerrillera (“La novia olvidada”) le escribe a su amado los pormenores y avatares de la dura vida en las montañas y los enfrentamientos con el ejército, matizadas con comentarios nostálgicos, temores cotidianos y confesiones íntimas de una ternura insobornable: “Hasta que llegué me cayó el terror...casi me matan. ¡Viera que sola me sentí cuando llegué! Empapada me dormí deseando que me abrazaras. [...] Mire, don Nico, yo soy una mujer de paz, de querer una casita, un rincón, un amor, un hijo. Después de esta guerra solamente acepto defender lo ganado y lidiar con mi guerra interior...” (pp. 24-25)

La visión de la historia en el discurso literario está narrada

desde la resistencia y el compromiso, desde el orgullo de los salvadoreños por su rebeldía, pero también con espíritu crítico y ademán polémico, sin restar peso a la comprensión de las debilidades y flaquezas del movimiento guerrillero y a las propias vacilaciones de quienes debían apoyarlos en el plano internacional, como es notorio en el juicio cáustico que se realiza de la deleznable actuación de la entonces Unión Soviética, por contraposición a la ayuda solidaria que les llegaba desde Cuba: “...Sin poderse sacar los insurgentes salvadoreños de encima el poderío aéreo de sus enemigos imperialistas, debido a un veto global acatado por sus aliados *empatistas* de cancillerías y departamentos estatales amigos y desde el Kremlin; llegando durante el período de fresas de Mijail Gorbachov, a delación y alcahuetaría, pura y turra en cuanto a El Salvador y Nicaragua”. (p. 38)

Otros apuntes de gran hondura humana son los que trazan el retrato de Monseñor Arnulfo Romero, de quien se cuenta que se trataba de un “hombre peculiar, antiguo conservador, incluso anodino de celebridad entre sus pares [...] casi medieval en la observancia de su propia fe [...] se sometía al cilicio, amaba la música”, pero cuya “fe en la acción organizada de los pobres [...] consiguió revertir a su mero origen negado de masa toda la historia del Vaticano”. (p. 39)

Es a partir del capítulo 3 que aparece la figura histórica, problemática dentro del movimiento comunista salvadoreño, de Salvador Cayetano Carpio, por quien Doljanin siente una evidente atracción, y que es en definitiva el Tío que da nombre al libro. También se menciona de manera elogiosa a la profesora Nélide Anaya Montes, egresada de la Escuela Normal Femenina de San Salvador, líder de la combativa asociación gremial “ANDES Veintiuno de Junio” (Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños) y una de las dirigentes históricas de las Fuerzas Populares de Liberación junto con Cayetano Carpio. En palabras del “Negro Hugo” (su verdadero nombre era Domingo Vargas): “si al Viejito le llegara a pasar algo, queda ella: Ana María, su mejor discípula”. (p. 74) En otro momento se afirma que fue Carpio quien más impulsó la lucha armada en El Salvador, a contrapelo de la ideología del Partido Comunista, y quien recuperó el nombre de Farabundo Martí, marginado por los propios comunistas, al incluirlo en el de la nueva organización

creada en abril de 1970: Fuerzas Populares de Liberación (FPL) "Farabundo Martí".

Uno de los momentos culminantes del libro detona en el capítulo 7, que se abre con la evocación de los días nefastos de abril de 1983: "Año en que el eje efectivo de la revolución se partió en los propios umbrales del pueblo en Armas". (p. 105) El homicidio de la comandante Ana María en Managua desata la ira y la perplejidad de quienes no pueden entender que se haya asesinado a una compañera de luchas, y nada menos que en la capital de un país amigo de los rebeldes salvadoreños. A ello se suma el suicido de Cayetano Carpio días más tarde ("Esta vez algo parecía ridículo, de pésimo gusto, inaprehensible"), y el pensamiento lleno de reservas y dogmatismo de algunos compañeros de Carpio, como el personaje llamado Bety, de que lo que se estaba dirimiendo era: "que somos la Efepeele [...] si vamos a seguir sosteniendo la alianza obrero-campesina, o si vamos a dejar que nuestra organización se diluya en el Efeemeleene y este, donde nada ni nadie nos garantiza la continuidad de esta alianza, va a ser EL Partido". (p. 128) El pesimismo del autor ante la gravedad de los acontecimientos, asoma en muchas de estas líneas: "El vuelo genuinamente centroamericano de las masas acababa de quebrar sus alas propias. La teoría del Empate dejaba el juego dispuesto para el atajo de las cancillerías". (p. 129)

Aquí no sería ocioso recordar, junto con el destacado historiador cubano Alberto Prieto Rozos, que los dramáticos acontecimientos de abril de 1983 marcaron un antes y un después para la lucha armada en El Salvador, pues:

Los propios éxitos insurgentes demostraban que las dificultades del FMLN en sus proyecciones hacia el futuro no concernían básicamente a la guerra, sino al espinoso problema de cual estrategia seguir con respecto a la política de alianzas. Esto se evidenciaba en la creciente pugna que oponía a los dos principales dirigentes de las FPL. En efecto, Salvador Cayetano Carpio y Nérida Anaya Montes (comandantes Marcial y Ana María respectivamente) defendían puntos de vista opuestos. Aquél sostenía posiciones de militarismo vanguardista, contrarias a la lucha por reivindicaciones populares, susceptibles de reiniciar

el movimiento de masas en las ciudades y de implementar un entendimiento con sectores sociales no incorporados todavía al combate revolucionario. Hasta que el dogmatismo sectario, en declive frente a la flexibilidad creadora, condujo al crimen. Derrotado políticamente en el seno de su organización, el jefe instigó el asesinato de su segunda al mando, para luego -desesperado- suicidarse.⁹

Sin ánimos de hacer de este infortunado suceso el centro del libro, lo cierto es que Doljanin vuelve nuevamente sobre el asunto cuando enuncia que “La criminalización del Tío por el asesinato de Ana María fue un proceso que tuvo varios escalones sin ningún pasamanos entre la militancia partidaria” (p. 162) y condena la versión “oficial” de los hechos que se ofreció por el FMLN, al juzgar que se trató de convertir el tema en un tabú político que mudaba al suicida en un “monstruo caprichoso” y dejaba muchas dudas “en relación con la verdad histórica y a cualquier relato político a la altura de las masa salvadoreñas”. (p.162 y ss.). Más adelante, Doljanin aventura la tesis, no exenta de polémica, de que la “la decisión de adjudicar a Marcial la orden para asesinar fue provista desde el exterior y se adoptó, varios meses después, como atajo frente a la facción interna”, y trata de exculpar de algún modo a Carpio en sus derroteros ideológicos cuando sostiene que aquel “se había negado a subordinar estratégicamente la lucha salvadoreña a mera retaguardia del pueblo de Guatemala durante la propia era del despliegue revolucionario cubano”. (p. 265)

Casi al terminar el libro, el tono se vuelve más testimonial y evocador, como prefigurando un desenlace fatal, que trasciende lo personal y parece alcanzar también el desenlace del conflicto armado. Las cartas de Julia a Nico se van amontonando, y sus confesiones son como un diario de ilusiones por construir, amores y lecturas por compartir y unos deseos inmensos de estar al lado del ser amado. Entonces sabemos que Julia (la médico

⁹ Alberto Prieto Rozos: *Visión Integral de América*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012, pp. 451-452. Para más información ver del mismo autor su *Las guerrillas contemporáneas en América Latina*, Ocean Sur, Bogotá, 2007.

mexicana Alejandra Bravo Betancur —a quien está dedicado el libro—) murió en combate por la libertad del pueblo salvadoreño. Con su recuerdo imborrable, y el de miles que como ella dieron sus vidas, se cierran estas memorias de amor y combate, de dolor y vida, y en sus cartas y en las canciones de Los Beatles, nos dice Nicolás Doljanin: “Vuelven habitadas por tus ternuras y la saga eterna de quienes, contigo, traje a vivir a estas páginas con tal de desatar los silencios de la puta guerra...” (p. 289).

ENSAYOS DE ESTE MUNDO PARA LA MANO IZQUIERDA*

*América Latina existió desde siempre bajo el signo de la utopía.
Estoy convencido igualmente, de que la utopía tiene un lugar.
Está aquí.*

DARCY RIBEIRO

I

Roberto Fernández Retamar (1930) es uno de los intelectuales más sobresalientes de la llamada Generación de los años 50 en Cuba, y su extensa obra creadora abarca disímiles campos, donde destacan la poesía, la docencia universitaria, el periodismo, la diplomacia, la dirección de revistas y el ensayo, tanto artístico-literario como histórico-social.¹⁰ Es en este último quehacer, el del ensayo, —que como sabemos es una invención moderna de Michel de Montaigne, y al que el gran mexicano universal Alfonso Reyes llamó “centauro de los géneros” —, donde la pasión del poeta y la sensibilidad del humanista concurren para dar forma a un conjunto de reflexiones, ideas, polémicas y diálogos que hacen de Fernández Retamar uno de los clásicos del ensayismo latinoamericano contemporáneo.¹¹

* Prólogo a Roberto Fernández Retamar: *Calibán y otros ensayos*, Ediciones Holguín, Holguín, 2016, pp. 7-32. Es evidente la filiación de este título con el de dos importantes libros de ensayo de RFR, me refiero a *Ensayo de otro mundo* (1967) y *Concierto para la mano izquierda* (2000).

¹⁰ Araceli y Josefina García Carranza: *Biobibliografía de Roberto Fernández Retamar*, Editorial Boloña, La Habana, 2013, 2 t.

¹¹ Sobre la evolución ensayística de Retamar expresó el escritor Abel Prieto que: “muestra el desarrollo de una indagación que crece en superficie y en profundidad. Del intento de un joven poeta de resumir, de hacer el balance de la poesía cubana que lo precedió, comienza a bosquejarse el panorama poético de Hispanoamérica. De las preocupaciones literarias, buscando respuestas que no pueden hallarse en los marcos de la literatura, arribamos a preocupaciones culturales que se enfilan hacia la identidad de nuestra América y las claves para su comprensión. La descolonización es asumida como punto de partida para cualquier aproxima-

En particular, sus textos ensayísticos de carácter histórico-social dan cuenta de una vastísima erudición, una singular amenidad y una capacidad poco común para entrelazar los aspectos más polémicos e interesantes del pensamiento contemporáneo, siempre desde una postura decididamente a favor de los que Frantz Fanon llamó “los condenados de la tierra”.¹²

Su estilo ensayístico, que él mismo ha definido como “enlaberintado”, es como una gran sinfonía reflexiva donde asoman numerosas voces, y los registros se suceden en tonos que van del ademán dialéctico y la prosa relampagueante a la crítica urgente y el humor sutil. Una resuelta ternura, un verbo vehemente y batallador, y una fina ironía recorren muchas de sus páginas, y en todas rezuma la palabra poética y un humanismo liberador.

La obra reflexiva del autor de *Idea de la estilística* — de la cual el presente libro es apenas una pequeña aunque significativa muestra — se inserta dentro de la gran corriente del pensamiento crítico y emancipador cubano y latinoamericano, donde se reúnen, en sus diferentes vertientes ideológicas y estéticas, los nombres de Servando Teresa de Mier y Simón Rodríguez, Francisco de Miranda y Simón Bolívar, Francisco Bilbao y Andrés Bello, Félix Varela y José Martí, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, Fernando Ortiz y Medardo Vitier, José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella, Alejo Carpentier y José Lezama Lima, Aimé Césaire y Frantz Fanon, Eric Williams y Edward Kamau Brathwaite, C.L.R. James y Edouard Glissant, Darcy Ribeiro y Paulo Freire, Luis Cardoza y Aragón y Juan Bosch, Mariano Picón Salas y Juan Marinello, Ezequiel Martínez Estrada y Julio Cortázar, Mario Benedetti y Eduardo Galeano, Ernesto Guevara y Fidel Castro.¹³

ción legítima a nuestra historia, a nuestra cultura, y va abriendo su mirada hasta alcanzar el mundo subdesarrollado y todas las comunidades marginadas del mito de Occidente. Ha sido una expansión donde cada pregunta encuentra respuestas en la pregunta siguiente, donde cada cuestionamiento es contenido y superado en el próximo”. Véase: “Prólogo a la primera edición”, en: Roberto Fernández Retamar, *Para el perfil definitivo del hombre*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1995, p. 5.

¹² Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, trad. de Julieta Campos, pref. de Jean Paul Sartre, D.F. FCE, México, 1963.

¹³ Sobre la genealogía crítica de la prosa reflexiva de Retamar ha escrito el poeta

En las obras de estos autores se encuentran las fuentes más auténticas de la cultura latinoamericana, como las llamó el filósofo mexicano Leopoldo Zea,¹⁴ un dilatado *corpus* de ideas históricas, filosóficas, jurídicas, humanistas, científicas y culturales que buscan encontrar respuestas a múltiples interrogantes y dilemas de la región, que incluyen elementos de identidad, integración, resistencias al coloniaje imperial y alternativas emancipadoras. Estas preguntas sobre el ser latinoamericano, naturalmente, han variado con el paso del tiempo, y no son las mismas en la época colonial que en la etapa posterior a la independencia del Continente, o las que trajo el siglo xx con el voraz neocolonialismo de signo estadounidense; o aun en el siglo xxi, tan preñado de peligros y esperanzas. Pero en todos los momentos de la historia contemporánea de América Latina, la necesidad de alcanzar la integración dentro de la diversidad, con soberanía y sin el signo de dominación alguna, se ha mantenido vigentes.

El gran antropólogo brasileño Darcy Ribeiro señalaba con justicia la ausencia de una “teoría general explicativa del proceso de formación y transfiguración de los pueblos latinoamericanos”, en buena medida por la preeminencia de lo que llama “relatos etnocéntricos de secuencias históricas—principalmente europeas—y apreciaciones eurocéntricas de los efectos del impacto de la civilización sobre poblaciones de ultramar”.¹⁵ A la

Roberto Méndez que: “viene a insertarse en un linaje ensayístico que tiene a la vez función educativa y una voluntad de servicio político, y esta doble ancillaridad evita que se convierta en invención de gabinete. Fernández Retamar se inserta, con pleno conocimiento de causa, en la tradición de los pensadores de la Ilustración cubana, los que ayudaron a marcar la línea divisoria entre la estructura colonial y el ser cubano y nos dotaron a la vez de una literatura emergente y de una reflexión histórica”, Véase: “Roberto Fernández Retamar al dictado de las silabas de fuego”, en: Roberto Fernández Retamar, *Lo que va dictando el fuego*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2008, p. xv.

¹⁴ Leopoldo Zea (compilador): *Las fuentes de la cultura latinoamericana*, FCE, México, 1993, 3 t. Esta amplia y diversa recopilación de textos sobre la cultura de nuestro continente, se abre simbólicamente con la “Carta de Jamaica” de Simón Bolívar, y concluye con tres textos de Martí sobre Bolívar aparecidos en *La América* de Nueva York, en junio y agosto de 1883, y en *Patria*, el 4 de noviembre de 1893.

¹⁵ Darcy Ribeiro: “La cultura latinoamericana”, en: Leopoldo Zea, (compilador), *Las fuentes de la cultura latinoamericana*, FCE, México, 1993, t. 1, p. 101

pregunta de si existe “una América Latina”, Ribeiro respondió afirmativamente, por más que sus diferencias étnicas, regionales, idiomáticas y culturales impidieran verla como una “unidad concreta, uniforme y actuante”. Aun así, los factores históricos de la colonización ibérica, y en menor medida de otras naciones europeas, el mestizaje cultural y las luchas y resistencias seculares de indígenas, negros y criollos, permiten hablar de una “unidad esencial del proceso civilizatorio y de sus agentes históricos”, es decir: “La unidad esencial de América Latina proviene [...] del proceso civilizatorio que nos plasmó [...] generando una dinámica que condujo a la formación de un conjunto de pueblos, no solo singular frente al mundo, sino también crecientemente homogéneo”.¹⁶

En una época de narrativas deconstructivistas y filosofías escépticas, la idea de América Latina —utilizo aquí el concepto en el sentido que lo trabaja Walter Mignolo¹⁷— se afianza en la indisoluble unidad de su diversidad, en esa búsqueda angustiada de su liberación dentro de contextos específicos y realidades multiculturales, étnicamente plurales y políticamente diversas. Somos pues, parafraseando a Bolívar y a Martí, ese “pequeño género humano”, que camina en los senderos abiertos por los padres fundadores, y va regando “por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva”.¹⁸

II

Los temas de la identidad latinoamericana, los sujetos portadores de esa identidad y sus resistencias culturales a múltiples y seculares dominaciones, ocupan muchas de las mejores páginas de los ensayos escritos por Roberto Fernández Retamar.

¹⁶ *Ibidem*, p. 108

¹⁷ Walter D. Mignolo: *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Gedisa, Barcelona, 2007.

¹⁸ José Martí: “Nuestra América”, *Obras escogidas*, Editora Política, La Habana, 1979, t. II, p. 527.

El esfuerzo intelectual desplegado por el autor desde los años 60 del siglo xx, y con particular fuerza en los años 70 —época a la que pertenecen la mayoría de los textos recogidos en la presente antología—, busca establecer una serie de categorías de análisis para comprender la naturaleza de la cultura latinoamericana, sus raíces, sus dilemas históricos y sus luchas contra los procesos de opresión y subyugación vividos por los pueblos latinoamericanos en tanto configuraciones histórico-culturales nuevas, producto del mestizaje de los pueblos indígenas con los colonizadores europeos y los africanos esclavizados. Se trataba de entender en esencia *quienes somos* los latinoamericanos y de establecer caminos propios para la creación de nuevos marcos conceptuales que dieran cuenta de nuestra realidad.

Una de esas imágenes culturales —o concepto/metáfora— para simbolizar a los que Martí llamó “pobres de la tierra”, fue “Calibán”, el personaje de *La Tempestad* de Shakespeare, que da título al que es quizás el ensayo más famoso de todos los escritos por Retamar. El texto original, aparecido en la revista *Casa de las Américas*, en el número 68 de septiembre—octubre de 1971, fue reproducido rápidamente en las principales capitales latinoamericanas, y ha sido incluido luego en las más importantes antologías de su obra, publicadas en Cuba y en el extranjero, pienso por ejemplo en *Para el perfil definitivo del hombre* (La Habana, Letras Cubanas, 1995) y *Lo que va dictando el fuego* (Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2008).

El ensayo primigenio y otros posteriores emanados de aquel, me refiero a “Calibán revisitado” (1986), “Calibán en esta hora de Nuestra América” (1991), “Calibán quinientos años más tarde” (1993) y “Calibán ante la Antropofagia” (1999), fueron agrupados en un volumen titulado *Todo Calibán* (2000 y 2006)¹⁹ donde se puede apreciar la profunda coherencia de su pensamiento en torno a la pregunta del periodista europeo (“de izquierda, por más señas”) que dio motivo a aquel texto fundador, esto es: “¿Existe una cultura latinoamericana?”, lo que conllevaría el corolario de indagar por la propia existencia real,

¹⁹ Roberto Fernández Retamar: *Todo Calibán*, Fondo Cultural del ALBA, La Habana, 2006.

humana, de los latinoamericanos. La respuesta de Retamar en “Calibán” se expande desde un presupuesto descolonizador y afirmador de los valores autóctonos de la América mestiza, sometida sucesivamente a tutelas y vasallajes por las potencias europeas y los Estados Unidos, y que sin embargo pugnaba por cambiar dramáticamente las múltiples dominaciones a que era sometida.

Partiendo de la “Carta de Jamaica” de Bolívar en 1815, el ensayista repasa los avatares de la historia latinoamericana con sentido crítico y lenguaje poético, afinado en la metáfora del personaje shakespearo de Calibán, deforme y esclavizado por Próspero.²⁰ El equívoco “descubrimiento” del mundo americano por Colón y sus secuelas en la práctica devastadora del colonizador, convierten el aborigen caribe en “caníbal”, lo deshumanizan y tratan de esclavizarlo; ello da lugar a nuevas y confusas lecturas de aquella realidad, donde la búsqueda de El Dorado y otras ciudades imaginarias convivió con el más despiadado pillaje y la mayor catástrofe demográfica de la modernidad occidental.

Más tarde, la respuesta de una parte de las élites letradas latinoamericanas al avasallador empuje estadounidense desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando despojaron a México de más de la mitad de su territorio, hasta su peligrosa expansión finisecular por el Caribe, dio origen a la matriz idealista del “arielismo”, en la que Rodó opuso la espiritualidad de la cultura latina al materialismo vulgar de la cultura anglosajona y legitimó la identidad calibanesca (monstruosa)

²⁰ Como sabemos, Shakespeare sitúa la trama de *La Tempestad* en una isla en la que habitaban Calibán, Sycorax y Ariel. Calibán es un monstruo deforme, una criatura horrible y ruda, hijo de Sycorax, una hechicera despiadada, que tiene por siervo a Ariel, genio del aire, espíritu delicado que no presta obediencia a los mandatos de la bruja, motivo por el cual es encerrado en el hueco de un pino. Próspero es el sabio estudioso de las artes liberales y ciencias ocultas, expulsado de su propio ducado y lanzado a la deriva del mar por una traición. Con su llegada a la isla, Ariel y Calibán se vuelven sus servidores. El trabajo de Calibán era el medio a partir del cual Próspero y Ariel podían dedicarse al ocio, a la vida propia de la cultura espiritual. La recompensa que recibe Calibán por su sometimiento es la recepción del acervo cultural de su opresor. Calibán aprende el lenguaje del conquistador, más lo utiliza para injurarlo.

de los Estados Unidos. Sin embargo, otros pensadores como el argentino Aníbal Ponce impugnaron la visión espiritualista del uruguayo y postularon una inversión simbólica del personaje de Shakespeare, es decir, Calibán es el pueblo, las masas sufridas y explotadas. Nuevas apropiaciones del concepto metáfora en los años 60 radicalizaron aún más su pertenencia al mundo de los oprimidos, como sucede con los barbadenses George Lamming y Edward Kamau Brathwaite, y el martiniqueño Aimé Césaire. De tal suerte, concluye Retamar reafirmando y reconociéndose en esa tradición emancipadora, al decir que: “nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Calibán”.²¹

El Calibán de Roberto Fernández Retamar es un rebelde, como Prometeo o Espartaco, una criatura que lucha por la liberación de nuestro “pequeño género humano”. Su lengua es la misma de su dominador, pero esta ya no es un instrumento de sumisión, sino que le da voz para denunciar la injusticia: “Próspero invadió las islas, mató a nuestros ancestros, esclavizó a Calibán y le enseñó su idioma para entenderse con él: ¿Qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma para maldecir, para desear que caiga sobre él, la «roja plaga»”?²² En Calibán encarnan entonces los aborígenes americanos, los africanos esclavizados, los criollos mestizos pobres, los hombres y mujeres sometidos, humillados, despojados de sus tierras y sus vidas, los rebeldes contra toda injusticia. No obstante, el símbolo tampoco es enteramente “nuestro”, ha sido elaborado también desde la extrañeza, y para ejemplificarlo su autor acude a la palabra *mambí*, de origen africano, utilizada como insulto por los españoles y devenida en nombre glorioso para los independentistas cubanos.

Martí, naturalmente, ocupa muchas de las páginas del ensayo, y no podía ser de otra manera, pues tanto su breve y fecunda vida como su excepcional obra intelectual, las consagró, como afirma en “Nuestra América”, a hacer causa común con los oprimidos “para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos

²¹ Roberto Fernández Retamar: *Todo Calibán*, ob. cit., p. 31.

²² *Ibidem*, p. 32.

de mando de los opresores".²³ En palabras del ensayista, era precisamente Martí el que mejor podía responder, de manera inmediata y coherente, otra pregunta hecha por su interlocutor europeo, esta vez sobre la herencia aborígen de nuestra región, y que es extensamente citada en textos martianos que la reivindicaban como suya. No falta tampoco la exégesis del mencionado ensayo martiano, todo un torrente de ideas programáticas para el futuro de América, opuesto por igual a las clases dominantes internas, representadas en la dicotomía excluyente y racista de Sarmiento (civilización europea *versus* barbarie americana), y a los apetitos imperiales de las potencias europeas y los Estados Unidos.

Otras meditaciones de "Calibán" dialogan con acritud con grandes escritores latinoamericanos, como Jorge Luis Borges o Carlos Fuentes, cuyas indiscutibles calidades literarias no les impidieron tomar partido por las posiciones conservadoras del espectro político, en particular en lo relacionado con la revolución cubana. Pero lo más trascendente en el ensayo son sus iluminadoras reflexiones sobre la cultura de resistencia en América Latina, entendida como parte de los grandes procesos de cambio revolucionario vividos por la región, desde las rebeliones de Túpac Amaru hasta la presidencia de Allende, de tal modo: "Nuestra cultura es—y solo puede ser—hija de la revolución, de nuestro multiseccular rechazo a todos los colonialismos",²⁴ y en esa apuesta trascendente por la libertad Calibán no estaría solo, lo acompañaría Ariel, el intelectual, quien ya no sería siervo de Próspero, sino que tendría un puesto en las "revueltas y gloriosas" huestes calibanescas.

Un ensayo heredero del anterior es "Calibán quinientos años más tarde", escrito y reescrito durante la participación del autor en varias conferencias en universidades de Estados Unidos a finales de 1992, y publicado en 1993. Este texto, de impresionante actualidad, entonces y ahora, se inscribe dentro de las lecturas críticas hechas a la modernidad capitalista, en ocasión del medio milenio de la invasión europea iniciada por Colón en

²³ José Martí: "Nuestra América", ob. cit., p. 523.

²⁴ Roberto Fernández Retamar: *Todo Calibán*, ob. cit., p. 73.

1492. Sin embargo, el autor nos previene que este texto no alude solamente a la América Latina, sino al resto de los humillados y ofendidos del planeta. En consecuencia, se habla aquí *desde* Calibán y no siempre *sobre* él. El discurso dimana de “lo que el ojo de Calibán ve, lo que la voz de Calibán dice quinientos años más tarde”.²⁵

La narrativa de Retamar retoma la tesis de que el llamado “descubrimiento” de América formó parte de la génesis del capitalismo, necesitado de expandirse y saquear otros territorios para lograr la acumulación originaria de capital. Asimismo nos recuerda los “disfraces” geográficos del capitalismo bajo las denominaciones de “Oeste”, “Occidente” o sencillamente “mundo civilizado”, ropajes intelectuales bajo los cuales se pretende ocultar su deletérea naturaleza. En enjundiosos párrafos se resume la historia desigual del capitalismo global, con sus centros y sus periferias, sus zonas de mayor y menor intensidad de desarrollo, lo que lo lleva a reconocer la condición subalterna (“un capitalismo de segunda, raquítrico, periférico”) de Iberoamérica en lo que el sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein ha llamado “El moderno sistema mundial”.²⁶ No sin ironía, el autor nos recuerda que esta “economía mundo” capitalista y su división internacional del trabajo han dado como resultado, entre otros hechos notables, el de no contar siquiera con “*un* Japón latinoamericano, por modesto que fuera, que se le hubiese escabullido a las grandes potencias para crear un capitalismo de verdad”.²⁷

A renglón seguido, el ensayista enumera y desmonta numerosos mitos del imaginario occidental, desde el inexistente “descubrimiento” de América hasta el fin de las ideologías, pasando por el falaz concepto de “raza” o la socorrida acepción de “civilización”, presuntamente blanca y europea. Otras ficciones de este tipo de pensamiento, más contemporáneas, son denunciadas por Retamar, cuando señala que el término “subdesarrollo”

²⁵ *Ibídem*, p. 148.

²⁶ Immanuel Wallerstein: *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI Editores, México D. F., 2003-2006, 3t.

²⁷ Roberto Fernández Retamar: *Todo Caliban*, ob. cit., p. 153.

y sus derivaciones más o menos neutras en el lenguaje diplomático, en realidad esconden una profunda y prolongada relación de dominio y expoliación, que llevó a la mayoría de las naciones al atraso económico y el deterioro social, y a unos pocos a la industrialización y el disfrute de una “vampiresca” prosperidad.

El discurso de Calibán es aquí la imagen penetrante y esperanzadora de un mundo que, sometido a depredaciones sin cuento, sin embargo lucha y se yergue contra las dominaciones de todo tipo, ya sean ideológicas o económicas, culturales o políticas. Calibán, nos dice el autor, “de ninguna manera desea ser apocalíptico”, pero sus alusiones a una guerra sorda y duradera, inherente a la esencia agresiva del capitalismo como sistema, ha sido confirmada con las invasiones de Estados Unidos y sus aliados en Afganistán, Iraq y Libia, o de modo más reciente, con los intentos de derrocar mediante “golpes blandos” (y otros no tanto), a gobiernos progresistas, electos democráticamente por sus pueblos.

Otras predicciones calibanescas presentes en este ensayo, entrevistas hace más de 20 años, como las crecientes y peligrosas agresiones al medio ambiente, las grandes pandemias, las incesantes migraciones del Sur al Norte o la producción de armas terroríficas, conservan hoy una sorprendente actualidad. Del mismo modo sigue siendo palpitante el llamado del poeta a luchar y construir “la civilización de la humanidad, un mundo posoccidental, auténticamente ecuménico y solidario [...] sin Este ni Oeste, ni Norte ni Sur, pues su centro será también su periferia [...] será el fin de la prehistoria y el comienzo de la casi virginal historia del alma”.²⁸ Frente a lo que llama “escepticismo de la inteligencia”, propio de la *condición posmoderna*, Retamar le opone “la confianza en la imaginación, esa fuerza esencialmente poética”,²⁹ de la que Marx dijo que era más importante que el saber.

Si el Calibán de 1971 se cierra con una cita memorable del Che Guevara, en su discurso de recepción del Doctorado Honoris Causa en Pedagogía en la Universidad Central “Marta

²⁸ *Ibidem*, p. 177.

²⁹ *Ibidem*, p. 177-178.

Abreu" de Las Villas, aquí nuevamente aparece el que Retamar llama "el más calibanesco de los arieles que personalmente he conocido y amado", pero ahora lo acompañan otras dos criaturas resplandecientes, el filósofo griego Heráclito, apodado el Oscuro, y Santa Teresa, la Iluminada, "para juntos con valor, inteligencia, pasión y compasión", habitar una sola casa futura, esa patria real y humana "hecha de tiempo y esperanza" donde "también estarán los Dioses".³⁰

III

"Nuestra América y Occidente" es un extenso ensayo publicado en el no. 98 de *Casa de las Américas*, septiembre—octubre de 1976, y está dedicado a los intelectuales mexicanos Pablo González Casanova y Abelardo Villegas. Como es conocido se trata de dos de los más importantes pensadores latinoamericanos del siglo xx, González Casanova dedicado fundamentalmente a temas de politología y sociología histórica, mientras que Villegas fue un estudioso de la filosofía mexicana y de los procesos de reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano, incluyendo los temas de cultura y política en América Latina.

El texto comienza por realizar una exploración, al mismo tiempo filológica e histórica, de las sucesivas denominaciones que ha tenido lo que Martí llamó Nuestra América, y que se prefiere al uso más generalizado de "América Latina". Pero no se detiene en una exégesis erudita del concepto, sino que esta reflexión busca "delimitar el ámbito histórico latinoamericano" y para hacerlo recurre al paralelo con la realidad que le dio su origen moderno a la región, esto es "Occidente" o "el mundo occidental". Se trata pues, de un contrapunteo histórico entre dos partes muy interrelacionadas a partir del surgimiento del capitalismo, y es este último desarrollo del modo de producción capitalista, expoliador del resto del planeta, lo que parece caracterizar al "occidente" europeo, más allá de una mera

³⁰ *Ibidem*, p. 178.

alusión geográfica, con la paradoja de que deja fuera a Portugal y España, dos imperios que quedaron a la zaga en su desarrollo mercantil e industrial capitalista.

Sin embargo, he aquí que en esta relación de interdependencia metrópoli-colonia, América fue *incorporada* al Occidente capitalista (es obvio que ya lo era geográficamente), y aún más, fue “occidentalizada metódicamente” por las potencias colonizadoras. Huelga decir que el primer impacto de dicha *occidentalización* fue el exterminio o sojuzgamiento de una parte de las poblaciones originarias, ampliamente documentada y fehacientemente demostrada, a lo que se agregó la esclavitud africana desde los mismos inicios de la conquista. La aparición, producto del mestizaje, del criollo autóctono, dará un nuevo matiz y contenidos insospechados al mundo de las relaciones sociales en las colonias americanas, que terminará con la profunda ruptura de la independencia.

El ensayo prosigue con un exhaustivo recorrido por los diferentes procesos emancipadores latinoamericanos, que terminaron por construir estados nacionales con dirigencias de burguesías liberales o conservadoras, que en muchos casos reprodujeron el estatus colonial en las nacientes repúblicas, sin renunciar a procesos “modernizadores” imitativos de Occidente (incluyendo ahora también a los Estados Unidos), realidad explicada con notable vehemencia por Martí en varios de sus ensayos. En este pasaje la Revolución Haitiana fue un ejemplo magnífico para los libertadores y aterrador para los plantadores esclavistas del Caribe, que esgrimieron su “fantasma” con particular énfasis, en contra de cualquier intento de insurrección contra las metrópolis.

El pensamiento latinoamericano decimonónico, ilustrado y dependiente del liberalismo europeo al mismo tiempo, transita en estas páginas con glosas de sus mayores exponentes, ya sea un Andrés Bello, un Sarmiento o un Alberdi, con sus teorías “civilizatorias”, excluyentes y discriminatorias, y su profundo desprecio por las masas populares, indígenas y africanas. En otro prisma se colocan los chilenos Lastarria y Bilbao, para quienes el interés europeo en América era sobre todo de carácter económico y comercial, cuando no explícitamente de recolonización,

como lo expresa Bilbao en su denuncia de la aventura imperial de Maximiliano en México.

La cumbre de un pensamiento diferente, original y profundamente latinoamericano, está en José Martí, quien se opone con sagaz tenacidad a los viejos y nuevos coloniajes, en particular al que emergía desdeñoso y rapaz del coloso norteño. Su modernidad es otra, la de la emancipación mental y la búsqueda de la autenticidad y la soberanía frente a cualquier intento de dominación de los pueblos americanos. Su siembra ideológica y su ejemplo de político antiimperialista, perdurará a lo largo del siglo xx, y será inspirador de muchos intelectuales de izquierda en todo el continente.

Otros destacados ensayistas y humanistas latinoamericanos desfilan por estas páginas, como el mexicano Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el argentino Ezequiel Martínez Estrada, cada uno con perspicaces contribuciones a la comprensión de América Latina como una otredad engendrada por diversas matrices culturales: las indoamericanas, las europeas y las afroasiáticas. La perspectiva de análisis marxista de esta realidad, y en particular del racismo europeo contra los aborígenes americanos, la inicia el peruano José Carlos Mariátegui con su formidable alegato de que el "problema" del indio americano era esencialmente de naturaleza económica y social. El otro gran sector explotado, los africanos trasladados de manera violenta a tierras americanas, despertó en el siglo xx el interés de los folcloristas y antropólogos, pero la verdadera dimensión de su aporte al *etnos* latinoamericano solo podía realizarse con el análisis de sus luchas y resistencias seculares, y no viéndolo como un "pueblo africano", separado artificialmente de indígenas, mestizos y criollos, como comprendió con lucidez Frantz Fanon.

Las ideas sobre América Latina de pensadores contemporáneos como el mexicano Leopoldo Zea, el peruano Augusto Salazar Bondy y el brasileño Darcy Ribeiro son glosadas por Retamar y asumidas como parte sustancial de esa gran narrativa emancipadora latinoamericana, que busca la descolonización mental de manera paralela a la denuncia de las más variadas formas de filosofías de la dominación. Con el triunfo de la Revolución Cubana, en palabras del poeta, tomaban cuerpo las ideas

de Bolívar y Martí, y se abría la perspectiva de un “universo nuevo”, superador de la falaz dicotomía entre “Occidente” y “Oriente”, que no serían ya más que “antiguos puntos cardinales en la aventura planetaria [...] del ser humano total”.³¹

IV

“Contra la leyenda negra” es un ensayo que fue leído primero en un Simposio Internacional de Estudios Hispánicos celebrado en Budapest, Hungría, en 1976, y luego fue publicado en el no. 99 de la revista *Casa* de aquel mismo año. La fecha del ensayo, 1976, y su primera dedicatoria “A los compañeros españoles, dentro y fuera de España”, nos evoca el momento del fin de la dictadura franquista y el reconocimiento a los esforzados hombres y mujeres que combatieron o resistieron, en su patria o en el exilio, aquel infausto régimen.

Es un texto que continúa la reflexión retamareana sobre el discurso de la identidad latinoamericana, que ya había sido explorada a profundidad en “Calibán” y en “Nuestra América y Occidente”, pero que ahora busca particularizar en una de sus fuentes nutricias: la herencia ibérica. La lengua castellana sería un elemento primigenio, y en modo alguno menor, para articular culturalmente las tierras con influencias hispánicas en las dos riberas del Atlántico, por más que existan ciertas diferencias entre sus variantes nacionales y locales.³² Sin embargo, no es el componente lingüístico el asunto de este texto, sino valorar y entender históricamente el origen de la “Leyenda Negra” anti-española, cuya aceptación acrítica Retamar juzga “negativa en general, y en especial para nosotros mismos”.³³

³¹ Roberto Fernández Retamar: “Nuestra América y Occidente”, *Obras 3. Algunos usos de civilización y barbarie*, ob. cit., p. 65.

³² Véase sobre este punto su texto “El español, lengua de modernidades”, en: Roberto Fernández Retamar, *Concierto para la mano izquierda*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2000, pp. 47-56.

³³ Roberto Fernández Retamar: “Contra la leyenda negra”, *Obras 3. Algunos usos de civilización y barbarie*, ob. cit., p. 68.

El origen de esta “Leyenda Negra” hunde sus raíces en la barbarie de los conquistadores españoles contra los pueblos americanos, aunque tales crueldades y crímenes, como sabemos, no fueron un monopolio exclusivo de los iberos. Aquí, el ensayista reclama que la denuncia del atroz hecho colonial debe ir acompañada del matiz humanista que le imprimió la defensa jurídica de los aborígenes, realizada por hombres como el fraile dominico Bartolomé de Las Casas y otros intelectuales hispanos del siglo XVI. En apoyo a esta idea, el autor cita las opiniones de los sabios Fernando Ortiz y Alejandro Lipschütz y de la arqueóloga y antropóloga Laurette Sejourne. Esta última, que de modo tan sensible estudió el mundo mágico de los pueblos originarios de México, dijo que: “España [...] hasta nuestros días ha sido el único país de cuyo seno se hayan elevado poderosas voces contra la guerra de conquista”.³⁴

En definitiva, la reflexión sostiene que la invasión europea a América no fue exclusivamente española, y tampoco debe identificarse con un aliento “nacional”, sino que fue el resultado de la lógica depredadora del naciente capitalismo, necesitado de nuevas tierras y mercados para enriquecer a las voraces burguesías de las metrópolis. En tal sentido, cargar toda la culpa del expolio colonial a España no solo ocultaba el feroz protagonismo de las otras potencias, tan crueles o más que aquella, sino que expresaba en el fondo las luchas por la hegemonía transatlántica entre los diferentes imperios. Hay también un matiz racista europeo que excluye a España de lo que considera la “civilización occidental”, y se puede graficar en la famosa frase, atribuida al novelista francés Alejandro Dumas, de que “África empieza en los Pirineos”. Curiosamente, otro intelectual francés de gran prestigio, Jean Paul Sartre, al hablar de su visita a Cuba a inicios de los años 60, hablará de la “antigua cultura” de la Isla como “infortunadamente española”.

Desde una perspectiva dialéctica, este ensayo valora los diferentes enfoques sobre la “Leyenda Negra” antiespañola, tanto los realizados por las clases dominantes de España, como los que surgen de la cultura de la liberación y la resistencia. La

³⁴ *Ibidem*, p. 71.

representación de las “dos Españas”, no es solo, ni siquiera principalmente, una dicotomía cultural, sino la expresión de la lucha de clases que llevó, en el siglo XX, a la proclamación de la segunda República y su sanguinaria derrota por el régimen franquista. Este último fue un baluarte de la ideología reaccionaria que postulaba la existencia de una España “eterna” y racialmente “inmutable”, que habría preservado la pureza católica de Europa en su lucha contra los musulmanes.

Un caso particular dentro de la “Leyenda Negra” es el que toma como responsable de la trata negrera a Las Casas, como un supuesto alivio a la condición servil de los aborígenes. La falacia de estas acusaciones queda demostrada con los juicios y valoraciones de la obra lascasiana realizada, entre otros, por el polígrafo cubano Fernando Ortiz, quien llama al religioso dominico apóstol de indios y de negros por igual, en detrimento de las versiones oscurantistas propaladas por autores españoles, como Ramón Menéndez Pidal.

Otros tópico conocido de la “Leyenda Negra” es el de la llamada “decadencia española”, decadencia que solo precede en el tiempo a otros crepúsculos imperiales, y que se interpreta cabalmente en su fundamento histórico de potencia colonial de segundo orden, cautiva del pensamiento retrógrado de la Contrarreforma, sin una burguesía capaz de impulsar procesos de modernización y atada económicamente a viejas formas de producción semifeudales. No obstante, reconoce que: “A esa España subdesarrollada en lo económico y aherrojada en lo político [...] los hispanoamericanos no podíamos considerar sino frateralmente: era un país como los nuestros”.³⁵

El ensayo concluye con una admirable profesión de fe en los mejores y más auténticos valores de la cultura española y de su valeroso pueblo. Es la España de Las Casas y los grandes espíritus del Siglo de Oro, la de los rebeldes contra la injusticia y la opresión extranjera, la de los grandes músicos y pintores geniales, la de los científicos y poetas, “La España obrera, campesina y pensadora”, esa de la que José Martí, hijo de españoles, habló

³⁵ *Ibidem*, p. 91.

con frases luminosas y de la que salieron tantos Quijotes, en las dos orillas del Océano, a luchar y morir por un mundo mejor.

V

Como en varios textos anteriores, "Algunos usos de civilización y barbarie", publicado en el no. 102 de la revista *Casa*, mayo-junio de 1977, toma como hilo conductor de su discurso la denuncia de la artificial dicotomía entre "civilización" y "barbarie", presentada por Sarmiento en su libro de 1845, y que fuera abordada por Retamar en las páginas de "Calibán", bajo el epígrafe de "Vida verdadera de un dilema falso", y en otros textos posteriores. En esta ocasión, la motivación principal del ensayo se dirige contra los que suscribían la tesis principal de aquel opúsculo racista y colonizador, pero lo hacían "creyendo de este modo ser fieles a las ideas revolucionarias que profesan, con lo que incurren en un gravísimo error, y por supuesto contradicen lamentablemente dichas ideas".³⁶

El argumento rastrea los primeros "usos" de la antinomia que presenta la "civilización" como sinónimo del progreso y bienestar humano, y su contrario la "barbarie" como el territorio de lo bestial y atrasado. En realidad, la investigación histórica y antropológica ha dejado numerosas evidencias del uso excluyente de la palabra "bárbaro" para referirse a otros grupos humanos, generalmente diferentes o "extraños" a quien lo califica. La etimología de la palabra y su origen entre los griegos son expuestos con claridad, para llegar a la conclusión que no solo se denotaban como "bárbaros" a los extranjeros, sino también a otros integrantes del mundo heleno que no habían alcanzado los niveles de desarrollo de los habitantes de Atenas o Esparta. Curiosamente, si para los habitantes de Grecia los romanos serían considerados inobjetablemente como "bárbaros", estos a su vez, herederos y multiplicadores de la herencia helénica, dieron en llamar con ese nombre a las tribus germánicas y miembros

³⁶ Roberto Fernández Retamar: "Algunos usos de civilización y barbarie", *Obras 3. Algunos usos de civilización y barbarie*, ob. cit., p. 97.

de otros pueblos orientales, que contribuyeron al desmoronamiento de su imperio, carcomido ya desde dentro por numerosos males.

En realidad, nos sugiere el ensayista, a los ojos de otras grandes culturas del Medioevo como la árabe, la bizantina o la china, serían los propios romanos y los europeos en general los considerados como “incivilizados”, y no es casual que el infatigable viajero Marco Polo sea el referente de esta incapacidad de los occidentales para justipreciar una realidad diferente, como la de China, colmada de un patrimonio intelectual, científico y artístico notabilísimo, que sin embargo el mercader veneciano fue incapaz de admirar o entender.

Si la “barbarie” como concepto fue una invención de la antigüedad griega, el término “civilización” es un vocablo acuñado en la modernidad europea del siglo XVIII. Su genealogía se entronca con la *polis* griega y la *civitas* romana, en tanto ámbitos de la política y la vida urbana, y es el momento en que se acuña también la palabra “salvaje”, condición propia del habitante de las selvas o bosques, más cerca de la zoología que de lo humano. El desarrollo del capitalismo como sistema mundial generaliza el uso de estos conceptos en una racionalidad “moderna” que califica, de un lado a las metrópolis como “civilizadas”, encargadas de una labor misionera para imponer su “cultura” al resto del mundo, que pasa ahora a llamarse “colonial” o “subdesarrollado”. Pero a la diferencia cultural se le agregan ahora nuevos matices, racistas y discriminatorios hacia las poblaciones no blancas, consideradas en virtud del color de su piel como “inferiores”.

Ya en el ámbito de nuestra América, el discurso persigue las fuentes de la dicotomía civilización-barbarie en los orígenes mismos de la conquista, donde un Ginés de Sepúlveda justifica la esclavitud de los aborígenes por su naturaleza “bárbara”. En el siglo XIX, el “teórico” de esta tesis es el argentino Sarmiento, que bebe en las fuentes reaccionarias de la contrarrevolución francesa, y califica como bárbaro a todo lo que se oponga en América a lo que llama “civilización europea”, es decir, oposición a los intereses de Europa en nuestra región. En la “barbarie” de Sarmiento se identificaban tanto los aborígenes como los gauchos, tanto próceres de la independencia de la estatura

del Dr. Gaspar Rodríguez de Francia o José Artigas, y también aquellos políticos que se opusieron a la penetración económica anglo francesa en el Río de la Plata, como el argentino Juan Manuel de Rosas. En un libro posterior, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), Sarmiento llevó hasta sus últimas consecuencias su arsenal de ideas racistas y despectivas hacia los pueblos originarios del continente, que tuvo pariguales destacados en el caso del presidente argentino Bartolomé Mitre.

En otro momento fundamental de este ensayo, se destaca cómo, contrastando con estas visiones colonialistas y racistas, otros pensadores decimonónicos, entre ellos el antropólogo estadounidense Lewis Morgan, de ideas radicales, y los propios Marx y Engels, utilizaron con un sentido distinto las palabras "barbarie", "salvajismo" y "civilización", entendidas como sinónimos de sucesivos avances en el desarrollo histórico de la humanidad. El mismo Marx, modificando los términos, habló de la "profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa", en lo que coincidió el chileno Francisco Bilbao cuando habló de la aventura colonialista de Maximiliano a México, y la llamó la "invasión bárbara de Europa" contra la "civilización americana".³⁷ Entre las frases que ponen fin al texto, escojo por su claridad y sencillez esta del filósofo francés Michel de Montaigne, quien señaló que no había nada "bárbaro" en los pueblos que iban a ser saqueados en nombre de la "civilización" burguesa, pues en realidad, lo que suele ocurrir: "es que cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres".³⁸

VI

La conmemoración del primer centenario de la célebre novela *Drácula* (1897), del escritor irlandés Bram Stoker, le sirve como pretexto a Retamar para retomar sus antiguas preocupaciones en torno a la historia de América y sus avatares relacionados

³⁷ *Ibidem*, p. 144.

³⁸ *Ibidem*, p. 147.

con la conquista europea, la expansión mundial del capitalismo y los conflictos del mundo contemporáneo. En dicha novela gótica, el límite geográfico Occidente—Oriente, y su vieja metáfora expresada en el conflicto civilización/barbarie, se ubica en las riberas del Danubio, río que durante siglos separó las fronteras de los imperios europeos de sus vecinos y rivales los turcos. Casualmente, el autor nos recuerda que el gran poeta Garcilaso de la Vega, que frecuentó como desterrado aquellas márgenes danubianas, hizo el elogio de su rey Carlos V en sus campañas contra los “bárbaros” de África y fue cercano a Ginés de Sepúlveda, el gran contradictor de Las Casas en el tema de la humanidad de los aborígenes americanos.

Tomando como punto de partida las primeras crónicas de Indias y la supuesta “invención” del mundo americano con la llegada de los europeos, Retamar nos propone visitar esa condición cultural de “occidentales” que compartimos a ambos lados del Atlántico, y pone en solfa de paso la supuesta genealogía grecolatina de Europa, cuando señala que lo que pudiéramos llamar la *Invención de Occidente*³⁹ es una condición: “inextricablemente vinculada a la de América, al punto de que se trata de conceptos interrelacionados”.⁴⁰

El ensayista nos precisa que la fecha de nacimiento, tanto de “América” como de “Occidente” es 1492, es decir, el momento inicial de la invasión europea, y que lo que este instante señala es la primera expansión del capitalismo en su fase originaria. Siguiendo este razonamiento, Occidente no es solo la Europa capitalista, como se afirma comúnmente, sino también

³⁹ Sobre este asunto ha dicho con lucidez el historiador marxista de origen alemán Georg Iggers que: “El concepto de Occidente es problemático en sí mismo, como lo es el del mundo no-Occidental. Obviamente no existe Oriente como una entidad. El concepto de Occidente, abarcando lo que Ranke definió como las naciones latinas y germánicas, y también incluyendo su extensión a las Américas y a Oceanía, es una construcción del periodo contemporáneo. (...) En cuanto a los no-occidentales, Edward Said nos ha mostrado que el Oriente también es una invención que pasa por alto las diversidades”, Georg Iggers, “Cómo reescribiría hoy mi libro sobre historiografía del siglo xx”, *Pedralbes. Revista d’ Historia Moderna*, Universidad de Barcelona, no. 21, 2001, p. 18.

⁴⁰ Roberto Fernández Retamar: “De Drácula, Occidente, América y otras invenciones”, *Obras 3. Algunos usos de civilización y barbarie*, ob. cit., pp. 202-203.

las tierras que conquistó por la fuerza y colonizó en su provecho. De tal suerte, Occidente es también el nombre de un largo y complejo proceso histórico de rapiñas, saqueos y crueldades sin cuento, perpetradas en nombre de la “civilización” europea occidental hacia el resto del planeta.

Retamar constata una variación, en los últimos años, en las coordenadas geográficas de este proceso de expansión del capitalismo, que prefiere denominar ahora como “Norte” al antiguo occidente de las metrópolis coloniales y neocoloniales, y como “Sur” al mundo pobre y subdesarrollado. Aclara de paso que tales denominaciones son metafóricas, y por lo tanto dejan fuera del “Norte” a países capitalistas de gran desarrollo como Australia o Japón, este último también hiperbóreo, aunque del extremo “Oriente”; o sea, la propia naturaleza del capitalismo como sistema mundial ha hecho que no existan coincidencias absolutas entre el capitalismo industrializado y alguna ubicación geográfica en particular, por más que sea la Europa occidental la cuna de su génesis y posterior expansión. Del mismo modo que existen un gran número de países en el mundo que son capitalistas *subdesarrollados*, es decir, la mayor parte del antiguo mundo colonial, quienes los conquistaron y saquearon (“Occidente”, el “Norte”) son llamados por Retamar *subdesarrollantes*, y utiliza para ellos la metáfora de Drácula: son chupadores de sangre ajena.

En una reflexión comparada, el texto nos remite al año 1853, cuando Joseph Arthur supuesto conde de Gobineau comenzó a editar su malsano *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, un tratado racista que tanto influencia tuvo en el imaginario del fascismo; Marx publicó sus trabajos sobre el colonialismo inglés en la India, en los que describía la “barbarie” de la civilización burguesa en aquel territorio y el comodoro estadounidense Mathew C. Perry desembarcó en Japón, con el fin de obligarlo a abrir sus puertos al comercio extranjero.⁴¹ Estos ejemplos,

⁴¹ En 1853 el comodoro Perry, acompañado por una atemorizante flota de 10 modernos navíos, logró forzar un acuerdo comercial con Japón. Este “acuerdo” permitiría la llegada de barcos estadounidenses y la apertura del comercio japonés a los países de Occidente. La bandera de 31 estrellas, que enarbolaba la nave de Perry, permaneció durante muchos años en el museo naval de Annapolis. Casualmente,

aparentemente aislados pero estrechamente interconectados entre sí, demuestran las diversas maneras en que Occidente le impuso sus condiciones de trato como inferiores al resto del mundo, en nombre de la supuesta civilización y el desarrollo capitalista.

1853 fue también el año en que nació José Martí, quien desde su (tercer) mundo invocó una guerra rápida y necesaria, que habría de significar el fin de un antiguo imperio y pretendía anticiparse a las iniquidades de otro moderno.⁴² Roberto Fernández Retamar ha sido un estudioso profundo de la obra del apóstol antillano, y un intérprete lúcido de las mejores tradiciones del pensamiento cubano, latinoamericano y universal, y como podrá comprobar el lector de estos ensayos, todos se encuentran unidos por una secreta complicidad en la búsqueda de aquella maravillosa aspiración martiana: conquistar toda la justicia.

el general Douglas MacArthur, era descendiente directo del Comodoro Perry. MacArthur ordenó que para la ceremonia de rendición del Japón, en septiembre de 1945, se trajera dicha bandera desde los Estados Unidos para ser exhibida durante la ceremonia a bordo del acorazado Missouri, por cuanto en su discurso, él iba a citar a su ilustre antepasado. Estas fueron sus "occidentales" palabras: *"En este día en que nos hallamos en Tokio, evocamos la figura de nuestro compatriota, el comodoro Perry, que arribó a estas islas hace noventa y dos años. Su propósito era promover en el Japón una era de ilustración y de progreso, sacándolo de su aislamiento, y abriéndolo a la amistad, al comercio y a la industria del mundo. Pero infortunadamente, el conocimiento que obtuvo de la ciencia de Occidente, lo convirtió en un instrumento de opresión y de esclavitud humana...."*. Citado en: **"La bandera del Comodoro Perry en la rendición de Japón"**, <http://mundosgm.com/frente-del-pacifico-%281941-1945%29/la-bandera-del-comodoro-perry-en-la-rendicion-de-japon/>

⁴² Roberto Fernández Retamar: "Martí en su (tercer) mundo", en: *Obras 2. Introducción a José Martí*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001, pp. 13-80.

FICHA AUTORAL

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ (Santa Clara, Cuba, 1972). Doctor en Ciencias Históricas, Máster en Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina, el Caribe y Cuba, Diplomado en Antropología Social, Diplomado en Administración Pública y Licenciado en Historia. Profesor Titular del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana. Ha impartido cursos y conferencias en universidades de Estados Unidos, Inglaterra, Brasil, Venezuela, Perú, México, Guatemala, Argentina, Italia, Ecuador y Australia. Ensayos y artículos suyos han sido publicados en revistas, antologías y páginas digitales de Cuba, México, Puerto Rico, Italia, Venezuela, España, Turquía, Canadá y Estados Unidos. Ha asistido como ponente o participante a más de cuarenta talleres, coloquios, congresos y simposios sobre historia y disciplinas afines. Ha publicado más de treinta artículos sobre temáticas históricas y de cultura cubana. Textos suyos han sido traducidos al italiano, inglés, francés y turco. Es miembro de número de la Academia de la Historia de Cuba, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP), la Comisión Nacional de Monumentos, la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas y Caribeños (ADHILAC) y la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC).

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

Las tramas de la historia: apuntes sobre historiografía y revolución en Cuba, prólogo de Enrique López Mesa, Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 2016.

El juego galante: béisbol y sociedad en La Habana (1864-1895), prólogo de Roberto González Echevarría, Editorial Letras Cubanas/Ediciones Boloña, La Habana, 2016.

Archivos de cubania, Editorial Capiro, Santa Clara, 2015.

Beisbol y nación en Cuba, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2015.

La Habana: ciudad mágica, Ediciones Boloña, La Habana, 2013.

Apología del béisbol, Editorial Deportes, La Habana, 2013.

Los placeres de la historia, Ediciones Unión, La Habana, 2010.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	/7
NOTA DEL AUTOR	/9
PRÓCERES INOLVIDABLES	/11
(Re) Descubriendo a Manuel María Pérez y Ramírez	/13
Presencia de Félix Varela en intelectuales de la República	/19
Varela: el precursor y su época	/41
Heredia: ¿la incomprensión de sí mismo?	/45
Domingo del Monte en su tiempo	/55
José Antonio Saco en la encrucijada	/59
Próceres inolvidables por Cuba libre	/69
AH! LA REPÚBLICA	/73
Emilio Roig de Leuchsenring y la estatua de Carlos Manuel de Céspedes en la Plaza de Armas	/75
Trilogía de la República	/81

Avatares de la dominación en Cuba en los años 50	/87
Julio Le Riverend y la historia del pensamiento antiimperialista en la República	/93
1934: el año inaugural de la revista <i>Universidad de La Habana</i>	/97
El debate sobre la educación superior en Cuba y los orígenes de la Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas (1948-1962)	/111

SUITE PARA CLÍO /127

Las cartas de Emilio Roig de Leuchsenring	/129
Manuel Moreno Fragnals <i>In Memoriam</i>	/133
Manuel Moreno Fragnals en su órbita de fuego	/137
La historia de la gente sin historia (revisitada)	/141
Eusebio Leal: una vida consagrada al servicio de Cuba	/149
Homenaje a Olga Portuondo Zúniga	/153
La aventura del pensar en la obra historiográfica de Eduardo Torres Cuevas	/163

NARRATIVAS HISTÓRICAS /183

Breve invitación a una problematización (nacional) de los placeres	/185
Una aventura intelectual en la manigua cubana de 1895	/189
Escrituras del tiempo	/199

DILEMAS AMERICANOS

/207

Repensar la independencia
de América Latina desde el Caribe

/209

La sombra memoriosa de un conflicto armado

/217

Ensayos de este mundo para la mano izquierda

/227

FICHA AUTORAL

/249

Ediciones Extramuros, 2017



